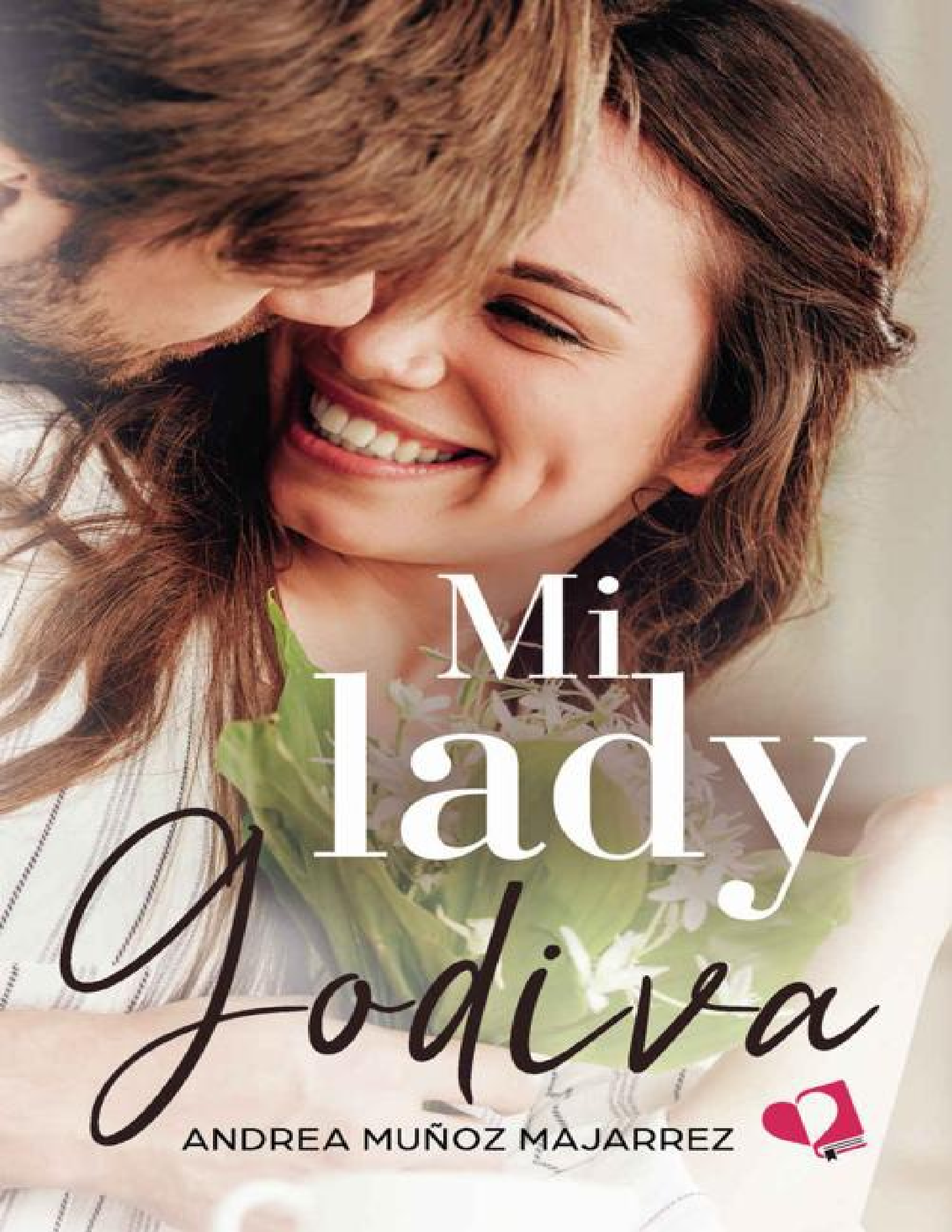




Mi lady *Godiva*

ANDREA MUÑOZ MAJARREZ



Mi lady Godiva

Andrea Muñoz Majarrez



Mi lady Godiva

ISBN: 9788419941046

ISBN ebook: 9788419941657

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Andrea Muñoz Majarrez

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A los soñadores que luchan por cumplir sus sueños,
a pesar de tener todo en contra.*

Prólogo

*Semana de la Moda de Londres,
mucho tiempo atrás...*

El desfile había sido un auténtico éxito, confirmando a Maxwell Stirling como la revelación del año. El mundo de la moda se había rendido a sus pies, pues Maxwell había exhibido talento y frescura en su primera colección, que había impresionado a crítica y celebridades en la semana de la moda de Londres.

Para él, este era un paso decisivo en su carrera tras años de arduo trabajo y esfuerzo, confeccionando sus diseños en un pequeño taller en Camden. A pesar de ser parte de una familia aristocrática y adinerada, ya que su padre era el marqués de Wingham, Maxwell había tenido que luchar contra la oposición de su progenitor, que no quería que su hijo se dedicara al diseño. No obstante, aquella noche había silenciado cualquier objeción al demostrar su valía.

Allí, entre el público, estaba su familia: su padre lord Stirling, su madre Estela, su hermana Samantha, y sus dos abuelas Grace y Natividad, esta última recientemente llegada de Oviedo, Asturias. Porque Maxwell tenía sangre inglesa y española; de hecho, esa mezcla cultural le había proporcionado mucha inspiración en sus diseños.

Tras finalizar el desfile, decidió alejarse por un rato de la multitud, que deseaba conversar con el diseñador revelación de la temporada, para hallar un poco espacio y tranquilidad ante el vértigo que sintió ante tal éxito.

—¿Dónde está el mejor diseñador del mundo y el nieto más guapo? —preguntó su abuela Natividad, sentándose a su lado con una sonrisa.

Maxwell suspiró con una mueca de agrado.

—Aquí está, agotado pero feliz.

Natividad echó un vistazo alrededor, observando al gentío compuesto de personajes dispares como modelos, actores y periodistas.

—Todo el mundo está impresionado, Max.

Él agarró la mano de su abuela, que reposaba en su regazo.

—¿Y a ti te ha gustado?

—¡Pues claro que sí! Siempre tuviste talento, desde bien pequeñito. Recuerdo cuando apenas llegabas por encima de la mesa y ya te sentabas conmigo toda la tarde a verme arreglar bajos de pantalones y faldas. No sé por qué te gustaba tanto.

—Porque estaba observando a una maestra, abuela. Me encantaba verte trabajar, aunque solo fuera cosiendo un botón. Todo empieza por ahí.

Natividad se rio.

—Si es que eres un sol —afirmó con orgullo—. Y hablando de otro asunto, ¿dónde anda esa novieta tuya?

Natividad se refería a Claire, la chica con la que Maxwell había salido durante los últimos meses. Se conocieron en una fiesta en una residencia de estudiantes cercana al London College, donde ella cursaba Derecho. Claire era una chica realmente atractiva, elegante y seria, que contrastaba con la díscola personalidad de Maxwell.

Este suspiró con pesar al pensar en ella.

—Rompimos hace un par de días. Estaba harta de que no le dedicara tiempo —explicó apesadumbrado.

Natividad se inquietó al ver a Maxwell decaído.

—Pero pensé que esa chica te comprendía, que os llevabais bien. Te vi muy contento la última vez que vine.

Él se encogió de hombros.

—Eso pensé yo; sin embargo, he descubierto que no era así. En realidad, ella creía que esto sería un capricho y que algún día me encargaría de la empresa familiar.

—Vamos, que te quería por el interés —respondió Natividad un poco malhumorada.

Maxwell asintió pesaroso.

—Sí, así es.

Natividad torció el gesto.

—Vaya pécora, haciendo daño a mi nieto. Que la zurzan, no te merece. Hay chicas estupendas en este mundo y no mereces sufrir por esa sinvergüenza —sentenció.

Maxwell suspiró de nuevo.

—Es fácil decirlo, pero no tan sencillo hacerlo.

Natividad posó su mano sobre su hombro, en un gesto de cariño.

—Mira, Max, te voy a decir algo: ahora mismo estás empezando tu carrera y debes centrarte en ello, porque te queda un largo camino por recorrer. Sin embargo, te aseguro que algún día encontrarás a alguien muy especial.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. A mí me pasó con tu abuelo. Cuando entró en la sastrería, al principio no le presté atención. No había nada de él que me pareciera interesante. No era especialmente guapo ni nada. Sin embargo, un día comenzamos a hablar. No recuerdo el motivo, pero sí recuerdo lo que pasó después: que, al cabo de un tiempo y sin darme cuenta, se metió en mi corazoncito, y en cincuenta años, no salió de aquí —dijo, señalando su pecho—. De hecho, sigue estando conmigo, a pesar de que hace tiempo que se marchó.

» Y a ti te ocurrirá lo mismo. Un día encontrarás a esa persona especial que dejará una huella muy profunda en tu corazón. Entonces, ella se convertirá en tu única modelo y tú serás su mejor sastre. Y jamás volverás a querer a otra, porque ella será tu inspiración.

Capítulo 1

Maxwell abrió ligeramente sus cautivadores ojos azules durante unos segundos con gesto soñoliento, sintiéndose un poco aturdido. En ese momento, vislumbró una extraña figura que se alejaba, al tiempo que un dulce aroma a vainilla entró por sus fosas nasales. Oyó la puerta cerrarse y, rápidamente, volvió a caer en un profundo sueño.

Al cabo de unos minutos, se despertó de nuevo, esta vez notando sus sienes palpitantes, lo que hizo que frunciera el ceño con evidente desagrado. Su vista fue aclarándose, mientras la luz del sol se abría paso por las ventanas de la habitación. De repente, percibió en su palma el suave tacto de una prenda de lana, que estaba sobre la cama a su lado. Se incorporó despacio, tratando de combatir la sensación de pesadez y malestar.

Se sentó sobre la cama, mirando alrededor, bastante aturdido por la resaca. La habitación tenía las paredes color vainilla, y entre el mobiliario había un amplio armario, una cómoda y dos mesillas. En las paredes colgaban algunas fotografías plasmadas en lienzo, como una panorámica de la ciudad de Nueva York, una de Madrid y otra de Londres.

La noche anterior acudió a la celebración del cumpleaños de Flo, su jefa de taller y gran amiga, y la fiesta continuó hasta altas horas de la madrugada en un club de la ciudad. Recordaba habérselo pasado en grande, charlando, bebiendo y riendo, aunque había algunas lagunillas en su memoria, como, por ejemplo, el hecho de no saber cómo había llegado a su casa.

El hogar de Maxwell se encontraba en el número 1 de Stafford Terrace, en el barrio de Kensington. Se trataba de una casa de tres plantas, con un piso inferior y un desván, fachada de ladrillo marrón claro y altas ventanas. Había una escalinata que conducía a la entrada, resguardada bajo un pequeño pórtico con dos columnas de estilo clásico a los lados, que a su vez flanqueaban una puerta negra de madera. También contaba con un pequeño jardín trasero y garaje, donde dormía un lujoso BMW y una Harley Davidson.

Agachó la cabeza y miró la prenda de lana de llamativos colores, exquisitamente elaborada. Observó que se trataba de una bufanda. Una bufanda que no era suya, de modo que alguien se la habría dejado ahí.

Se alarmó al darse cuenta de que, efectivamente, había pasado la noche acompañado, así que examinó su aspecto y las sábanas. Comprobó que estaba vestido por completo, con sus vaqueros rasgados y su camisa intactos. Tampoco parecía que hubiera ocurrido nada en aquella cama, más allá de un reconfortante sueño.

Decidió levantarse, pero, al hacerlo, se tambaleó un poco y sintió de nuevo una fuerte palpitación en sus sienes.

—¡Mierda! —masculló ante el dolor que esto le generó.

Tomó una bocanada de aire y respiró hondo, mientras se dirigía a la planta sótano, donde estaba la cocina. A medida que bajaba las escaleras, notaba cómo sus sienes palpitaban a cada paso, lo que le generó una desagradable sensación.

Entró en la amplia estancia que contaba con una encimera de cerámica, varias estanterías y armarios, además de una pequeña góndola donde estaban los fogones, todo en colores fríos como el blanco y el azul. Lo cierto era que Maxwell no tenía mucha idea de cocina; por eso, siempre contaba con su asistente Joan, que iba cinco días a la semana y le dejaba comida preparada.

A continuación, fue hacia el botiquín y cogió una aspirina para el dolor de cabeza. Llenó un vaso con agua, introdujo la pastilla y, mientras esperaba a que se disolviera, puso dos rebanadas de pan en la tostadora.

Finalmente, se sentó en el salón con su desayuno y encendió la televisión para ver las noticias, aunque apenas se enteró de nada, porque aún seguía aturdido por el dolor. Cuando llenó un poco su estómago, se tomó la medicina, sacudiendo la cabeza con gesto de desagrado al percibir el desagradable sabor.

Paseó su vista por el salón comedor, iluminado por una ventana mirador a un lado, y al otro por una puerta acristalada que daba a un pequeño jardín trasero. Estaba decorada en tonos cálidos, con suelo de madera y una coqueta chimenea presidiendo la sala. En un rincón había una mesa alargada y varias sillas, además de varias estanterías repletas de libros y recuerdos.

Una vez terminó de desayunar, se dio una refrescante ducha y se puso cómodo, con unos pantalones de chándal y una camiseta. Decidió que ese día se quedaría en casa descansando después de la juerga de anoche.

De repente, su teléfono sonó: comprobó que era su hermana Samantha, que se encontraba en su casa, situada también en Kensington.

—Buenos días, hermanito —saludó ella con voz cantarina—. ¿Qué tal? ¿Cómo fue la fiesta de Flo? Te llamo ahora porque imagino que te acostarías tarde.

Maxwell suspiró, llevándose una mano a la nuca.

—Sí, me he despertado hace poco. La verdad es que no recuerdo mucho porque bebí demasiado.

—Así que estás con resaca —comentó Samantha en tono reprobatorio.

—Un poco, sí. De hecho...

—¿Sí?

Maxwell consideró que sería prudente no contarle a Samantha el asunto de la bufanda y esa extraña figura que vio en su habitación hasta averiguar lo que había ocurrido la noche anterior. De esa forma, no se inquietaría, pensó.

—Nada, no tiene importancia.

—Oye, ¿te apetece comer en casa con nosotros? Estoy preparando *roast beef* y Colin ha preparado pastel de zanahoria. ¿Te apuntas? —propuso Samantha.

Maxwell se encogió de hombros, considerando que no era un mal plan.

—Vale, me apunto.

—Entonces, te vemos a las doce. ¡No llegues tarde!

—¡Prometido!

Una vez colgó, lanzó un nuevo suspiro. Se sumergió en sus pensamientos, tratando de recordar lo que pasó la noche anterior. Minutos después, subió a su habitación, donde reposaba la bufanda multicolor sobre la cama. Se acercó, la agarró entre sus manos y comprobó que el olor a dulce vainilla que había percibido esa mañana seguía impregnado en la prenda.

Al notar en las yemas de sus dedos el suave tacto de la lana, se preguntó quién sería la persona que lo había llevado hasta su habitación cuando más indefenso se encontraba. Decidió posponer sus indagaciones por el momento, puesto que debía prepararse para ir a casa de su hermana, que no estaba lejos de la suya.

Una vez estuvo listo, cerró la puerta de la casa tras de sí y decidió dar un largo paseo hasta el hogar de Samantha y Colin. Su hermana llevaba un par de años casada con un viejo amigo de la facultad, con quien se reencontró después de mucho tiempo sin verse. Casi al mismo tiempo, una de sus mejores amigas, Inés, también sellaba su historia de amor con Arturo, dueño de Galerías Olmedo, distribuidores de la ropa de Maxwell Stirling en media Europa.

El hecho de que todos sus conocidos y amigos fueran afianzando sus relaciones hacía que Max se sintiera un poco solo, pues aún no había hallado la estabilidad sentimental. Ciertamente, no le faltaban voluntarias dispuestas a estar a su lado, aunque en ninguna había encontrado el amor verdadero, que era lo que él anhelaba.

Alzó la vista, contemplando la bonita arquitectura de las elegantes casas que poblaban la zona, mientras se acurrucaba bajo su abrigo, ya que aquel día de finales de febrero hacía bastante frío. A pesar de estar en pleno centro de Londres, apenas podía escuchar el bullicio del tráfico, pues esas calles no estaban muy transitadas, lo que las convertía en una especie de oasis en la gran ciudad.

Al cabo de un rato, se detuvo frente al número 7 de Cottesmore Gardens. Abrió la pequeña valla metálica negra, subió la escalinata que conducía a la entrada de la casa de cuatro plantas, de fachada blanca, con altos ventanales, y llamó al timbre. Enseguida, su cuñado Colin acudió a abrir, dándole una cálida bienvenida.

—¡Hola, Max! Venga, pasa —le instó con una sonrisa.

Colin era un tipo alto, realmente atractivo, de cabello castaño y ojos grises, que trabajaba como CEO en una empresa de inversiones. No obstante, al contrario que su hermana y él, Colin provenía de una familia de origen humilde de Manchester. Pese a sus diferencias en muchos aspectos, Samantha y Colin eran para Max la pareja perfecta.

—Huele superbién —comentó Max en referencia al aroma del *roast beef* que se percibía desde el vestíbulo.

—Sí, y tiene una pinta estupenda —aseveró Colin.

Se adentraron en el salón, una amplia estancia iluminada por una puerta acristalada que daba al jardín trasero, con suelo de madera, mobiliario en tonos cálidos y con una chimenea de mármol. Maxwell se frotó las manos, consiguiendo entrar en calor gracias a la agradable temperatura que hacía allí.

—¡Max! Justo a tiempo. Ya está todo listo, así que, a poner la mesa —ordenó Samantha.

Una vez Colin y Maxwell prepararon la mesa que había en el salón comedor, Samantha sirvió el *roast beef*, acompañando la deliciosa comida con un vino rosado. La hermana de Maxwell se había hecho cargo de la empresa familiar, puesto que él decidió dedicarse al diseño.

No obstante, este consideraba que su hermana era la más capacitada para aquella misión; de hecho, lo había demostrado con creces, propiciando el crecimiento del negocio y expandiéndolo. Ambos se parecían mucho físicamente, pues poseían los ojos azules y el cabello oscuro de los Stirling, aunque en algunos rasgos y, sobre todo, en el carácter, se parecían más a su madre.

—Así que la fiesta fue bien, ¿no? ¿Has conseguido recordar algo más? —inquirió Samantha.

—No, me temo que no. Aunque estoy seguro de que alguien me llevó a casa, pero no sé quién.

—Seguramente fue alguno de tus empleados —apuntó Colin.

—Es lo más lógico —añadió Samantha. Entonces, esta recordó algo—. A propósito, se me olvidó comentarte que vi a dos de tus rémoras, Karen y Frankie, en el restaurante del hotel Ritz, cuando estaba reunida con los empresarios japoneses. Se veía claramente que apenas habían dormido. ¿No hacen otra cosa aparte de estar todo el día de juerga o de compras? —explicó malhumorada.

Maxwell torció el gesto ante el término que había empleado su hermana.

—Sam, no seas así... —contestó a modo de reproche.

—Lo siento, pero es que no me cae bien ninguno —sentenció.

Samantha hacía referencia a un grupo de amigos de Maxwell que solían quedar con él para salir de fiesta. Todos pertenecían a familias adineradas, hijos de celebridades, banqueros, empresarios, aunque ninguno se dedicaba a nada en particular. De hecho, a menudo abusaban de la generosidad de Maxwell, ya fuera para pedirle dinero o algún favor.

—Lo sé, aunque sería estupendo que intentaras disimular tu animadversión de vez en cuando.

—A ti tampoco te caía bien mi exnovio, y no disimulabas en absoluto. Aunque, al fin y al cabo, tenías razón y acabé rompiendo con él —respondió Sam.

—Sí, y si no hubiera sido así, no habrías retomado el contacto con Colin y ahora no estarías felizmente casada.

Colin y ella intercambiaron una mirada cómplice.

—Y te lo agradezco. Por eso, te advierto sobre tus rémoras, porque no te hacen ningún bien.

Maxwell suspiró y puso los ojos en blanco.

—Bueno, ¿y qué te dijeron?

—¿Quiénes?, ¿tus rémoras?

Maxwell resopló.

—Sí.

—Me preguntaron qué estabas haciendo, que hacía mucho que no te veían, y yo les dije que estabas ocupado, no di más explicaciones. Además, tampoco quería entretenerme a hablar con ellos. No me gustan nada, sobre todo Karen —espetó con disgusto.

—Son mis amigos, Sam. Pensé que tú eras la diplomática de los dos.

—John y Tania son tus amigos, Max. Ellos te conocen desde hace años y no te quieren por el interés. ¿Por qué ya no quedas con ellos?

—Porque siempre están ocupados con sus hijos y eso. Yo no pinto nada.

—Los hijos de John te adoran, y los de Tania igual. Ambos te ayudaron mucho al principio de tu carrera, siempre estuvieron a tu lado.

—Lo sé, pero me siento fuera de lugar, Sam.

—Lo que necesitas es encontrar estabilidad y madurar un poco. Ya va siendo hora de tener una relación seria, ¿no crees?

—Cariño, no le presiones —le pidió Colin—. Max es mayor para tomar sus propias decisiones.

—¡Exacto! Además, no es fácil encontrar a alguien, Sam. Yo lo intento, pero nunca acierto —se defendió Max.

—Porque buscas en los sitios equivocados. En los últimos años has estado saliendo con mujeres de cuerpos esculturales pero vacías, caprichosas, egoístas y superficiales. Lo que necesitas es una mujer inteligente y generosa a tu lado, aunque no tenga un físico deslumbrante. Porque el aspecto no lo es todo, hay que mirar más allá.

Maxwell esbozó una sonrisa ladina al recordar a su última conquista, una actriz llamada Jennifer Getty.

—No puedo evitarlo, hermanita. Soy débil ante la belleza —aseveró.

Samantha negó con la cabeza mientras Colin se reía.

—Así no te casaremos nunca. En fin, ¿qué le vamos a hacer? —respondió Sam.

Después de compartir varias horas de animada conversación, Maxwell regresó a su casa. Recorrió las solitarias calles, sumido en sus pensamientos.

Comprendía la inquietud de su hermana por su vida sentimental; sin embargo, para él tampoco era fácil encontrar el amor. El ambiente en el que se movía estaba repleto de criaturas superficiales e hipócritas, que tan solo buscaban entablar relaciones motivadas por algún tipo de interés personal o profesional. Por eso, no era sencillo dilucidar si alguien te apreciaba de verdad o si solo quería algo de ti.

En más de una ocasión, Maxwell se había llevado la decepción de descubrir que alguna de las mujeres de las que se había enamorado simplemente deseaban estar a su lado para conseguir fama y dinero. Esto le había dejado profundas heridas en su corazón y un halo de desconfianza que él escondía tras una actitud desenfadada y una sonrisa.

De nuevo, regresó a su mente el recuerdo de aquella mañana: una silueta, el olor a dulce vainilla, la calidez que se había quedado impregnada en las sábanas. Lanzó un suspiro, frustrado ante su falta de memoria. Seguramente, como bien dijeron Samantha y Colin, alguno de sus empleados le llevó a casa.

No obstante, no estaba del todo convencido. «¿Quién sería?», se preguntó. Algo en su interior le instaba a averiguarlo, aunque solo fuera para darle las gracias a la persona que lo ayudó en un momento tan vulnerable. ¿Lo conseguiría? Esbozó una media sonrisa ante el desafío.

Capítulo 2

El taller de Maxwell Stirling se encontraba en un pequeño edificio de ladrillo marrón de dos plantas en Bayham Street, en el barrio de Camden Town. Llevaba allí instalado desde hacía varios años, cuando comenzó su andadura en el mundo de la moda siendo aún un veinteañero recién salido de la universidad.

Durante mucho tiempo vendió su ropa a través de una tienda en Internet, hasta que su ropa llegó a las tiendas físicas gracias a un acuerdo con Galerías Olmedo que seguía vigente. No obstante, su base de operaciones era aquel taller de Camden.

Flo era la jefa del taller, su persona de confianza, una mujer de mediana edad que llevaba años trabajando en la industria y que creyó en aquel joven lleno de ilusiones que, por suerte, no la decepcionó.

El resto del equipo estaba formado por Annete, Ruby, Gloria, Frances, Stefi y Laurel, que se dedicaban a coser y preparar las prendas con las máquinas; John y Derek, que se encargaban del transporte de los materiales y de que todo estuviera en orden con los pedidos; y Lilian, que se ocupaba de organizar la agenda, la contabilidad y las relaciones con los clientes y la prensa. Ella había sido la incorporación más reciente, ya que, hasta hacía poco tiempo, Max se encargaba personalmente de las relaciones con los clientes, pero el trabajo cada vez era mayor, de modo que decidió dejar esa tarea a otra persona.

Eran alrededor de las ocho y media de la mañana de aquel día nublado y frío, que vaticinaba un pronto aguacero, cuando Maxwell entró en el taller, donde aún no había nadie.

A él siempre le gustaba ser el primero en llegar y el último en irse, buscando en parte también un poco de soledad para crear. Lo cierto era que estaba algo inquieto, ya que en junio sería la Semana de la Moda de Londres y quería presentar para entonces sus nuevas creaciones. Sin embargo, andaba falto de inspiración, pese a haber estado todo el fin de semana tratando de hacer algún boceto.

Cuando entró en el edificio, dejó su abrigo y su bufanda en el perchero del recibidor. Atravesó un corto pasillo que conducía a una amplia estancia donde estaban las mesas que formaban parte del taller para, a continuación, subir unas escaleras de madera ubicadas en un lateral, que llevaban a la planta superior donde estaba su despacho, que era acristalado. Desde allí tenía una panorámica perfecta de las instalaciones y también de la bulliciosa calle, repleta de comercios de diversa índole.

Se acomodó en la silla acolchada frente a su escritorio de madera y paseó su vista por el lugar: en los muros de ladrillo colgaban algunos cuadros con bocetos de otras colecciones, además de algunas fotografías de eventos y celebraciones, y había una amplia estantería con libros, donde reposaba en un estante el premio a «Mejor diseñador del año» que le concedió el Consejo

Británico de Moda. Un merecido reconocimiento a su trabajo, algo de lo que se sentía muy orgulloso, ciertamente.

—Buenos días, Max —saludó Flo desde el umbral de la puerta, sacándole de su ensimismamiento.

—Buenos días, Flo —respondió con una mueca de agrado.

La mujer de baja estatura, cuerpo menudo y algunos mechones canosos en su cabello oscuro, se adentró en la estancia hasta detenerse ante el escritorio.

—¿Qué tal el resto del fin de semana? ¿Has conseguido diseñar algo?

Maxwell suspiró con resignación.

—Me temo que no. Tengo un bloqueo tremendo.

Flo lanzó una ligera carcajada.

—No me extraña. Creo que el alcohol que te tomaste el sábado te ha afectado a las neuronas.

Maxwell alzó una ceja.

—¿Tan terrible fue?

Flo se encogió de hombros.

—Yo no diría eso. Lo cierto es que fuiste el alma de la fiesta. Estabas un poquito desatado. Creí que, al quitarte el estrés, estarías más inspirado.

—Pues no es así, no —contestó abatido. Entonces, Maxwell recordó algo—. Oye, Flo, ¿tú sabes quién me llevó a casa esa noche?

La mujer negó con la cabeza para decepción de Maxwell.

—No, yo me fui pronto.. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que alguien me acompañó a casa esa noche y no recuerdo quién fue.

—Seguramente, sería alguno de tus ligues. Ya te vale no acordarte —le reprochó.

—No, no fue un ligue, de eso estoy seguro. Estaba completamente vestido y no había evidencias de que hubiera pasado... Bueno, ya me entiendes.

Flo se quedó extrañada.

—Qué raro. A lo mejor alguna de las chicas lo sabe, porque ellas se quedaron hasta tarde.

Justo en ese instante, Lilian se asomó por la puerta, al tiempo que se escuchaba de fondo el alboroto de la planta inferior, señal que había llegado el resto de los empleados. Lilian lucía unos pantalones negros de vestir, una blusa de color blanco, sus gafas de pasta de color rojo a juego con sus labios, y en su nariz destacaba un discreto *piercing*, que le daba un toque desenfadado.

—Buenos días —saludó pizpireta—. ¿Qué tal estáis? ¿Preparados para afrontar el lunes?

—Buenos días, cielo. No queda más remedio, me temo —apuntó Flo divertida.

—Por cierto, menudo cumpleaños, Flo. Me lo pasé en grande.

—Me dijeron que saliste acompañada... —indicó Flo con picardía.

Lilian suspiró.

—Sí, y menuda compañía. Apenas me dejó dormir —respondió en tono burlón—. Hemos quedado para vernos esta semana otra vez.

—Vaya, entonces la cosa promete —apuntó Flo.

—¡Eso espero! —respondió Lilian—. A propósito, ¿qué tal te fue con esa chica, Max? —

inquirió a su jefe, que había sido testigo silencioso de la conversación.

Este se mostró sorprendido.

—¿Esa chica? Entonces, sabes quién me llevo a casa, ¿no? —preguntó con interés.

Lilian inclinó la cabeza con gesto interrogante, lo que hizo que Flo pasara a explicarle el asunto.

—No recuerda nada —comentó.

Lilian asintió comprensiva.

—Entiendo.

—Lilian, ¿recuerdas cómo era o cómo se llamaba esa chica? —inquirió Max ansioso.

Lilian se tomó unos segundos para hacer memoria.

—Bueno, me explicó que te conocía de antes y me dijo su nombre, aunque no lo recuerdo bien. Creo que empezaba por E. Pero de su aspecto me acuerdo: tenía el pelo oscuro, un poco largo y los ojos castaños, o eso me pareció. Era delgada, alta, y parecía muy simpática, aunque fue un poco tímida al principio.

Maxwell, pese a la descripción, no conseguía relacionar a aquella mujer con el perfil de ninguna conocida.

—Pues sigo un poco igual. Porque mujeres con esas características hay muchas, Lilian.

—Si recordara más, te lo diría. ¿Y por qué tanto interés en ella?

—Se dejó su bufanda en mi casa e imagino que querrá recuperarla —contestó, quitando importancia.

Lilian y Flo intercambiaron unas miradas suspicaces.

—Ya, será eso —comentó Lilian.

Maxwell decidió olvidarse del asunto al darse cuenta de que no hallaría la respuesta que buscaba por el momento, de modo que cambió de tema.

—Bueno, será mejor que nos pongamos a trabajar, que hay mucho que hacer y todavía no he empezado —dijo, levantándose—. ¡Manos a la obra!

A partir de ese momento, Maxwell se concentró en las tareas que le deparaban aquella jornada: reuniones con los proveedores, conversaciones pendientes con clientes, arreglos de algunos encargos. Esto apenas le dejó tiempo para concentrarse en los diseños que quería elaborar, lo que le generó cierta frustración.

Más tarde, cuando se acercaba la hora de comer, una inesperada pero siempre bienvenida invitada apareció en el taller. Se trataba de Estela, la madre de Maxwell. La mujer, que se había jubilado hacía poco, tras años trabajando como enfermera, disfrutaba enormemente de su tiempo libre haciendo pilates y acudiendo a clases de pintura en una academia en Camden Town, muy cerca del taller de su hijo.

Estela entró en el taller, percibiendo enseguida el alboroto que generaban las máquinas de coser y las ruidosas conversaciones. Distinguió entre el bullicio la voz de Maxwell, que estaba charlando con alguien por teléfono en un rincón, mientras daba indicaciones a uno de los empleados. La mujer esbozó una mueca de agrado al verlo inmerso en lo que más le gustaba. Porque, pese al estrés, para Maxwell aquello era un sueño cumplido.

Enseguida, los empleados se percataron de la presencia de la mujer, a la que conocían bien y se dispusieron a saludarla con afecto.

—¡Estela! ¿Cómo tú por aquí? —dijo Flo, dándole un beso en la mejilla.

—Hoy hemos acabado antes en la academia y he pensado llevar a Maxwell a comer algo. ¿Cómo va todo?

—Bien. Como ves, andamos atareados.

—¿Crees que mi hijo podrá hacerme un hueco?

—Ya sabes que sí. Tú eres una de sus prioridades —afirmó Flo.

En ese momento, Maxwell colgó y al descubrir que su madre estaba allí, esbozó una deslumbrante sonrisa mientras se acercaba.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí? —la saludó dándole un efusivo abrazo.

—Venía a invitarte a comer. ¿Tienes tiempo?

—Para ti, siempre —aseveró—. Dame cinco minutos.

A continuación, se dirigió a Lilian y, tras darle una serie de indicaciones, volvió con su madre. Salieron del taller a los pocos minutos, dirigiéndose a un restaurante griego cercano, que Maxwell solía visitar. Entraron en el establecimiento de pequeñas dimensiones, en cuya decoración predominaban los colores blanco y azul de la bandera helena. Al ver que no había sitio en el interior, decidieron acomodarse en una de las mesas del exterior, pese al frío.

Una vez les sirvieron la comida que habían pedido, retomaron la conversación.

—¿Y cómo te ha ido la clase de pintura? —inquirió Maxwell.

—Bien. No estoy a la altura de Velázquez todavía, pero dice la profesora que estoy encontrando mi estilo —bromeó.

Maxwell se rio ante la ocurrencia de su madre.

—Creo que a Velázquez le costó unos cuantos años perfeccionar su técnica.

—Bueno, solo soy una aficionada, hijo. No busco fama ni reconocimiento —explicó—. ¿Y qué tal fue el cumpleaños de Flo?

—Estuvo bien. Le organizamos una cena en el taller y luego nos fuimos a un club a bailar.

—Imagino que volverías locas a las chicas, porque, cuando te pones a bailar en mitad de la pista, pareces Tony Manero —apuntó risueña.

—Pues no lo recuerdo, la verdad.

Estela frunció el ceño.

—¿Cómo que no lo recuerdas?

Maxwell torció el gesto.

—Es que bebí un poquito...

Estela puso los ojos en blanco y resopló.

—En serio, eres tremendo.

—Bueno, es lógico que, cuando sales a divertirte, te tomes algunos chupitos.

—Pero no te meterías en algún lío, ¿no? —preguntó suspicaz.

—Según me dijeron, fui el alma de la fiesta. Aunque no me metí en líos —aseveró, obviando el asunto de la mujer que lo acompañó a casa. Ciertamente, no deseaba que su madre le sometiera a

un interrogatorio.

—Eso me consuela —comentó—. A propósito, ¿a qué no sabes con quién estuve hablando ayer después de mucho tiempo?

—No, ¿con quién?

—Con Nancy Turner. ¿Te acuerdas de ella?

Maxwell se sorprendió al oír ese nombre.

—Sí, fue compañera tuya en el hospital durante unos años.

—Fue más que eso. Fue la primera amiga que hice cuando llegué aquí y fue la persona que más me ayudó a adaptarme. Le debo mucho a Nancy.

Maxwell esbozó una sonrisa.

—Sí, nos lo has dicho muchas veces. ¿Cómo está?

—Bien, afortunadamente. Me contó que su marido se acaba de jubilar y le ha dejado la empresa de carpintería a sus sobrinos. Aún tenemos el escritorio que nos hizo para el despacho de tu padre. Era todo un artista con la madera —aseveró—. También me comentó que sigue trabajando como secretaria médica, aunque le queda poco para jubilarse, y me estuvo hablando de Erin. ¿Te acuerdas de ella?

Maxwell asintió al recordar a la joven.

—Sí, claro. ¿Qué es de su vida?

—Trabaja como ginecóloga en el Queen's Charlotte and Chelsea Hospital desde hace varios años. Está especializada en Obstetricia; básicamente, trae bebés al mundo. Es de las mejores, según tengo entendido.

Maxwell se sorprendió ante esto.

—¿En serio? Vaya, nunca lo habría imaginado.

—Yo sí lo imaginaba. Siempre tuvo mucho interés en la Medicina, incluso lo hablamos su madre y yo alguna vez. Lo que ocurre es que tú no te fijabas en ella, porque andabas distraído con otras cosas. Sobre todo, en la adolescencia, que cada vez tenías una novia distinta. Y apenas has cambiado, me temo —dijo un poco a modo de reproche.

Maxwell se encogió de hombros.

—Yo quiero una relación estable, pero es difícil, mamá.

Estela suspiró.

—Ya sé que no es fácil. Sin embargo, también tú tienes parte de culpa, porque no buscas bien. Te dejas impresionar por las chicas guapas y no te paras a mirar lo demás, hasta que ya es tarde. Eres muy enamorado y generoso, y se aprovechan de ti.

—Soy así, mamá. Tampoco quiero cambiar.

—Yo tampoco quiero que cambies, Max. Eres un encanto. Un poco loco a veces, porque dices lo primero que se te ocurre sin medir las consecuencias. Sin embargo, la sinceridad no es un defecto, a mi parecer. Quizás deberías mejorar tu nivel de prudencia y tomarte las cosas con más calma.

—Ahora no estoy con nadie. Más calma, imposible.

—Yo también estuve mucho tiempo sola antes de conocer a tu padre. Y luego nos llevó tiempo

conocernos de verdad, llegar a saberlo todo el uno del otro. Cuando llegas a un nivel en el que solo una mirada basta para saber lo que el otro piensa, entonces sabrás que estás con tu alma gemela.

Maxwell suspiró.

—Ojalá la encuentre pronto, porque parece que me rehúye.

Estela se rio.

—Todo a su tiempo, Max. Todo a su tiempo.

Capítulo 3

Aquel lunes por la tarde, Erin salió al fin del paritorio, tras un arduo alumbramiento que había tenido un final feliz. Pese al cansancio, la joven sonreía dichosa después de un trabajo bien hecho.

Erin Turner, de treinta y tres años, llevaba trabajando como ginecóloga especializada en Obstetricia en el Queen's Charlotte and Chelsea Hospital desde que prácticamente salió de la facultad. Con el paso del tiempo, había adquirido una célebre reputación por su profesionalidad y su considerable experiencia. De hecho, era conocida como una de las grandes especialistas en la materia, incluso había llegado a publicar varios estudios en revistas científicas y un libro sobre la preparación al parto.

Mientras se quitaba los guantes y la mascarilla, se acercó a ella Lauren, su enfermera y amiga, con quien llevaba años trabajando en el mismo hospital.

—Enhorabuena, doctora Turner. Otro parto difícil que acaba bien —dijo Lauren contenta.

—Esas felicitaciones son para todo el equipo, Lauren.

—Vamos, no seas tan modesta y acepta una felicitación merecida —respondió Lauren.

Erin se rio.

—Gracias. Me alivia que, al final, pese a las complicaciones, todo saliera bien.

—Sí, además, la niña es monísima. Y ya sabes que los recién nacidos suelen ser feos.

Erin volvió a reírse.

—Me gustaría verte a ti después de tantas horas intentando salir por un agujero estrecho mientras te están empujando. No creo que tuvieras buen aspecto.

—Creo que tengo peor aspecto que ellos cuando me levanto al día siguiente, después de una noche de juerga.

Ambas rieron. A continuación, se dirigieron a los vestuarios, donde Erin se cambiaría de ropa, puesto que su turno al fin había terminado. Mientras sacaba de su taquilla su bolso, Lauren retomó la conversación, aunque esta vez, por otros derroteros.

—Menuda juerga el sábado. Eso es abandonar el luto por la puerta grande.

Erin frunció el ceño.

—¿El luto?

—Vamos, ya sabes a qué me refiero. Desde que rompiste con Lewis no te has ido de fiesta ni una vez. Has estado prácticamente un año encerrada.

Erin negó con la cabeza.

—Me parece que exageras un poco; sí que he salido.

Lauren alzó una ceja.

—Ir al supermercado no es salir, querida. Has estado andando como un alma en pena. De casa al trabajo y del trabajo a casa.

Erin lanzó un suspiro de resignación, porque sabía perfectamente que tenía razón.

—No es fácil superar algo así, Lauren. Estas cosas llevan su tiempo.

—Ninguno de esos dos merecía ninguna de tus lágrimas, Erin. Fueron dos cerdos. Él, porque era tu novio, y ella, porque era tu mejor amiga —aseveró Lauren.

Erin notó una punzada de dolor en el corazón al recordar lo que ocurrió un año atrás, cuando descubrió lo que tanto tiempo había ignorado.

—No quiero hablar de ello. Es cosa del pasado —zanjó.

La enfermera asintió comprensiva.

—Tienes razón. Hablemos del presente; bueno, de lo que ocurrió el sábado. ¿Cuándo vas a ir a ver Maxwell Stirling? —inquirió con picardía.

Erin torció el gesto.

—Aún no lo sé.

Lauren frunció el ceño.

—¿Cómo que no lo sabes? Tienes que ir a recuperar tu bufanda. Corres el riesgo de pillarte un resfriado —advirtió burlona.

—Seguramente no se acuerda de nada.

—Es probable. Pero eso te brinda una oportunidad fantástica para invitarle a cenar y hacerle recordar... O lo que surja —propuso con un atisbo de sensualidad.

Erin se mordió el labio inferior, nerviosa.

—Solo iré a recuperar mi bufanda, nada más. No es necesario interactuar más.

—A lo mejor te lo sugiere él como muestra de agradecimiento por acompañarlo a casa.

—Lo dudo. Además, Maxwell es un tipo ocupado. Tendrá la agenda repleta —dijo. Entonces, una idea cruzó su mente—. ¿Sabes qué? Creo que no iré. Que se la quede y ya está.

—Esa bufanda era de tu abuela, siempre dices que es tu mayor tesoro —indicó Lauren.

De repente, el recuerdo de su querida abuela Josephine tejiendo sentada en el sillón de su hogar, junto a la chimenea, regresó a su memoria. Aquella bufanda fue un regalo sumamente especial, puesto que ella misma había elegido los colores de la lana con la que se confeccionó. Siempre la usaba para combatir el frío, pese a los muchos años que tenía.

Torció el gesto mientras oía la voz de su abuela en su cabeza, animándola a ser valiente, como tantas veces había hecho en el pasado.

—Tienes razón. Es que, con el cansancio, no razono bien. Lo que haré es pasarme mañana por su casa, a ver si con suerte está allí.

—¡Así se habla! Y ponte guapa, que el anzuelo hay que engalanarlo para pescar algo —dijo Lauren, guiñándole un ojo.

Erin puso los ojos en blanco.

—No tienes remedio.

—Ya me conoces. A propósito, hablando de tíos guapos. ¿Cómo está Kyle?

Kyle era el atractivo vecino de Erin, por quien Lauren suspiraba sin descanso. El joven, de

treinta años, era monitor de gimnasio, además de ofrecer consejos sobre nutrición y ejercicio en su canal de Youtube y en su perfil de Instagram, donde tenía muchos seguidores. Se había convertido en una celebridad que atraía a millones de féminas a sus redes; entre ellas, a la propia Lauren.

—Bien, supongo. Apenas le veo.

—Oye, he pensado que, como mañana tengo el turno libre, podríamos organizar cenita en tu casa. Puedo hacer tarta de queso, tu preferida —sugirió Lauren.

Erin se rio.

—Como vas a hacerme tarta de queso, pasaré por alto el hecho de que solo vas a mi casa para cruzarte con Kyle.

Lauren se llevó una mano al pecho, fingiendo dramatismo.

—¿Cómo puedes pensar eso? Es solo que me apetece cenar contigo y que charlemos. Además, así me cuentas cómo fue tu visita a casa de Maxwell.

Erin suspiró con resignación.

—Vale, pero no te emociones, porque no va a pasar nada.

Lauren se cruzó de brazos con aire desafiante.

—Eso ya lo veremos.

Finalmente, Erin salió del vestuario con intención de poner rumbo a su hogar. No obstante, antes decidió dirigirse a la zona de incubadoras, donde tenía una visita pendiente.

Dos meses atrás, tuvo que hacer frente a un parto prematuro, que provocó que el bebé, de tan solo siete meses, tuviera que quedarse en el hospital. El pequeño, de nombre Elijah, seguía luchando, avanzando poco a poco en su recuperación.

Para Erin, el caso de Elijah iba más allá de lo profesional y, siempre que podía, pasaba a hacerle una visita para saber cómo iba evolucionando.

Llegó minutos después ante la zona de neonatos, donde vio a través del cristal a su paciente, cuya madre estaba a su lado, acunándolo. La joven sintió su corazón encogerse ante aquella escena tan tierna, pero a la vez tan desoladora.

—Hola, Erin —la saludó el doctor Cushing, el pediatra que tenía asignado el caso de Elijah.

La joven se sobresaltó ligeramente ante la repentina aparición.

—Hola, Jack. ¿Qué tal? ¿Cómo va todo?

—De momento, todo tranquilo. Imagino que vienes por Elijah.

Ella asintió.

—Sí. ¿Cómo está?

—Estable, por ahora. Tuvo unas décimas de fiebre anoche, pero se ha recuperado rápido con la medicación. ¿Quieres que avise a Edith? —inquirió el doctor en referencia a la madre de Elijah.

—No, no te preocupes. Solo dile que he pasado por aquí. Además, no quiero molestarlos. Los dos están muy a gusto —apuntó mirando de nuevo a ambos.

El doctor Cushing esbozó una media sonrisa.

—Se está muy bien entre los brazos de la persona que más te quiere.

—Cierto —comentó meditabunda—. Bueno, me marcho ya. Ya pasaré otro día. Y, por favor, si

hay novedades...

—Descuida, te avisaré —aseveró el doctor Cushing.

Finalmente, salió del hospital y se dirigió al metro, donde se subió a uno de los abarrotados vagones. Tras llegar a la parada correspondiente, paseó hasta su casa, situada en el número 117 de Bleheim Crescent, en el barrio de Notting Hill. Aquella tarde, la luz plateada, que atravesaba el cielo cubierto de nubes, daba un tono grisáceo al ambiente, mientras el frío asolaba con fuerza la ciudad. Erin se acurrucó bajo su abrigo, atravesando las pintorescas calles de la zona, habitada por casas de distintos colores, unos más brillantes y otros más suaves.

Se detuvo ante un edificio de cuatro plantas, de ladrillo y yeso blanco, cuya entrada estaba cobijada bajo un pequeño pórtico sostenido por dos columnas. Subió la escalinata que conducía a la puerta, entró y se dirigió a mano izquierda, donde estaba su hogar, en la planta baja.

Notó enseguida la calidez que reinaba en su casa, que no era de grandes dimensiones. Contaba con una habitación, cocina que daba a un patio trasero, un baño y un encantador salón bien iluminado, gracias a una ventana mirador. Sus pasos, que se dirigían a su cuarto, resonaron en el suelo de madera y, una vez llegó, dispuso todo para darse una refrescante ducha, que le quitó parte del cansancio de la jornada.

A partir de esa tarde, tendría un día libre para poder relajarse y recargar energía. Una vez se puso un cómodo pijama, fue a preparar la cena. Cuando se sentó ante la mesa que tenía en el salón, ya había oscurecido. En aquella estancia de tonos cálidos y muebles de madera reinaba una quietud impropia de una gran ciudad como Londres.

Llevaba viviendo allí desde hacía más de seis meses, tras separarse de Lewis, que se quedó en la casa que habían compartido durante cinco años. Los bonitos recuerdos de aquella relación se tornaron amargos después de la ruptura. Una relación en la que Erin había depositado muchos sueños y esperanzas. Se había imaginado pasando el resto de su vida con Lewis, formando una familia con él. Sin embargo, el destino nos depara sorpresas despiadadas, que cambian nuestra existencia en tan solo unos segundos.

Encendió la televisión, donde estaban emitiendo las noticias, y se puso a degustar su cena. En ese momento, emitían un breve reportaje sobre un desfile del diseñador Giorgio Armani en Milán. De repente, el rostro de Maxwell cruzó su mente de forma casi inevitable.

Caviló durante unos segundos y se sumergió en un viejo recuerdo. Un recuerdo lejano, cuyo escenario fue la casa de los Stirling en Kent.

Capítulo 4

Stirling Park, Kent, 19 años atrás...

La casa de los Stirling se hallaba al final de un camino de tierra y gravilla. Desde la cancela metálica que daba acceso a la propiedad podía vislumbrarse la fachada de color grisáceo, labrada en piedra, habitada por elegantes y altas ventanas, que parecían grandes ojos que vigilaban al visitante.

Erin, de catorce años, siempre se quedaba fascinada cuando veía aquel precioso lugar, que parecía salido de alguna de las novelas de Jane Austen que tanto le gustaba leer, a pesar de no ser la primera vez que lo visitaba.

El coche se detuvo ante la entrada de la mansión, donde justo enfrente había una bonita fuente que representaba a la diosa griega Afrodita acompañada de unas ninfas, un capricho de uno de los antepasados de los Stirling, fascinado por la mitología.

Pese al rango aristocrático de los Stirling, estos se mostraban cercanos y afables con sus invitados, que ese día serían numerosos. Entre ellos, se encontraban los Turner, que habían venido desde Coventry.

Ambas familias se conocían desde hacía años, puesto que la madre de Erin, Nancy, había trabajado con Estela y eran grandes amigas. No obstante, cuando se casó, Nancy se mudó a Coventry, de donde era su marido.

Tras intercambiar los pertinentes saludos, que siempre eran cálidos y afectuosos, especialmente por parte de la madre de Maxwell, que tenía un carácter realmente afable, los Turner se adentraron en la casa, en cuya decoración predominaban la madera y los colores cálidos.

Los perros de la familia, Lionheart y Boudica, un *setter* y un *pointer* respectivamente, acudieron a dar la bienvenida a Erin, a la que recordaban de sus visitas anteriores. La joven sonrió al verlos y, tras unos mimos, los perros se alejaron para reunirse con lord Stirling, el padre de Max.

Mientras los adultos charlaban y comían en el esplendoroso jardín, Erin se quedó en un rincón, observando. Aunque había varios jóvenes de su edad, la joven era muy tímida y le costaba mucho socializar, algo que era prioritario en ese tipo de reuniones.

Estaba semiescondida, sentada en un banco de piedra, cuando cerca de allí vio al joven Maxwell Stirling, que estaba solo, tomando un vaso de limonada. Maxwell, de dieciséis años, ya poseía el atractivo que lo haría célebre entre las féminas y llamaba la atención por su atuendo, consistente en unos pantalones ajustados negros y una camiseta de color blanco, con una serie de líneas serigrafiadas en tonos chillones, todo ello coronado con unas zapatillas Converse. Era ciertamente rompedor, teniendo en cuenta que los invitados lucían un aspecto mucho más sobrio.

En ese momento, se acercaron a él tres jóvenes que llevaban pantalones de vestir y camisas con logos de Lacoste y Ralph Lauren. A Erin no le causaron una buena impresión, puesto que, por su forma de moverse y comportarse, intuía que tenían personalidades conflictivas. De hecho, se parecían a los matones de su instituto, aquellos que se metían con ella.

—Oye, ¿de dónde has sacado esa camiseta? ¿De un mercadillo? —inquirió uno de ellos, burlón.

Maxwell alzó una ceja, sin decir nada en respuesta.

—Este no es el Festival de Coachella, Maxwell —añadió otro entre risas.

—Aunque, bueno, los mariquitas como tú os identificáis así, ¿no? Lo digo por las pintas. Seguro que tienes la agenda llena de tíos que te quieren... ya sabes —dijo otro.

—Debería darte vergüenza ir llamando tanto la atención —indicó el primero.

Maxwell lanzó un suspiro.

—Martin, ¿verdad?

El primero de los que iniciaron la burla, asintió.

—Sí, soy yo.

Maxwell se acercó a él, al tiempo que Erin sentía su pulso acelerarse.

—Oye, Martin, en serio, no hace falta que hagas todo esto.

El joven frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

Maxwell sonrió.

—Si te gusto, solo tienes que decirlo. No hace falta que des tantos rodeos. No estamos en esta vida para perder el tiempo —respondió, dejando a los presentes atónitos.

Martin tragó saliva, nervioso.

—Pero ¿qué estás diciendo? Yo no...

Maxwell negó con la cabeza.

—Sin embargo, tengo que confesarte que no eres mi tipo, así que lo nuestro es imposible. Pero, tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo. Y tampoco creo que estas dos reinonas digan nada. De hecho, no os preocupéis: mis labios están sellados. Aunque deberíais aceptaros tal y como sois. Así seríais más felices.

—¿De qué vas? —inquirió uno de ellos, incrédulo.

Maxwell se rio.

—No os pongáis tan nerviosos. De hecho, puedo recomendaros un club genial donde podréis conocer a chicos superguapos y nadie se meterá con vosotros.

Los tres retrocedieron, visiblemente aturdidos ante aquel inesperado giro de los acontecimientos.

—Este tío está loco —indicó uno.

—Será mejor que nos vayamos —intervino otro.

Se alejaron apresuradamente, mientras Maxwell sonreía triunfal, ante la mirada sorprendida de Erin, que había sido una espectadora silenciosa. El joven se marchó del lugar, haciendo que Erin se entristeciera un poco, pues le gustaba observarlo.

Al cabo de unos minutos, Erin entró en la casa, puesto que quería ir al baño. Tras salir del lavabo, recorrió un largo pasillo, donde el sonido de sus pasos hacía eco, dispuesta a regresar al jardín. Sin embargo, al girar la cabeza se dio cuenta de que la puerta de madera de caoba que daba acceso a la biblioteca estaba semiabierta. Llevada por la curiosidad y por el hecho de que era su estancia favorita de la casa, decidió adentrarse en ella.

Al entrar, el sonido de la madera crujiendo bajo sus pies a cada paso rompió ligeramente la quietud que reinaba en la sala. Paseó su vista alrededor, contemplando la majestuosa decoración: enormes estanterías de madera repletas de libros, lámparas de araña en el techo, un escritorio, dos sillones y un diván. Presidía el lugar una gran chimenea de mármol, sobre la que había un cuadro bastante antiguo, retrato de una hermosa dama de rasgos similares a lord Stirling, y el lugar estaba profusamente iluminado por la luz que entraba a través de los amplios ventanales.

Se detuvo ante una de las ventanas, desde donde podía contemplarse un enorme almendro que cobijaba un banco de piedra, y, cerca de allí, un bonito estanque junto a una rosaleda.

—Vaya, una intrusa —dijo una voz a su espalda que la hizo sobresaltarse.

Erin se giró rápidamente y descubrió a Maxwell Stirling mirándola desde el umbral de la puerta. La muchacha colocó uno de los mechones de su melena detrás de su oreja con evidente nerviosismo, al tiempo que notaba sus mejillas arder y su pulso acelerarse.

—Perdona, no sabía que no podía entrar...

Maxwell se rio, desconcertando a Erin.

—Tranquila, puedes quedarte —aseveró, cerrando la puerta.

Erin observó que Max llevaba en una de sus manos una libreta y un pequeño estuche.

—Si quieres estar solo, puedo irme.

Max se acomodó ante el escritorio, dejando la libreta y el estuche sobre la mesa.

—No hace falta, puedes quedarte. Aunque no te haré mucho caso.

Erin sintió mucha curiosidad por aquella libreta; no obstante, no se atrevía a indagar.

—De acuerdo —respondió, regresando a la ventana para contemplar el jardín.

Se hizo el silencio en la estancia, mientras se escuchaba el sonido de la punta del lápiz sobre el papel. Erin observó a Maxwell, llena de curiosidad. Parecía realmente concentrado, incluso se podría decir que se había olvidado del mundo por completo.

De repente, Maxwell levantó la vista y sus miradas se encontraron, lo que provocó que las mejillas de Erin ardieran de nuevo. El joven esbozó una media sonrisa llena de picardía.

—¿Quieres ver lo que estoy haciendo?

Erin torció el gesto y se encogió de hombros.

—Bueno, si no te importa...

—Ven, acércate —la instó.

Erin se dirigió hacia el escritorio, donde se colocó al lado de Maxwell. Este le mostró la hoja de la libreta donde había dibujado un conjunto de pantalón y camiseta, con líneas de color rojo y negro.

—¿Qué te parece? —inquirió Max.

Erin contempló el dibujo, visiblemente desconcertada.

—¿Es un diseño?

—Sí, para mujer. Se me acaba de ocurrir ahora. Necesitaba dibujarlo, porque no se me iba de la cabeza.

Erin se quedó sorprendida.

—Vaya, no sabía que te gustara la moda.

—No lo sabe prácticamente nadie. Excepto dos personas: mi abuela materna y tú.

Esto sobrecogió el corazón de Erin.

—Es... bueno... un honor ser de las primeras en saberlo —afirmó—. ¿Y desde cuándo diseñas?

—Me interesa la moda desde siempre, pero llevo poco tiempo confeccionando mis propios diseños. Aprendí todo de mi abuela Natividad. Ella trabajó como sastra y le hacía la ropa a mi madre y a mis tíos.

Erin se quedó impresionada ante la revelación.

—Así que te viene de familia.

—Sin duda —afirmó orgulloso—. Pero, oye, no me has dicho qué te parece.

Erin volvió a mirar el dibujo.

—Me gusta. Creo que es muy original. Además, los colores le dan un toque muy llamativo. Destaca entre la multitud de grises.

Max abrió mucho los ojos.

—¿Verdad? A veces me da la impresión de que todo el mundo viste igual, con colores oscuros. Es como si cortaran todo con el mismo patrón.

—Sí, cierto. De hecho, me gusta tu camiseta. ¿La has diseñado tú?

Max asintió con orgullo.

—Sí. Aunque no es de mis mejores diseños.

—Pues a mí me encanta. Te da un toque diferente.

—Gracias —respondió contento—. Por cierto, apenas te he visto por la fiesta. ¿Has estado aquí todo el rato?

—No, he estado en un rincón, cerca de unos arbustos.

Max estrechó la mirada.

—¿Te escondes de alguien?

Erin se encogió de hombros.

—No, es que me cuesta un poco socializar. Las multitudes me dan un poco de miedo.

—Pensé que algún idiota se había metido contigo. Por desgracia, entre los invitados hay unos cuantos —comentó malhumorado.

Erin negó con la cabeza.

—No, tranquilo, nadie se ha metido contigo. Aunque en el instituto no tengo la misma suerte.

—¿Alguien se mete contigo en el instituto? —inquirió Max, un poco molesto.

—Sí, me llaman fea o cara de extraterrestre. Y la verdad es que tienen razón, porque mi cara es un poco rara —contestó apenada.

Max observó el rostro de la joven con interés, haciendo que se sintiera un poco abrumada.

—Yo no veo nada raro en tu cara. De hecho, creo que tienes unos ojos bonitos. Parecen de un castaño corriente a simple vista, pero, cuando los miras bien, tienen un brillo espectacular —aseveró risueño.

Erin notó su corazón dar brincos de alegría ante semejante cumplido.

—Gracias, eres muy amable.

—Solo soy sincero. De hecho, mi madre me dice que suelto lo primero que me viene a la cabeza sin pensar en las consecuencias y que, como siga así, un día me meteré en un lío.

—Pues prefiero que seas así. Además, he visto la lección que le has dado a esos chicos.

Max se quedó sorprendido.

—¿Lo has visto?

Erin asintió.

—Sí, y has estado genial. Lástima que no pudiera grabarlo. La verdad es que me ha encantado ver sus caras de horror.

Ambos rieron, provocando que la atmósfera se tornara realmente amigable.

—Oye, respecto a esos que se meten contigo, no hagas caso. Probablemente, están pagando sus frustraciones contigo, porque son muy infelices. De hecho, deberían darte pena.

Erin se mostró meditabunda.

—Eso dice mi amiga Mia. Hay gente que expresa sus frustraciones fastidiando a los demás.

—Dejarán de meterse contigo cuando vean que no pueden hacerte daño. Así que, muéstrales que sus ataques no te afectan.

—Lo intentaré —afirmó—. Gracias por el consejo.

—No hay de qué. Y, de nuevo, gracias por darme tu opinión sobre el diseño. Me has ayudado mucho.

Erin consideró una cuestión.

—¿Se lo contarás a tus padres algún día?

Max suspiró dubitativo.

—Es que no sé si lo entenderán. Sobre todo, mi padre. Él quiere que me dedique a los negocios familiares.

—Yo creo que no deberías tener miedo de contárselo. Estoy convencida de que, aunque al principio le costará, acabará dándose cuenta del talento que tienes. Como dice mi abuela Josephine, debemos hacer aquello que nos hace felices.

En ese momento, Maxwell tuvo una idea.

—Hagamos una promesa, aquí y ahora. —Alzó su mano, levantando su dedo meñique—. Yo le contaré a mis padres lo de mi sueño de ser diseñador y tú no dejarás que te afecte lo que te digan los idiotas de tu instituto. ¿Prometido?

Erin levantó su meñique y lo entrelazó con el de Maxwell.

—Prometido.

Al notar su tacto y su calidez, Erin sintió un cosquilleo en el estómago, seguido por los fuertes latidos de su corazón. De repente, el ruido de la puerta abriéndose abruptamente hizo que la joven se apartara, muerta de vergüenza.

—Oh, estáis aquí —dijo la madre de Maxwell—. Erin, tu madre te está buscando.

—Sí, voy —respondió, colocándose un mechón suelto detrás de la oreja, señal de su nerviosismo. Entonces, se giró hacia Maxwell—. Hasta luego, Max.

—Hasta luego —respondió él.

A partir de ese día, el corazón de la joven Erin tomó una decisión: Maxwell Stirling sería su único ocupante. Después de aquel significativo encuentro en la biblioteca, la vida de Erin dio un ligero cambio.

Cumplió la promesa que hizo con Max y los matones de su instituto, al ver que no hacía caso, cesaron sus ataques. Durante ese tiempo, en sus sueños Maxwell Stirling le declaraba su amor de mil formas distintas en múltiples escenarios. No obstante, siempre escuchaba las mismas palabras: «Erin, te quiero y soy todo tuyo».

Porque estaba convencida de que Maxwell no era como los demás chicos. Él había mirado más allá de su anodino aspecto y había descubierto lo hermosa que era por dentro.

Al año siguiente, los Turner regresaron a su encuentro anual con los Stirling. Erin estaba ilusionada ante la idea de volver a ver a Max. Para la ocasión, se había puesto un bonito vestido de color morado, de falda plisada, sin escote ni mangas, y se había maquillado con esmero, destacando su mirada castaña, esa que Maxwell decía que era tan bonita.

La alegría y la esperanza iluminaban el rostro de la joven. En cuanto aparcaron, Erin notó un hormigueo en las palmas de sus manos, al tiempo que sus piernas parecían tambalearse, quizás también debido a los tacones, a los que no estaba acostumbrada. Respiró hondo, tratando de serenar los latidos de su corazón, en vano.

Al cabo de unos minutos, después de saludar a los padres y la hermana de Max, se dirigieron al jardín, donde Erin buscó al joven con la mirada, visiblemente inquieta.

—¿Y dónde está Max? —inquirió Nancy.

—No estará lejos. La verdad es que últimamente está un poco despistado, aunque es por un buen motivo —contestó Estela.

—¿Ah, sí? ¿Y qué motivo es ese? —preguntó Nancy con interés.

Estela sonrió.

—Ahora lo descubrirás.

Erin se alisó la falda con nerviosismo, mientras tragaba saliva.

—¡Oh, ahí está! —anunció Estela.

Erin alzó la vista, notando su pulso acelerado por la expectación. No obstante, un sentimiento de desconcierto se apoderó de ella casi de inmediato. Observó que Max iba acompañado de una joven rubia, de cuerpo perfecto. Esta lucía un precioso vestido de seda negra, un poco escotado, que acentuaba más su belleza. Ambos iban agarrados de la mano, riéndose, visiblemente cómodos en su mutua compañía.

Erin se quedó quieta, sin mover un músculo, con su corazón en un puño, aguardando acontecimientos. Max y la joven rubia se detuvieron ante los Turner, esbozando sendas sonrisas deslumbrantes.

—Hola a todos —saludó Maxwell, contento.

—Hola, Max. Te veo bien acompañado —apuntó Nancy.

El joven miró embelesado a su acompañante, lo que sobresaltó el corazón de Erin.

—Sí, señora Turner, muy bien acompañado, sin duda. Esta es mi novia, Millie. Millie, ellos son los Turner; son amigos de mis padres.

—Encantada —dijo Millie con su perfecta sonrisa.

Mientras todos se mostraban alegres y le ofrecían cálidos saludos a la joven, Erin notaba una profunda punzada de dolor en su corazón. Había descubierto que Maxwell era como el resto: no miraba más allá de las apariencias y jamás se fijaría en alguien insignificante como ella.

Pese a su aflicción, esbozó una tímida sonrisa y saludó a ambos. Al cabo de unos minutos, sin saber muy bien cómo, se vio rodeada de extraños. Sus padres conversaban con los Stirling, al tiempo que Maxwell había desaparecido con su novia. Erin comprendía bien que ambos quisieran estar solos, disfrutando de su amor plenamente. Como ella había soñado tantas veces.

Aprovechó la circunstancia para buscar un rincón donde hallar un poco de soledad. Sus pies, casi de forma mecánica, la guiaron hasta la biblioteca, donde había compartido con Max aquella tarde inolvidable. Dio gracias al hecho de que este y su novia no hubieran elegido esa estancia para estar a solas. A continuación, se derrumbó sobre uno de los sillones y allí lloró en silencio, liberando la angustia que la asolaba.

Erin Turner había descubierto lo que era amar a alguien sin ser correspondido. Maxwell Stirling se convirtió en el primer chico que le rompió el corazón y, por desgracia, no sería el último.

Capítulo 5

Aquella mañana, Londres había amanecido con un fuerte aguacero y bastante frío. En esos momentos, Erin se encontraba ante la puerta de la casa de Maxwell, con el pulso acelerado debido a los nervios. Iba cubierta por su abrigo con capucha de color azul celeste, lucía unos sencillos vaqueros, un jersey de lana gris, y no llevaba maquillaje en el rostro. No consideró la idea de arreglarse, puesto que solo iba a por su bufanda, así que, en cuanto Maxwell se la devolviera, daría media vuelta para regresar a su tranquila vida cotidiana.

Tomó una bocanada de aire y respiró hondo, tratando de serenar su inquietud, mientras alargaba la mano hasta el botón del timbre con intención de pulsarlo. No obstante, una extraña fuerza parecía impedirselo.

«Vamos, Erin, que solo será un momento. Te llevas tu bufanda y te vas», se dijo a sí misma.

Finalmente, pulsó el botón y aguardó frente a la puerta. Enseguida, escuchó unos pasos que se acercaban, lo que le provocó un cosquilleo en el estómago. De repente, la puerta se abrió; no obstante, para su sorpresa, no era Maxwell quien estaba ante ella. Se trataba de una mujer, que rondaba los cincuenta años, con gafas, pelo claro y una sonrisa en el rostro.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —inquirió la mujer amable.

Erin oteó la entrada, asegurándose de que estaba en la dirección correcta.

—Disculpe que la moleste, pero ¿vive aquí Maxwell Stirling?

La mujer esbozó una mueca suspicaz.

—¿Es usted periodista?

Erin negó con la cabeza.

—No, no soy periodista.

—¿Y por qué quiere ver al señor Stirling?

—Pues verá, el sábado traje a Maxwell a casa y me dejé mi bufanda. Venía a recuperarla.

La mujer se quedó sorprendida.

—¿Y usted es...?

—Erin Turner. Soy una vieja conocida de Maxwell. De hecho, nos conocemos desde niños, aunque hacía mucho que no nos veíamos.

La mujer se mostró ligeramente aliviada.

—Yo me llamo Joan, soy su asistente. Me temo que Maxwell no está, ahora mismo está en su taller, en Camden.

Erin se mordió el labio inferior.

—Comprendo. ¿Y usted por casualidad no ha visto la bufanda? Es muy llamativa. Es multicolor, con unas bolitas en los extremos.

—No sabría decirle. Probablemente Maxwell la ha guardado. Si quiere, puedo decirle que ha pasado por aquí y luego él se puede poner en contacto con usted.

—No tiene mi número —respondió un poco abatida—. ¿Y dice que su taller está en Camden?

—Sí, puedo darle la dirección.

—Eso sería estupendo.

—Deme un minuto. Y puede pasar si quiere, así no se mojará.

—Gracias, muy amable —dijo Erin, entrando en la casa.

La joven se quedó aguardando en el vestíbulo, donde enseguida notó la calidez que envolvía el lugar, mientras Joan anotaba en un papel la dirección del taller.

—Aquí tiene —indicó, entregándole el papel—. Está muy cerca de la estación de Camden Town. No tendrá que andar mucho.

—Gracias de nuevo. Bueno, me marchó ya.

—¡Hasta otro día!

Finalmente, salió de la casa, poniendo rumbo a la estación de metro más cercana. Por suerte, la lluvia había cesado, dándole una tregua para que pudiera entrar en el suburbano con menos agua sobre su ropa. Una vez se subió a uno de los vagones que le llevarían a su destino, Erin trató de relajarse, con la esperanza de que en cuanto llegara pudiera encontrar a Maxwell.

En esos momentos...

Maxwell se hallaba en su despacho, plenamente concentrado frente al escritorio, tratando de terminar uno de sus diseños. Pese a que el conjunto le gustaba, sentía que le faltaba algo. Quizás los colores no eran adecuados, el tipo de estampado, el corte de las prendas... Lanzó un suspiro de frustración, dejando el lápiz sobre la mesa con gesto abatido. Sentía que las cosas no estaban funcionando.

Cerró los ojos y se masajeó las sienes, intentando relajarse. Tal vez de esa forma consiguiera que la inspiración fluyera, pensó.

De repente, el estruendoso sonido de su teléfono lo sacó de su momento de meditación, provocándole un ligero malestar. Lanzó un fuerte resoplido, señal de su enfado, y masculló:

—Así no hay manera de concentrarse.

Agarró el dispositivo y, al comprobar quién llamaba, su malestar desapareció como por arte de magia.

—¿Valentina? —inquirió sonriente.

—¡La misma! ¿Cómo va todo, Max? —respondió ella alegre.

—Bueno, ando bastante estresado, pero ya sabes cómo es esto. ¿Y tú? ¿A qué debo tu llamada?

—Quería hablar contigo de negocios. En primer lugar, tengo que darte una noticia: voy a casarme con Yago.

Maxwell se quedó gratamente sorprendido.

—¡Enhorabuena a los dos! ¿Cuándo será la boda?

—Nos casaremos el 31 de mayo, aquí en Puerto de la Cruz. La recepción será en el hotel de Yago y ya hemos reservado fecha en el ayuntamiento.

—No habéis tardado en decidiros.

Valentina se rio.

—¿Para qué esperar cuando estás deseando que el resto de tu vida comience?

—Cierto. ¿Y de qué negocio querías hablar?

—Pues precisamente tiene que ver con la boda. Me encantó el trabajo que hiciste con el traje de Inés, así que me gustaría que tú confeccionaras mi vestido de novia —contestó emocionada.

Maxwell caviló el asunto durante unos segundos. Ciertamente, la propuesta le entusiasmaba; no obstante, consideraba que era un importante desafío, teniendo en cuenta que le estaba costando sacar adelante la colección para la Semana de la Moda de Londres.

—Max, ¿estás ahí? —preguntó Valentina un poco preocupada.

Maxwell salió de su ensimismamiento.

—Sí, perdona, es que estaba pensando en la propuesta.

—Si necesitas unos días para pensarlo o no te viene bien, no te preocupes, puedo buscar otra opción. Aunque me haría mucha ilusión que lo confeccionaras tú. Tengo muchas ideas, de hecho.

Maxwell lanzó un suspiro de resignación. El hecho de saber que Valentina no había tenido dudas a la hora de escogerlo para hacer su vestido de novia no le dio más opciones. Además, por una buena amiga se hace cualquier cosa, pensó.

—Descuida. Acepto el encargo encantado. Será un honor para mí —afirmó risueño.

Al otro lado de la línea oyó un agudo grito de alegría, que evidenciaba el regocijo de Valentina.

—¡Gracias, Max! ¡Eres el mejor!

Maxwell se rio.

—Eso dicen —bromeó—. Mándame por correo electrónico las ideas que tengas y lo que te gustaría para empezar a trabajar en ello.

—Claro. Me organizo y te escribo. Bueno, tengo que dejarte. Vamos hablando. ¡Y gracias de nuevo! Cuídate.

—Igualmente. *See you!*

Tras colgar, Maxwell esbozó una sonrisa. Pese al trabajo que tenía por delante, aquella tarea le resultaba sumamente gratificante. Recordó entonces el brillo en los ojos de Inés cuando se puso su vestido por primera vez. Con ella siempre tuvo una conexión especial, desde que se conocieron. Había sido su musa, su inspiración, incluso llegó a creer que estaba un poquito enamorado de ella. Sin embargo, sabía que Inés y él no estaban destinados a ser algo más que amigos.

Rememoró en su mente el momento en el que Inés se reunió con Arturo en el altar. Sus miradas embelesadas evidenciaron un amor que había crecido poco a poco. Un amor incondicional que él no había conocido, pero que anhelaba con toda su alma. No obstante, a veces tenía la impresión de que nunca lo encontraría.

—Max —dijo Lilian desde el umbral de la puerta, interrumpiendo sus cavilaciones.

Maxwell centró su atención en ella.

—¿Sí?

—Ya es hora de comer. ¿Vienes?

Él negó con la cabeza.

—No, comeré en el despacho, a ver si adelanto un poco de trabajo.

—Como quieras —respondió Lilian, saliendo a continuación.

Una vez se quedó a solas, Maxwell volvió a concentrarse en su diseño, mientras sus trabajadores disponían todo en la sala de descanso, donde había una mesa grande con varias sillas, una nevera, una encimera, un par de armarios con comida y bebida, y un microondas. Aquel era el espacio que empleaban para almorzar o tomar algún tentempié.

En ese instante, Erin se detuvo ante la dirección que Joan le había proporcionado. Oteó el cartel que yacía sobre la entrada donde podía leerse: «Maxwell Stirling Inc.». Claramente, había llegado a su destino.

Abrió la puerta acristalada y se adentró en el vestíbulo, pasando por delante de la sala de descanso, que estaba abierta. Al asomarse, vio allí a los trabajadores del taller.

—Disculpen, ¿saben dónde puedo encontrar a Maxwell Stirling? —inquirió con timidez.

Los presentes la observaron con curiosidad; no obstante, a algunos les resultó familiar.

—Está en su despacho, en la planta de arriba. Siga por este pasillo, entre en la sala que hay al final y allí encontrará las escaleras, a mano izquierda —explicó Flo.

—Muchas gracias —respondió, alejándose.

En cuanto Erin entró en el taller, se quedó ligeramente absorta contemplando el lugar donde estaban las mesas de madera sobre las que reposaban las máquinas de coser y las telas. Se acordó durante unos segundos de la biblioteca del hogar de los Stirling y en su mente pudo ver con nitidez a un joven Maxwell ante el escritorio, dibujando sus diseños.

—Disculpe, ¿puedo ayudarla? —preguntó una profunda voz masculina a su espalda.

Erin se giró rápidamente, con los ojos muy abiertos debido a la sorpresa. Allí, en la escalera, unos peldaños por encima de ella, con una camiseta ajustada negra y unos vaqueros, se encontró a Maxwell Stirling. Mientras él la observaba expectante, Erin tragó saliva, visiblemente nerviosa.

—Hola, Maxwell.

Él alzó una ceja con gesto suspicaz.

—¿Nos conocemos? —inquirió él escrutando su rostro, que le resultaba familiar, mientras bajaba las escaleras.

Erin se acercó un poco, colocándose un mechón de su melena detrás de la oreja. Entonces, Maxwell percibió un aroma delicioso que no había podido olvidar: olor a dulce vainilla.

—No sé si te acuerdas de mí. Soy Erin Turner —informó ella.

Maxwell se quedó atónito ante aquella revelación. A continuación, estrechó la mirada y, de repente, vislumbró en su mente a la joven Erin de catorce años, con aquellos ojos grandes castaños que siempre parecían observar todo con curiosidad.

—¿Erin Turner?! ¡¿En serio?! —inquirió asombrado.

Erin asintió con una tímida sonrisa.

—Sí, soy yo.

Maxwell sonrió con gesto incrédulo.

—Vaya, hacía mucho tiempo que no te veía. ¿Cómo estás?

—Bien, todo bien. ¿Y tú? ¿Cómo están tus padres y tu hermana?

—Todos bien.

Se hizo un breve silencio que Erin decidió romper.

—Oye, Max, probablemente no te acuerdas, pero el sábado nos vimos en el club Tropicana, y el caso es que te llevé a tu casa y me dejé mi bufanda allí —explicó con nerviosismo, colocándose un mechón detrás de la oreja.

Maxwell la miró absorto.

—Así que fuiste tú...

Erin asintió, al tiempo que Maxwell volvía a percibir el aroma a dulce vainilla, que le dio la evidencia necesaria para saber que decía la verdad.

—Sí, eres tú. Por cierto, ese olor... ¿qué perfume es?

Erin se mostró extrañada, aunque enseguida dedujo a qué se refería.

—Es Flower by Kenzo.

Maxwell asintió.

—Me gusta —afirmó.

Esto provocó que Erin se sonrojara ligeramente.

—Gracias —musitó.

—Así que, nos vimos en el Tropicana. ¿Y cómo acabaste llevándome a casa?

—Porque me lo pediste. Estabas bastante borracho, apenas podías tenerte en pie y, cuando iba a marcharme, me abrazaste y me pediste que te llevara conmigo. Al final, uno de tus amigos me dio la dirección de tu casa y nos fuimos en un taxi.

Maxwell torció el gesto.

—¿Y pasó algo entre nosotros? Ya me entiendes... —preguntó preocupado.

Erin negó enérgicamente con la cabeza.

—No, en absoluto. Fuiste un caballero. De hecho, en cuanto te puse sobre la cama, te quedaste dormido.

Maxwell se mostró aliviado.

—Menos mal. Cuando me emborracho, a veces me pongo cariñoso, y me habría muerto de la vergüenza si llega a pasar algo.

—Descuida. No hiciste nada de lo que avergonzarte —aseveró ella.

—Me alegra oírlo. Entonces, supongo que vienes a buscar tu bufanda.

—Sí, así es. Pasé por tu casa, pero tu asistente me dijo que no estabas, de modo que me dio la dirección del taller.

—Me temo que no tengo la bufanda aquí: está guardada en casa.

Erin torció el gesto.

—Ya veo. Puedo pasarme en otro momento por tu casa, si quieres.

—Claro. ¿Te viene bien que quedemos mañana para cenar?

Erin se quedó un poco sorprendida ante la propuesta.

—¿Para cenar?

—Claro. Así podemos charlar un rato y recordar viejos tiempos —propuso animado.

Erin se encogió de hombros.

—Bueno, eso estaría bien... Pero mañana no puedo.

—Entonces, dime cuándo te viene bien.

Erin consideró el asunto unos segundos.

—¿El domingo?

—¡Perfecto! No tengo planes. Por cierto, dame tu número, así estamos en contacto.

—Claro —respondió un poco aturdida.

Tras intercambiar sus números, Maxwell miró su reloj de pulsera, comprobando que se hacía tarde.

—Bueno, tengo que seguir trabajando.

—¡Por supuesto! Perdona que te haya entretenido —dijo apurada.

Maxwell sonrió.

—No te preocupes. Vamos, te acompaño.

Siguió a Maxwell hasta la salida y, mientras caminaba detrás de él, percibió un delicioso aroma cítrico, aquel que la había envuelto la noche que durmió a su lado.

—A propósito, ¿hay algo que quieras en especial para cenar? —inquirió Maxwell, haciendo que saliera de su ensimismamiento.

—Cualquier cosa estará bien.

—Genial. Entonces, nos vemos el domingo a las siete.

—De acuerdo. Hasta pronto —se despidió Erin.

Justo detrás de Max estaban los trabajadores del taller, que se habían asomado discretamente para ver lo que sucedía.

—¿Os habéis perdido algo? —preguntó Maxwell divertido, girándose hacia ellos.

Los presentes apartaron sus miradas, tratando de disimular.

—Es que justo acabamos de comer y os hemos visto en el taller. No hemos ido a cotillear ni nada de eso —aseveró Flo con aire distraído.

—Exacto. Ha sido pura casualidad —añadió Lilian.

Maxwell se cruzó de brazos, mientras alzaba una ceja.

—Ya veo.

A continuación, todos regresaron al taller. Antes de retomar sus respectivas tareas, Flo habló de nuevo:

—Así que era ella la misteriosa dama que te llevó a casa la noche de la fiesta. ¿De qué la conoces?

—Es la hija de la mejor amiga de mi madre. Se llama Erin.

—Parece una chica muy agradable. Quizás un poco tímida, ¿no?

Maxwell esbozó una media sonrisa.

—Sí, no ha cambiado nada en eso.

—¿Y vais a quedar?

—Claro, la he invitado a cenar el domingo —respondió—. Bueno, me voy a trabajar, a ver si consigo adelantar algo.

Subió las escaleras, dejando a Flo en el taller. Esta dibujó una mueca meditabunda al recordar a la joven Erin hablando con su jefe. Ciertamente, no tenía nada que ver con las mujeres con las que Max había salido hasta ahora. De hecho, le resultaba verdaderamente encantadora. Entonces, consideró que, sin duda, aquel reencuentro había sido cosa del destino.

Mientras tanto, Erin se encaminó hacia el metro con su corazón acelerado por la impresión. No podía creerse lo que había sucedido. Pese a que tan solo quería recuperar su bufanda de una manera rápida y sin dilaciones, al final había acabado aceptando la propuesta de Max para cenar con él en su casa. Solo había imaginado eso en sus sueños de adolescente, cuando Max era el centro de su mundo.

Sin embargo, no dejó que aquellas ilusiones regresaran a su corazón, porque tan solo sería una cena entre viejos conocidos con un único objetivo: recuperar su bufanda.

Capítulo 6

La lluvia seguía asolando la ciudad, cuando Erin salió del supermercado tras comprar los ingredientes para la cena que compartiría con Lauren. Afortunadamente, el establecimiento no estaba lejos de su casa, así que no se mojó demasiado.

Justo cuando iba a entrar en su apartamento, se cruzó en el vestíbulo con Kyle, su vecino de arriba. El atractivo entrenador personal, venido de Australia años atrás, tenía el cabello rubio y los ojos verdes. Lucía un chubasquero, bajo el cual llevaba un chándal. Pese a que era un atuendo informal, al australiano le sentaba bien cualquier cosa, como siempre decía Lauren.

—¡Erin! ¿Cómo estás? —le saludó jovial mientras se quitaba la capucha.

Erin esbozó una mueca de agrado.

—Hola, Kyle. ¿Vienes del gimnasio?

—Ya sabes, el trabajo es el trabajo. Y no puedes librarte, aunque la ciudad se esté inundando —bromeó—. ¿Libras hoy?

—Sí. Mañana vuelvo al trabajo.

—Genial, entonces.

De repente, Erin tuvo una idea.

—Oye, Kyle, ¿tienes planes para esta noche?

El joven se encogió de hombros.

—No, ¿por qué?

—Es que esta noche organizo cena en mi casa. Viene mi amiga Lauren. ¿Te apuntas?

Kyle se mordió el labio inferior al pensar en la amiga de Erin.

—Claro, me apunto.

—Genial. Pásate a las siete.

—Perfecto. Nos vemos a esa hora.

—Hasta luego.

Erin cerró la puerta tras de sí con una sonrisa, al imaginarse la cara que pondría Lauren al enterarse de que Kyle cenaría con ellas. Además, se había fijado en el brillo especial que desprendieron los ojos de su vecino cuando mencionó a Lauren, lo que le hizo llegar a una clara conclusión.

—A ver si de una vez alguno de los dos da el paso, porque está claro que se gustan —dijo mientras colocaba la comida en la nevera.

Un par de horas después, la cena estaba casi lista, así que se dispuso a elaborar la sencilla ensalada de acompañamiento. De repente, el timbre de la entrada sonó, de modo que se limpió las manos con un paño, fue a abrir y en el umbral se encontró a Lauren. Esta lucía una falda

plisada y una blusa blanca bajo el chubasquero, que estaba empapado. Entre sus manos, bien protegida, se hallaba una tarta de queso casera, especialidad de su amiga.

—¡Madre mía, qué manera de llover! Al final vamos a tener que ir en barca como en Venecia —dijo al tiempo que entraba.

—Sí, eso parece. Deja la tarta en la encimera —le indicó Erin.

Lauren obedeció, dirigiéndose a la cocina, que conocía bien, pues había estado varias veces en el apartamento.

—Huele de maravilla y tiene una pinta estupenda —afirmó Lauren al mirar el *Shepherd's pie* que Erin habría preparado a través de la ventanilla del horno.

—Gracias —respondió Erin.

—¿Y falta mucho? Estoy muerta de hambre.

Erin esbozó una mueca enigmática.

—Hay que esperar, porque aún tiene que llegar el otro invitado.

Lauren frunció el ceño.

—¿Y quién es? —inquirió mientras se quitaba el chubasquero y lo dejaba en el perchero de la entrada.

Justo en ese momento, llamaron a la puerta.

—Ahora lo descubrirás —anunció Erin.

Lauren se encogió de hombros, sin imaginarse lo que estaba a punto de suceder. Abrió la puerta y ante ella se encontró al protagonista de sus sueños: Kyle Berenson, el irresistible vecino de Erin. Este lucía una camiseta larga ajustada negra, que marcaba su perfecta musculatura, y unos sencillos vaqueros.

—Buenas noches —la saludó con una sonrisa, que provocó que Lauren perdiera fuerza en sus piernas.

—Hola, Kyle —respondió embelesada.

Este mostró la botella que llevaba en la mano.

—Traigo vino. Un Riesling del 2011 de Eden Valley.

—Australiano como tú, ¿no? —apuntó Lauren.

Kyle se rio.

—Sí. De hecho, ambos somos del sur. Este valle está al norte de Adelaida, donde nací.

—Algún día te dedicarán una estatua allí, estoy convencida. Porque ayudas a mucha gente con tus consejos para mantener una vida sana —indicó con una sonrisa bobalicona.

Kyle volvió a reírse ante la ocurrencia.

—Qué cosas tienes...

En ese momento, Erin, que estaba justo al lado, carraspeó, provocando que ambos salieran de su ensimismamiento.

—Chicos, la cena está lista —anunció.

Kyle sacudió la cabeza.

—Perdona, Erin, no te había visto.

Erin alzó una ceja.

—Lógico —comentó.

A continuación, Erin colocó el *Shepherd's pie* sobre la mesa. Mientras ella servía la comida, Kyle se encargó de verter el vino en las copas. Una vez hecho esto, Lauren propuso un brindis.

—Por una cena deliciosa y por la grata compañía.

Tras brindar, Lauren inició la conversación.

—Bueno, ¿y cómo te ha ido con Maxwell Stirling?

Kyle tragó el trozo de *Shepherd's pie* rápidamente.

—¿Maxwell Stirling? ¿El diseñador?

Erin tomó un sorbo de vino y contestó:

—Sí, el mismo. Hemos quedado para cenar en su casa el domingo. Allí tiene la bufanda.

—Un momento, ¿de qué conoces a Maxwell Stirling? —volvió a preguntar Kyle.

—Nuestras madres son amigas, nos conocemos desde niños.

Kyle no salía de su asombro.

—Vaya, no tenía ni idea. Debe de ser una pasada conocer a alguien tan famoso. Además, es hijo de un marqués, según tengo entendido, ¿no? Vamos, que es un aristócrata.

—Sí, pero nunca ha presumido de ello. De hecho, es muy simpático y cercano —explicó Erin.

—A mí me encantan sus diseños, siempre te lo he dicho. Creo que es muy original. Y, además, piensa en las chicas con curvas, como yo. No tengo que dejar de respirar o de comer para que me entre alguno de sus vestidos —apuntó Lauren.

Kyle escrutó el aspecto de Lauren.

—Yo creo que estás muy bien. Bueno, quiero decir que tienes buenas proporciones.

Lauren esbozó una tímida sonrisa.

—Gracias —musitó.

Erin contempló a ambos. Era evidente que se atraían, pero no se atrevían a dar el paso.

—Bueno, ¿y qué te vas a poner para la cena del domingo, Erin? —preguntó Lauren, cambiando de tema.

Erin se encogió de hombros.

—Pues unos vaqueros y un jersey. Algo sencillo.

Lauren abrió mucho los ojos.

—¿Estás hablando en serio?

—Es solo una cena. No es una cita ni nada de eso —contestó.

—Un momento, creo que me he perdido algo —intervino Kyle.

A continuación, Lauren pasó a explicarle brevemente la situación. Cuando terminó, Kyle expuso su punto de vista.

—Visto así, creo que Lauren tiene razón. Deberías intentarlo. A lo mejor todo esto ha sucedido por algo.

Lauren sonrió triunfal.

—¿Lo ves?

Erin suspiró.

—Maxwell jamás se fijaría en alguien como yo. A él le van las modelos o las actrices guapas

que salen en las revistas. Para él, no soy nadie.

—¡No digas tonterías! Eres una mujer maravillosa y tienes muchísimas cualidades.

—Estoy con Lauren —añadió Kyle.

Erin volvió a suspirar.

—No creo que esté preparada para otro rechazo. E insisto: solo iré a por mi bufanda, y cuando la recupere, Maxwell seguirá su camino y yo el mío —zanjó.

Un par de horas más tarde, cuando terminaron de cenar, Erin se despidió de sus amigos.

—Me lo he pasado genial, chicos —afirmó Lauren. En ese momento, sonó su teléfono, indicándole que el taxi estaba a punto de llegar—. Me marchó ya. Hasta otro día.

—Si quieres, puedo acompañarte mientras esperas al taxi —se ofreció Kyle.

A Lauren le encantó la idea.

—Gracias, eres muy amable —respondió—. Te veo mañana en el hospital, Erin.

—Claro, avísame cuando llegues a casa.

A continuación, salieron de casa de Erin y esta vio a través de la ventana cómo ambos charlaban animadamente. De hecho, en un momento de la cena, intercambiaron sus números de teléfono, así que Erin dedujo que pronto se verían a solas. Parecía ser que al fin se habían decidido.

Media hora después, confirmó sus sospechas al recibir un mensaje de Lauren.

LAUREN_23:49

He llegado a casa sana y salva. Y con una cita con Kyle para este sábado para ir al cine y a cenar. Te debo una. Besos.

Erin sonrió contenta ante tan grata noticia. Su amiga Lauren era una mujer voluptuosa con mala suerte en el amor, que, en cuanto conoció a Kyle, sufrió lo que se llama un flechazo. Sin embargo, no tenía la confianza como para confesarle lo que sentía, ya que consideraba que Kyle nunca se fijaría en alguien como ella, tan alejada de la perfección que él mostraba en sus vídeos.

No obstante, Erin pronto se dio cuenta de que Kyle no era un guaperas superficial, sino todo lo contrario: un tipo de corazón noble que miraba a su amiga con ojos de enamorado, y que solo estaba esperando el momento oportuno para lanzarse.

Una vez se puso el pijama, se metió bajo las sábanas dispuesta a dormirse, ya que al día siguiente debía volver al trabajo. Antes de cerrar los ojos, fijó su vista al techo, sumergiéndose en sus cavilaciones. Había sido un día intenso, que había comenzado con un nuevo encuentro con Max, su amor imposible.

A pesar de la insistencia de Lauren, Erin sabía bien cómo era Maxwell y, por tanto, no tenía dudas de que para él jamás sería algo más que la hija de la mejor amiga de su madre.

Sin embargo, su corazón se había estremecido al ver de nuevo su sonrisa, y unas traviesas mariposas habían revoloteado en su estómago ante aquella mirada azul que tantos suspiros le arrancó en el pasado.

Se dio la vuelta, acurrucándose contra la almohada, dispuesta a caer en los brazos de Morfeo. No obstante, en cuanto cerró los ojos, volvió a ver a Maxwell ante ella, con esa mueca pícaro que

mostraba en las fotografías de las revistas y que invitaba a hacer locuras. Pese a no desear soñar con él, decidió dejarse llevar, porque merecía disfrutar de un poco de alegría, aunque solo fuera durante una mera ensoñación.

Capítulo 7

En casa de Maxwell estaba todo casi listo para la cena. El menú, que él no había preparado, porque era un negado para la cocina, consistiría en un delicioso plato de puré de patatas con pavo asado y guisantes y, de postre, una tarta de limón, especialidad de Joan. Esta había dejado todo listo antes de marcharse, así que Max solo tenía que calentar el plato principal y servir después la tarta.

Iba ataviado con una camiseta ajustada negra con un tigre blanco serigrafiado, unos vaqueros grises y unas cómodas zapatillas deportivas negras. Aquella sería una velada llena de nostalgia para ponerse al día y recordar viejos tiempos.

Le sorprendió comprobar que Erin apenas había cambiado: su mirada castaña de ojos grandes seguía mostrando curiosidad y, a la vez timidez, como antaño. Su rostro triangular le daba un aire peculiar y su boca de labios finos no era exuberante, pero era ciertamente delicada, pensó. Estaba inmerso en estas cavilaciones cuando el sonido de su teléfono lo sacó de su ensimismamiento. Sonrió al comprobar que era Sam, de modo que no se demoró en descolgar.

—¡Hola, hermanito! ¿Qué haces? —saludo Sam, pizpireta.

—Terminando de preparar la cena.

—¿Has cocinado? —inquirió incrédula.

—Sabes bien que no. Si fuera así, ahora mismo estaría saliendo en las noticias que la casa de Maxwell Stirling está ardiendo —respondió con buen humor.

—Ya me extrañaba a mí.

—Joan ha dejado la cena preparada. Esta noche tengo compañía.

—¿Y de quién se trata? —preguntó llena de curiosidad.

—¿No te lo dije? Qué raro, se me habrá olvidado. ¿Recuerdas que te conté que no recordaba quién me había traído a casa la noche del cumpleaños de Flo? Pues resulta que he descubierto que fue Erin Turner.

Samantha se quedó perpleja.

—¿La hija de Nancy, la amiga de mamá?

—¡La misma!

—¡Madre mía, no me lo puedo creer! Hace muchos años que no la veo. ¿Y cómo descubriste que fue ella?

—Fue ella quien vino a verme al taller y me contó todo. De hecho, quería recuperar una bufanda que se dejó en mi casa. Así que, en agradecimiento, la he invitado a cenar.

—Vaya, eso es estupendo. Me alegra tanto que haya sido ella y no alguna pelandrusca que quiere ganar dinero ofreciendo exclusivas a los tabloides hablando de ti.

—Qué mal pensada eres, Sam —respondió un poco molesto.

—Piensa mal y acertarás, como dice mamá.

En ese instante, el timbre de la casa sonó, indicando que Erin había llegado.

—Oye, Sam, tengo que dejarte. Erin ya está aquí. .

—No te preocupes. Saluda a Erin de mi parte. ¡Hasta luego!

Una vez colgó, se dirigió a la entrada con presteza y abrió la puerta. Ante él se encontró a Erin acurrucada bajo su abrigo, observándolo con sus grandes ojos castaños. Se percató de que sus mejillas estaban sonrojadas, creando un bonito contraste con la palidez de su piel, detalle que le daba un toque encantador.

—Bienvenida, pasa —la instó dedicándole una deslumbrante sonrisa, que hizo brincar el corazón de Erin.

—Gracias —respondió, turbada.

Al pasar al lado de Maxwell, percibió su aroma cítrico, que la embriagó por completo. Tras cerrar la puerta, Erin habló de nuevo.

—He traído vino —informó, entregándole la bolsa que contenía la botella.

Maxwell sonrió de nuevo.

—Muchas gracias. —Sacó la botella de la bolsa y comprobó que era un vino rosado—. Perfecto para acompañar la cena de esta noche —afirmó—. Dame tu abrigo.

Erin le entregó la prenda, desvelando así su atuendo: una falda negra plisada hasta la rodilla, leotardos a juego y un jersey de fina lana de color morado. Su cabello iba suelto y apenas llevaba maquillaje en el rostro.

Tras colgar el abrigo en el perchero, Maxwell instó a Erin a seguirlo hasta el salón, donde estaba todo dispuesto. Sobre la mesa alargada cubierta por un mantel blanco con bordados florales estaban los cubiertos, las copas y las servilletas de tela que Max usaba para las ocasiones especiales.

—Tienes una casa muy bonita —comentó Erin, paseando su vista por la estancia.

—Gracias. Luego te enseñaré el resto, aunque mi dormitorio ya lo conoces —respondió burlón, haciendo que Erin se sonrojara un poco y que se pusiera más nerviosa—. Siéntate, por favor, ahora traigo la comida.

—¿Necesitas ayuda?

—No, no te preocupes. Además, eres mi invitada, así que tengo que consentirte.

Esto hizo que Erin se riera, lo que agradó mucho a Max.

A continuación, se fue a la cocina, dejando a Erin a solas. La joven estaba un poco más relajada que antes, así que siguió contemplando la estancia de forma distraída. Pocos minutos después, Max trajo en una bandeja el puré de patatas, la carne y los guisantes. A continuación, este abrió la botella de vino, sirvió un poco en cada copa e hicieron un pequeño brindis.

—Por nuestro reencuentro —dijo él.

Tras tomar un sorbo de vino, se dispusieron a comer. Enseguida, Erin notó en su paladar el delicioso sabor del cremoso puré de patatas.

—Está muy rico —afirmó con deleite.

—Me temo que no es mérito mío, sino de Joan, mi asistenta.

—¿No se te da bien cocinar?

Maxwell negó con la cabeza.

—No, soy un absoluto fracaso en ese aspecto. Aunque, al menos, se me da bien calentar la comida en el microondas.

—Es lo básico y necesario para sobrevivir —apuntó Erin haciendo reír a Max.

—Cierto —respondió. Entonces, Max decidió iniciar otro tema de conversación—. Y dime, ¿cómo están tus padres? Me dijo mi madre que hace poco habló con la tuya.

Erin dio un sorbo a su copa de vino y, tras limpiarse la comisura de los labios, contestó:

—Están bien. Mi padre se jubiló hace poco.

—Sí, eso me contó. También me dijo que trabajas como ginecóloga y que traes niños al mundo.

—Sí, así es.

—¿Cuánto tiempo llevas dedicándote a ello?

—Desde que acabé la universidad. Hice las prácticas en el Queen's Charlotte y conseguí quedarme.

—¿Siempre quisiste ser ginecóloga?

—Lo cierto es que sí. Siempre quise dedicarme a la Medicina y especializarme en Obstetricia.

—Así que traes bebés al mundo. Debe de ser emocionante. Yo nunca he visto un alumbramiento.

—Es emocionante, pero también difícil. A veces surgen complicaciones y no es agradable —respondió un poco apesadumbrada, detalle que no pasó desapercibido para Maxwell.

—Entiendo.

—Pero, a fin de cuentas, tengo suerte de dedicarme a lo que me gusta. Creo que soy una privilegiada.

—Sí, desde luego. Yo también puedo decir lo mismo.

En ese instante, un recuerdo lejano cruzó la mente de Erin.

—¿Aún conservas aquella libreta en la que dibujabas tus diseños?

Maxwell frunció el ceño.

—¿La libreta?

—Sí. Me enseñaste tus diseños una de las veces que fuimos a vuestra casa de Kent. Fue hace mucho, así que supongo que no te acuerdas —explicó un poco apurada.

Maxwell trató de hacer memoria.

—Vaya, la verdad es que no me acuerdo...

Erin negó con la cabeza.

—No te preocupes. Ya te digo que fue hace mucho —respondió visiblemente avergonzada. Lo que para ella era un valioso recuerdo para Maxwell era simplemente nada.

—De todas formas, muchas veces ni recuerdo lo que he comido en el mismo día, así que, por favor, no me lo tengas en cuenta —afirmó divertido.

Esto hizo que Erin se riera.

—De acuerdo.

Después de tomar la exquisita tarta de limón, Erin ayudó a Maxwell a recoger la mesa, pese a la insistencia de él en que no hiciera nada. Bajaron a la espaciosa cocina donde dejaron los platos y, una vez hecho esto, regresaron a la planta superior, donde Maxwell comenzó a hacerle un pequeño recorrido por la casa.

Max le mostró primero el patio trasero, que albergaba un coqueto jardín donde había una enredadera que cubría parte de uno de los muros, haciendo del lugar una especie de oasis en la gran metrópoli que era Londres, para después continuar el recorrido por otras estancias.

—Y, ahora, llega la mejor parte —afirmó Maxwell con aire pícaro.

Erin notó su corazón sobresaltarse ante aquella enigmática mirada, que parecía guardar alguna promesa. Subieron a la última planta y, en cuanto se detuvieron ante una puerta de madera blanca que daba acceso a la única sala que había allí, algo mágico sucedió cuando Maxwell la abrió y encendió la luz.

Ante sus ojos, Erin contempló una habitación abuhardillada, con paredes cubiertas de papel pintado en tono blanco con detalles florales en rojo y naranja, lo que daba un toque cálido a la estancia. En el techo liso colgaban un par de lámparas minimalistas y dos altas ventanas iluminaban profusamente el lugar durante el día, además de proporcionar unas vistas preciosas de la zona.

Entre el mobiliario había un gran perchero burro metálico y dos mesas donde reposaban distintos elementos: en una había rollos y retazos de telas, una caja de costura, mientras en otra yacían papeles y lapiceros. La máquina de coser se encontraba sobre un mueble hecho a medida, situado junto a una de las ventanas. En otro lado, había un par de maniqués de cuerpo de hombre y mujer, donde Maxwell daba forma a sus diseños.

—Esta es mi base de operaciones fuera del taller. Aquí empieza todo —explicó Max, mientras Erin se paseaba por la estancia absorta.

—Es un sitio muy agradable —afirmó.

—Lo es. Es mi rincón preferido de la casa, junto con el jardín.

—Así que aquí diseñas tu ropa —comentó al tiempo que se acercaba a una de las mesas donde reposaban varios papeles.

Erin observó que había algunos dibujos incompletos.

—Sí. Aunque últimamente no tengo inspiración. Es como si las musas me hubieran abandonado —se lamentó.

Erin torció el gesto.

—¿Hay alguna cosa que te preocupe?

Maxwell suspiró.

—La verdad es que sí. La Semana de la Moda de Londres me tiene un poco estresado. No me gusta trabajar bajo presión.

—¿Cuándo es?

—En junio. Además, tengo un encargo para una boda que será en mayo. La novia quiere que diseñe su traje.

—Recuerdo el que hiciste para Inés, la mujer de Arturo Olmedo. Era muy bonito.

Este dato despertó la curiosidad de Maxwell.

—¿Viste mi diseño?

—Sí, salió en la revista *¡Hola!* En esa época estaba de vacaciones con mis padres en Mallorca. Vamos prácticamente todos los veranos a España. A los tres nos encanta. De hecho, hablo un poco de español. Es un idioma que me gusta mucho —explicó—. Además, mi madre y yo hemos comprado algunos de tus diseños.

Maxwell se quedó gratamente sorprendido.

—Vaya, gracias. ¿Y cuál es tu nivel de español?

—Medio, quizás. Soy capaz de mantener una conversación fluida. Empecé a estudiarlo en el colegio y no he dejado de perfeccionarlo. Además, también tengo compañeras españolas en el hospital, así que me viene bien para practicar.

Maxwell no salía de su asombro.

—Vaya, impresionante.

Erin notó la intensa mirada de Maxwell sobre ella, de modo que, para controlar su nerviosismo, decidió seguir hablando.

—Bueno, respecto a tu bloqueo, el estrés puede provocar diferentes situaciones: unas veces te da la adrenalina suficiente para reaccionar con rapidez ante cualquier contratiempo, pero, en otras ocasiones, te genera un bloqueo tremendo que te paraliza por completo.

—Parece que hablas desde tu propia experiencia —indicó Max.

Erin esbozó una media sonrisa.

—Sí, hablo desde la experiencia. Recuerda que trabajo en un hospital, y ahí convivimos con el estrés y con los giros inesperados. Cuando entra un paciente, no sabes lo que puede suceder. Puede que vaya todo rodado o que haya complicaciones y se desate el caos de repente.

—Tenéis que actuar con mente fría, claro.

—Exacto.

Maxwell torció el gesto.

—Pues tendré que intentar hacer eso.

—Creo que deberías de tomarte un respiro, distraerte con otras cosas. Desconectar un poco viene bien, aunque sea un rato. El talento y las herramientas los tienes, solo necesitas que llegue la inspiración. Y eso puedo ocurrir cuando menos lo esperes.

Maxwell asintió meditabundo.

—Tienes razón. Te haré caso, lo prometo —aseveró.

Se hizo un breve silencio, que Erin rompió en cuanto miró su reloj de pulsera y comprobó que se hacía tarde.

—Bueno, tengo que irme ya.

Maxwell abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

Erin se rio.

—Son más de las once y mañana madrugo.

Maxwell comprobó la hora y, efectivamente, era ya un poco tarde. El tiempo había volado para

él mientras conversaba con Erin, de modo que apenas se había dado cuenta de que las manillas habían avanzado.

Salieron de la estancia, bajaron las escaleras y finalmente llegaron al vestíbulo, donde Erin cogió su abrigo del perchero. Ciertamente, se sintió un poco triste, puesto que tenía la certeza de que aquella sería la última vez que se verían. De repente, recordó el principal motivo por el cual había ido allí, así que se dispuso a abordar el asunto.

—Me lo he pasado muy bien, Max.

Él sonrió.

—Yo también.

Erin tragó saliva, visiblemente nerviosa, mientras colocaba un mechón de su cabello detrás de su oreja.

—¿Me... me devuelves mi bufanda, por favor?

En ese instante, Maxwell se dio cuenta de que, evidentemente, el motivo de aquel reencuentro había sido que Erin recuperara su bufanda perdida, algo de lo que él se había olvidado por completo.

—Sí, claro. Has venido por eso —comentó desconcertado.

Entonces, trató de recordar dónde estaba, al mismo tiempo que un torbellino de emociones lo asolaban. ¿Qué pasaría si le devolvía la bufanda? ¿Volverían a verse? Porque a él le había encantado pasar tiempo con Erin. No es que le atrajera ni nada de eso. No era su tipo, esto era evidente. Sin embargo, se había sentido muy cómodo con ella. Además, aún había cosas de Erin que ignoraba y que deseaba descubrir, de modo que tomó una determinación.

—Ahora que lo recuerdo, le dije a Joan que la mandara a la tintorería. Es que quería dártela limpia.

Erin se quedó un poco sorprendida.

—Vaya. ¿Y cuándo hay que recogerla? Lo digo porque puedes darme el recibo para que vaya yo a la tintorería.

Max negó con la cabeza.

—Es que no lo tengo yo, lo tiene Joan y hasta mañana no viene. Tú no te preocupes, que te la llevo al hospital. ¿Cuándo podría pasarme?

Erin sacó su teléfono y comprobó en la agenda su horario.

—El lunes acabo a las siete. ¿Te viene bien?

—¡Me viene perfecto! —aseveró.

—Entonces, nos vemos allí.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No, tranquilo, pediré un Uber.

—Entonces, espero contigo a que venga —se ofreció.

Erin sonrió agradecida.

—Gracias.

Por suerte, según la aplicación, el coche llegaría en tan solo cinco minutos, de modo que no tuvieron que esperar mucho. No obstante, hubo tiempo para una breve conversación.

—¿Y tú dónde vives? —inquirió Max.

—En Notting Hill.

—Es un buen barrio. Lo conozco bien. . ¿Llevas mucho tiempo allí?

—Alrededor de un año. Antes vivía en Greenwich con mi novio.

Maxwell se quedó sorprendido.

—¿Tienes novio?

Erin notó una punzada de dolor en su corazón al recordar un amargo recuerdo.

—No, no tengo. Rompimos hace unos meses. A raíz de eso, me fui a vivir a Notting Hill.

Max asintió meditabundo.

—Entiendo.

Finalmente, el vehículo se detuvo ante la entrada de la casa y, tras una rápida despedida, Erin se marchó.

A continuación, Maxwell entró en su casa y regresó a la buhardilla. En cuanto entró en la estancia, se dirigió hacia una de las ventanas, desde donde contempló el horizonte de tejados a dos aguas de las casas cercanas cobijados bajo el cielo nocturno. De repente, la imagen de Erin con sus mejillas sonrosadas, su curiosa mirada castaña y su tímida sonrisa cruzó su mente, provocándole una dulce sensación de bienestar. Cerró los ojos, tomó una bocanada de aire y respiró hondo. En ese instante, algo sucedió.

Como por arte de magia, las musas regresaron y comenzaron a susurrarle ideas al oído. Una vez abrió los ojos, corrió hasta la mesa donde reposaban sus diseños sin terminar. Cogió el lápiz y empezó a dibujar, sin poder parar en la hora restante.

Al fin, la inspiración había vuelto para quedarse.

Capítulo 8

Max se encontraba aquel sábado en un lujoso restaurante acompañado de su pequeña pandilla de amigos: Karen, Frankie, Owen y Belle. Estos eran hijos de familias adineradas de la alta sociedad británica, que no se dedicaban a nada en particular, únicamente asistían a eventos y disfrutaban de los placeres que su alto nivel de vida podía ofrecerles.

El ambiente en el local, decorado en tonos cálidos, con una exquisita cubertería y una carta de lujo, era sosegado, con música de violines sonando de fondo. Las maneras del personal eran elegantes y delicadas, acorde a la exclusividad del sitio, en el que se podían degustar platos de alta cocina elaborados por un afamado chef francés con tres estrellas Michelin.

Tras varios días de trabajo en los que la inspiración había sido una fiel compañera, Maxwell decidió quedar con su grupo de alocados amigos para relajarse con una buena cena y una noche de baile en uno de los clubs más célebres de la ciudad, también de acceso restringido para la mayoría de los mortales.

En ese momento, estaba degustando un delicioso pato confitado, mientras Karen, que lucía un vestido blanco ajustado, se disponía a hablar de sus trivialidades.

—Pues estaba en Harrod's comprándome el collar de Swarovski del que os hablé, cuando me encontré con David Beckham. Sin Victoria, claro —explicó.

—Vi hace poco a su hijo Brooklyn. Me dijo que estaba trabajando en algo, pero no recuerdo en qué —respondió Frankie.

—No sé por qué se molesta en intentar trabajar cuando puede vivir del dinero de sus padres. La fama se hereda y tan solo tienes que saber jugar tus cartas —aseveró Belle.

—Ninguno de los Beckham va a llegar al nivel de sus padres. Eso es así. Vicky y David son únicos e inimitables —afirmó Frankie.

—Totalmente de acuerdo —dijo Owen.

—Por cierto, Max, ¿cómo llevas tu colección? —inquirió Karen.

Max tomó un trago de vino y contestó:

—Ya sabéis que no me gusta hablar de eso. Hoy menos que nunca.

—Ya conocemos tus neuras. Pero recuerda que, si necesitas unas modelos, aquí nos tienes —indicó Belle con una sonrisa pícara.

A Maxwell no le hacía demasiada gracia la idea; no obstante, se limitó a responder:

—Lo tendré en cuenta.

—Me encantaría ser como Paris Hilton: desfilas en una pasarela, tener mi propio perfume, que se llamaría Eau de Belle, y mi línea de ropa —comentó Belle.

Max alzó una ceja. Sabía perfectamente que, pese a haber tenido acceso a la mejor educación en prestigiosas instituciones del Reino Unido, aquellos cuatro no sabían hacer prácticamente

nada.

—Yo preferiría ser imagen de una marca. Como Johnny Depp con Dior. Rollo motero. ¿Creéis que me pegaría? —intervino Frankie acariciando su mentón.

—Totalmente —aseveró Belle.

Maxwell lanzó un suspiro de resignación ante semejante panorama. Ciertamente, su hermana tenía razón, aunque él siempre intentaba mirar el lado bueno de las personas. Pese a que a veces era difícil encontrarlo.

Al cabo de una hora, salieron del restaurante, dirigiéndose al club Cirque Le Soir. El local era famoso por su exclusividad y por ser el lugar de encuentro de numerosas celebridades, entre las que se encontraba Maxwell. Se adentraron en el establecimiento donde fueron recibidos por el estruendo de la música. Tras acomodarse en uno de los reservados, pidieron unos cócteles.

Durante largo rato, Maxwell estuvo ausente, un poco alejado de su grupo, observando la pista, que estaba repleta de gente bailando. De repente, un recuerdo envuelto en una especie de neblina regresó a él: unos grandes ojos castaños que lo contemplaban con sorpresa en aquella noche en el club Tropicana. La indiscutible mirada de Erin.

Entonces pensó en ella y se preguntó qué estaría haciendo. Probablemente estaba en el hospital trabajando. Dirigió su vista hacia su grupo de amigos, que reían y bebían despreocupados. Lanzó un suspiro enmarcado en un gesto de aburrimiento. Había llegado el momento de alejarse de allí.

Cuando empezó a sonar la canción *Higher Power* de Coldplay se levantó, obviando a sus amigos y se dirigió a la pista. Se hizo hueco entre la multitud, que, debido a la falta de luz, no se había percatado de quién era, lo que le daba una oportunidad para ser un anónimo más. Comenzó a moverse al ritmo de la música, vaciando su mente, dejando que la pegadiza melodía lo envolviera.

En ese instante, apareció ante él una preciosa mujer rubia que le dedicó una sonrisa, invitándole a compartir aquel baile con ella. Max no vio impedimento alguno, de modo que danzaron al unísono, sin mediar palabra. No sabía nada de aquella desconocida; sin embargo, no le importaba. La noche era larga, joven y prometía diversión sin fin.

En un momento dado, todo desapareció a su alrededor. Tal fue así que no se percató del fogonazo de luz que inundó la escena durante unos pocos segundos.

No obstante, pronto descubriría de qué se trataba.

Al día siguiente...

En la cafetería del hospital el ambiente era ciertamente bullicioso a esa hora del mediodía. Pacientes y personal circulaban por el lugar creando una atmósfera ruidosa, que contrastaba con la tranquilidad de otras áreas.

Estaba Erin sentada ante una de las mesas, tomando su almuerzo en soledad. Estaba leyendo un artículo sobre Obstetricia en una revista *online* en el teléfono, totalmente absorta, cuando Lauren

apareció en escena portando una bandeja con su comida. En cuanto se sentó, saludó a Erin jovial, sacándola de su ensimismamiento.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué haces?

Erin guardó el teléfono en el bolsillo de su bata, centrando su atención en Lauren.

—Leyendo. ¿Ya estás en el descanso?

—Sí, tengo media hora. ¿Y tú?

Erin miró su reloj de pulsera.

—Me quedan diez minutos —contestó.

Lauren lanzó un suspiro enmarcado en una sonrisa bobalicona.

—¿No te parece que hace un día precioso? Los pájaros cantan, el sol brilla, hace buen tiempo.

Erin se rio.

—Deduzco que tu cita con Kyle fue bien —apuntó, en referencia al encuentro de la enfermera con su vecino.

Lauren mantuvo su gesto risueño.

—Sí, fue genial. Cenamos en un restaurante italiano y luego fuimos a dar un paseo.

—¿Y pasó algo más?

Lauren se mordió el labio inferior.

—Nos besamos —soltó emocionada—. ¡Fue un momento mágico!

Erin sonrió dichosa.

—Me alegro por los dos. Siempre creí que hacíais buena pareja —aseveró.

—Estoy feliz, pero a la vez tengo miedo de que se estropee. Ya sabes que no he tenido buena suerte —comentó Lauren un poco inquieta.

—¿Y quién la tiene? Una de las cosas más complicadas en esta vida es encontrar a tu media naranja. Hay que probar muchas veces. Sin embargo, hay que disfrutar del momento.

—Tienes razón —respondió—. ¿Y sabes algo de Max? Lo digo porque, como estamos hablando de medias naranjas y eso...

—Ya te lo he dicho. No hay nada entre nosotros. Mañana se pasará por aquí para darme mi bufanda y punto —aclaró.

—Oye, ¿no has pensado que tal vez lo de la lavandería fue una excusa? Ya sabes, para volver a verte.

Erin frunció el ceño.

—No lo creo.

—Es que me resulta extraño que alguien mande una bufanda a la lavandería —apuntó Lauren suspicaz.

Erin se encogió de hombros.

—Puede que la mandara con el resto de su ropa. Además, es un gesto de cortesía por llevarle a casa. No hay nada raro.

—Supongo —se limitó a comentar Lauren poco convencida.

En ese momento, Lauren giró la cabeza y vio en la mesa de al lado a una mujer que estaba leyendo el *Daily Mirror*. Estrechó la mirada al observar que en la portada aparecía alguien que le

resultaba familiar.

—¿Ese no es Maxwell? —preguntó.

Esto captó el interés de Erin.

—¿Cómo dices?

Lauren se levantó, dirigiéndose a la mesa de al lado.

—Disculpe, señora, ¿podría dejarme un momento el periódico? Se lo devuelvo enseguida —le pidió Lauren con amabilidad.

La mujer esbozó una sonrisa.

—Claro —respondió.

—Gracias —dijo Lauren, agarrando el periódico.

Regresó a la mesa, posó su vista en la portada y, tras leer el artículo, confirmó que se trataba de Maxwell, que aparecía en una foto bailando con una joven rubia. Entonces, se la mostró a Erin.

—Mira, es Maxwell.

Erin cogió el papel, reconociendo al diseñador.

—¿Quién es esta chica? —inquirió con interés.

Lauren se colocó a su lado y leyó la primera parte del artículo en voz alta.

«La pasada noche el célebre diseñador Maxwell Stirling compartió una velada de diversión en el Cirque Le Soir con una joven desconocida. La pareja bailó gran parte de la noche en el centro de la pista, mostrándose acaramelada y cómplice. ¿Puede ser esta desconocida la nueva pareja del diseñador?».

Erin notó su pulso acelerarse mientras contemplaba a la joven rubia.

—Es muy guapa —apuntó.

Lauren torció el gesto.

—No sé. Yo creo que el periódico exagera. A lo mejor solo bailaron un rato y no paso nada entre ellos. Seguramente era una amiga o incluso una conocida. Ya sabes que, con tal de vender, se inventan cosas.

—Encaja con el tipo de Maxwell. Hacen buena pareja.

—Erin, no te creas todo lo que dicen. Además, yo creo que tú haces mejor pareja con él —aseveró.

Erin recordó aquel lejano día en el que conoció a una de las novias de Max, también rubia como esa joven. Esto provocó que sus viejas inseguridades regresaran con fuerza.

—No, de ninguna manera. Ella es perfecta para él. No soy el tipo de Max. Y nunca lo seré —afirmó, mientras se levantaba—. Bueno, me marchó ya. Te veo luego.

A continuación, se alejó de allí, dejando a Lauren a solas. La enfermera torció el gesto, rememorando el atisbo de dolor que vislumbró en la mirada de Erin poco antes de marcharse. Era el mismo destello que vio en sus ojos cuando Lewis la engañó.

Lauren lanzó un suspiro abatido. ¿Sería capaz Erin de superar sus miedos de una vez por todas?

Capítulo 9

El taller de Maxwell estaba a pleno rendimiento. Había creado varios diseños para la colección y el personal ya estaba trabajando para dar forma a las prendas, además de atender otros pedidos de las tiendas. En esos momentos, se encontraba con Lilian en un rincón de la sala discutiendo varios asuntos.

—He hablado con la organización de la Semana de la Moda y ya me han notificado que desfilaré el penúltimo día por la tarde noche, si confirmamos antes de dos semanas. ¿Te parece bien?

—Sí, es un buen día —respondió Max—. ¿Cómo va la contratación de las modelos?

—He hablado con Ford y Élite. La verdad es que hay algunos problemillas, porque sus principales estrellas ya están fichadas. ¿Quieres a alguien en particular para que sea la estrella del desfile?

—Ya sabes que las estrellas del desfile son los diseños.

—Lo sé, pero es tan solo para dar publicidad. A la prensa le gusta sacar a alguna modelo famosa en los desfiles.

—¿Qué tal Lana o Amber? Hicieron un gran trabajo el año pasado.

—Sí, creo que podré conseguir a ambas.

—Perfecto. ¿Y podrías conseguir a Tyler?

—Creo que tampoco habrá problema. Además, Tyler nunca te dice que no —contestó, apuntando el nombre en el cuaderno que portaba.

—Genial. Y, cambiando de asunto, ¿has hablado con la fábrica para las muestras de tela del vestido de Valentina?

—Sí, ya las han enviado: llegarán mañana. ¿Cuándo vendrá la novia?

—Aún tiene que darme una fecha, pero me dijo que para finales de este mes lo intentaría. Ya tengo dos bocetos distintos. Se los enviaré luego, a ver qué le parecen.

—Parece que la inspiración ha vuelto para quedarse —apuntó Lilian.

—Sí, eso parece.

En ese momento, alguien se asomó por la puerta del taller. En cuanto Maxwell vio de quién se trataba, sonrió.

—¡Sam! Pasa —instó a su hermana.

—Hola a todos —dijo Sam al equipo al tiempo que se adentraba en la sala.

Los presentes le dedicaron sonrisas y saludos.

—¿Os pillo en mal momento? —inquirió Sam a su hermano.

—No, para nada. De hecho, ya estábamos terminando. ¿Algo más, Lilian? —preguntó a su asistente.

—Por ahora, todo controlado. Voy a ponerme con lo que hemos hablado y te cuento más tarde —dijo—. Os dejo. Un placer verte, Sam.

—Igualmente, Lilian —respondió.

Lilian se alejó de allí mientras Sam saludaba a su hermano con un beso en la mejilla.

—¿Qué te trae por aquí? —inquirió él.

—Vengo a secuestrarte para comer. ¿Tienes tiempo?

—Para ti, siempre. —Miró su reloj de pulsera, comprobando que eran casi las doce del mediodía—. De hecho, ya es hora de comer. ¿Adónde quieres llevarme?

—Si quieres, podemos ir a Il Sugo. Me apetece comida italiana —sugirió.

—Perfecto.

—¿Vamos?

Al cabo de varios minutos, llegaron al restaurante Il Sugo, situado en Pratt Street. El local de paredes de ladrillo con decoración minimalista, donde predominaba la madera, poseía una cálida y acogedora atmósfera. Se acomodaron en una mesa con asientos acolchados y, tras pedir la comida, retomaron la conversación.

—He visto tus fotos con esa chica. ¿Quién es? —preguntó Sam seria.

Max se encogió de hombros.

—No lo sé. Solamente bailamos un poco. No sé ni su nombre.

Sam asintió.

—Comprendo. ¿Y no viste al *paparazzi*? Porque la foto la tomaron muy cerca de vosotros.

—No, la verdad es que no vi a nadie.

Sam torció el gesto.

—Entiendo.

Max estrechó la mirada, suspicaz.

—¿En qué piensas, Sam?

—Que todo es muy sospechoso. Yo creo que hay alguien cerca de ti que filtra información a la prensa.

Max se quedó perplejo.

—¿Tú crees?

—Totalmente. Es raro que salgas tanto en los tabloides últimamente. Ayer fue con esa chica, hace unas semanas con otra amiga. No sé, normalmente no tienen tanto interés en ti, Max.

Esto inquietó al diseñador.

—¿Y quién crees que puede estar detrás de esto?

—Por ahora tengo varios sospechosos, pero ninguno confirmado.

Max alzó una ceja.

—¿Te refieres a alguien en particular?

—Sí, de hecho, seguro que sabes que me refiero a tu pandilla de parásitos.

Max lanzó una carcajada.

—Eso es absurdo, Sam. No tienen necesidad de hacer algo así. Tienen dinero de sobra.

—Nunca des nada por sentado, hermanito. Ya sabes que las apariencias engañan.

—Sí, supongo.

—Lo mejor es que seas cauto por el momento, hasta que se descubra quién ha sido, ¿de acuerdo?

—Está bien.

A continuación, comenzaron a degustar los platos de pasta que habían pedido.

—¿Y qué tal te fue con Erin?

Max sonrió al recordar a la joven.

—Muy bien. Apenas ha cambiado, sigue siendo esa chica tímida de antaño.

—Lo imaginaba. Erin siempre ha sido un encanto —aseveró—. ¿Y tiene pareja?

—No, rompió con su novio hace unos meses.

Sam asintió.

—Comprendo —comentó—. Supongo que le devolverías la bufanda.

—No, se la devolveré hoy. Es que la mandé a la tintorería.

Sam alzó una ceja con gesto suspicaz.

—Qué extraño. A mí me suena a excusa.

Maxwell apartó la mirada, disimulando, detalle que le dio a Sam una pista de las intenciones de su hermano.

—¿Y qué si lo es? Me lo pasé muy bien con ella y quería tener un pretexto para quedar otra vez —se defendió.

—¿Desde cuándo una mujer no ha querido volver a quedar contigo? No sabes lo que es que te rechacen, Max.

—Me dio la impresión de que ella no quería verme más. No sé por qué —indicó.

—Lo dudo. Recuerdo que nos apreciaba mucho.

—Sí, lo sé.

—Fue una pena que, con el tiempo, nos distanciáramos. Es una familia que siempre me gustó. Eran diferentes al resto. Más reales, supongo.

—La verdad es que ver a Erin de nuevo fue como un soplo de aire fresco —aseveró.

En ese momento, Maxwell notó la vibración de su teléfono, indicando que tenía un mensaje. Sacó el dispositivo y comprobó que era de su amigo John.

—Vaya, es John —comentó mientras abría el mensaje.

—Hablando de gente con los pies en la tierra. ¿Qué se cuenta?

—Celebra su cumpleaños la semana que viene, el sábado, en su casa. Irá Tania también, quieren verme.

—Pues ya estás diciendo que sí. Hace mucho que no os veis. Y esos amigos son los que merecen la pena, Max.

—Lo sé. Pero ya te dije que me siento fuera de lugar. Estarán con sus familias, sus hijos. Yo seré el único que vaya solo.

En ese instante, Sam tuvo una idea.

—¿Por qué no invitas a Erin a ir contigo?

Maxwell consideró el asunto.

—A lo mejor tiene que trabajar ese día o tiene otros planes.
—Tú propónselo. Quizás haya suerte —advirtió, guiñándole un ojo.

Eran alrededor de las siete cuando Maxwell llegó al hospital Queen's Charlotte. Tras preguntar en la recepción por la doctora Turner, una enfermera le dio las pertinentes indicaciones. Se bajó del ascensor en la planta de Maternidad y volvió a dirigirse a otro mostrador, donde estaba Lauren hablando con una compañera.

—Disculpen, busco a la doctora Turner —dijo con amabilidad.

Ambas se quedaron atónitas ante semejante adonis: Maxwell lucía unos pantalones de vestir oscuros, una americana azul cielo y una camiseta blanca con el dibujo de una pantera.

—¿Es usted Maxwell Stirling? —inquirió Lauren, embobada.

Él esbozó una sonrisa que casi derrite a ambas.

—Sí, soy yo.

Las dos estuvieron a punto de dar saltitos de alegría; no obstante, se abstuvieron de dar un espectáculo.

—¿Podría hacerme una foto con usted? —preguntó la otra enfermera.

—¡Claro! —contestó Max con buen talante.

Una vez se hizo la foto, Maxwell se apartó.

—Muchísimas gracias. Voy a ser la envidia de mi suegra y de mis cuñadas —afirmó la enfermera divertida.

En ese instante, Lauren intervino:

—Acompáñeme, le indicaré donde está.

A continuación, Max siguió a Lauren hasta la unidad de Cuidados Intensivos Neonatales. Erin se hallaba frente a los cristales que separaban aquella zona del pasillo. Observaba a su paciente Elijah, que descansaba plácidamente en la incubadora. El doctor le había dado buenas noticias sobre su evolución, que seguía siendo favorable. No obstante, hasta que no estuviera fuera del hospital, Erin no estaría tranquila.

Mientras tanto, Lauren y Max conversaban al tiempo que iban avanzando por el largo pasillo.

—Por cierto, me llamo Lauren. Trabajo con Erin —se presentó.

—Encantado. ¿Llevas mucho tiempo trabajando con ella?

—Unos cuantos años. Tengo entendido que os conocéis desde la infancia.

—Sí, nuestras madres son amigas. ¿Y qué tal es trabajar con Erin?

—Es un honor y una suerte. Es una gran profesional.

A Maxwell le agradó oír eso.

—Me lo imaginaba.

En ese instante, detuvieron su marcha al ver a Erin en el pasillo. Maxwell observó su rostro, que denotaba preocupación y angustia. No pudo evitar preguntarse a qué se debía.

—Ahí la tienes. Yo me marchó, que tengo trabajo. Ha sido un placer.

—Igualmente. Y gracias.

Una vez a solas, Maxwell avanzó hacia Erin sin dejar de observarla. Sus dulces rasgos estaban algo endurecidos por la inquietud, lo que le daba un aire melancólico, alejado de su encantadora timidez.

Tan absorta estaba contemplando a Elijah, que no se percató de la presencia de Maxwell.

—Hola —dijo él, sobresaltándola.

Erin dio un ligero respingo y se giró hacia él.

—Hola, Max. Perdona, no te había visto —respondió aturdida, colocándose un mechón detrás de su oreja.

Él esbozó una tímida sonrisa.

—Lo he deducido. ¿Aún estás trabajando?

Ella negó con la cabeza.

—No, ya he terminado. Solo he venido a ver a un paciente.

Max dirigió su vista hacia las incubadoras, donde se hallaban los bebés de pequeñas dimensiones, rodeados de cables.

—Son prematuros, ¿verdad?

—Sí. ¿Ves a ese bebé del fondo a la derecha? —Max asintió—. Se llama Elijah, es paciente mío.

—Comprendo. ¿Y cómo se encuentra?

Erin lanzó un suspiro.

—Dice el pediatra que evoluciona favorablemente. Pero hasta que no me diga que va a salir de la unidad, no me quedaré tranquila.

—¿Con cuánto tiempo nació?

—Siete meses. Fue un parto complicado y tuvimos que realizar una cesárea. Lleva alrededor de dos meses aquí. Ahora tiene mejor aspecto; sin embargo, ha tenido episodios difíciles.

—Estoy seguro de que saldrá pronto del hospital. Tiene pinta de ser un tipo duro.

Erin esbozó una media sonrisa.

—Lo es.

En ese momento, Maxwell se fijó en que una enfermera sacaba a Elijah de la incubadora y se lo entregaba a una mujer, que debía de ser su madre.

—Esa es su mamá, ¿verdad? —inquirió.

—Sí. Se llama Mary.

La mujer alzó la vista y, al ver a Erin, la saludó con la mano, gesto que ella le devolvió.

—No hay mejor lugar en el mundo que los brazos de un ser querido —comentó ella meditabunda.

—Sin duda. ¿Sabes que yo también fui prematuro?

Erin se quedó sorprendida.

—¿En serio?

Maxwell asintió.

—Sí. Me adelanté un mes. Estaba harto de estar ahí dentro, quería ver el mundo, así que decidí

salir antes. Por eso soy tan rebelde. Mi madre dice que, desde que nací, he hecho lo que he querido sin importarme lo que los demás dijeran.

Esto provocó que Erin se riera discretamente.

—Ya veo.

—Y aquí me tienes, vivito y coleando. Así que no te preocupes: Elijah saldrá adelante —aseveró.

Erin esbozó una mueca de agrado.

—Sí, tienes razón —respondió más tranquila—. ¿Has traído mi bufanda?

—Claro. Pero ¿qué te parece si antes nos vamos a cenar? Estoy muerto de hambre.

Erin se mostró sorprendida por la propuesta.

—Sí, me parece bien.

Max sonrió contento.

—Genial. ¿Nos vamos?

A continuación, se dirigieron al ascensor que había al final del pasillo, para minutos después salir del hospital. En cuanto pisaron la calle, fueron recibidos por el viento frío que asolaba la ciudad esa noche, de modo que se dispusieron a buscar refugio enseguida.

—Conozco un *pub* aquí cerca. Vamos —le instó Erin.

Minutos después, entraron en un *pub* llamado The Askew Public House, un edificio de tres plantas con fachada de color azul y decorado con llamativas flores de diversos colores, lo que le daba un toque pintoresco. En cuanto se adentraron en el establecimiento, fueron recibidos por el bullicio de las conversaciones, que amortiguaba el sonido de la música de fondo. Tras pedir la comida y la bebida en la barra, se acomodaron en una solitaria mesa de asientos acolchados.

Max paseó su vista por el lugar. Suelos y paredes cubiertos de madera, varios televisores de plasma repartidos por el local donde emitían los deportes, la barra en un lateral, y al otro lado, un ventanal que daba a un jardín, en el que había también mesas. Todo estaba rodeado de una atmósfera acogedora y un tanto añeja.

—Me gusta este sitio. ¿Vienes mucho? —inquirió Max.

—Alguna vez. Se come bien y el trato es agradable.

Max se rio.

—Parece un comentario de Trip Advisor.

Erin agachó la mirada apurada.

—Sí, bueno...

—¡Es broma, mujer! —respondió divertido al ver como las mejillas de Erin se sonrojaban.

—Sí, claro. Perdona, es que hoy he tenido un día de locos y no soy muy rápida con el sarcasmo.

—¿Muchas complicaciones?

—No, por suerte. Los dos partos que he atendido han ido como la seda. Sin embargo, las horas de guardia se notan y el cuerpo se resiente cuando al fin te sientas a descansar.

—La verdad es que debo decirte que te admiro. Bueno, a la profesión médica en general. Eso de salvar vidas no puede hacerlo cualquiera.

Erin ensombreció su mirada.

—No salvamos vidas siempre. A veces no podemos.

—Obviamente eso no siempre es posible. No tenéis superpoderes. Sin embargo, no debes sentirte culpable.

Erin se mostró extrañada.

—¿A qué te refieres?

Max alzó una ceja.

—¿Te crees que no me he dado cuenta de que estás preocupada por Elijah? Estoy convencido de que no has dejado de pensar en él en todo el rato que llevamos aquí sentados.

Erin suspiró con resignación.

—Vale, me has pillado. No puedo evitarlo. Me preocupo por mis pacientes. Me gustaría haber podido hacer más.

—Tú hiciste todo lo que estuvo en tu mano. Hiciste la cesárea y Elijah está en este mundo gracias a ti. Solo necesita un poco de tiempo para recuperarse. Ya sabes que ese viaje es difícil.

—Lo sé.

—Entonces, alegre esa cara, que estás con el mismísimo Maxwell Stirling. ¿No sabes que estoy de actualidad? —bromeó.

—Algo vi en el *Daily Mirror*. Oye, a lo mejor tu novia se enfada si nos ven aquí... —dijo apurada, mirando alrededor, por si atisbaba a algún paparazzi.

Maxwell se rio.

—¿De verdad te has creído que me lie con esa chica?

Erin se mostró desconcertada.

—Bueno, yo...

—Querida Erin, las apariencias engañan. Solo bailamos una canción y ni siquiera sé su nombre.

Erin se quedó sorprendida.

—Vaya, pues sí que engañan las apariencias.

En ese momento, una camarera les sirvió lo que habían pedido. Una vez estuvo todo sobre la mesa, la camarera los dejó a solas de nuevo.

—La verdad es que me ofende que te hayas creído eso. ¿Qué imagen tienes de mí, Erin? —dijo, fingiendo dramatismo.

Erin se mordió el labio inferior y se colocó un mechón detrás de la oreja.

—Lo siento, Max. Es que, por las fotos, parecía lo contrario.

Max contuvo la risa al ver el apuro de Erin reflejado en sus encantadoras mejillas sonrosadas.

—Te perdono, pero, a cambio, tienes que hacerme un favor.

—Lo que quieras.

Max esbozó una sonrisa traviesa, que sobresaltó el corazón de Erin.

—El sábado me han invitado a un cumpleaños. ¿Me acompañas?

Erin consideró la propuesta, mientras recordaba los turnos que tenía en el hospital.

—El sábado saldré a las tres de la tarde.

—Puedo pasar a buscarte a tu casa, si quieres. El cumpleaños empieza a las seis. Es en Watford.

—Vale, entonces, me apunto.

Maxwell sonrió complacido.

—Sabía que no me decepcionarías —afirmó—. A propósito, aquí tengo tu bufanda —anunció, sacando la prenda de una bolsa de plástico que portaba.

A continuación, se la entregó a Erin, que agarró la bufanda con delicadeza.

—Gracias —dijo.

Al percibir el aroma de Flower by Kenzo, Erin dedujo que no había pasado por la tintorería, algo que ciertamente la extrañó.

—Pensé que la habías mandado a la tintorería.

Max desvió la mirada.

—Bueno, puede que no la mandara y que te contara una mentira piadosa para verte otra vez.

Erin se quedó sorprendida. De repente, su corazón se desbocó y su mente elucubró ideas extrañas: cabía la posibilidad de que, al reencontrarse y descubrir a la Erin adulta, él hubiera empezado a verla con otros ojos. No como una adorable amiga de la infancia, sino como algo más. Entonces, su sueño de la adolescencia se convertiría en una realidad. Al verse envuelta en aquel torbellino de emociones, Erin quiso indagar más.

—¿Y por qué querías volver a verme?

Max se mostró perplejo.

—¿Por qué? Porque hacía mucho tiempo que no nos veíamos y me gusta hablar contigo. Me lo pasé muy bien el otro día y quería repetir. Además, quiero retomar nuestra amistad. Recuerdo que de pequeña siempre andabas detrás de nosotros. Eras como una hermanita pequeña. De hecho, sigues siendo igual de adorable —explicó risueño.

Ante esa respuesta, todo lo que Erin había imaginado se desmoronó en pocos segundos.

—Comprendo.

—Por cierto, la bufanda tiene una calidad exquisita. ¿Dónde la compraste?

—No la compré, la confeccionó mi abuela materna para mí. Tejía muy bien.

Maxwell se sorprendió ante este dato.

—Vaya, es curioso. Mi abuela materna era sastra, aprendí mucho de ella. De hecho, por su culpa me hice diseñador.

—Lo sé.

Max alzó una ceja.

—¿Lo sabes?

—Sí. De hecho, me lo contaste tú.

Max frunció el ceño, tratando de hacer memoria.

—Vaya, no me acuerdo.

—Es comprensible. Has conocido a gente demasiado interesante a lo largo de tu vida como para acordarte de algo tan insignificante.

Max esbozó una mueca de asombro.

—¿Me acabas de lanzar un dardo?

Erin se rio y se encogió de hombros.

—Puede...

A Max le gustó conocer el lado sarcástico y un poquito despiadado de Erin.

—Ya veo. Pues ha dolido.

—Puedo hacerlo mejor —respondió desafiante.

Él dibujó una sonrisa pícaro.

—¿Ah, sí?

—Sí. No sabes lo mucho que se aprende escuchando y observando cuando eres invisible para el resto. A veces hasta me mimetizaba con las plantas.

Max volvió a reírse.

—Eres tremenda, Erin.

—Como dice mi madre, la risa es la mejor manera de combatir aquello que nos hace infelices.

—Me gusta esa filosofía.

Finalmente, terminaron de cenar y se dirigieron hacia el lugar donde Max había aparcado su coche.

—Max, no hace falta que me lleves, puedo coger un taxi...

—Ya sabes que soy el *enfant terrible* de la moda y no admito un «no» por respuesta. Vamos, sube —la instó, abriéndole la puerta del copiloto.

Erin lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien.

Subió al lujoso vehículo y, una vez se pusieron en marcha, comenzaron a recorrer las solitarias calles de la ciudad, ya que a esa hora de la noche apenas había transeúntes.

—Por cierto, quería contarte algo. Pero que no salga de aquí —le pidió.

—Claro. ¿De qué se trata? —inquirió Erin con interés.

Max lanzó un suspiro.

—¿Recuerdas el tema del *Daily Mirror*? Sam cree que alguien de mi entorno está filtrando información sobre mí a la prensa.

Erin se quedó sorprendida.

—Vaya, es un tema delicado. ¿Y sabes quién es?

—Aún no. Pero tendré que averiguarlo. No soporto que me traicionen —aseveró contundente.

—No entiendo cómo la gente es capaz de eso.

—Yo tampoco. Siempre he tenido buena relación con la prensa, pero últimamente notaba que aparecía en todas partes. Sobre todo, si había una chica cerca.

—¿Y cómo vas a averiguarlo? Porque algo tendrás que hacer para parar eso.

—De momento, prefiero no pensarlo. Ya se me ocurrirá algo —respondió, quitando importancia—. El problema es que mis padres ven eso... y ya me quieren ver casado y con hijos. Desde que Sam se casó, ahora se han centrado más en mí.

—Bienvenido al club. Mis padres también me insisten mucho. Pese a todo lo que pasó con Lewis... —En ese momento, Erin se dio cuenta de que quizás estaba hablando de más, así que

decidió guardar silencio.

No obstante, Max se percató de que había algo que Erin se había callado, lo que le generó más intriga.

—¿Qué pasó con Lewis?

Erin tragó saliva, visiblemente nerviosa.

—Nada, no he dicho nada —aclaró atropelladamente.

Max no pudo seguir preguntando, porque justo en ese instante llegaron a la casa de Erin. Fue la ocasión perfecta para una rápida huida.

—Gracias por traerme, Max —dijo, desabrochándose el cinturón y abriendo la puerta.

—De nada. Hablamos para lo del sábado.

—Claro. Hasta pronto —se despidió, entrando en su casa.

Max se quedó con la vista fijada en la fachada del edificio durante unos segundos. Se preguntaba qué era aquello que Erin escondía. Porque era evidente que algo ocultaba.

Regresó a casa y, en cuanto llegó, decidió enviarle un mensaje a Erin.

MAX_23:34

Quiero que sepas que, a pesar de tu huida repentina, no voy a quedarme con las ganas de saber qué era todo eso de Lewis. El próximo día te espera un interrogatorio. Y no puedes echarte atrás. Te paso a buscar el sábado a las cinco. Que descanses.

Al leer el mensaje Erin suspiró con resignación. Max era, ciertamente, un *enfant terrible* con mucho encanto, que te convencía de cualquier cosa con una simple sonrisa llena de contundencia.

A pesar de que aún le costaba hablar de aquel doloroso episodio de su vida, no tenía nada que esconder, y menos a Max. No obstante, le preocupaba el hecho de derrumbarse de nuevo, como solía ocurrirle cada vez que recordaba la humillación, la angustia y la desazón que todo lo acontecido le produjo.

Sin embargo, como bien le dijo su madre entonces: «En esta vida, lo que no te mata, te hace más fuerte». Y Erin había demostrado que fortaleza le sobraba.

Capítulo 10

Eran las cinco de aquel soleado sábado de principios de marzo. Tras varias jornadas lluviosas, Londres había amanecido con buen tiempo y, según las previsiones, seguiría así el resto del fin de semana.

Erin estaba terminando de arreglarse después de darse una rápida ducha, cuando llamaron al timbre, lo que indicaba que Max acababa de llegar.

No había dejado de pensar en él y en la conversación que tenían pendiente, para la que se había preparado a conciencia. Además, habían intercambiado varios mensajes a lo largo de la semana, discutiendo el regalo que le comprarían a John, asunto del que Max se encargó personalmente.

Erin se ajustó los pantalones vaqueros, que conjuntaban perfectamente con la blusa verde que llevaba, y fue hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó a través del telefonillo más por cortesía que otra cosa.

—Soy Max. ¿Estás lista?

—Sí, solo tengo que coger el bolso. Voy enseguida.

En cuanto abrió la puerta principal, se encontró a Maxwell, que lucía una camiseta azul marino con el dibujo de una rosa blanca serigrafiada y unos vaqueros grises rasgados. Un atuendo ciertamente llamativo, pero que le sentaba genial, pensó Erin fascinada.

—¡Hola! ¿Has traído el regalo?

—Está en el maletero. John va a alucinar. Ni se lo imagina —aseveró sonriente.

—Le encantará, te lo aseguro.

—Gracias por asesorarme con el regalo. De hecho, cuando John sepa que eres fan de *Star Trek*, va a adorarte.

Esto provocó la risa de Erin, que se acomodó en el asiento del copiloto. Una vez se pusieron en marcha, retomaron la conversación, mientras el coche atravesaba las abarrotadas calles del vecindario.

—¿John y tú sois amigos desde hace mucho? —inquirió Erin.

—Desde que empecé mis estudios en la universidad. El primer día de clase conocí a John y Tania en la cafetería del campus. Nos caímos bien al instante y a partir de entonces, nos volvimos inseparables los tres. Incluso compartimos apartamento durante unos años. Son mis dos mejores amigos.

—Comprendo. ¿Y os veis mucho?

—La verdad es que los tengo un poco abandonados. Ellos están en otro mundo: niños, matrimonios, colegios, familia... No sé, a veces me siento un poco fuera de lugar cuando estoy con ellos.

—Estoy segura de que exageras. Probablemente son ideas tuyas.

Max se rio.

—Eso dice mi hermana. Ellos fueron mi mayor apoyo cuando empecé en esto. Vivimos muchas aventuras los tres.

—Entonces, cuídalos. Amigos así hay pocos.

Max asintió meditabundo.

—Tienes razón —afirmó. Entonces, decidió cambiar de tercio y abordar un asunto en el que llevaba pensando todos aquellos días—. Y ahora, háblame de Lewis. ¿Quién es? Y, sobre todo, ¿qué pasó con él?

Erin tomó una bocanada de aire y respiró hondo. Tras esto, se dispuso a narrar aquel episodio de su vida que al principio fue como un sueño, pero que acabó convirtiéndose en una pesadilla.

—Conocí a Lewis a través de una de mis mejores amigas, Jodie. Jodie es de Coventry, nos conocimos en el instituto y, junto con mi amiga de la infancia Mia, formamos un trío de amigas inseparable.

» Jodie se mudó también a Londres para estudiar y se quedó aquí cuando consiguió trabajo en una empresa de la City, así que nos veíamos mucho.

» El caso es que me enamoré de Lewis a primera vista y, al poco tiempo, empezamos a salir. Todo iba bien, o eso me parecía. Compartíamos todo, viajábamos y, al cabo de dos años, nos fuimos a vivir juntos. Es cierto que con mi horario es a veces complicado hacer planes; sin embargo, Lewis era comprensivo y respetaba mi trabajo.

» Todo era perfecto, o eso creía yo. Entonces, un buen día, Lewis me pidió que nos casáramos. Le dije que sí al instante, claro. Estaba muy feliz. Me veía formando una familia con él, compartiendo el resto de nuestra vida juntos. Así que, después de darle la noticia a todo el mundo, empezamos con los preparativos.

» Yo pensaba que estábamos bien, pero empecé a notar que Lewis estaba más irascible. Discutíamos más y él estaba menos cariñoso. Hablé de ello con Jodie, porque era quien más cerca estaba de mí, y me dijo que eran imaginaciones mías. Que era normal que hubiera cierto estrés. Yo la creí, aunque también percibí que estaba un poco rara. Como si algo le preocupara.

—Esto tiene mala pinta... —comentó Max suspicaz.

Erin suspiró con resignación.

—No tardé en descubrir qué es lo que pasaba. Un día le dije a Lewis que saldría tarde, porque quería darle una sorpresa. Pensaba preparar una cena para que habláramos y suavizar las cosas. Pero, en cuanto llegué a casa, me encontré a Lewis con Jodie en nuestra cama.

Max se quedó asombrado ante esto.

—¿¡Qué!? ¡Será cabrón! Y perdona que lo diga así, pero es que no puedo contenerme —afirmó indignado.

—Tranquilo, puedes insultarle todo lo que quieras.

—Y ella es lo mismo. Los dos fueron unos cerdos. ¿Cómo pudieron hacerte eso? —espetó enfadado.

Erin ensombreció su mirada con su rostro envuelto en una mueca de tristeza.

—Poco después, cuando todo se descubrió, recibí una llamada de una compañera de trabajo de

Jodie. Me contó que Lewis siempre había estado enamorado de Jodie y que empezó a salir conmigo para intentar olvidarse de ella. Sin embargo, parece ser que nunca lo consiguió.

» El caso es que se liaron en una cena de empresa poco después de que él me pidiera matrimonio, y siguieron viéndose desde entonces. Según me dijo, Lewis no se atrevía a romper conmigo y Jodie tampoco se atrevía a contármelo. Así que el hecho de que yo descubriera todo les vino genial, porque fui yo la que puso fin a la relación.

—Espero que no te hables con ninguno de los dos.

—No, Jodie y él siguieron su camino, y yo seguí el mío. Me quedé en el piso de Lauren un tiempo, hasta que encontré el apartamento de Notting Hill. Y, desde entonces, no he salido con nadie.

—Pues se acabó el luto. Tienes derecho a ser feliz, Erin. Esos dos son unos desgraciados y espero que les vaya fatal. Tú tranquila, que el karma hará de las suyas con esos dos —aseveró.

Erin esbozó una mueca de agradecimiento.

—Gracias, Max.

Este giró la cabeza y acarició la mejilla de Erin en señal de complicidad. La joven sintió su piel estremecerse al percibir la calidez de su tacto.

—De nada, pequeña Erin.

Al cabo de unos minutos, se detuvieron ante la entrada de la casa de John y su familia. Nada más salir del coche, pudieron oír el bullicio que provenía de la parte trasera de la casa, donde se hallaba el jardín. La vivienda de estilo victoriano, hecha en ladrillo, con tejado a dos aguas, tenía un pequeño porche que conducía a la entrada, donde se encontraba el garaje a un lado. Maxwell sacó del maletero el voluminoso regalo para John y ambos se encaminaron hacia la puerta. Una vez llamó, rápidamente acudió alguien a abrir.

—¡Max! —exclamó su amiga Tania, lanzándose a sus brazos.

Tania tenía la misma edad que Max, era de estatura media y complexión delgada.

—¡Cuánto tiempo sin verte, preciosa! —respondió Max, contento.

—¡Ya te digo! Creo que la última vez que nos vimos fue en Navidad en mi casa, cuando viniste a traerles los regalos a los niños.

—Cierto.

En ese momento, Tania se fijó en Erin, que estaba detrás de Max, y sin esperar a que su amigo hiciera las presentaciones, ella tomó la iniciativa.

—Hola, soy Tania.

—Erin, encantada —respondió sonriente.

—Bueno, pasad, pasad. La fiesta es en el jardín, chicos —les instó.

En cuanto entraron en la casa, se dirigieron al jardín. En aquel hogar se respiraba una cálida atmósfera familiar, donde había juguetes desperdigados por alguna estancia y dibujos infantiles colgados en las paredes.

Cuando salieron al jardín, se encontraron a varios niños jugando en el césped, mientras los adultos conversaban desperdigados en grupos por el lugar. Había dispuesta una mesa alargada, donde había bebida y aperitivos variados.

John, un tipo alto y corpulento, sonrió al ver a Maxwell.

—¡Max! —exclamó.

En cuanto oyeron ese nombre, los niños corrieron hacia él.

—¡Tío Max! —gritó una niña pequeña de cabellos rubios.

John y Max se abrazaron, pero rápidamente los pequeños requirieron su atención, así que se agachó para recibir sus muestras de cariño.

—¡Qué grandes estáis! —afirmó Max.

Erin, al ver lo bien que Max confraternizaba con los niños, sintió un cosquilleo en el estómago y esbozó una mueca de agrado.

—Tío Max, ¿nos has traído algo? —inquirió uno de los niños.

—¡Mike! —le recriminó John a su hijo.

El niño torció el gesto.

—Perdón.

Max se rio.

—Hoy no he traído nada, porque papá es el protagonista.

—¡Bien dicho!

—A propósito, chicos, os presento a Erin, una buena amiga mía. Erin, estos enanos de aquí son: Mike, Gary y Sheila, los hijos de John, el cumpleañosero, y por aquí tenemos a Derek, el mayor de la tropa y a Esther, los hijos de Tania.

—¡Oye, que no soy una enana! ¡Ya tengo cinco años, tío Max! —protestó Sheila, una niña de graciosos rizos oscuros, cruzándose de brazos.

—Perdone, *milady* —respondió Max, burlón. A continuación, se dispuso a presentar a los adultos—. Aquel de allí es Lawrence, el marido de Tania, y a su lado está la anfitriona más espectacular, Jenny, la mujer de John.

—¡Vas a hacer que me sonroje, Max! —contestó Jenny, que poseía una melena rubia rizada y unos ojos azules encantadores.

—Y ahora ha llegado el momento de nuestro regalo. Felicidades, John —dijo Max, entregándole la bolsa.

—Esperemos que te guste —intervino Erin.

—Gracias, chicos. No era necesario —afirmó John mientras sacaba el regalo de la bolsa.

Abrió el voluminoso paquete, quitando el papel con cuidado, hasta que vio de qué se trataba: una maqueta de la nave Enterprise de *Star Trek*. John abrió mucho los ojos, totalmente atónito.

—¿¡Cómo lo has sabido!?

John observó la caja, completamente fascinado, mientras Max y Erin intercambiaban una mirada.

—Porque eres un friki tremendo y sabía que acertaría. Bueno, tengo que admitir que Jenny me proporcionó la información que necesitaba —explicó Max.

John abrazó a ambos.

—¡Gracias! ¡Millones de gracias! No sabéis la de tiempo que llevo queriendo tenerla —respondió contento.

—Pero la montas luego, que te conozco... y, como te pongas con ello ahora, no te veremos en toda la tarde —advirtió Max.

John resopló.

—Vale, me aguanto hasta mañana.

—Buen chico —contestó Max, burlón—. Por cierto, quiero que sepas que Erin es otra *trekkie* de cuidado.

—¿De verdad? —inquirió John, mirándola.

Erin asintió.

—Sí, me gusta mucho *Star Trek*.

—Erin, acabas de entrar en el club de las personas que me caen bien —afirmó John, jovial.

Todos rieron ante el comentario.

A lo largo de la tarde, Erin se fue introduciendo poco a poco en el círculo de amigos de Max. Mientras este jugaba con los niños, Erin se sentó en una de las sillas que había por allí, al lado de Tania, que inició la conversación.

—¿Conoces a Max desde hace mucho?

—Desde niños. Nuestras madres trabajaron juntas en el mismo hospital.

—Así que eres de Londres.

—No, en realidad soy de Coventry, como mi padre. Cuando decidieron casarse, mi madre dejó el hospital en Londres y se mudó a Coventry con mi padre. Nací y crecí allí.

—Comprendo. Me gusta Coventry. He ido varias veces por asuntos de trabajo.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo en el área de prensa y comunicación de un grupo editorial cerca de Kensington, aunque vivo en Harrow.

—Un compañero mío del hospital es de allí. Es una ciudad muy bonita.

—Sí, y muy tranquila. Me gusta el ambiente que hay, sobre todo, para criar a los niños —afirmó—. ¿Y a qué te dedicas?

—Soy ginecóloga en el Queen's Charlotte.

Tania se quedó impresionada.

—Vaya. Es una gran responsabilidad. Debe de ser un trabajo duro.

—Lo es, pero me encanta.

—Eso es lo importante, la vocación.

—¿Y tú de dónde eres?

—De Manchester. Aunque llevo tantos años viviendo en esta zona, que he perdido hasta el acento —bromeó.

Ambas rieron. En ese momento, Derek, de ocho años, se acercó a ellas.

—Mamá, ¿podemos comer otro trozo de tarta?

—Bueno, solo uno más, pero que no sea muy grande.

—¡Vale! —exclamó el niño, contento.

Tania observó a su hijo con ternura.

—Supongo que te gustan los niños, ¿no, Erin?

—Sí, me encantan.

Tania inclinó la cabeza y esbozó una mueca de agrado al contemplar a su marido y a su hijo.

—Es una decisión muy importante, porque cambia tu vida por completo, así que tienes que estar segura de ello. Además, los niños no vienen con instrucciones, precisamente, y eso complica mucho las cosas. Sin embargo, cuando encuentras al compañero perfecto para esa aventura, todo marcha. Eso es esencial.

Erin miró en la misma dirección.

—Sin duda.

—Max es un buen amigo, aunque nos descuida a veces. Sin embargo, pase lo que pase, siempre va a tenernos. El mundo en el que se mueve es superficial, despiadado. Todo son apariencias y espejismos. Y en ese entorno es difícil encontrar el amor verdadero. Imagino que sabrás que ha tenido muchas novias.

—Sí.

—No ha tenido suerte con ninguna, porque prácticamente todas buscaban su fama. Y luego está ese grupo de amigos que tiene, que son una panda de imbéciles, pero no se lo digas, que se enfada —le pidió, volviendo la vista hacia ella.

—La verdad es que no los conozco.

—No te pierdes nada. Son una panda de inútiles que revolotean alrededor de Max para ver si consiguen algo.

Erin torció el gesto.

—Ya veo.

—A John y a mí nos encantaría que encontrara a alguien auténtico, que le quisiera tal y como es, y no por su dinero o su fama.

Erin notó su corazón encogerse al imaginarse la complicada situación. Porque, ¿de quién puedes fiarte en un mundo así?

—Estoy segura de que algún día sucederá.

Tania lanzó un suspiro.

—Ojalá sea pronto.

Un par de horas más tarde, Max y Erin regresaron a Londres tras una divertida tarde entre amigos. Durante gran parte del trayecto, el silencio reinó en el vehículo, hasta que Max decidió hablar.

—¿Y qué te han parecido John y Tania?

—Encantadores. Tienes dos grandes amigos, Max. Te aprecian mucho.

—Lo sé.

—Y los niños te adoran. No sé por qué te sientes fuera de lugar. En ningún momento te han hecho el vacío.

Max se revolvió en el asiento.

—Bueno, debo confesar que lo cierto es que me dan un poco de envidia. Me encantaría formar una familia, pero ahora mismo lo veo imposible —se lamentó.

Erin alzó una ceja.

—¿El mejor diseñador del Reino Unido dice que hay algo que le resulta imposible? Viniendo de otro me lo creería, pero de ti... ni hablar.

—¡Pues es así! ¿Sabes lo difícil que es encontrar pareja estable en mi gremio? Al final, todas mis relaciones han sido un fracaso.

—Candidatas no te faltan. Siempre sales en las fotos rodeado de bellezas —apuntó.

—¿De qué sirve la belleza exterior si detrás de eso solo hay ambición y hambre de fama? Eso no es amor, Erin. Y yo quiero amor.

Erin se estremeció ante la contundencia con la que pronunció esa última palabra. Tuvo entonces que aguantar las ganas de darle un abrazo y decirle que algún día sucedería, aunque no fuera con ella.

—Comprendo —se limitó a decir.

Cuando el vehículo se detuvo en un semáforo, cerca de Notting Hill, Erin desvió su vista hacia la ventanilla y descubrió algo que la puso en alerta. Una mujer en avanzado estado de gestación se agarraba el vientre, mientras intentaba caminar hacia el cruce. Su gesto de dolor le dio a Erin pistas de que algo no iba bien.

—Max, ahora vuelvo —anunció, abriendo la puerta sin esperar respuesta.

Este frunció el ceño, mientras veía cómo Erin se acercaba a la mujer embarazada. Una vez estuvo ante ella, la joven dijo:

—Disculpe, ¿se encuentra bien?

La mujer, que respiraba con dificultad, contestó:

—La verdad es que no. Acabo de romper aguas.

Erin se alarmó al oír eso, de modo que decidió tomar medidas.

—¿Cómo te llamas? —inquirió con delicadeza.

—Thelma.

—Muy bien, Thelma. Hay que ir al hospital de inmediato. Vamos en ese coche, es de un amigo. Yo me llamo Erin, soy ginecóloga. Trabajo en el Queen's Charlotte.

—Es mi hospital.

—Vaya, qué maravillosa casualidad. Imagino que te lleva el doctor Everett, ¿verdad?

—Sí.

—Está bien. Hoy precisamente está de guardia. Venga, vamos —la instó.

Agarró a la mujer del brazo y fueron hacia el coche, donde Max aguardaba acontecimientos. En cuanto se detuvieron ante la puerta del copiloto, Erin la abrió.

—Max, tenemos que llevar a esta mujer al Queen's Charlotte, está de parto.

Este se quedó perplejo ante aquella información. No obstante, pese a la sorpresa inicial, consiguió mantener la calma.

—De acuerdo. Subid.

—Ella es Thelma, irá delante, así tiene más espacio. Yo me monto detrás. Thelma, él es Max.

—Encantada —respondió la mujer, acomodándose torpemente en el asiento.

—Igualmente. Aunque habría sido mejor conocerse en un momento más adecuado —bromeó. Thelma se rio.

—Sí, cierto.

Erin se sentó en el asiento trasero, justo detrás de Thelma.

—¡En marcha, Max! —le instó.

Cuando el semáforo se puso en verde, Max aceleró surcando las calles en dirección al hospital, que, por suerte, no estaba lejos. Thelma se revolvía con cada contracción, mientras Erin tomaba nota de los minutos entre cada una.

—De momento, todo va según lo previsto, pero no creo que tardes mucho, Thelma. Va a ir todo genial. ¿Es niño o niña? —dijo Erin, tratando de calmar a la parturienta.

—Niño. Se llamará Thomas.

—Un nombre precioso —intervino Max.

—¡Ay! —exclamó Thelma dolorida.

—Tranquila, recuerda hacer los ejercicios de respiración. ¿Fuiste a las clases de preparación?

—Sí, era de las mejores.

—Venga, respira. Coge aire y suéltalo.

Thelma empezó a hacer los ejercicios de respiración, al tiempo que Max, por inercia, también los hacía. Erin se rio ante los esfuerzos del diseñador, como si fuera él quien estuviera de parto.

—Max, no hace falta que lo hagas tú.

—Es por solidaridad. Y también porque estoy nervioso.

—Pues necesito que estés tranquilo. Recuerda que depende de ti que lleguemos —respondió serena.

Max asintió, agarrando con más fuerza el volante.

—No os preocupéis. Aunque tenga que volar como el Delorean, llegaremos.

—Tengo que llamar a mi marido... —indicó Thelma angustiada.

—Dame el teléfono, yo me encargo —indicó Erin.

Thelma marcó el número de su marido y le pasó el teléfono a Erin.

—¿Cómo se llama tu marido?

—Steven —contestó Thelma.

Erin enseguida oyó la voz de un caballero al otro lado de la línea.

—Hola, ¿Steven?... Hola, soy la doctora Erin Turner, le llamo desde el teléfono de su mujer. Escuche atentamente, Thelma ya está de parto, ha roto aguas, así que vaya corriendo al Queen's Charlotte... Sí, no se preocupe, estoy con ella y está bien. Vamos de camino al hospital, llegaremos en pocos minutos, ¿de acuerdo?... Muy bien, hasta ahora.

Colgó el teléfono y se lo devolvió a Thelma.

—Se reunirá contigo en el hospital, así que no te preocupes.

—Gracias, doctora.

—¿Cuándo salías de cuentas?

—En una semana.

—Otro que tiene prisa por salir —apuntó Max.

De repente, una nueva contracción hizo que Thelma se retorciera.

—Vamos, Thelma, respira —la instó Erin—. Lo haremos contigo. Venga, Max.

Max obedeció y los tres hicieron los ejercicios de respiración, mientras Erin sostenía la mano de Thelma. La mujer se sintió un poco mejor al verse tan acompañada. Pese a lo surrealista de la situación, Max se alegró de formar parte de un momento tan trascendental en la vida de cualquier ser humano.

Finalmente, vislumbraron la entrada del hospital y, en cuanto Erin se bajó, informó a los compañeros que estaban en la puerta de la situación. Rápidamente, sacaron una silla de ruedas, donde transportaron a la parturienta. Erin y Max no se separaron de ella hasta que estuvo a punto de entrar en el paritorio.

—Gracias a los dos —dijo agradecida.

—No hay de qué —respondió Erin amable.

A continuación, se alejaron de allí y, en cuanto llegaron a la recepción, se encontraron a un hombre con la respiración azorada que preguntaba por Thelma. Obviamente, dedujeron que era el marido de la mujer.

—¿Steve? —inquirió Erin.

El hombre se mostró desconcertado.

—Sí, soy yo.

—Soy la doctora Turner, hemos hablado por teléfono.

El hombre esbozó una mueca de alivio.

—Hola, doctora. ¿Dónde está Thelma?

—Ya la han trasladado al paritorio. Las contracciones iban muy seguidas, así que no creo que tarde en nacer el bebé —respondió.

—Pero ¿ella está bien? —preguntó preocupado.

—Sí, tranquilo. Todo va según lo previsto, aunque se ha adelantado.

—Lo sé. No esperábamos esto hasta dentro de una semana. ¿Y dónde se la han encontrado?

—Caminaba por St Marks Road.

—Eso está cerca de casa. Suele ir a comprar al supermercado de la esquina —comentó aturdido—. Muchas gracias. Si no llega a ser por usted...

—Bueno, hemos tenido un magnífico chófer. Él es Maxwell Stirling —indicó Erin.

Steve asintió.

—Mucho gusto.

—Igualmente —respondió Max.

—Pues gracias a los dos por todo. Les debo una pinta o una buena cena.

Ambos rieron.

—No nos debe nada, Steve —afirmó Erin.

En ese momento, la enfermera que había trasladado a Thelma al paritorio apareció ante ellos.

—¿Es usted el marido de Thelma Barrister?

—Sí, soy yo.

—Si quiere, puede pasar al paritorio para acompañar a Thelma. Aunque si lo prefiere, puede quedarse aquí.

—¡No, quiero ir con ella! —respondió tajante.

—Muy bien. Entonces, acompáñeme —le instó. A continuación, se giró hacia Erin—. Y tú, vete a casa. ¿Qué haces aquí en tu día libre?

Erin se rio.

—Ya ves, el trabajo me persigue. ¡Te veo mañana, Clare!

Esta sonrió en respuesta.

Minutos después, Max y Erin salieron del hospital, dirigiéndose al coche de él. En cuanto entraron en el vehículo, se pusieron en marcha rumbo a casa de ella, como habían previsto antes del incidente.

Se hizo un breve silencio, que Max se apresuró a romper.

—Ha sido increíble.

Erin asintió.

—Sí, un poco inesperado. Pero, por suerte, hemos llegado a tiempo.

Max lanzó un suspiro.

—No me refiero solo a eso.

Erin esbozó un gesto interrogante.

—¿A qué te refieres?

—¿Te has fijado en el marido? ¿En su cara? Estaba preocupado, pero feliz a la vez. No sé, era una mezcla de emociones.

Erin esbozó una media sonrisa.

—Sí, el pobre estaba muy inquieto.

—Tú serías capaz de calmar hasta a un león si te lo propones —aseveró.

Erin se rio.

—¿Por qué dices eso?

—Porque has estado serena y tranquila todo el tiempo. A pesar de que todo era un caos, tú has tomado las riendas sin problema.

—En estos casos hay que tratar de mantener la calma, sobre todo, por la paciente.

—Se nota que eres la mejor en tu campo.

—Ni mucho menos. Aún me queda mucho por aprender.

—¡Vamos! ¡Deja que te adule un rato! Has hecho un gran trabajo —protestó Max.

—Hemos hecho un gran trabajo. Tú nos has llevado sanas y salvas al hospital. Ha sido un trabajo en equipo —aseveró Erin.

Max asintió.

—Sí, hacemos un buen equipo. Y he aprendido a hacer las respiraciones.

—Las has hecho muy bien. Ya eres un experto en preparación al parto —afirmó burlona.

Max puso los ojos en blanco.

—Mira que eres mala.

—¡Lo digo en serio! Es bueno saber estas cosas para cuando llegue el momento.

Max estrechó la mirada con gesto meditabundo.

—¿Crees que habrá nacido ya?

Erin miró su reloj de pulsera.

—Es posible. Mañana me enteraré de cómo ha ido todo.

Max suspiró con resignación.

—Me encantaría ser padre. ¿Hacemos un bebé, Erin? —soltó de repente.

La joven abrió mucho los ojos, visiblemente sorprendida, al tiempo que notaba sus mejillas arder.

—¡Max! ¿Qué estás diciendo? —respondió nerviosa.

Este se rio.

—Tranquila, mujer, que era broma. Aunque si tú quieres...

Erin puso los ojos en blanco y resopló.

—No bromees con esas cosas. Son temas muy serios —le recriminó.

Max torció el gesto.

—Aguafiestas —protestó.

Finalmente, se despidieron ante la puerta de la casa de Erin, con la promesa de volver a verse otro día.

En cuanto entró en su apartamento, Erin lanzó un suspiro, llevándose una mano al pecho, donde su corazón latía desbocado. Había sido una jornada intensa, llena de emociones, y para colmo, la propuesta de Max de tener un bebé, que había resultado ser una broma, casi le provoca un desmayo de la impresión.

Pese a enfadarse con él un poco por semejante burla, sabía que a la Erin adolescente le habría encantado. Bueno, y a la actual también. Porque, tras haberle contado a Max todo el asunto de Lewis y Jodie, sentía que había conseguido quitarse un lastre.

Sonrió al recordar algunas de las escenas de esa tarde: Max jugando con los niños, riéndose rodeado de sus amigos, haciendo las respiraciones en el coche... Una mezcla de situaciones, algunas de ellas surrealistas, que generaban un maravilloso mosaico de contrastes. Porque Max no solo era un diseñador de éxito, sino un ser humano extraordinario, pensó con ternura.

En esos momentos, este estaba en el estudio, totalmente absorto elaborando diseños. Era como si hubiera llegado la ansiada lluvia tras meses de sequía.

Cuando había estado jugando con los niños, estos le habían enseñado algunos de los dibujos que habían hecho, llenos de fantasía y color. También había rememorado los minutos que pasó ante la zona de neonatos, observando los diminutos trajes en tonos lisos que solían llevar. Todos estos conceptos le inspiraron una nueva idea, tal vez arriesgada, pero apasionante.

Un cambio de rumbo con creaciones más alegres, sencillas y coloridas en un mundo repleto de trazos grises y aburridos.

A pesar de no ser el mejor momento para desarrollar un nuevo proyecto, no quería dejarlo escapar. Porque, cuando hallas algo auténtico y maravilloso que te hace sentir vivo, debes agarrarlo con todas tus fuerzas y dedicarle toda la pasión que llevas dentro.

Capítulo 11

Aquella mañana, en el despacho de Max, este estaba mostrándole a Flo los diseños que había elaborado para esa nueva idea en la que estaba trabajando.

—Este es para invierno, con un peto vaquero y una camiseta verde a rayas. ¿Qué te parece? —preguntó a Flo.

La mujer no salía de su asombro ante los diseños tan bonitos que estaba viendo. Ciertamente, Max había vuelto a sorprenderla.

—Son maravillosos, Max. ¿Y estos estampados con dibujos de dónde han salido?

—Son dibujos míos. Verás, de pequeño me encantaba dibujar y mi madre guardó mis dibujos en un álbum que conservo en mi casa. Así que me puse a buscarlo y estuve ojeándolo. Total, que al final, decidí usarlos.

Flo observó los diseños con gesto meditabundo.

—Son muy bonitos, muy dulces.

Max le mostró otra hoja.

—Y estos son para bebés. ¿Qué te parecen?

—Monísimos. ¿Y cómo se te ha ocurrido esto de repente? Nunca pensé que te interesaría crear una línea de ropa infantil.

El rostro de Erin apareció de repente en su mente.

—Es gracias a una amiga muy especial que trabaja con niños. Bueno, con bebés.

—¿Te refieres a esa amiga tuya de la infancia? ¿Cómo se llamaba? —inquirió, tratando de recordar.

—Erin.

Al pronunciar su nombre, Max sintió un cosquilleo en el estómago.

—Erin, cierto. Así que ella te dio la idea.

—No, ella no sabe nada por el momento. Sin embargo, ha sido toda una inspiración.

—Ya veo. Bueno, cuentas con mi apoyo. Creo que es una idea fantástica y que va a funcionar muy bien. Aunque, como bien sabes, ahora no es un buen momento para ponernos con ello.

—Lo sé. Además, esta tarde tengo que ir a recoger a Valentina al aeropuerto, se quedará el fin de semana.

—No vas a aburrirte.

—Desde luego que no.

De repente, llamaron a la puerta acristalada del despacho y Flo esbozó una sonrisa al ver a su nieta mayor, Mandy, de seis años. Era una pizpireta niña de pelo oscuro con abultados rizos y unos vivaces ojos castaños. La niña iba completamente vestida de rosa, su color preferido, que lucía incluso en su mochila del colegio.

—¡Mandy, tesoro, pasa! —exclamó Flo alegre.

La niña abrió la puerta, sonriente.

—¡Hola, abuela!

Corrió para darle un sentido abrazo, que Flo devolvió con efusividad. Cuando se apartó, fue a saludar a Max.

—¡Hola, Max!

Este sonrió.

—¡Hola, Mandy! Cuánto tiempo sin verte. Por cierto, me encanta tu conjunto.

La niña alzó el mentón, orgullosa.

—Gracias, Max.

—¿Has venido tú sola? —inquirió Flo preocupada.

—No, mamá está abajo hablando con Lilian. Me ha dicho que te pregunte si te vienes a comer con nosotras.

Flo miró su reloj de pulsera.

—Vaya, ya es hora de comer. Con tanto trabajo no sé ni en qué día vivo. Dile a mamá que voy enseguida.

—¡Vale!

En ese instante, Max tuvo una idea.

—¡Mandy, espera! —gritó, haciendo que la niña volviera sobre sus pasos—. Quiero enseñarte una cosa.

—Vale —respondió contenta.

Max intercambió una mirada con Flo, que comprendió enseguida las intenciones de su jefe. El diseñador instó a la niña a acercarse a la mesa, donde le mostró los diseños de la colección.

—Verás, estos trajes son para niños de tu edad. ¿Qué te parecen?

Mandy observó detenidamente los papeles.

—¡Me encantan! Son muy bonitos —afirmó contenta.

—¿De verdad? —insistió Max, sorprendido.

—Sí, aunque me gustaría alguno con dibujos de unicornios.

—Me encantan los unicornios —aseveró Max.

—¡Y a mí!

—Entonces, haré algún diseño con unicornios.

—¡Genial!

Max abrazó a la niña, que se rio.

—¡Gracias, Mandy! ¡Eres la mejor! —exclamó feliz—. Cuando tenga el diseño, me tienes que dar el visto bueno.

—Trato hecho —dijo la niña, haciendo que estrechara su pequeña mano.

Flo se rio ante la escena.

—Vaya par estáis hechos —comentó—. Bueno, vámonos a comer, Mandy, que la abuela necesita reponer fuerzas.

—¡Hasta luego, Max! —se despidió la niña.

—¡Hasta luego, Mandy! —respondió contento.

Antes de irse, Flo se acercó a él y dijo:

—Parece que cuentas con la aprobación de tu público objetivo. Bien hecho, jefe.

A continuación, Maxwell bajó las escaleras en dirección al taller, donde se encontró a Amber y a Tyler probándose los primeros diseños del desfile de la Semana de la Moda. Estos, que estaban enfrascados indicando las medidas que las modistas debían tomar, sonrieron al verlo.

—¡Ahí llega Max, mi diseñador preferido y el más apuesto! —dijo Amber, divertida.

Max agitó la mano.

—Vas a hacer que me sonroje, querida —respondió guiñándole un ojo. Entonces, se dirigió a Tyler—: Hola, Tyler, te veo estupendo.

—Gracias, Max. ¿Cómo estás?

—Bien, encantado de contar con vosotros.

Tanto Amber como Tyler habían trabajado con él en numerosas ocasiones. De hecho, Tyler fue el primer modelo en ser imagen de su marca y por ello lo consideraba no solo un gran profesional, sino un buen amigo.

Al cabo de media hora, ya habían realizado los cambios necesarios para que los modelos lucieran los correspondientes diseños. Sin embargo, faltaba alguien.

—Lilian, ¿has conseguido contactar con Lana? —inquirió Max a su asistente, que estaba por allí cerca.

—Me temo que no. Su agente dice que esta semana está en París. Tiene varias sesiones de fotos.

Max resopló molesto.

—Ya veo. ¿Cuántos tendremos en total?

Lilian ojeó los nombres en su agenda.

—Tres en total.

Max se quedó perplejo ante un número tan escaso.

—¡Son muy pocos modelos, Lilian!

—Lo sé, pero ha sido imposible. Todo el mundo tiene ya cerrados sus desfiles. Suerte que he conseguido tres.

Max se frotó la nuca con evidente nerviosismo.

—Esto va a ser un desastre.

Lilian trató de hallar una solución, aunque en ese momento no se lo ocurrió nada.

—Algo se nos ocurrirá, Max.

Este se echó el pelo hacia atrás con la mano.

—Sí, ya se me ocurrirá algo. De peores he salido —aseveró, tratando de ser optimista.

A pesar de que la situación era poco halagüeña, Max no era de los que se rendía ante la adversidad. Debía hallar una solución ante semejante entuerto. No obstante, ese día no tendría tiempo de hacerlo, ya que esa tarde se reencontraría con alguien muy especial.

Capítulo 12

Aeropuerto de Heathrow, unas horas después...

Eran alrededor de las cinco de la tarde y en la zona de llegadas había mucha gente. Maxwell se encontraba entre el gentío aguardando la llegada de Valentina, cuyo vuelo acababa de aterrizar.

De repente, alzó la vista y sonrió al vislumbrar a Valentina. Notó su pulso acelerarse por la emoción, ya que hacía mucho que no se veían. Se abrió paso entre la multitud, esquivando maletas y gente que se saludaban efusivamente, hasta que llegó hasta donde Valentina se encontraba.

—¡Val! —gritó contento.

Esta esbozó una deslumbrante sonrisa para, a continuación, darle un sentido abrazo.

—¡Max, cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

Ambos se apartaron.

—Muy contento de tenerte aquí. Y tú estás fantástica —apuntó, escrutando su aspecto.

La joven llevaba una chaqueta vaquera, un vestido con estampado de flores y unos botines.

—Gracias. Tú también estás genial —aseveró—. Por cierto, tengo una sorpresa.

Max abrió mucho los ojos.

—¿En serio? A ver, dime qué sorpresa es esa —respondió expectante.

Valentina se giró, haciendo que Max mirara hacia la puerta de salida.

—Aparecerá en cualquier momento...

De repente, la puerta se abrió y Max se quedó perplejo al ver quién se acercaba hacia ellos con gesto de alegría. No podía creerse lo que veían sus ojos.

—¡My dear Inés! —exclamó feliz.

Esta se lanzó a sus brazos, dándole un efusivo abrazo.

—¡Hola, Max de mis amores!

—¿Por qué no me dijiste que venías?

—Porque queríamos darte una sorpresa.

Maxwell oteó su aspecto, que era radiante, con sus pantalones oscuros de vestir y una sencilla blusa azul.

—Estás preciosa. De hecho, noto algo distinto —aseveró.

Valentina e Inés intercambiaron una mirada.

—Ya te contaré —contestó Inés, agarrando su brazo—. ¿Nos vamos?

—Claro. No tengo el coche lejos. Seguidme —indicó Max.

Se dirigieron al aparcamiento, donde Max tenía su coche aparcado. Una vez introdujeron las maletas en el maletero, pusieron rumbo a su casa.

—Menos mal que tengo muchas habitaciones —dijo divertido.

—Siento no haberte avisado, pero es que, si lo hubiera hecho, no habría sido una sorpresa —apuntó Inés.

—No te preocupes. Me encantan estas sorpresas. Ya lo sabéis. ¿Y cómo es que has venido? ¿No estás trabajando de sol a sol con tu Arturo?

Inés notó su corazón estremecerse ante la mención.

—Tengo los fines de semana libres. Procuramos descansar —explicó un poco ruborizada.

Max se rio.

—No creo que Arturo te deje descansar el fin de semana. Seguro que recuperaréis mucho tiempo perdido haciendo ya sabes qué —afirmó con picardía.

Inés se sonrojó más.

—¡Max, cómo eres!

Valentina y él se rieron.

—Es lo normal, *my dear* Inés. Cuando uno está enamorado, lo único que quiere es estar con la persona que ama, ¿no?

—Cierto, muy cierto —contestó Valentina.

—Bueno, ¿y cómo van esos nervios, Val?

—Pues cada día van a más. Con tantas cosas que organizar, siempre hay que estar pendiente de todo.

—Este fin de semana va a ser de relax. Hay que quitarte ese estrés. Ya tengo todo preparado para la prueba y solo quedará hacer los retoques.

—¿Y qué tienes pensado para quitarme el estrés?

—Para empezar, esta noche salimos a cenar los tres. Mañana por la mañana, vamos al taller a hacer la prueba, y por la tarde os daré unos pases para un *spa* que conozco. Con eso te quitas todo el estrés.

—Me gusta el plan —afirmó Valentina, complacida.

—Y el domingo podemos hacer un poco de turismo antes de que os marchéis.

—Suenan muy bien, Max —comentó Inés.

Finalmente, Max aparcó su coche en su garaje y, tras dejar las maletas en la casa, les mostró sus habitaciones. Ambas conocían el hogar del diseñador, pues no era la primera vez que visitaban Londres y se alojaban allí.

—Siempre me ha encantado tu casa, Max. Es muy bonita, muy acogedora —afirmó Inés, entrando en la estancia en la que se alojaría.

La habitación, de paredes color salmón, suelo de madera y cortinas blancas, cuyo mobiliario consistía en una cama, una cómoda y un armario, era bastante amplia.

—Gracias. Aunque gran parte del mérito es de mi madre, que me ayudó a decorarla, ya lo sabes.

—Lo sé. Por cierto, ¿cómo están tus padres y tu hermana? —inquirió, mientras colocaba la maleta junto a la cama.

—Bien, como siempre. ¿Y tu familia?

—Muy bien. Te mandan recuerdos.

Max sonrió.

—A ver si pronto puedo hacer una escapada a Madrid para verlos. Bueno, dejo que te instales. Os espero abajo. Por cierto, ¿prefieres un té o un café?

—Un café está bien.

—¿Te apetecen unas pastas?

—Sabes que sí —contestó risueña.

Max le guiñó un ojo, saliendo a continuación de la habitación. Cuando estaba a punto de poner rumbo a la escalera, oyó la voz de Inés a través de la puerta.

—Hola, cariño, ya hemos llegado... Sí, todo bien, perdona que haya tardado en llamar, ya sabes la locura que es el aeropuerto. Max se ha puesto muy contento al verme... Claro, de tu parte... Ya, yo también, pero no te preocupes que en nada estoy de vuelta... Sí, estoy bien, además, Max y Valentina cuidarán bien de mí. No te preocupes, ¿vale?... Te quiero, un beso.

Maxwell esbozó una media sonrisa, enmarcada en un semblante ligeramente melancólico. Lo cierto era que, cuando veía a parejas tan enamoradas como Arturo e Inés, sentía un ápice de envidia, o incluso a veces algo peor: una enorme sensación de soledad.

Sacudió la cabeza y bajó las escaleras en dirección a la cocina. Mientras se hacía el café, llamó al restaurante The Wolseley para añadir un comensal más a la reserva que había hecho para esa noche.

Minutos más tarde, estaban los tres sentados en el sofá ante la mesilla donde Max había colocado una bandeja con tres tazas de café y unas pastas, envueltos en una animada conversación que versó principalmente sobre el trabajo de Maxwell.

—¿Y cómo van los preparativos para la Semana de la Moda? —inquirió Valentina.

Maxwell lanzó un suspiro.

—No tan bien como querría. Los diseños están casi listos, pero me faltan modelos. Parece ser que ya se han hecho las contrataciones y nadie tiene hueco.

Valentina e Inés se quedaron perplejas.

—Vaya, eso no es nada bueno. ¿Y por qué no hiciste las contrataciones antes, Max? En estas situaciones hay que ser previsor —advirtió Inés.

—Ya sabes que no me gusta trabajar bajo tanta presión. Me gusta ser dueño de mi tiempo y de mi arte.

—Lo sé, pero a veces hay que tomar ciertas precauciones. ¿Y qué has pensado hacer? —inquirió Inés.

Max suspiró.

—Aún no lo sé. De hecho, tengo que pensar en el concepto del desfile. Tengo ideas, pero no terminan de gustarme. Es tan aburrido hacer lo mismo de siempre... Quiero hacer algo impactante.

—Pues debes darte prisa, que el tiempo apremia —indicó Valentina.

En ese momento, Max miró su reloj, comprobando que eran casi las ocho. Entonces, se puso en pie, dejando a ambas desconcertadas.

—Chicas, es hora de irse, que tenemos reserva a las ocho y media. *Let's go!*

Minutos después, Maxwell, Valentina e Inés se dirigieron en coche hacia el elegante restaurante, situado en la zona de St. James's, muy cerca del Palacio de Buckingham.

Tras aparcar, accedieron al establecimiento a través de la sofisticada puerta acristalada, cobijada bajo un arco sobre el que había una especie de enredadera con motivos florales forjada en hierro. En el interior fueron recibidos por una atmósfera ligeramente bulliciosa, debido al ruido de las conversaciones.

Inés y Valentina se quedaron absortas durante unos instantes observando la decoración: suelos de mármol en blanco y negro, lámparas colgantes, techos lisos, columnas acabadas en arcos y mesas de madera oscura. Todo aquel lugar desprendía distinción, exquisitez y, al mismo tiempo, sentías que habías viajado al Londres de principios del siglo XX.

Un camarero les condujo a una mesa ubicada en un rincón, donde tendrían un poco de intimidad.

—¿Qué os parece el sitio? ¿Os gusta? —inquirió Maxwell.

Ambas asintieron.

—Es una pasada. Pero tiene pinta de ser caro —apuntó Inés.

Maxwell puso los ojos en blanco.

—No seas aguafiestas, *my dear*. Además, os invito yo. Dejad que os trate como reinas, que hace mucho que no nos vemos.

Inés y Valentina intercambiaron una mirada.

—Vale, pero mañana te invito yo. Al fin y al cabo, soy la novia —indicó la segunda.

Max esbozó una mueca de agrado.

—Muy bien.

En ese momento, apareció ante ellos un caballero de pelo canoso, vestido con un traje oscuro y pajarita.

—Bienvenido, lord Maxwell. Nos alegra mucho contar de nuevo con su grata presencia en nuestro establecimiento después de tanto tiempo —afirmó rimbombante.

Maxwell sonrió.

—Gracias, señor Baker. Es muy amable. ¿Cómo va todo?

—No es simple amabilidad, milord. Es absoluta honestidad. Y respecto a su pregunta, todo bien, gracias. ¿Cómo se encuentran *lord Stirling* y *lady Stirling*?

—Muy bien, señor Baker. Gracias —afirmó.

—Me alegra oírlo. ¿Ya han decidido qué van a tomar para beber?

—Necesitamos un poco más de tiempo para decidirnos —contestó Maxwell.

—Por supuesto, milord —indicó el señor Baker, alejándose—. Volveré en unos minutos.

Valentina e Inés dirigieron sus miradas hacia Maxwell.

—¿Milord? —inquirió Valentina.

Maxwell se encogió de hombros mientras ojeaba el menú.

—Soy hijo de un marqués. El padre del señor Baker fue sirviente de la familia real y trabajó unos años para el duque de Kent. Conoce perfectamente el protocolo y la forma adecuada de

dirigirse a cada uno según su título.

—A veces se nos olvida que eres hijo de un noble —comentó Inés.

—Me siento una privilegiada por poder compartir mesa con usted, milord —dijo Valentina con tono rimbombante.

Max se rio.

—El placer es mío, *milady* —aseveró.

El señor Baker regresó para tomar nota.

—¿Ya saben lo que van a tomar?

—¿Qué tal un vino blanco? —sugirió Max.

En ese momento, Inés intervino:

—Yo prefiero beber agua.

Max se extrañó un poco.

—Muy bien, agua para la dama. ¿Y el vino para ustedes dos? —preguntó el señor Baker.

Valentina asintió.

—Sí.

—Perfecto. ¿Algún vino en especial? —inquirió el señor Baker tomando nota.

—Lo dejo a su elección, señor Baker. Confío en su criterio —contestó Maxwell.

—Muy bien, milord.

Tras pedir también la comida, le entregaron las cartas al señor Baker y este los dejó a solas de nuevo.

—¿Y cómo está Arturo y la gente de Galerías Olmedo? —preguntó Max.

—Arturo está bien, con mucho lío, como siempre. Las flores de loto, todas estupendas —respondió Inés.

—Me alegra saberlo —afirmó—. Bueno, ¿y cómo van esos preparativos?

—Todo va viento en popa. Además, Yago, mi madre y mi futura suegra me están ayudando bastante.

—Él también estará muy nervioso. A propósito, ¿quién diseñará su traje?

—Llevará un traje de Pedro del Hierro. Le gusta mucho.

—Buena elección —sentenció Maxwell.

Se hizo un breve silencio cuando les sirvieron los platos. Entonces, Valentina intercambió una mirada con Inés, cuyas intenciones Maxwell desconocía.

—¿Ocurre algo? —inquirió este suspicaz.

Valentina e Inés se rieron.

—La verdad es que sí. Inés tiene algo que contarte —apuntó Valentina.

Maxwell se mostró expectante, dejando que Inés hablara.

—Estoy embarazada, Max —anunció un poco apurada.

Este abrió mucho los ojos, atónito.

—¿En serio? —respondió perplejo.

Inés asintió.

—Sí, de dos meses y medio.

Maxwell se llevó una mano al pecho y sonrió.

—Dios mío, no sé qué decir...

—¡Pues dame la enhorabuena, hombre! —contestó ella divertida.

Maxwell, sin importarle las circunstancias, se puso en pie y le dio un sentido abrazo a Inés.

—¡Enhorabuena, *my dear* Inés! —exclamó alegre.

—Gracias, Max.

Él se apartó, volviendo a su asiento.

—Esto hay que celebrarlo. ¡Pidamos champán! —sugirió.

Valentina negó con la cabeza.

—No, recuerda que Inés no puede beber.

Maxwell asintió.

—¡Cierto! Entonces, brindemos con lo que tenemos.

Los tres alzaron sus copas e hicieron un brindis.

—Felicidades a los dos. Por cierto, luego escribiré a Arturo para darle la enhorabuena. Imagino que estará muy contento.

—Ni te lo imaginas. Además, llevábamos tiempo buscándolo.

—Así que es un bebé deseado.

—Mucho.

—Entonces, será un bebé muy feliz —aseveró Maxwell.

El resto de la velada, la conversación transcurrió por temas más banales, y al cabo de una hora, regresaron a casa de Maxwell. Valentina e Inés, agotadas, se fueron a dormir, mientras él se quedaba despierto en su cuarto. Antes de acostarse, le envió un mensaje a Arturo.

MAX_23:35

My dear Arturo, Inés me lo ha contado. ¡Enhorabuena, futuro daddy!

ARTURO_23:40

¡Gracias, Max! Por favor, cuida bien de las dos, especialmente de mi Inés.

Max esbozó una sonrisa.

MAX_23:41

Tranquilo, cuidaré bien de las dos.

De repente, recibió una nueva notificación de mensaje. Lo abrió, comprobando que era Erin, lo que hizo que volviera a sonreír.

ERIN_23:44

¡Hola, Max! Te escribo para darte una buena noticia. Elijah ha recibido el alta al fin. Ya sabes que llevaba esperando esto mucho tiempo. El niño está bien, ya en casa con sus padres. Tendrá que venir a revisión, pero no se quedará en el hospital. Me gustaría que quedáramos para cenar mañana y celebrarlo. ¿Te parece bien cena en mi casa? Había pensado hacer roast lamb con salsa de menta, receta de mi madre.

Max dibujó un gesto de deleite al imaginarse el delicioso manjar. Cuando estaba a punto de decir sí a la propuesta, recordó un detalle importante.

MAX_23:50

Me encantaría, aunque hay un pequeño inconveniente. Han venido mis amigas Valentina e Inés de España a pasar el fin de semana. ¿Te importaría que fuera con ellas? Serían dos más para cenar.

Erin se quedó sorprendida, aunque no vio inconveniente.

ERIN_23:51

Claro, no hay problema.

MAX_23:52

¡Genial! ¿A qué hora tenemos que estar allí?

ERIN_23:53

A las siete. ¡Os espero!

A continuación, Erin dejó el teléfono sobre la mesilla con una mueca de agrado. Le gustaba mucho la idea de compartir otro rato con Max. Aunque le abrumaba un poco el hecho de ir conociendo a amigos tan cercanos de su amor de juventud, en el fondo, sentía que se acercaba más a él, que se introducía más en su mundo. Un mundo del que pensaba que jamás podría formar parte.

Capítulo 13

Londres había amanecido con un cielo gris, que presagiaba lluvia a lo largo de la jornada. Tras desayunar, Maxwell, Valentina e Inés se dirigieron en coche al taller para la prueba del vestido de novia. En cuanto llegaron al lugar, que estaba vacío, puesto que era sábado, Valentina fue a ponerse el vestido al probador que había allí.

Mientras tanto, Inés y Maxwell conversaron sobre las terribles náuseas matutinas que había sufrido la joven, lo que hizo que no disfrutara del delicioso desayuno.

—Siento mucho haberlo vomitado. Estaba muy rico, pero no he podido retenerlo —se lamentó Inés.

—Ya te he dicho que no te preocupes. Además, los primeros meses esto suele ser habitual —indicó Maxwell.

—Eso me han dicho mi madre y mi suegra. Aunque mi marido lo pasa fatal viéndome así—dijo Inés.

—Es lógico —comentó Maxwell con ternura—. Lo que le tienes que decir a ese pequeñajo de ahí dentro es que deje un poco de rebeldía para la adolescencia.

Ambos se rieron. De repente, se hizo el silencio, ya que Valentina salió del probador. Los tres se quedaron asombrados ante lo que vieron sus ojos: el vestido de seda entallado en la cintura, sin mangas, con escote en forma de uve y falda de tul con flores bordadas, se adaptaba como un guante a la silueta de Valentina, que sonreía emocionada.

—¿Qué os parece? —inquirió expectante.

—Estás preciosa, Val. Es muy bonito —contestó Inés alegre.

—Es perfecto. Simplemente perfecto —aseveró Maxwell meditabundo, escrutando la prenda.

Valentina se acercó al espejo que había allí y se giró, mirando bien cada detalle, sin borrar su sonrisa del rostro.

—Me encanta. Es justo lo que quería, Max.

Este se acercó y ajustó algunos pliegues en la zona de los hombros.

—Creo que no es necesario hacer ajustes. ¿Cómo te ves tú?

—Yo me veo bien. No creo que necesite más retoques.

—Si queda un poco suelto, mejor, por si ganas algo de peso antes de la fecha. Nunca se sabe.

—Te prometo que me cuidaré para que eso no pase. Quiero que sea todo perfecto —respondió Valentina, contundente.

—Oye, vamos a hacer una foto para Alexia, que quería verte —sugirió Inés.

Sacó su teléfono del bolsillo e hizo las pertinentes fotos, que envió a Alexia, la hermana de Arturo y prima de la novia. Enseguida, recibió una respuesta entusiasta.

—Le ha encantado —afirmó Inés.

—No es para menos, es un diseño mío —dijo Maxwell burlón.

Inés negó con la cabeza mientras se reía.

—Mira que eres presumido —bromeó.

—Pero, en este caso, tiene razón. Es perfecto, Max, de verdad. Es justo lo que quería —aseveró Valentina emocionada. Entonces, le dio un sentido abrazo al diseñador—. Muchas gracias.

Maxwell sonrió.

—No hay de qué, ya lo sabes. Es un honor. Además, le he puesto mi magia para que sea tu amuleto de buena suerte para ese día y para el resto de tu vida con Yago.

—Nuestra hada madrina —indicó Inés.

Una vez Valentina se cambió, Inés y ella dejaron a Maxwell en el taller y se dirigieron al *spa* donde podrían relajarse parte de la tarde para después ir a hacer unas compras.

Maxwell siguió trabajando en sus diseños con una sonrisa en los labios, no solo por el hecho de estar contento ante la visita de sus dos queridas amigas, sino ante la expectativa de pasar una agradable velada con Erin.

Horas más tarde...

En esos momentos, en los que la oscuridad ya se había cernido sobre la ciudad, Erin ultimaba los detalles de la cena, ya que sus invitados estaban a punto de llegar. La joven lucía un jersey gris de lana fina y unos pantalones vaqueros, un atuendo sencillo, aunque con cierto toque sofisticado.

Pese al nerviosismo que la embargaba, todo estaba preparado para recibir a Max y a sus dos amigas. Una vez terminó de poner la mesa, comprobó que las patatas y el *roast lamb* estaban listos.

El sonido repentino del timbre la sobresaltó; no obstante, se dirigió hacia la entrada rápidamente. En cuanto se detuvo ante la puerta, se ajustó el jersey, y tras tomar una bocanada de aire, abrió.

Ante ella, se encontró a Maxwell, vestido con una chaqueta de cuero y unos vaqueros negros. Su irresistible sonrisa y su aspecto de chico malo hicieron que su corazón latiera desbocado debido a la impresión.

—¡Hola, Erin! Llegamos a tiempo, ¿verdad? —saludó él, dándole un beso en la mejilla.

—Hola, Max. Sí, justo a tiempo —respondió aturdida.

Enseguida, vio detrás de él a Inés y Valentina.

—Genial. Y ahora, las presentaciones: Erin, ellas son Valentina e Inés —indicó Maxwell.

Ambas saludaron a Erin con una sonrisa.

—Es un placer, Erin. Y gracias por invitarnos —dijo Inés. Entonces, le mostró la bolsa que llevaba—. Por cierto, hemos traído un vino rosado.

Erin cogió la bolsa que Inés le entregó.

—Gracias, es todo un detalle. Venga, pasad —les instó, amable.

Los tres entraron en la casa, donde enseguida percibieron el delicioso aroma de la cena.

—Huele muy bien —afirmó Valentina.

—Espero que os guste —respondió—. Podéis dejar las chaquetas sobre el sofá. Poneos cómodos, estáis en vuestra casa.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Maxwell.

—No, tranquilo. Ahora vuelvo.

Después de decir esto, desapareció por la puerta de la cocina. Mientras aguardaban en el salón, Maxwell se puso a ojear una de las fotografías que había en una de las estanterías, donde aparecía Erin con sus padres.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —inquirió Inés.

—Sí, desde pequeños. Nuestras madres son buenas amigas —contestó Maxwell de forma distraída.

—Ya veo —comentó Inés, mirando alrededor.

En ese instante, Erin regresó a la estancia portando un sacacorchos, además de un plato que contenía unos panecillos con paté, a modo de entrante.

—¿Abrimos el vino? He traído también un aperitivo. Espero que os guste el paté —dijo, colocando el plato sobre la mesa.

Valentina agarró la botella y el sacacorchos, realizando la operación con éxito y sirviendo el vino a continuación.

—Os recuerdo que yo no puedo beber vino... —indicó Inés.

Maxwell asintió.

—¡Cierto! —comentó. Entonces, se giró hacia Erin—. Verás, es que Inés está... bueno...

—Embarazada —añadió Inés.

Erin comprendió la situación de inmediato.

—Entiendo. Bueno, lo primero enhorabuena —comentó sonriente—. ¿Qué quieres beber? Tengo refrescos, agua...

—Agua está bien. Gracias —respondió Inés amable.

—Agua. Te la traigo enseguida. Y, de paso, voy a ir trayendo la comida.

—¡Te ayudo! —se ofreció Maxwell.

Tras decir esto, ambos fueron a la cocina, donde Erin empezó a servir los platos, mientras Maxwell los iba llevando al salón. Al cabo de unos minutos, los cuatro estaban sentados a la mesa, degustando el *roast lamb*.

—Madre mía, está buenísimo, Erin —afirmó Inés con deleite.

La joven esbozó una mueca de agrado.

—¿De verdad?

—¡Desde luego! Muy rico —añadió Valentina.

—Me alegra que os guste. Es una receta de mi madre. Aunque a ella le sale mejor que a mí.

—No te quites mérito. Cocinas muy bien —aseveró Maxwell.

—Menos mal que no has hecho tú la cena; si no, tendríamos que pedir una *pizza* —bromeó Inés.

Maxwell torció el gesto.

—No puedo ser bueno en todo, algún defecto debía de tener —respondió él.

Erin se rio ante el comentario.

—También eres un poquito entrometido y te metes a veces donde no te llaman —indicó Inés.

Maxwell alzó una ceja.

—¿Por qué dices eso? Me estás haciendo quedar mal delante de Erin —le reprochó burlón.

—Vamos, Max, es la verdad. Y te encanta hacer de hada madrina. Conmigo lo hiciste.

—Y salió bien, ¿no? Arturo y tú acabasteis juntos.

—Cierto —respondió Inés, risueña—. ¿Te ha contado la historia, Erin?

—La verdad es que no, pero me encantaría oírla —contestó Erin llena de curiosidad.

A continuación, Inés le narró los acontecimientos en los que Max había intervenido y que habían llevado a que su historia de amor con Arturo tuviera un final feliz.

—Vaya, es increíble. Haces de Celestino, de detective... Eres todo un aventurero —comentó impresionada.

—Sí, lo único que me falta es conocer a alguien con quien compartir esas aventuras —afirmó él meditabundo.

Erin se sonrojó un poco y se colocó un mechón detrás de su oreja en un gesto nervioso, que no pasó desapercibido para Inés.

—Por cierto, se nos ha olvidado por completo que estamos de celebración —indicó Maxwell—. Porque Erin celebra una buena noticia.

Valentina e Inés fijaron su atención en ella.

—¿De qué se trata? —inquirió Valentina.

Erin dio un sorbo a su copa de vino y, tras carraspear, contestó:

—Uno de mis pacientes, un niño prematuro llamado Elijah, ya ha recibido el alta después de varios meses ingresado.

Valentina e Inés se quedaron gratamente sorprendidas.

—Esa sí que es una buena noticia. Felicidades al mini paciente —respondió Inés.

—Un brindis por Elijah y por Erin, la mejor ginecóloga que conozco —dijo Maxwell, alzando su copa.

Erin se rio.

—Qué exagerado eres. Pero, gracias. Por Elijah —añadió.

Los cuatro brindaron a la salud del pequeño y, a continuación, la conversación se sucedió por otros derroteros, entre ellos, las visitas a España de Erin o la amistad que la unía con Maxwell.

—Nos conocimos siendo muy pequeños por nuestras madres. Las dos eran enfermeras en el mismo hospital y trabajaron juntas, hasta que mi madre se casó y se mudó a Coventry, donde nací yo —explicó Erin—. En verano solíamos visitar la casa que los padres de Max tienen en Kent. ¿Habéis estado?

—Sí, la última vez que vinimos Arturo y yo, Max nos la enseñó. Es una casa preciosa —apuntó Inés.

—¿Y en estos años habéis tenido mucha relación? —preguntó Valentina.

—La verdad es que la última vez que nos vimos yo tendría dieciocho años. Hemos retomado el contacto hace poco —respondió Maxwell.

Al cabo de unos minutos, Erin sirvió el postre, una deliciosa tarta de chocolate. Mientras Valentina y Maxwell discutían detalles de la boda, Inés conversó con ella.

—Y dime, Erin, ¿tienes pareja? —inquirió Inés.

—No, no tengo en este momento.

—Entonces, si necesitas ayuda en eso, puedes contar con Max. Se le da bien hacer de Cupido —sugirió divertida.

Erin esbozó una media sonrisa al tiempo que le lanzaba una mirada a Maxwell, que estaba absorto en su charla con Valentina.

—Por ahora, prefiero estar sola. Aún tengo el recuerdo de mi último desastre sentimental muy reciente.

Inés asintió.

—Comprendo. Los desengaños nos dejan heridas profundas que tardan un tiempo en cerrarse.

—Sí, es cierto.

—Sin embargo, cuando el amor aparece, poco podemos hacer para esquivar las flechas de Cupido —comentó meditabunda—. De hecho, una de las cosas más difíciles es querer a alguien durante mucho tiempo y no ser correspondida.

Erin inclinó la cabeza, pensativa.

—Sí, aunque llega un momento en que te resignas y aceptas que es imposible que esa persona te corresponda.

—Eso pensé yo con Arturo.

Erin se mostró extrañada.

—¿Qué quieres decir?

Inés lanzó un suspiro.

—Estuve enamorada de Arturo mucho tiempo, en secreto. Él era un casanova, no se ataba a nadie, y cuando decidió hacerlo, se enamoró de otra. Tardó mucho tiempo en mirarme como algo más que su secretaria. Pero, cuando lo hizo, fue pura magia, Erin. A veces no somos capaces de ver que lo que tenemos al lado es lo que siempre habíamos buscado.

—Debiste de sufrir mucho hasta que al fin Arturo se fijó en ti —apuntó.

—Bastante. Aunque la felicidad que tengo ahora ha ensombrecido todo aquello. —Entonces, Inésladeó la cabeza, escrutando el rostro de Erin—. Y, si no es demasiado personal, ¿por qué se acabó tu última relación?

Erin notó una punzada de dolor al verse asolada por los recuerdos.

—Porque me engañó con mi mejor amiga. Fue una doble traición.

Inés se quedó perpleja.

—Siento oír eso.

—Por suerte, creo que ya lo tengo superado.

—Esas cosas nos aportan experiencia, pero también traen miedos. No debes dejar que el miedo te domine. Mereces ser feliz, Erin.

La joven miró a Inés a los ojos y vio en ellos comprensión, como si ella hubiera sufrido lo mismo.

—Y te hablo por propia experiencia —añadió Inés.

Erin esbozó una mueca de agrado, sin decir nada en respuesta.

Pasada una hora, Maxwell, Valentina e Inés decidieron regresar a casa, pese a que la velada les estaba resultando muy agradable. De hecho, la complicidad entre Inés y Erin era evidente, después de su larga y reveladora charla.

—Ya tienes mi contacto, así que, ya sabes: si necesitas algo, aquí estoy. Y por supuesto, si vas a Madrid, no busques hotel. ¡Ni se te ocurra!

Erin sonrió.

—Gracias. Espero que podamos repetir esto pronto.

—¡Eso está hecho! —exclamó Inés.

Finalmente, los tres se marcharon, dejando a Erin con una sonrisa en los labios.

Cuando llegaron a casa, Valentina e Inés se fueron a dormir de inmediato, pues querían recargar energías para recorrer la ciudad al día siguiente con Maxwell. Este se quedó un rato despierto, contemplando la fotografía que había hecho de los cuatro durante la cena, deteniéndose en el rostro de Erin. Se la veía pletórica, con su sonrisa deslumbrante y sus enormes ojos castaños brillando.

Sonrió complacido al recordar las buenas palabras que Inés y Valentina le dedicaron a Erin cuando volvían en el coche. Parecía ser que Erin se había ganado su afecto, especialmente el de Inés. De hecho, le recordaba un poco a ella en muchos aspectos, aunque la española era más atrevida que la tímida Erin.

No obstante, para él Erin era muy especial. Una amiga, ciertamente, pero una amiga que estaba empezando a ser esencial en su vida.

Capítulo 14

Aquella mañana, un radiante sol iluminaba las calles de Londres, haciendo que la temperatura subiera ligeramente. Aprovechando tal circunstancia y, como había prometido, Maxwell llevó a Inés y Valentina a recorrer la ciudad, escogiendo uno de sus rincones favoritos para empezar el itinerario: los jardines de Saint James.

Dieron un agradable paseo por el célebre parque real, surcando sus caminos de tierra, desde donde se podían contemplar los mosaicos de colores formados por preciosas flores, además de su enorme lago, habitado por dos pequeñas islas.

Cruzaron el Puente Azul, con vistas al Palacio de Buckingham, y decidieron detenerse brevemente ahí para observar el edificio.

—Este sitio es precioso —comentó Valentina.

—Sí, y muy tranquilo, a pesar de los turistas —apuntó Inés meditabunda.

—¿Y vienes mucho a este parque, Max? —inquirió Valentina.

—Lo cierto es que hacía mucho que no venía. De pequeño vine muchas veces con mi abuela paterna. A los dos nos encantaba pasear por aquí. Era uno de sus rincones preferidos de Londres —explicó con un halo de nostalgia. En ese momento, Maxwell miró su reloj de pulsera—. Y, ahora, vamos al siguiente punto del recorrido, que se nos hace tarde.

Salieron del parque para dirigirse hacia el Palacio de Buckingham, donde se tomaron una fotografía los tres frente a la entrada, para después ir a la abadía de Westminster. Se adentraron en su interior tras esperar pacientemente la cola para entrar, y recorrieron sus rincones, deteniéndose ante las tumbas de reyes y personajes célebres del Reino Unido que reposaban allí.

Inés se quedó ensimismada observando la arquitectura que había ido cambiando con los años: primero fue un templo románico, para más tarde ser reformado en estilo gótico inglés. Impresionantes pilares sostenían altas bóvedas, de donde colgaban lámparas gigantes, y las esplendorosas vidrieras aportaban luz y colorido al lugar. Todo ello formaba un conjunto majestuoso e imponente, resguardado en un edificio de piedra que emanaba historia por todas partes.

Después de esa experiencia casi mística fueron a comer a un *pub* cercano. En cuanto entraron en el establecimiento, notaron la atmósfera un poco cargada, debido a que estaba bastante concurrido. A pesar de esto, consiguieron sentarse en un rincón, junto a uno de los ventanales que daban a la calle, en una mesa con asientos acolchados. A continuación, Maxwell se dirigió a la barra para pedir la comida y, tras volver, se acomodó junto a Inés.

—Hay mucha gente —comentó Valentina mirando alrededor.

—Es lo normal un domingo. Los ingleses, en días como este, salimos de nuestras cuevas para ir al *pub*, que es una cueva más grande —bromeó Maxwell.

—A mí me gustan los *pubs*. Creo que son muy acogedores. Con sus suelos y su barra de madera, los asientos acolchados, el suelo enmoquetado y la comida barata, pero rica —dijo Inés, risueña.

—Sí, a mí también me gusta —afirmó Max.

Entonces, Inés decidió poner sobre la mesa cierto asunto que llevaba considerando desde el día anterior.

—Oye, Max, Erin nos cayó muy bien. Es una mujer estupenda.

Maxwell esbozó una sonrisa.

—Lo es.

—Es muy distinta a la gente que frecuenta tu mundo.

—Desde luego que sí.

—¿Y cómo volviste a encontrarte con ella después de tanto tiempo?

—Por culpa de una bufanda.

Valentina e Inés se miraron.

—¿Una bufanda? —inquirió la primera.

Maxwell soltó una carcajada.

—Es una historia muy curiosa.

A continuación, el diseñador pasó a contarles todo lo relacionado con su reencuentro con Erin. Inés permanecía expectante, no perdiendo detalle de la historia, al tiempo que observaba un brillo especial en la mirada de Maxwell mientras este narraba los acontecimientos. Un brillo en sus cautivadores ojos que nunca había visto antes.

—Y eso fue todo —concluyó.

—Ha sido cosa del destino, desde luego —sentenció Valentina.

—Es posible. Supongo que era hora de retomar nuestra amistad. Aunque, sinceramente, no recuerdo que fuéramos tan amigos en el pasado. Erin era más tímida que ahora.

—Yo también era muy tímida de pequeña, y en la adolescencia, peor. Fue una etapa complicada —indicó Inés.

—También hay que tener en cuenta la diferencia de edad. Yo soy mayor que ella.

—Seguramente la abrumabas. Tienes pinta de haber sido muy popular con las chicas, igual que ahora —apuntó Inés.

—La verdad es que sí —afirmó él, recordando su adolescencia—. Aunque eso es una tontería. Erin era como una hermana pequeña para mí.

—A lo mejor ella te veía de otra manera —intervino Valentina.

Maxwell se quedó un poco sorprendido, pues nunca se había imaginado aquella posibilidad.

—No lo creo. Además, tampoco la veía tanto.

—¿Cuánto tiempo crees que hace falta para enamorarse de alguien? Recuerda que existen los flechazos —comentó Inés.

Maxwell negó con la cabeza.

—No, Erin no es de esas. Ella es una mujer sensata. Nunca se enamoraría de un loco como yo.

Valentina e Inés se rieron.

—Precisamente ese es tu mayor atractivo —aseveró la primera.

Esto dejó perplejo a Maxwell.

—¿Mi locura es más atractiva que mis ojos, mi cuerpo musculado o mi irresistible sonrisa?

—Bueno, todo en conjunto hacen de ti un bombón, querido —contestó Inés, divertida.

Maxwell esbozó una de sus deslumbrantes sonrisas.

—*Thank you, girls!*

Después de comer y compartir una animada charla, que versó sobre otros muchos temas, Maxwell llevó a Inés y Valentina al aeropuerto, pues su vuelo salía por la tarde. Allí se despidieron delante del control de equipajes. Una despedida que a Max le entristeció enormemente.

—Cuídate, y ya vamos hablando —dijo Valentina, tras darle un abrazo.

—Claro. Y no te estreses. Piensa que todo lo que hagas ahora será para que vuestro día sea perfecto —respondió.

—Te lo prometo.

A continuación, se despidió de Inés con otro sentido abrazo.

—Cuídate, y dile a este pequeñajo que te deje comer en condiciones —bromeó.

—Se lo diré —contestó Inés sonriente.

Cuando se apartaron, se miraron fijamente a los ojos.

—Manda un abrazo a Arturo, y dile que estoy muy enfadado porque no ha venido a verme, así que me debe una visita.

Inés se rio.

—Se lo diré, descuida. Espero que soluciones lo de la Semana de la Moda; y si no, no pasa nada, se busca otra solución.

Maxwell suspiró.

—Sí, habrá que pensar en un plan B.

En ese momento, Valentina miró su reloj de pulsera, comprobando que no quedaba mucho tiempo para embarcar.

—Inés, se nos hace tarde —indicó.

Esta asintió.

—Sí, voy enseguida —respondió. Entonces, se giró hacia Maxwell de nuevo—. Oye, antes de irme, quería decirte algo.

—Tú dirás.

Inés se tomó unos segundos para considerar sus palabras.

—A veces no tenemos que ir tan lejos para encontrar lo que siempre hemos buscado.

—¿Qué quieres decir?

Inés esbozó una media sonrisa.

—Ya lo entenderás. O eso espero. Me marcho ya. ¡Hasta pronto!

A continuación, se alejó de allí con Valentina y, al cabo de pocos minutos, desaparecieron tras el control de equipajes.

Mientras caminaba en dirección al aparcamiento, Maxwell consideró brevemente las palabras

de Inés, que lo habían dejado desconcertado.

Se metió en el coche y arrancó el motor para poner rumbo a su casa. Las calles de Londres, especialmente en su zona, estaban prácticamente desiertas. La oscuridad se había cernido sobre la ciudad, dando paso a la noche, y el frío se había adueñado del ambiente.

Una vez entró en casa, Max se derrumbó sobre el sofá y se sumergió en sus pensamientos. Rememoró el día tan ajetreado y divertido que había pasado con Inés y Valentina. Con ellas siempre disfrutaba a lo grande y se olvidaba de los problemas.

En ese instante, la imagen lejana de Erin en la adolescencia cruzó su mente. La idea de que ella hubiera estado enamorada de él le pareció absurda. Erin era sensata, una persona con los pies en la tierra. La serenidad frente a la locura que él representaba. Ella era comedida, no apasionada. No tenían nada que ver.

Sin embargo, había descubierto que era la amiga ideal, aquella que calmaba las tormentas que lo azotaban, que toleraba su naturaleza díscola, haciendo frente a sus ocurrencias con una sonrisa, y que siempre estaba ahí para escuchar sus problemas.

De repente, su teléfono sonó y se sobresaltó ligeramente al pensar que podía ser ella. Lo sacó de su bolsillo atropelladamente y descolgó sin comprobar quién era.

—¿Diga?

—¡Hola, Max! ¿Te pillo en mal momento? —respondió su amigo Owen al otro lado de la línea.

Maxwell no pudo evitar sentirse un poco decepcionado.

—No, claro que no. ¿Cómo estás?

—Bien, pero estamos todos un poco preocupados. Hace mucho que no te vemos y no sabemos nada de ti. ¿Cómo has estado?

En ese momento, Maxwell recordó la charla que mantuvo con su hermana sobre el asunto de las filtraciones a la prensa. Debido a eso, decidió ser escueto.

—Bien, con mucho lío, ya sabes.

—Oye, hemos pensado ir este fin de semana a Surrey, a casa de los padres de Karen. No estarán, así que tendremos la casa para nosotros. ¿Te apuntas?

Maxwell consideró la idea unos segundos.

—Suena bien, aunque no puedo confirmarte nada por ahora. Tengo que ver cómo tengo la agenda.

—Claro, no te preocupes. Además, siempre puedes unirme a última hora.

—En unos días te digo algo.

—Genial. Bueno, te dejo, que tengo visita. ¡Hablamos!

—Adiós —se despidió.

Tras colgar, se recostó sobre el sofá y lanzó un suspiro. Pese a las advertencias de su hermana, no quería creerse que Owen o alguno del grupo estuviera vendiendo información sobre él. No tenía sentido que ellos, que vivían en la opulencia, fueran capaces de hacer eso para conseguir dinero, de modo que prefirió quitar importancia al asunto.

No obstante, no le apetecía demasiado ir a Surrey. Prefería disfrutar de otros planes que no

fueran beber, comer y estar de fiesta durante tres días sin apenas dormir. Consideró que, quizás, estaba empezando a cansarse de aquel grupo de jueguistas profesionales.

Sin embargo, si ese plan se lo hubiera propuesto Erin, le habría dicho un «sí» instantáneo, pues su compañía era agradable en cualquier circunstancia. Y, de nuevo, el sentimiento de decepción regresó a él.

Un sentimiento incomprensible y egoísta, porque Erin no tenía por qué llamarlo, pese a las ganas terribles que tenía de oír su voz.

Capítulo 15

Tras una ardua jornada laboral, Maxwell se encontraba en casa, dispuesto a cenar y a acostarse temprano. Mientras se calentaba la cena que Joan le había dejado preparada, encendió el televisor, donde estaban emitiendo un documental sobre la historia de Lady Godiva. De forma inevitable, pensó en Erin. Decidió llamarla, con la esperanza de que no estuviera en el trabajo.

Erin, que estaba tomando un café y ojeando las redes aprovechando un descanso, vio enseguida que Max estaba llamando. Notó su corazón sobresaltarse un poco y, antes de descolgar, respiró hondo para serenar su nerviosismo.

—Hola, Max.

—¡Hola, Erin! ¿Puedes hablar?

—Sí, ahora estoy haciendo un descanso.

—Así que estás en el hospital.

—Sí, me quedan todavía un par de horas.

—Ya veo. El caso es que justo ahora están emitiendo un documental sobre Lady Godiva. Pensé que te gustaría saberlo, como eres de Coventry —comentó de forma distraída.

—Vaya, suena interesante. La verdad es que me gustaría verlo. Lo veré en diferido más tarde. ¿En qué cadena?

—En BBC 2.

—Gracias por la recomendación —respondió.

Se hizo un breve silencio, que tensó ligeramente el ambiente. Así que, Maxwell, temeroso de que Erin colgara, decidió hablar de nuevo.

—¿Y cómo ha ido el día?

—Tranquilo, dentro de lo que cabe. El único parto que he atendido ha ido como la seda.

—Eso es genial.

—¿Y qué tal el tuyo?

—¿Mi parto? Bueno, con algunas dificultades, pero he tenido un niño sano y fuerte. Aunque todavía no hemos decidido el nombre —contestó divertido.

Erin se rio.

—Me alegra oírlo.

En ese instante, Maxwell tuvo una idea.

—Oye, ¿qué te parece si mañana o pasado quedamos por la tarde? Podemos dar un paseo por el río y luego ir a cenar.

—Mañana trabajo, pero pasado mañana me viene bien.

—Vale. Entonces, ¿nos vemos pasado mañana frente a la estación de metro de Embankment a las seis?

—Perfecto —contestó—. Bueno, tengo que dejarte, debo volver al trabajo. Nos vemos.

—Que vaya bien —se despidió Maxwell.

En cuanto colgó, fue a por su cena y, tras colocarla sobre la mesa, centró su atención en el documental, donde se podían ver imágenes de Coventry.

Un retrato de Lady Godiva apareció en pantalla, haciendo que la imagen de Erin cruzara su mente. Dio gracias a la noble dama de Coventry por ofrecerle la mejor excusa para llamar a la joven.

Su corazón brincó de alegría al recordar que pronto volvería a verla. Porque ella era la única capaz de hacer desaparecer ese sentimiento desolador, que embarga a los que todavía no han encontrado el amor verdadero.

El sol estaba a punto de desaparecer tras el horizonte, dejando que la noche se abriera paso, mientras el frío se adueñaba del ambiente. Por las cercanías del río Támesis había mucha gente caminando de un lado para otro en diversas direcciones, algunos de ellos con cierta premura, deseosos de regresar a sus hogares tras una ardua jornada.

Erin acababa de salir de la boca de metro, que se hallaba junto al puente de Hungerford, conocido también como puente de Charing Cross, una estructura de hierro por donde pasa el ferrocarril y con una pasarela para los transeúntes.

Pese a que el día anterior Erin había acabado su turno a las seis de la mañana y solo había conseguido dormir unas pocas horas, la expectación por ver a Max le daba la energía suficiente para combatir el cansancio.

La joven lucía una chaqueta oscura, unos pantalones negros de vestir a juego con sus botines y, debajo, una camisa verde. En su rostro, se había puesto un discreto maquillaje: un poco de colorete, rímel negro, sombra de ojos color arena y brillo labial.

De repente, notó una brisa fría que la hizo temblar y, al girar la cabeza, se encontró a Max, que venía hacia ella. Este esbozó una deslumbrante sonrisa, que casi la deja sin aliento.

—¡Hola! Siento la tardanza, es que tenía que cambiarme. ¿Qué tal estoy? —dijo, dando una vuelta.

Erin escrutó el atuendo de Max, consistente en un traje de chaqueta gris oscuro, camisa azul y zapatos negros.

—Estás muy elegante —contestó con un atisbo de fascinación.

—Gracias. Y tú estás guapísima —aseveró, acercándose y dándole un beso en la mejilla. Al hacerlo, percibió el delicioso aroma a dulce vainilla que Erin siempre desprendía. Una vez se apartó, volvió a hablar—. He reservado mesa a las siete en un restaurante por aquí cerca, podemos ir dando un paseo.

—Genial.

—Entonces, ¡vámonos! —la instó.

A continuación, caminaron en dirección al puente de Waterloo, en paralelo a los Victoria Embankment Gardens.

—¿Y qué te pareció el documental de Lady Godiva? —inquirió Erin.

Max resopló.

—No te lo vas a creer, pero, después de media hora, me quedé dormido. Estaba derrotado.

Erin se rio.

—Vaya, debió de ser muy aburrido.

—No es eso, es que la voz del narrador era susurrante y me entró sueño. No es su culpa. El pobre estaba haciendo una labor excelente.

Erin volvió a reírse.

—Una lástima. Al final no he tenido tiempo de verlo, pensé que me lo contarías.

Max escrutó el perfil de Erin y observó que parecía cansada.

—¿Mucho trabajo?

Erin suspiró.

—Sí. La verdad es que terminé tarde y no he dormido mucho.

—¿Por qué no me lo has dicho? Habríamos dejado la cena para otro día. No puedes ir por ahí sin dormir, Erin —la regañó.

—Lo sé. Pero necesitaba desconectar. Te prometo que esta noche dormiré ocho horas seguidas.

Max torció el gesto ante la mirada de cachorrito abandonado de Erin.

—Está bien. Sin embargo, nada de cafeína esta noche.

Erin sonrió.

—¡Prometido!

Se detuvieron brevemente ante la Aguja de Cleopatra, un obelisco hecho en granito situado en la orilla del río, flanqueado por dos esfinges de piedra a cada lado. Desde allí podían verse el London Eye y el South Bank Centre.

—¿Te has montado alguna vez en la noria? —preguntó Max.

—Sí, una vez, hace ya unos años. Fue en una despedida de soltera.

Max abrió mucho los ojos mientras retomaban la marcha hacia el puente de Waterloo.

—¿En una despedida de soltera? ¿Es que os bailó un *stripper* ahí dentro?

Erin frunció el ceño.

—¡Claro que no! Además, el pobre se moriría de frío —bromeó—. Fue para una amiga mía de Coventry. Para celebrar la despedida, decidimos hacer un día de chicas en Londres: nos fuimos de compras, paseamos y, por la noche, nos montamos en la noria.

—¿Así que nada de *strippers*?

Erin negó con la cabeza.

—Nada de *strippers*. Solamente un día entre amigas.

—¡Oh, qué tierno!

Erin se rio.

—¿Y tú te has montado alguna vez?

—No, la verdad es que no he tenido ocasión. Aunque me gustaría.

Finalmente, subieron las escaleras que conducían al puente de Waterloo, una sencilla construcción de hormigón desde donde podía contemplarse la City y la cúpula de la catedral de San Pablo.

Una vez llegaron al final del puente, bajaron las escaleras que llevaban a la orilla, topándose con la entrada del National Theatre. Siguieron caminando mientras conversaban sobre diversos temas, hasta que se toparon con la OXO Tower, el edificio de ladrillo que albergaba el restaurante.

Cuando entraron en el establecimiento, percibieron enseguida la calidez que reinaba en el ambiente y un ligero bullicio proveniente de las conversaciones de los comensales. El OXO Restaurant and Brasserie era un amplio local con suelos de madera, mobiliario minimalista y enormes ventanales que llegaban hasta el techo, ofreciendo unas espléndidas vistas de la orilla oeste.

Un camarero los condujo a una pequeña mesa para dos, junto a uno de los ventanales. Erin se quedó maravillada contemplando el horizonte repleto de edificios sobre el río Támesis. Gracias a la tenue iluminación del local, se podían observar en todo su esplendor.

—Es increíble.

—¿Verdad? Cuando vine hace unos meses con mi hermana y mi cuñado, me quedé alucinado con las vistas. Y la comida también es buena.

Al cabo de unos minutos, les sirvieron la cena y, durante la misma, la conversación transcurrió por distintos derroteros

—¿Y sigues sin encontrar modelos para el desfile? —inquirió Erin.

Max suspiró.

—Sí. No hay forma. Todos se han dado prisa menos yo.

—Creo que has sido poco previsor —indicó Erin.

—Eso dice mi madre. La cuestión es que tengo ideas, pero no consigo ordenarlas. Por otro lado, estoy desarrollando una colección de ropa infantil. Ese proyecto me entusiasma, la verdad.

—Eso es genial, Max.

—Y luego está la boda de Valentina. Es pocas semanas antes del desfile. Lo que espero es poder despejarme y aclararme un poco mientras esté en Tenerife.

—¿Vas mucho a Puerto de la Cruz?

—Cuando puedo. Es un lugar fantástico. Mi pequeño paraíso. Me enamoré de la zona un verano que pasamos en el sur de la isla. Luego volvimos varias veces, porque a mi madre también le gusta.

» Así que, cuando decidí comprarme una segunda residencia, no lo pensé y decidí buscar allí. Desde la terraza de mi cuarto tengo unas vistas maravillosas de El Teide, y la playa no está lejos. También tengo un pequeño jardín.

—Escogiste el lugar ideal, entonces.

—Sí, además, la urbanización está en una zona tranquila. Allí puedo aislarme del mundo. Y, cuando me apetece, cojo el barco y navego por el mar.

—¿Tienes licencia?

—No, yo no llevo el barco. Tengo mi propio capitán.

—¿Cómo se llama el barco?

—Estela, en honor a mi madre. Fue un regalo de mi padre. A él le encantan los barcos.

—¿Y alguien cuida la casa mientras no estás?

—Claro. Luciana y su marido se encargan de limpiarla y tenerla siempre lista. Además, Luciana también se encarga de hacerme la comida. Sin ella, me moriría de hambre.

Erin se rio.

—Deberías ir a clases de cocina. Tienes que aprender a sobrevivir.

—Lo he intentado, pero soy un negado. En cambio, tú podrías abrir un restaurante.

—Me gusta mucho la cocina. Sobre todo, la repostería. De pequeña, siempre estaba con mi madre en la cocina, aprendiendo. Aunque la que hacía unas tartas increíbles era mi abuela paterna. De joven trabajó en una pastelería.

—¿Lo ves? Lo llevas en la sangre. Es algo genético.

—Recuerdo que tu madre hacía una tortilla de patatas increíble.

—Y sigue haciéndola —afirmó, orgulloso.

Ambos sonrieron. De repente, la íntima atmósfera se vio interrumpida por el sonido del teléfono de Erin. La joven, ciertamente apurada, lo sacó de su bolso. En cuanto vio quien era, torció el gesto.

—Perdona, es mi madre...

—Tranquila, atiende la llamada —respondió Max.

Erin descolgó y, en cuanto lo hizo, oyó la voz de su madre al otro lado.

—Hola, mamá... Estoy cenando con Max. —De repente, Erin se sonrojó y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, detalle que no pasó desapercibido para Max, que sonrió discretamente. Probablemente su madre le había dicho algo que la había puesto nerviosa—. Nada de eso. ¿Para qué llamabas?... Cogeré el tren de las siete, así que llegaré sobre las ocho y media... No, mamá, él está muy ocupado... Mamá, por favor...

Erin suspiró con resignación, haciendo que Max alzara una ceja, expectante.

—Está bien. —A continuación, se dispuso a entregarle el teléfono a Max, que se limpió la comisura del labio con la servilleta—. Mi madre quiere hablar contigo.

Max sonrió complacido, al tiempo que agarraba el dispositivo y se lo ponía en la oreja.

—¡Hola, Nancy! ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo!... Sí, ajá... No, la verdad es que no tengo planes para este fin de semana; de hecho, me vendría bien un descanso... ¿En serio? ¿Tú famoso pastel de zanahoria?... Si es así, no puedo negarme... Claro... Sí, iremos en mi coche, así no tendremos que esperar el tren... Estupendo, nos vemos. Un abrazo. Hasta el viernes.

Max le entregó el teléfono a Erin.

—Quiere hablar contigo.

Erin notó una sensación un poco inquietante, especialmente, por el gesto satisfecho de Max.

—¿Sí?... ¿Cómo dices? Mamá, yo... Hasta luego...

Tras esto, Nancy colgó, dejando a Erin perpleja.

—Oye, no sabía que este fin de semana te ibas a Coventry. ¿Por qué no me lo has dicho? —

comentó Max tomando a continuación un sorbo de vino.

Erin se encogió de hombros.

—No sé. Es que no creí que fuera algo importante.

—Tu madre me ha dicho que va a preparar pastel de zanahorias. Adoro su pastel de zanahorias, así que no podía negarme con semejante oferta. Además, será un plan más interesante que el que tenía previsto.

—¿Y qué plan era ese?

Max suspiró con aire aburrido.

—Fin de semana en casa de mi amiga Karen en Surrey. Bueno, en la casa de sus padres. Cleveland Park, una mansión del siglo XVIII.

—¿Cambias un fin de semana en una mansión por una casa de tres habitaciones en Coventry? —inquirió sorprendida.

—Es que el plan consiste únicamente en beber y estar de fiesta con vete tú a saber quién. Mis amigos conocen a gente muy rara.

—Pensaba que te gustaba salir de fiesta.

—Me gusta, pero en su justa medida. No me apetece quitarme horas de sueño y beber hasta reventar. Eso me aburre —afirmó con desgana.

—¿Y qué piensas que haremos en Coventry?

—Pues comer el pastel de zanahorias de tu madre, ayudar a tu padre a construir una casa o algo parecido y, probablemente, prepararme para atender otro parto en mitad de la catedral de Coventry.

Erin se rio ante la ocurrencia.

—Eso solo pasó una vez.

—Contigo no descarto nada. Atraes a las parturientas. ¿O seré yo con mi irresistible atractivo? A lo mejor tengo electromagnetismo y muevo las mareas.

Erin se rio a carcajada limpia, un sonido que fue música para los oídos de Max.

—Estás loco, ¿lo sabías?

—Sí, ese es mi mayor atractivo —sentenció divertido.

Terminada la cena, salieron del restaurante. Una brisa fría golpeó sus rostros, haciendo que ambos se acurrucaran bajo sus chaquetas.

—¿Tienes frío? —preguntó Max al ver a Erin frotándose las manos.

—Un poco.

Entonces, él le ofreció su brazo.

—Agárrate, así nos daremos calor.

Erin aceptó su ofrecimiento, percibiendo enseguida su calidez y el delicioso aroma de su colonia. Pese a su nerviosismo, se mantuvo serena, caminando a su lado.

—Hace una noche estupenda —comentó él.

—Sí, aunque haga un poco de frío.

Se hizo el silencio durante unos minutos, solo roto por el ruido del tráfico y las conversaciones de los transeúntes que andaban por allí. Erin giró la cabeza, quedándose embelesada con las

vistas.

—Londres es espectacular de noche.

—Sí, lo es —afirmó—. ¿Sueles echar de menos Coventry?

—Claro, es mi ciudad. Me gusta ir siempre que puedo. No tiene nada que ver con Londres. El ritmo de vida allí es más tranquilo.

—Creo que Kent es mucho más tranquilo. Allí el tiempo parece que va más lento.

—Pues a mí me gusta vuestra casa de Kent. Parece sacada de una novela de Jane Austen.

—Eso suelen decirme. Pero te aseguro que en nuestra familia no ha habido ningún señor Darcy.

Ambos rieron.

—¿Max? —inquirió alguien cerca de ellos.

Los dos se detuvieron al ver de quién se trataba.

—¡Tania! —exclamó Max contento, dándole un abrazo a continuación.

—¡Hola, chicos! —respondió ella, dando un beso a Erin en la mejilla—. ¿Qué hacéis por aquí?

—Hemos ido a cenar. ¿Y tú? —contestó Max.

—También. He estado cenando con unas compañeras de trabajo. Una de ellas se marcha y le hemos hecho la despedida. Ahora volvía a casa. ¿Dónde habéis cenado?

—En Oxo Tower —explicó Max.

—Yo en el Gabriel's Wharf —respondió—. Por cierto, ¿qué planes tenéis para el fin de semana? Lo digo porque haremos barbacoa. De hecho, iba a llamarte, Max.

—Justo este fin de semana vamos a Coventry a ver a los padres de Erin —dijo él.

Tania se quedó gratamente sorprendida.

—Interesante —musitó—. Bueno, entonces, lo dejamos para otra ocasión. O si no, llámame tú y venís a casa a tomar un té o lo que sea, ¿de acuerdo?

—Claro —comentó Max.

—Oye, tengo que irme, mi taxi está a punto de llegar. Lo dicho, estamos en contacto para quedar, ¿vale?

—Vale. Manda saludos a la familia.

Tania le dio un beso a cada uno en la mejilla.

—De tu parte. ¡Cuidaos! —se despidió, alejándose.

Tras esto, Erin y Max retomaron su paseo. Subieron las escaleras del puente de Waterloo y, en cuanto llegaron al otro lado, decidieron pedir un coche cada uno, que los llevara a sus respectivas casas. Mientras esperaban, siguieron conversando.

—¿Y cómo fue todo con Inés y Valentina?

—Bien. El domingo por la mañana hicimos un poco de turismo y por la tarde tomaron el avión de vuelta a España.

—Me cayeron muy bien las dos.

—Y tú a ellas —aseveró.

—Inés me contó lo que hiciste por ella y Arturo.

—No hice nada extraordinario.

—¿Cómo qué no? Hiciste posible que estuvieran juntos —comentó incrédula.

—No creo que eso sea extraordinario. Es lo lógico y, sobre todo, lo más justo. No hay derecho a que dos personas que se quieren estén separadas.

Erin escrutó el semblante serio de Max durante unos segundos.

—Oye, Max, ¿llegaste a enamorarte de Inés? —inquirió un poco apurada.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué piensas eso?

Erin se encogió de hombros.

—Sería lógico. Es una mujer maravillosa, ¿no?

Max esbozó una media sonrisa.

—Lo es. Pero no estábamos destinados. De hecho, es cierto que me fascinaron su inteligencia y su simpatía, incluso admito que quizás me enamoré un poco de ella. Inés es una mujer especial, ¿sabes? Sin embargo, enseguida me di cuenta de que no me veía reflejado en sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

Max alzó la cabeza, tomó una bocanada de aire y respiró hondo, al tiempo que evocaba en su mente el instante en el que descubrió lo que la mirada de Inés escondía.

—Sus sonrisas y sus miradas eran para otra persona. Y esa persona era Arturo Olmedo, su jefe. Pero era un amor no correspondido. O eso creía ella.

» Cuando Arturo y yo nos conocimos, nos caímos fatal. Estaba claro que estaba celoso de mí por mi cercanía con Inés. Yo podía tener más confianza con ella que él, porque, claro, Inés era su empleada.

» Al poco tiempo, él se dio cuenta de lo que sentía por Inés y, de hecho, tuvieron un romance. Sin embargo, todo se complicó por culpa de Jessica, la odiosa Jessica Mansfield —dijo con desagrado.

Erin asintió meditabunda.

—No obstante, al final, todo se puso en su lugar.

—Sí, pero tuve que intervenir para que fuera posible. De no ser así, Arturo habría arruinado su vida por culpa de esa sociópata —respondió molesto.

Erin se quedó sorprendida.

—Max, ¿no crees que te pasas un poco?

—Ni mucho menos. Si la conocieras, estarías de acuerdo conmigo. Y su hermano es peor. Es un tipo despreciable con el que tuve la desgracia de coincidir en Eton. Durante un tiempo, sus amigos y él me hicieron la vida imposible —afirmó con desdén.

Erin torció el gesto.

—Ya veo.

En ese momento, uno de los taxis que habían pedido se detuvo cerca de donde estaban.

—Creo que es el mío —indicó Erin con un atisbo de pesar.

Max se sintió un poco desolado ante su marcha.

—Entonces, nos vemos el viernes.

—Claro. Te escribiré para acordar la hora —respondió, acercándose a él.

Erin le dio un beso en la mejilla, al tiempo que dejaba de agarrar su brazo. Max sintió una cálida sensación en su vientre al percibir la suavidad de sus labios sobre su piel.

—Hasta pronto —se despidió, alejándose en dirección al taxi.

Max observó cómo el vehículo se marchaba, desapareciendo rápidamente entre el tráfico. Alzó la vista, contemplando el horizonte, embargado por un ápice de melancolía. Pese a que la ausencia de Erin le había dejado una especie de vacío, su calidez y el delicioso aroma de su perfume aún permanecían ahí, impregnados en su abrigo. Lanzó un suspiro y se quedó ensimismado unos segundos, hasta que apareció el coche que había pedido.

Una vez en el interior, mientras el coche se adentraba por las calles de Londres en dirección a su casa, recordó que debía mandar un mensaje a Owen en respuesta a su propuesta del fin de semana. Sacó su dispositivo y se dispuso a escribirle.

MAX_23:01

¡Hola, Owen! Oye, que no voy a acompañaros a Surrey el fin de semana, lo pasaré en Coventry con una amiga. Ya quedaremos en otro momento. Pasadlo en grande.

Tras esto, guardó el dispositivo en el bolsillo de su chaqueta y se quedó ensimismado contemplando lo que se veía desde la ventanilla. Calles semidesiertas, lujosas casas victorianas y carteles luminosos.

Pese al lujo de la mansión de Surrey, prefería la compañía de Erin y la perspectiva de lo que pudiera suceder a su lado en Coventry, esa pequeña ciudad del Condado de Warwickshire que fue durante un tiempo un motor importante de la industria del automóvil en Gran Bretaña.

Intuía que aquella estancia prometía sorpresas y emociones fuertes.

Capítulo 16

Eran alrededor de las cinco y media cuando Max detuvo su coche frente al apartamento de Erin. Habían quedado allí a esa hora para emprender el viaje a Coventry, que duraría dos horas y media aproximadamente. En cuanto vio el coche, Erin salió de su apartamento portando una pequeña maleta con lo necesario para los dos días de estancia en casa de sus padres.

—¡Hola, Max!

—Hola. ¿Estás lista?

—Sí.

Le entregó la maleta a Max, que la cogió y la colocó en el maletero.

—No pesa mucho —apuntó.

—Tampoco me hacen falta tantas cosas, solo son dos días.

—Práctica. Me gusta. Si fuera Sam o mi madre, cada una llevaría tres baúles.

Erin se rio.

—Mi madre también —afirmó.

—¿Nos vamos?

Erin asintió para a continuación montarse en el coche. Se acomodó en el asiento del copiloto y, en cuanto Max puso el motor en marcha, partieron. Atravesaron las concurridas calles de Londres, sorteando el considerable tráfico, hasta que, finalmente, salieron a la carretera. Les esperaba un viaje largo, así que Max puso la radio para amenizar el ambiente mientras conversaban.

—¿Y a dónde vas a llevarme? ¿Qué tienes planeado? —inquirió Max, animado.

—Había pensado llevarte al Museo del Transporte. ¿Lo conoces?

—No, no he estado. Pero suena interesante.

Erin torció el gesto.

—Tengo la sensación de que no te interesa en absoluto.

Max se sorprendió.

—¿Cómo que no? Claro que me interesa.

—¿Te gustan los coches? —inquirió suspicaz.

Max lanzó una carcajada.

—¿En qué estamos viajando?, ¿en un patinete? ¡Claro que me gustan los coches! Mi padre, de hecho, tiene una colección de clásicos en el garaje.

Erin asintió al recordarlo.

—¡Cierto!

—Y mi tatarabuelo fue el primero en tener coche en el Condado de Kent —añadió orgulloso—. A propósito, ¿tu abuelo no trabajó en una fábrica de coches?

—Trabajó en la fábrica de Jaguar, en Solihull. ¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendida.

—Tu padre lo mencionó alguna vez. Además, los de Birmingham y Coventry lleváis el motor en la sangre.

—Sí, casi todos tenemos algún familiar que trabajó en alguna de las fábricas de coches del Condado. Pero eso se acabó hace tiempo.

—Lo sé. Sin embargo, al menos tenéis un museo que lo recuerda, ¿no?

—Eso es verdad.

—Bueno, y aparte del museo, ¿qué más vas a enseñarme?

—Pues la catedral, el Saint Mary's Guildhall... Lo típico.

—Suena interesante —musitó poco convencido.

En ese instante, en la radio, empezó a sonar la canción *Hungry like the wolf* de Duran Duran, una de las preferidas de Max, de modo que subió el volumen. Erin esbozó una mueca de agrado ante esto.

—¿Te gusta esta canción?

Max asintió, mientras la tarareaba.

—¡Me encanta!

Erin, llevada por el ritmo de la música, empezó a cantar dejando asombrado a Max, que descubrió que tenía una voz realmente bonita.

—Oye, cantas muy bien —apuntó.

De repente, la vergüenza se apoderó de Erin, que repitió su ademán nervioso habitual, colocando un mechón de su pelo detrás de su oreja.

—No, qué va.

Erin decidió guardar silencio para fastidio de Max.

—¿Por qué has parado? —preguntó malhumorado.

—Es que... me... me da vergüenza —contestó turbada.

—¡Vamos, Erin! Estamos aquí los dos solos. Hay confianza. Por favor, sigue cantando —le pidió con ojos de cordero degollado.

A partir de ese momento, Erin, que era incapaz de negarle nada, se relajó, dejando que su voz fluyera. Max la acompañó como pudo, porque, a pesar de sus muchas cualidades, no tenía dotes de cantante.

Al cabo de un par de horas, aparcaron el coche frente a la casa de los Turner, en la calle Stoney Road número 101. Max contempló la fachada del hogar de la familia, típica construcción adosada de dos plantas, hecha en ladrillo, con una entrada amplia para aparcar dos coches, además de un garaje cerrado, tejado a dos aguas y dos ventanas mirador.

Llegaron hasta la puerta y, tras llamar al timbre, los padres de Erin salieron a recibirlos.

—¡Hola, chicos! ¡Oh, Erin, cariño! —saludó su madre, dándole un efusivo abrazo.

—Hola, mamá —respondió ella, devolviendo el gesto.

—Bienvenido, Max —dijo Roger, el padre de Erin, estrechando su mano.

—Gracias, Roger. Hacía mucho que no te veía.

—Sí, mucho tiempo.

Nancy escrutó el aspecto de Max con ternura.

—Max, querido, estás guapísimo. La última vez que te vi en persona fue hace tres años, en Kent.

—Cierto, por el cumpleaños de mi madre.

—Lo dicho, estás estupendo. Venga, pasad —les instó—. Os he dejado algo de cena preparada. Imagino que no habréis comido nada.

—Venimos muertos de hambre —afirmó Max, adentrándose en el pequeño vestíbulo.

—Id subiendo, ahora voy yo —indicó Nancy.

Nada más entrar, Max echó un rápido vistazo a la decoración. Suelo de madera, un pequeño perchero, escaleras laterales y un pasillo que conducía a otras estancias. Subieron al piso superior, donde estaban las habitaciones. Atravesaron un corto pasillo, pasando por delante de otras estancias, hasta llegar al cuarto de Erin, cuya puerta estaba abierta. La joven observó que, al lado de su cama había otra, algo que la alarmó.

—Mamá, ¿no se supone que Max iba a dormir en el cuarto de invitados? —preguntó cuando su madre se reunió con ellos.

Nancy se hizo la despistada.

—Vaya, ¿no te lo dije? Cuando me puse a arreglar la habitación, me di cuenta de que el colchón estaba muy viejo. No se puede dormir en él, por eso he encargado uno nuevo, pero no llegará hasta la semana que viene.

» De todas formas, hemos sacado la cama extra que tenías debajo de la tuya, que es muy cómoda. Además, es mejor para vosotros, ¿no? En esta casa, no tenemos reparos con esas cosas —respondió con un deje de picardía.

Erin abrió mucho los ojos ante lo que su madre insinuaba.

—¡Mamá!

—Hija, soy una mujer del siglo XXI. No hay nada de malo —insistió.

Max se aguantó la risa como pudo.

—Es perfecto, Nancy. Gracias —indicó él con buen talante.

Esta sonrió.

—Entonces, deo que os instaléis. Voy a calentar la cena. Esta noche, pollo asado con puré de guisantes.

—Mm, delicioso —dijo Max, haciendo reír a Nancy.

—Os aviso cuando esté todo listo.

Tras decir esto, se alejó de allí, dejando a Erin sin palabras. En ese instante, se vio embargada por el nerviosismo ante la perspectiva de dormir con Max. No obstante, él estaba muy tranquilo.

—Bueno, ¿cómo nos organizamos? ¿En qué cama duermo yo?

Erin salió de su ensimismamiento.

—Creo que será mejor que duermas en la mía, yo dormiré en la otra.

Max se encogió de hombros.

—Vale.

La habitación, de suelo enmoquetado, albergaba un escritorio de madera delante de la ventana,

un armario y la cama de Erin estaba ubicada en un lateral. En las paredes, de un tono salmón, había un cuadro con fotografías y un par de pósteres: uno de la banda The Corrs y otro de Enya.

—Veo que te gusta la música irlandesa.

Erin, que seguía inquieta, contestó:

—Sí, claro que me gusta. Soy medio irlandesa, así que... Oye, Max, ¿no vas a estar incómodo? —inquirió apurada.

Max se extrañó.

—¿Por qué? ¿Roncas o hablas en sueños?

—No, que yo sepa.

—Entonces, no hay problema. Bueno, y en caso de que ronques, me pongo tapones y listo. De todas formas, no es la primera vez que dormimos juntos.

—Sí, pero tú estabas prácticamente inconsciente...

—No te preocupes. No me importa compartir cuarto. De hecho, será divertido —afirmó risueño.

Erin decidió quitar importancia al asunto. Total, Max no se sentía atraído por ella en absoluto, pensó.

—¡Chicos, la cena está lista! —gritó su padre desde las escaleras.

Bajaron y se dirigieron al comedor, que estaba al final del pasillo, conectado con la cocina. De nuevo, Max reparó en la decoración: una mesa alargada de madera cubierta por un mantel con estampado de flores, un par de estanterías, una de ellas con dos puertas acristaladas, donde podía verse la vajilla, y un par de cuadros paisajísticos sobre las paredes color vainilla.

—Sentaos, chicos. ¿Qué queréis beber? —preguntó Roger.

—Agua estará bien —contestó Max.

Roger trajo los platos con la comida y los colocó sobre la mesa, para, a continuación, sentarse al lado de Erin.

—Vosotros habéis cenado, ¿verdad? —comentó ella.

—Sí, pero os hacemos compañía. Así nos contáis cómo van las cosas —contestó Roger, alegre.

En cuanto Nancy se acomodó frente a ellos, comenzaron a degustar la comida, que sació a ambos después de muchas horas sin probar bocado.

—Está muy rico, Nancy —aseveró Max con deleite.

—Gracias, tesoro.

—Por cierto, me encantan estos cuadros. ¿Qué representan?

—Son paisajes del Condado de Buckinghamshire. En uno está el río Támesis a su paso por Marlow, un pueblecito muy bonito, y el otro es una panorámica de Amersham. Los compré en el mercadillo de Portobello Road cuando estaba embarazada de Erin. Fui con tu madre, de hecho —explicó—. A propósito, ¿cómo va tu madre con las clases de pintura?

—La verdad es que está muy contenta. Le está dedicando todo el tiempo que puede, ahora que está jubilada.

—Eso está muy bien. Yo estoy enganchada a la lectura, leo todos los libros que pasan por mis manos. Y tu padre le está haciendo una casita de muñecas a Claire, la hija de tu primo Frank —

indicó Nancy a su hija.

—Recuerdo la que me hiciste, papá. Era preciosa —afirmó Erin, orgullosa.

—La tengo guardada en el cobertizo —aseveró Roger.

Nancy puso los ojos en blanco.

—Roger lo guarda todo, ¿sabes, Max? Apenas se puede abrir la puerta del cobertizo con la cantidad de cosas que hay.

—Le entiendo. A mí también me gusta conservar cosas —respondió Max.

—Conserva hasta la cuna de Erin —indicó Nancy.

—Claro, me costó mucho hacerla. Y la hice con mucho cariño.

—¿En serio? Me encantan esas cosas. Me gustaría verla —afirmó Max.

—Mañana cuando tengáis un ratito, te enseño todo lo que hay en el cobertizo —respondió Roger.

—También hizo mi escritorio y el armario. Papá es un artista con la madera —dijo Erin con orgullo.

Cuando terminaron de cenar, se dirigieron al salón, que era la estancia contigua al vestíbulo. En aquella sala, durante el día la luz entraba por la amplia ventana mirador, el suelo era de madera, con una gran alfombra cubriéndolo parcialmente y las paredes eran de tono vainilla. Una coqueta chimenea presidía el lugar, que albergaba un sofá grande y dos sillones, además de una estantería repleta de libros y películas, y un televisor que reposaba sobre un mueble.

Se sumergieron en una animada conversación, que versó sobre diversos temas, como el trabajo y la familia. Max se sintió realmente a gusto en esa acogedora atmósfera que flotaba en el hogar de los Turner.

Finalmente, alrededor de las doce, Erin y él se dirigieron a la habitación con intención de prepararse para dormir. Había sido un largo viaje y una jornada agotadora para ambos.

La joven, que volvió a verse invadida por la inquietud, sacó de su maleta su pijama.

—Si quieres, ve tú al baño primero —sugirió.

—Vale.

Max cogió su neceser y salió de la estancia, momento que aprovechó Erin para ponerse el pijama rápidamente.

Al cabo de unos minutos, Max regresó a la habitación, escrutando discretamente el atuendo de Erin: un anodino pijama de color azul de algodón. La joven se marchó al baño, de modo que él se preparó para dormir, quitándose los pantalones y la camiseta que llevaba. Solo vestido con los calzoncillos, se metió bajo el edredón, dejándose envolver por su calidez.

En cuanto Erin volvió a la habitación, se percató de que Max no llevaba pijama, algo que la puso más nerviosa aún.

—¿Ocurre algo? —inquirió él al ver sus mejillas un poco sonrosadas.

Erin apagó la luz y se metió bajo el edredón rápidamente.

—No, no pasa nada.

Se acurrucó contra la almohada, dando la espalda a Max, que se quedó con su vista fijada en el techo.

—Me gusta tu habitación. Es muy acogedora.

—Sí, lo es.

Se hizo el silencio unos segundos, hasta que Erin se animó a preguntar.

—Max, ¿no duermes con pijama?

—No, me gusta dormir sin nada. Es más cómodo.

—Pero tendrás frío...

Max esbozó una media sonrisa y lanzó una seductora carcajada.

—Siempre hay formas de calentarse. El calor humano es muy reconfortante.

Erin se tensó.

—Sí, claro.

La joven oyó el ruido de los muelles de la cama de Max, notando su cercanía.

—Si tengo frío, ¿me darás calor, Erin? —inquirió seductor cerca de su oído.

Erin abrió mucho los ojos y tragó saliva, al tiempo que su pulso se aceleraba.

—Yo...

Entonces, Max empezó a reírse, lo que hizo que Erin se diera cuenta de que no hablaba en serio.

—Tranquila, que era broma —afirmó divertido.

Erin suspiró. En parte se sentía aliviada, pero al mismo tiempo, decepcionada consigo misma. «¿En qué estaba pensando?», se dijo.

—Ya lo suponía. Buenas noches, Max —respondió escueta, revolviéndose un poco.

Por el tono de su voz, Max dedujo que se había enfadado. Torció el gesto ante esta idea, ya que, ciertamente, consideró que había ido un poco lejos con la broma.

—Erin, ¿estás enfadada?

—No, no estoy enfadada —respondió tratando de no parecer apesadumbrada.

—Sí lo estás, lo noto. Oye, perdona por la broma. Me he pasado. ¿Me perdonas?

—No hay nada que perdonar —contestó con aire cansado—. Duérmete, Max.

—No puedo dormirte hasta que me perdones —insistió.

Erin resopló.

—Está bien, te perdono.

Max sonrió.

—¿De verdad?

—Sí. Ahora, duérmete. No quiero que mañana te tenga que ir arrastrando por la ciudad porque no hayas dormido suficiente —replicó.

—Vale, ya me duermo.

Max cerró los ojos, cayendo rendido en los brazos de Morfeo casi al instante. De repente, percibió el dulce aroma a vainilla de Erin, como aquella noche en su casa. Se vio embargado por una agradable y acogedora sensación, que no le abandonó durante el resto de la noche.

Capítulo 17

Al día siguiente, en cuanto entraron los primeros rayos de sol en la estancia, Erin abrió los ojos. Cuando vio a través de la ventana que no había nubes en el cielo, se congratuló ante el hecho de que sería una jornada perfecta para pasear por la ciudad.

Se incorporó un poco, comprobando que, efectivamente, Max estaba allí. Durante mucho tiempo, había soñado con una escena así, despertarse al lado de Max en su cuarto. Unos sueños adolescentes que se habían hecho realidad.

Notó un cosquilleo en el estómago mientras lo contemplaba. Estaba irresistible incluso cuando dormía, con sus largas pestañas destacando en su apolíneo rostro. Se levantó sigilosamente, con intención de no despertarlo, pero fue en vano, ya que Max abrió los ojos en cuanto ella salió de la cama.

—Buenos días —dijo soñoliento.

Erin se sobresaltó ligeramente.

—Buenos días, Max. ¿Has dormido bien?

Él se estiró, mostrando su musculado torso, lo que provocó que el corazón de Erin latiera desbocado.

—Sí, ya lo creo que sí.

Erin se colocó un mechón detrás de su oreja visiblemente turbada.

—Genial. Voy al baño. Te veo abajo.

Salió de la estancia, dejando a Max a solas. Este se levantó, volviendo a estirarse, y enseguida comenzó a vestirse. Mientras bajaba por las escaleras, llegó a sus fosas nasales un delicioso aroma a pan recién hecho y café. Entró en el comedor, donde ya estaban Roger y Nancy sentados desayunando. Ambos sonrieron al verle.

—¡Buenos días, Max! —saludó Nancy.

—Buenos días —respondió, sentándose.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Roger.

—Muy bien. La cama es muy cómoda.

—Me alegro. ¿Qué quieres desayunar? Tenemos tostadas, cereales, fruta. O puedo prepararte beicon y huevos —indicó Nancy.

—No hace falta, Nancy. Tomaré tostadas con mermelada.

—Tenemos una mermelada de fresa casera muy rica. La hago con las fresas que crecen en nuestro huerto.

De repente, un recuerdo lejano apareció en la mente de Max.

—El huerto, sí. Recuerdo que nos lo enseñasteis la primera vez que vinimos. No sabía que aún lo teníais.

—Claro que aún lo tenemos. Y siempre está a pleno rendimiento —explicó Roger.

En ese momento, Erin apareció en la estancia ataviada con unos vaqueros y un jersey de punto de color granate.

—Buenos días —saludó, sentándose al lado de su padre.

—Buenos días, cielo. ¿Café? —preguntó Roger.

—Sí, gracias.

—¿Tú también, Max?

—Sí, por favor.

Tras servirles el café, retomaron la conversación.

—¿Y qué planes tenéis? —preguntó Nancy—. Por cierto, Mia me preguntó por ti. La vi el otro día con sus hijos saliendo de la escuela.

—Hoy haremos un poco de turismo. Y respecto a Mia, acabo de enviarle un mensaje para vernos —contestó Erin.

—Mia y Erin son amigas desde pequeñas. Se conocieron en el colegio. Formaban un trío muy gracioso con... —En ese instante, Nancy se dio cuenta de que quizás iba a meter la pata, de modo que decidió rectificar—. En fin, son buenas amigas. Mia, de hecho, vive a una manzana de aquí.

Max dedujo a quien se refería Nancy en esa frase inacabada, así que se abstuvo de indagar.

—Esperaré a que me conteste. Imagino que hoy hará planes con la familia —comentó Erin.

—Los niños han crecido mucho desde la última vez que viniste. Son adorables. Loretta me da mucha envidia, Mia ya le ha dado dos nietos. Sin embargo, no sé si yo seré abuela a este paso —se lamentó con un ápice de fingido dramatismo.

Erin puso los ojos en blanco y suspiró.

—Mamá, por favor...

—Está bien, ya me callo. Pero los años pasan para todos. Y hace tiempo que no oigo pasitos ni risas de niños en esta casa. Ya tengo ganas —afirmó Nancy.

—Será cuando tenga que ser, ¿verdad, cariño? —intervino su padre, guiñándole un ojo.

Erin le dedicó una mirada tierna.

—Sí.

Max vio a Nancy torcer el gesto, algo que le hizo gracia. Era evidente la complicidad que había entre Erin y su padre, que se habían aliado para zanjar el tema.

Al cabo de una hora, tras ducharse y cambiarse, salieron de casa, rumbo al centro de la ciudad.

Dieron un agradable paseo, atravesando calles repletas de casas adosadas de ladrillo, hasta llegar a High Street, donde se toparon con un impresionante edificio de estilo Tudor de principios del siglo XX, construido en piedra, con una torre del reloj y almenas, cuya fachada estaba salpicada de ventanas mirador, que albergaba la sede del ayuntamiento de la ciudad.

Continuaron por High Street hasta llegar a Broadgate, una plaza rectangular presidida por la estatua de Lady Godiva, que representaba a la célebre dama desnuda montada en su caballo. Al ver que Max tenía intención de detenerse para contemplarla, Erin le agarró del brazo.

—Volveremos más tarde —indicó.

Le condujo fuera de la plaza, siguiendo el camino hasta el Museo del Transporte, su destino final. Una vez entraron, se perdieron por las galerías, disfrutando de una animada visita, en la que Max se quedó fascinado con algunas de las maravillas que albergaba el lugar.

Casi dos horas más tarde salieron del museo y se encaminaron hacia el Coventry Canal Basin, que estaba cerca de allí. Este era uno de los lugares predilectos de los habitantes de la ciudad para realizar actividades de ocio, como excursiones en barco o tomar algo en las cafeterías y restaurantes de la zona. Cuando llegaron, dieron un breve paseo por la orilla del canal.

—He paseado por aquí muchas veces —comentó Erin, meditabunda.

—Es un sitio agradable. Aunque está bastante concurrido.

—Los fines de semana, sí.

—¿Erin? —dijo una mujer frente a ellos.

En ese momento, la joven abrió mucho los ojos y sonrió al ver quien era.

—¡Mia! —exclamó, acercándose a ella.

Las dos amigas se dieron un sentido abrazo. Max se fijó detenidamente en la mujer, que iba acompañada de dos niños pequeños. Esta tenía el pelo rubio agarrado en una coleta y lucía un chaquetón de lana con unos pantalones de pana oscuros.

Los dos niños también abrazaron a Erin, mostrándose realmente contentos.

—¡Hola, chicos! Madre mía, qué altos estáis. Habéis crecido mucho.

—Es que yo ya tengo siete años —dijo el mayor de ellos.

—Y yo cinco —añadió el otro.

—Tienen respuesta para todo estos dos —dijo Mia—. ¿Cómo estás? Por cierto, leí tu mensaje. Perdona que no te haya contestado, es que tengo la cabeza en las nubes.

—No te preocupes. Y, respecto a tu pregunta, estoy muy bien. De visita en casa.

En ese momento, Mia se asomó por detrás de Erin, mirando a Max, que esbozó una sonrisa.

—Él es Max. Maxwell Stirling —explicó Erin, haciendo las presentaciones—. Max, esta es Mia.

—Encantado —replicó él.

Mia abrió mucho los ojos.

—¿Tú eres Maxwell Stirling? ¿El diseñador?

—El mismo.

Mia se acercó para estrecharle la mano, un poco nerviosa.

—Es un placer. He oído hablar mucho de ti.

Max se mostró intrigado.

—¿De verdad?

—Sí, Erin siempre habla maravillas de ti.

Esta le dio un ligero codazo de advertencia, pues sabía que Mia era de naturaleza devastadoramente honesta.

—Qué bien —respondió Max, complacido.

—Por cierto, niños, salud a Max. Ellos son Eric y Lionel. Mis dos fieras —explicó Mia.

Max saludó a los niños con una sonrisa.

—Hola, Max —dijo el mayor.

—Encantado de conoceros.

—¿Te gustan los Avengers? —preguntó el pequeño.

—Claro que me gustan. Mi preferido es Thor.

El pequeño se quedó fascinado.

—¡El mío también!

—Yo prefiero a Iron Man —intervino el mayor.

—Iron Man también es genial. ¿Habéis visto la última película?

A partir de entonces, Max se enfrascó en una animada conversación con los pequeños, dejando a Mia y Erin gratamente sorprendidas. No obstante, esta última sabía que Max tenía buena mano con los niños.

—Oye, esta noche vamos a ir al Golden Cross a cenar. Hay concurso de karaoke y la cosa promete. Iremos con el hermano pequeño de Phil y con su novia. ¿Os apuntáis? —propuso Mia.

A Erin le entusiasmó el plan. Además, conocía al cuñado de Mia desde hacía años y le caía bastante bien.

—Claro.

—¡Genial! Entonces, nos vemos allí a las seis y media —dijo Mia, contenta. En ese momento, miró su reloj de pulsera, percatándose de que se hacía tarde—. Bueno, tenemos que irnos, que hemos quedado para comer en casa de mis suegros. ¡Niños, vámonos!

Los pequeños torcieron el gesto ante la idea de marcharse, puesto que estaban encantados conversando con Max.

—¿Ya nos tenemos que ir? —preguntó el mayor un poco apesadumbrado.

—Sí, cariño, nos esperan los abuelos. Vamos, despedíos de Max y de Erin —les instó.

Eric y Lionel chocaron el puño con Max en señal de camaradería y abrazaron a Erin. Esta les estrechó con fuerza y les dio un beso en la mejilla.

—Sed buenos —les dijo con ternura.

—Os veo esta noche, chicos —comentó Mia antes de irse.

Max se extrañó ante esto.

—¿Esta noche?

Erin pasó a explicarle el asunto mientras Mia se alejaba con los niños.

—Hemos quedado para cenar en un *pub* con Mia, su marido, su cuñado y la novia de este. Son muy simpáticos, te caerán bien, estoy segura.

—Si tú lo dices, me fío de ti —afirmó—. Bueno, ¿y ahora a dónde vamos?

Erin comprobó la hora.

—¿Qué te parece si vamos a por algo de comer?

—Buena idea. El estómago me ruge.

Se encaminaron hacia Broadgate, donde se encontraron con un puesto ambulante de comida. En cuanto el delicioso aroma a patata asada llegó a sus fosas nasales, Max dijo:

—Ese olor...

—¿Te apetece un perrito caliente?

—¡Desde luego que sí! —exclamó Max, sonriente.

Se dirigieron al puesto y pidieron dos perritos calientes, además de dos refrescos. A continuación, se sentaron en un banco que había bajo un árbol, frente a la estatua de Lady Godiva.

Max dio un mordisco a su apetitoso manjar y, en cuanto lo sintió en su paladar, esbozó un gesto de deleite.

—Dios mío, está buenísimo. Lo malo es que tendré que machacarme un poco más en el gimnasio, pero merece la pena el sacrificio.

—Por un día no pasa nada.

Se hizo el silencio mientras Max contemplaba la estatua de Lady Godiva.

—Es una mujer fascinante.

—Sí, lo es. Fue muy valiente.

Max inclinó la cabeza con gesto interrogante.

—Ah, ¿sí?

Erin alzó una ceja.

—Pensé que habías visto el documental.

—Ya te dije que me quedé dormido. No me enteré de mucho.

—Cierto. Entonces, ¿quieres saber su historia?

—Claro que sí.

Erin dio un sorbo a su refresco y, tras aclararse la garganta, comenzó su relato:

—Lady Godiva era la esposa de un noble, Leofric, conde de Mercia. Era el señor de Coventry y, según se cuenta, el buen hombre decidió subir los impuestos a sus vasallos de una manera desorbitada. De hecho, los pobres estaban en una situación calamitosa.

» Así que, Lady Godiva, al considerar que era injusto, le pidió que los bajara, pero él se negó. Entonces, ella decidió lanzarle un desafío: haría lo que fuera necesario para que accediera a su petición.

» Y Leofric, pensando quizás que no se atrevería, la retó a pasearse sobre su caballo desnuda por la ciudad. Si lo hacía, reconsideraría su decisión y bajaría los impuestos. Lo que no se esperaba Leofric es que su esposa aceptaría el reto.

» De modo que, Lady Godiva accedió a pasearse por las calles de Coventry completamente desnuda sobre su caballo. Eso sí, Leofric, por petición de su esposa, ordenó que, a su paso, todos los habitantes se metieran en sus casas y que nadie la mirase. Quien lo hiciera sufriría terribles consecuencias.

—¿Y qué pasó?

—Que hubo alguien que se saltó las reglas. Un sastre llamado Tom, que, llevado por la curiosidad, se asomó por su ventana y vio a Lady Godiva desnuda. Al descubrirlo, Leofric ordenó que lo dejaran ciego, aunque también se dice que fue ejecutado.

Max chasqueó los dedos.

—¡Ya lo recuerdo! Era el famoso Tom El Mirón¹, ¿no?

—Sí, aunque parece ser que lo del mirón es algo que se añadió unos siglos después. Sin

embargo, Lady Godiva existió de verdad. Lo que no sabemos es si la leyenda es cierta.

—¿Y por qué no habría de serlo?

—Eso pienso yo también. Al fin y al cabo, estaba defendiendo una causa justa. Yo la admiraba muchísimo. Tanto fue así, que escribí una redacción sobre ella en el colegio. Saqué sobresaliente —explicó orgullosa.

Max se rio.

—No esperaba menos.

—De hecho, me recuerdas un poco a Tom El Mirón —indicó.

Max alzó una ceja.

—¿En qué?

Erin esbozó un gesto meditabundo, acariciándose el mentón.

—Veamos, ambos tenéis la misma profesión y sois curiosos por naturaleza.

—¿Qué hay de malo en ser curioso?

—Nada, pero a Tom le costó la vista, quizás incluso la vida. Seguramente, tú tampoco te habrías resistido a mirar a Lady Godiva desnuda.

Max inclinó la cabeza.

—Bueno, admito que tienes razón. Pero no entiendo por qué lo prohibieron. El desnudo es algo natural, no hay por qué esconderlo.

—Eran otros tiempos. No podemos juzgar ciertos comportamientos del pasado desde nuestra perspectiva actual. Al final, lo que cuenta es que Lady Godiva consiguió su propósito.

—¿Tú llegarías a ese extremo por una causa justa?

Erin consideró la idea.

—No lo sé. Yo he luchado de otras formas por causas justas. Por ejemplo, en el instituto fui delegada de clase y conseguí que nos quitaran un castigo que era claramente injusto.

Max se quedó sorprendido.

—¡Erin, la superdelegada de clase!

Ella suspiró.

—Sí, aunque mis compañeros no se mostraron muy agradecidos. No caía bien, porque era de las empollonas y lo pasé bastante mal.

El gesto de Max se tornó serio ante esto. Entonces, viejos recuerdos sumamente desagradables volvieron a él.

—Yo tampoco guardo buenos recuerdos de esa época, la verdad.

Al ver que la atmósfera se ensombrecía, Erin decidió cambiar de tema.

—Oye, ¿qué te parece si vamos a tomar un café? Hay un Costa Coffee cerca —sugirió, levantándose.

Max asintió.

—Claro.

A continuación, se dirigieron al Costa Coffee más cercano, donde se pidieron dos cafés. En cuanto tuvieron su pedido, se acomodaron en una mesa de asientos acolchados junto a un ventanal. La atmósfera en el local de suelo de madera, donde predominaban los tonos rojizos, era

realmente acogedora. Erin se dejó envolver por el aroma de su café, quedándose ensimismada durante unos segundos.

—Oye, esta mañana tu madre mencionó algo... —comentó Max.

Erin lo miró fijamente, un poco desconcertada.

—¿Esta mañana?

—Sí, dejó una frase sin terminar, cuando hablaba de Mia y de ti. Estaba a punto de mencionar otro nombre. Se refería a Jodie, ¿verdad?

Erin lanzó un suspiro.

—Sí.

Max asintió meditabundo.

—Supongo que tu madre no quiere ni mencionarla.

—Supones bien. Mis padres me vieron sufrir mucho por todo aquello y no sienten precisamente cariño por Jodie y Lewis.

—Es comprensible. Si alguien le hiciera eso a Sam, me lo cargaría sin pensarlo.

Erin se rio.

—No te imagino matando a alguien.

—Pues créeme que lo haría —afirmó serio.

—Eres demasiado transparente, Max; te pillarían enseguida.

—Iría a la cárcel con gusto —aseveró.

Erin volvió a reírse para alegría de Max. Le encantaba su risa y la atmósfera cómplice que había entre ellos. La conversación transcurrió por derroteros más banales hasta que finalmente salieron de la cafetería para dirigirse a casa de Erin, puesto que debían prepararse para su encuentro de esa noche.

Caminaban mientras charlaban animadamente, con Max soltando alguna de sus locas ocurrencias, sin percatarse de lo que estaba a punto de suceder.

—¿Erin? —preguntó una voz masculina.

Al oírla, Erin reconoció el tono enseguida. Se quedó paralizada, notando cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal. Los músculos de su cuerpo se tensaron, al tiempo que sentía su pulso acelerarse. Cuando giró la cabeza, confirmó sus sospechas: Lewis estaba ante ella, con Jodie a su lado, ambos contemplándola con una mueca de sorpresa.

—Lewis... —musitó perpleja.

Max, que estaba siendo un mero espectador, se mostró desconcertado. Había visto cómo la sonrisa de Erin se había desvanecido, dando paso a la inquietud. Incluso su rostro se había tornado pálido.

—Cuánto tiempo —respondió Lewis, esbozando un gesto de agrado.

—Sí, mucho —replicó ella un poco nerviosa. Entonces, dirigió su vista hacia Jodie, fijándose en que su vientre estaba visiblemente abultado, algo que llamó su atención—. ¿Cómo estás, Jodie?

Esta se llevó una mano al vientre mientras sonreía, lo que confirmó las sospechas de Erin.

—Muy bien. De hecho, bueno, yo...

—Vamos a ser padres —intervino Lewis, contento.

Erin se quedó asombrada.

—Recuerdo que me dijiste que preferías esperar un par de años antes de tener hijos.

Max miró con una ceja alzada a Lewis, a quien escrutó de forma descarada. Esos dos no le gustaban nada. Desprendían un aura negativa, casi perversa.

Lewis se mostró inquieto, al igual que Jodie.

—Sí, bueno, eso pensaba antes. Sin embargo, ahora las cosas son distintas —respondió.

Erin asintió meditabunda. Les echó un vistazo a los dos, analizando su aspecto. Ambos apenas habían cambiado, aunque ya se habían quitado las máscaras que tanto tiempo habían llevado delante de ella. Ciertamente, no sentía nada por Lewis, no despertaba nada en ella. No había rastro de tristeza o dolor en su corazón, tan solo indiferencia. Y, en cuanto a Jodie, simplemente la veía como una extraña. Era como si ninguno de los dos hubiera formado parte de su vida, de modo que decidió actuar con cordialidad.

—Me alegro por los dos. Espero que vaya todo bien.

Max se quedó gratamente sorprendido ante la reacción de Erin. Pensaba que se derrumbaría, algo lógico teniendo en cuenta que todo aquello era injusto. Ella había sido víctima de un engaño, de una traición en toda regla. Sin embargo, Erin se había erguido orgullosa y se había enfrentado a la situación con entereza. Toda una Lady Godiva en acción.

Ante la actitud de Erin, Jodie y Lewis se mostraron desconcertados.

—Gracias, Erin. Eres muy amable —dijo Lewis.

—¿Y tú tienes novio? Aunque imagino que con tanto trabajo... —comentó Jodie, que siempre había sido un poco condescendiente con Erin.

Parecía ser que, a pesar de todo, no había cambiado en eso.

—Pues yo...

Max, harto de ser espectador, decidió entrar en escena. Posó su brazo sobre los hombros de Erin y la atrajo hacia él, provocando que la joven se sobresaltara.

—Cariño, ¿no me presentas? —preguntó en tono meloso.

Erin tragó saliva, tratando de mantenerse serena.

—Claro. Ellos son Lewis y Jodie. Él es Max, mi...

—Su novio. Encantado —intervino, abrazándola más.

Jodie frunció el ceño.

—¿Maxwell Stirling? ¿Eres...?

—¡El mismo!

Jodie y Lewis se miraron asombrados.

—Vaya, Erin me dijo que te conocía, pero no pensé que... —comentó Lewis.

—¿Qué? ¿Qué me enamoraría locamente de ella? Pues sí, así ha sido. Y eso que se hizo de rogar. No sabéis la de tipos que andaban detrás de ella. Estuve a punto de batirme en duelo con más de uno para ganarme su amor —aseveró risueño.

Erin esbozó una media sonrisa ante la ocurrencia, mientras Lewis y Jodie los miraban con altivez.

—Comprendo —musitó Jodie.

—Bueno, tenemos que irnos, ¿verdad, mi amor? —dijo Max embelesado.

Entonces, le dio un beso en la mejilla a Erin, que provocó que sus mejillas ardieran.

—Sí, claro, mi amor —respondió aturdida. A continuación, se despidió de Jodie y Lewis—. Adiós.

Estos se quedaron sin habla, totalmente atónitos.

Entretanto, Max se reía mientras se alejaban, sin soltar a Erin.

—¿Has visto su cara? Se han quedado sin habla. Me encanta —afirmó satisfecho—. ¿Cómo pudiste salir con un tipo así? Ni siquiera es guapo. Yo lo soy mucho más. ¿Y esa tal Jodie de verdad era tu amiga? Porque tiene pinta de arpía.

Erin estaba completamente aturdida debido a la cercanía de Max, de modo que decidió poner distancia entre ellos. Una vez se apartó de él, tomó una bocanada de aire y respiró hondo.

—Sí, ha sido genial —comentó más relajada—. Y tienes razón: visto en perspectiva, creo que lo mejor que me podía pasar es que esos dos desaparecieran de mi vida.

En ese momento, Max le dio un ligero codazo en el brazo.

—Estoy orgulloso de ti —afirmó con ternura.

Erin se quedó sorprendida, al tiempo que su corazón latía desbocado ante una simple frase que encerraba un fuerte significado.

—¿Por qué?

—Porque has actuado con madurez. Los has mirado a los ojos y les has deseado lo mejor a pesar de lo que te hicieron. Has sido muy fuerte.

Erin esbozó una media sonrisa.

—Gracias, Max. La verdad es que ha sido muy extraño. Cuando los he mirado, no he sentido nada. No había rastro de dolor ni de tristeza. Eran como dos auténticos desconocidos. Empiezo a pensar que siempre lo fueron. Supongo que nunca conoces a una persona del todo.

—Eso suele decirse. Pero lo que es cierto es que no te merecían, Erin. Ninguno de los dos.

—Eres muy amable, Max. Aunque no soy para tanto.

—Lo eres. No lo dudes. Eres una mujer increíble. Y un buen día, aparecerá un tipo que caerá rendido a tus pies y que no podrá vivir sin ti.

Erin notó un ligero estremecimiento.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Y también estoy convencido de que lo que esos dos van a tener es un *alien*. Saldrá por el estómago, como en la película, y se comerá todo lo que encuentre —aseveró con malicia.

Erin frunció el ceño.

—¡Max! No digas esas cosas.

—Lo estudiará la ciencia, te lo digo yo.

Erin puso los ojos en blanco.

—No tienes remedio.

—Lo sé. Y, pese a todo, me adoras y no puedes vivir sin mí, ¿cierto? —respondió risueño.

Max se adelantó un poco, lo que hizo que Erin se quedara ensimismada observándole. A pesar del tiempo y los desengaños, para ella seguía siendo el hombre de sus sueños.

«Y un buen día, aparecerá un tipo que caerá rendido a tus pies y que no podrá vivir sin ti», repitió la voz de Max en su mente.

Sin embargo, él ya había dejado claro que no sería ese tipo, de modo que Erin solo podría aspirar a ser su amiga. Un privilegio que no iba a desperdiciar, a pesar de lo que su corazón deseara.

¹ *Peeping Tom* en inglés.

Capítulo 18

Eran alrededor de las cinco y media cuando Erin estaba terminando de aplicarse el pintalabios rosa ante el espejo del baño. Se había puesto para la ocasión una falda plisada negra hasta las rodillas, a juego con las medias, una blusa morada sin escote ni mangas y unos botines oscuros. Contempló su rostro, donde destacaba su mirada castaña delineada en negro con sombra de ojos violeta, y esbozó una mueca de agrado ante su deslumbrante aspecto.

Mientras tanto, en el salón, Max aguardaba a Erin vestido con unos pantalones negros de vestir, una americana en tono burdeos, una camisa azul y unos zapatos oscuros que tenían unos bordados con forma de enredadera.

—Estás guapísimo, Max. Me encantan los zapatos —dijo Nancy a su lado.

Él esbozó una sonrisa.

—Gracias, Nancy. Son un diseño de Elaine y Ronald Clarence, mis colaboradores habituales.

—Ya veo.

En ese momento, Nancy oyó el sonido de unos pasos que descendían por la escalera.

—Creo que ya baja —indicó.

Max se dirigió al vestíbulo y, en cuanto vio a Erin, se quedó atónito ante su aspecto. Su sedoso cabello caía sobre sus hombros, su maquillaje destacaba sus rasgos más bonitos y su atuendo era simplemente perfecto. A ella le ocurrió lo mismo, aunque ya estaba acostumbrada a que Max la dejara sin aliento.

—Estás preciosa, cariño —afirmó su madre, contenta.

Erin sonrió con timidez.

—Gracias, mamá.

Max se quedó ensimismado, sin moverse, hasta que Nancy carraspeó, haciendo que volviera a la realidad.

—¿Estás... estás lista? —preguntó, tratando de disimular.

—Sí.

—Genial —respondió, girándose.

Erin se mostró un poco decepcionada ante el hecho de que Max no comentara nada sobre su apariencia. Sin embargo, decidió quitarle importancia. Mientras se ponían los abrigos, pues aquella sería una noche bastante fría, apareció el padre de Erin con las llaves de su coche en la mano.

—Chicos, os llevo yo —dijo.

Erin y Max intercambiaron una mirada.

—Papá, no hace falta, podemos ir andando.

—De eso nada. Estáis muy elegantes y es una caminata larga. No quiero que lleguéis hechos un desastre —respondió—. Vamos.

Sin poner objeción alguna, se despidieron de Nancy y, una vez fuera, se subieron al coche de Roger, un Peugeot 508 de color gris.

—Vaya, menudo coche, Roger —comentó Max, que se acomodó en el asiento delantero.

Roger esbozó una sonrisa.

—Sí, es un buen coche. Me lo compré hace un par de años. Es el que uso para diario, pero aún conservo mi joya particular.

—¿Cuál?

—Mi Ford Fiesta de los 80.

A partir de entonces, se enfrascaron en una animada conversación sobre coches, en la que Erin fue una mera espectadora. Le gustaba ver la buena sintonía que Max tenía con su padre, de un carácter más reservado que su madre.

Finalmente, Roger detuvo su coche delante de la entrada del *pub*, que ya estaba bastante concurrido. El edificio era de estilo Tudor, con la fachada blanca, las vigas de madera de color negro visibles y un tejado a dos aguas.

—Pasadlo bien y no volváis muy tarde —dijo Roger.

—No te preocupes, papá.

—¿Queréis que venga a recogeros?

—No, pediremos un taxi —contestó Erin—. Hasta luego.

—Hasta luego, Roger —añadió Max.

A continuación, Roger se alejó de allí, mientras Erin y Max entraban en el *pub*. El Golden Cross era un establecimiento de tres plantas, el más antiguo de la ciudad, pues llevaba en esa ubicación desde 1583. Suelos de madera, mesas del mismo material, asientos acolchados y la barra en uno de los laterales. En cuanto se adentraron en el lugar, fueron recibidos por el bullicio y la música.

Subieron por unas escaleras que había en un lateral, llegando a la planta superior en pocos minutos. Erin halló enseguida a Mia, sentada en una mesa al fondo. Una vez llegaron se encontraron a Mia acompañada de su marido, su cuñado y la novia de este.

—¡Hola, chicos! Oye, estáis los dos guapísimos. Hacéis una pareja ideal —dijo Mia, guiñándole un ojo a Erin.

Esta se sonrojó.

—Gracias, Mia —respondió apurada.

—Bueno, vamos con las presentaciones. Os presento a Max, amigo de Erin, ellos son mi marido Phil, mi cuñado Joseph y su novia Debbie. A Erin no os la presento porque ya la conocéis.

—Encantado de conoceros —comentó Max, sonriente.

—Igualmente —contestó Phil, estrechándole la mano.

Tras las presentaciones, todos se acomodaron en las sillas.

—¿Ya habéis pedido? —preguntó Erin.

—No, os estábamos esperando. ¿Pedimos algo para comer primero? —sugirió Mia.

—Claro —respondió Erin.

A continuación, ojearon las cartas y, una vez decidieron lo que iban a tomar, Phil, Max y Joseph fueron a hacer el pedido. Aprovechando tal circunstancia, Mia decidió indagar sobre la amistad entre Erin y el diseñador.

—Bueno, ¿y qué tal con Max?

—Te advierto que solo somos amigos.

Mia se encogió de hombros.

—Pero eso puede cambiar esta noche. ¿Quién sabe?

—Oye, la cara de Max me suena mucho... —comentó Debbie.

—Es lógico que te suene. Es un famoso diseñador —respondió Mia.

Debbie abrió mucho los ojos.

—¿Diseñador? No será Maxwell Stirling...

Erin y Mia asintieron, haciendo que Debbie se quedara perpleja.

—¡Madre mía! Pues es mucho más guapo en persona.

—¡Yo pensé lo mismo! Está cañón. No me extraña que estés colada por él desde la infancia, Erin —apuntó Mia.

Esta se revolvió incómoda.

—Mia, por favor... —le pidió.

—Vale, no digo nada.

—Gracias.

En ese momento, Max, Phil y Joseph regresaron a la mesa sonrientes y riéndose, mostrando una clara sintonía. Las tres intercambiaron sendas miradas de sorpresa.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Mia.

—¿No se lo has contado? —inquirió Max, mientras se sentaba al lado de Erin.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Lo que ha pasado hoy con Lewis.

Mia fijó su vista en Erin.

—¿Has visto a Lewis?

—Sí, y también a Jodie.

Mia apretó la mandíbula.

—Increíble. Vaya par de desvergonzados —espetó—. ¿Y qué ha pasado?

A continuación, Erin pasó a contar lo sucedido en el inesperado encuentro con su ex prometido, al tiempo que Max intervenía, añadiendo algunos detalles. Mia no salía de su asombro ante el asunto y acabó riendo a carcajadas con el desenlace de la historia.

—Una pena que no lo grabarais. Me habría encantado verles la cara de imbéciles a los dos —aseveró entre risas.

—¿Y tú te llevabas bien con Jodie? —inquirió Max con interés.

—Sí, aunque tuve mis desavenencias con ella. A veces tenía actitudes un poco prepotentes y eso no me gustaba. Pero nunca me imaginé que haría eso. Liarte con el novio de tu mejor amiga

es una traición imperdonable.

—Tampoco pensamos que él sería capaz de engañar a Erin. Sobre todo, después de pedirle matrimonio. Es un paso muy importante que se da cuando de verdad quieres pasar el resto de tu vida con alguien —intervino Phil—. Por eso fue tan chocante. Yo me quedé sorprendido y me decepcionó muchísimo.

—Las apariencias engañan, Phil —indicó Joseph.

—A mí hermana le ocurrió lo mismo. Su novio de toda la vida le puso los cuernos, aunque no con su mejor amiga, sino con su instructora de yoga —explicó Debbie.

—Es que las instructoras de yoga son muy sexis —apuntó Joseph, divertido.

Debbie negó con la cabeza.

—Ya veo. Así que debería preocuparme por las instructoras de yoga, ¿no? —bromeó.

Entonces, Joseph la agarró por los hombros y le dio un beso en la mejilla.

—A ti no te cambio por ninguna —afirmó embelesado.

Erin observó a la pareja con ternura, sintiendo un poco de envidia.

—Propongo un brindis por Erin, que ha sido muy valiente. ¡Por Erin! —dijo Mia, alzando su jarra de cerveza.

—¡Por Erin! —exclamaron todos al unísono.

Tomaron un ligero sorbo de sus bebidas y, justo en ese momento, una camarera les trajo la comida que habían pedido. La conversación continuó por otros derroteros, como el trabajo, la vida en Coventry y la amistad que unía a Erin y Mia desde el colegio.

—Yo era la más alta de la clase y ella la más bajita. Yo tenía mucho complejo con eso, al igual que Erin, así que nos hicimos amigas enseguida —explicó Mia.

—Las inseguridades nos unieron —aseveró Erin.

En ese instante, en una esquina de la sala, donde había un pequeño escenario, una joven camarera tomó el micrófono para hacer un importante anuncio:

—Damas y caballeros, como ya es tradición en el Golden Cross, vamos a dar comienzo al concurso de karaoke. Habrá un máximo de doce participantes. Se trata de pasarlo bien y de cantar como mejor sepa. El ganador recibirá como premio una elegante banda, un cupón de diez libras para consumir en el *pub* y una copa que contendrá nuestro famoso cóctel explosivo para que celebre su victoria como es debido. Así que, ¿quién quiere empezar?

Varios comensales levantaron la mano, animados ante la idea de ganar una copa gratis y un cupón de descuento. La camarera fue elaborando la lista de participantes y entregándoles sus correspondientes números de participación.

Tras esto, la camarera tomó de nuevo el micrófono para dirigirse al público.

—Y ahora, muy atentos. En las mesas tenéis un papel para poder votar al participante que más os haya gustado. Solo podréis elegir a uno, apuntáis su número en el papel y, una vez terminado el concurso, haremos el recuento. ¿Preparados?

Todos los presentes dijeron sí al unísono.

A partir de ese momento, los participantes fueron subiendo al escenario, cantando como mejor sabían y, al mismo tiempo, ensordeciendo al público con sus terribles actuaciones. Max, a

medida que iba avanzando el concurso, elucubraba una idea. Una idea que a Erin no le gustaría nada.

—Voy un momento al servicio —dijo, levantándose.

El resto del grupo no sospechaba lo que estaba a punto de hacer. Disimuladamente, se acercó a la barra, donde estaba la camarera que dirigía el concurso. Al hablar con ella, descubrió para su grata sorpresa que quedaba aún hueco para dos concursantes más, de modo que, decidió apuntar a Erin y también se inscribió él mismo, aunque el canto no fuera lo suyo.

Cuando volvió a la mesa con una deslumbrante sonrisa, Erin frunció el ceño.

—¿Por qué estás tan contento? —inquirió suspicaz.

Él se rio.

—Porque nos he apuntado al concurso.

Erin se quedó desconcertada.

—¿Nos?

—Sí. Yo voy antes de ti.

Erin no salía de su asombro.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Yo no quiero participar! —espetó enfadada.

—Porque tienes una voz maravillosa. Sería una lástima que esta gente se lo perdiera. Además, ¿has visto cómo cantan todos esos? Tienes el premio asegurado, Erin —explicó él, obviando su malestar.

Ella se cruzó de brazos.

—No pienso participar —aseveró.

Ante su negativa, Max pasó a la ofensiva. Miró a Erin fijamente con ojos de cordero degollado, provocando que ella se sintiera culpable.

—Por favor, Erin, hazlo por mí...

Ella negó con la cabeza, intentando ser fuerte.

—No, Max. Me da mucha vergüenza y has actuado sin mi consentimiento.

Él agarró un mechón de su cabello y lo acarició, haciendo que Erin se estremeciera.

—Por favor, Erin. Quiero oírte cantar. ¿Me vas a negar eso? —inquirió con un deje sensual.

Erin tragó saliva, visiblemente turbada. No podía negarse ante aquella mirada y ese rostro que tanto le gustaban. Tras lanzar un lánguido suspiro, decidió acceder a su petición.

—Está bien —respondió rendida.

Max sonrió triunfal y chasqueó los dedos.

—¡Esa es mi Erin!

A continuación, Max le contó al grupo que ambos saldrían a cantar, dejando a todos sorprendidos.

—Dios mío, en todos estos años, nunca he conseguido que Erin cante en público. ¿Cómo lo has hecho, Max? —preguntó Mia.

—Haciendo uso de mi encanto personal —contestó tan tranquilo.

Erin alzó una ceja, incrédula. Estaba realmente nerviosa ante la perspectiva de subir a un escenario y cantar. Solo lo había hecho una vez, en el colegio, pero junto al resto de su clase, así

que no era lo mismo. Miró a Max de reojo. Parecía realmente complacido y reía mientras charlaba con Mia. Estaba claro que a ella también la había conquistado con su simpatía y su irresistible carisma.

—Ahora es el turno de Max, nuestro concursante número once —anunció la camarera desde el escenario.

Este se puso en pie y se giró hacia Erin.

—¡Deséame suerte!

Se alejó de allí, subiendo al escenario a continuación. Max estaba en su ambiente, ante un público que ya estaba un poco cansado de las voces tan horrendas que habían pasado por ahí.

Una vez Max escogió la canción, el camarero dispuso todo y antes de darle al botón de reproducir, la presentadora anunció:

—Max, nuestro concursante número once, va a cantarnos la canción *All I need is a miracle*, de Mike & The Mechanics. ¡Un aplauso para él!

Recibió un tímido aplauso del público, que no le desanimó en absoluto. Porque Max no conocía la vergüenza. Comenzaron los primeros acordes de la canción y con ellos, Max empezó a moverse al ritmo de la música, dejando a todos un poco desconcertados. Erin era incapaz de apartar sus ojos de él. Su magnetismo era increíble y parecía muy cómodo en el escenario, como si nunca se hubiera bajado de él.

Aunque su voz no era excelente, era profunda, elegante, lo que hizo que Erin sintiera un cosquilleo en el estómago al escucharla. Cuando llegó el momento del estribillo, Max detuvo su mirada en Erin.

—*All I need is a miracle, all I need is you...*

Cuando cantó esta estrofa, señaló a Erin y le guiñó un ojo, como si esas palabras fueran dirigidas a ella. Esta sonrió emocionada, hasta que Max hizo el mismo gesto a un grupo de chicas del público. Entonces, se dio cuenta de que solo estaba actuando, algo que la decepcionó.

Al cabo de unos minutos, prácticamente todo el mundo coreaba el estribillo con Max, que estaba pletórico ante la animada respuesta del público.

Cuando la canción terminó, los presentes aplaudieron a raudales. Max regresó a su mesa contento, esperando conocer las impresiones del grupo.

—¿Qué tal he estado? —inquirió, sentándose al lado de Erin, que estaba abrumada por los nervios.

—Has estado genial, Max —contestó Phil.

—Has estado magnético. De hecho, creo que has dejado el listón muy alto —aseveró Mia.

Erin le dedicó una mirada de reproche, lo que hizo que Mia se sintiera un poco apurada ante su entusiasta afirmación.

—Y ahora es el turno de Erin, nuestra última concursante —indicó la camarera desde el escenario.

Erin notó un escalofrío que recorrió su espina dorsal, al tiempo que sus manos se quedaban frías debido a la inquietud. De repente, percibió la calidez de la mano de Max en su hombro.

—Lo harás genial —afirmó, esbozando una sonrisa.

La joven tomó una bocanada de aire y respiró hondo, mientras caminaba hacia el escenario visiblemente nerviosa. Una vez estuvo todo listo, la presentadora se dirigió al público.

—Erin, nuestra última concursante, va a cantarnos *Summer sunshine*, de The Corrs. ¡Un aplauso para ella!

El público aplaudió, aunque en la mesa donde estaban sus amigos también se escucharon gritos.

—¡Vamos, Erin! ¡Tú puedes! —exclamó Max, entusiasta.

Erin se colocó un mechón de su pelo detrás de su oreja y, tras respirar hondo de nuevo, se concentró. Trató de imaginarse que estaba en la soledad de su habitación, sin nadie alrededor. Empezaron a sonar los primeros acordes y ahí fue cuando la voz de Erin pidió paso para expresarse.

Todos los presentes se quedaron paralizados ante aquella melódica y dulce voz, que entonaba la canción desde el fondo de su corazón. Porque Erin conocía bien esa melodía que tanto le gustaba.

Max estaba completamente fascinado observando a Erin. Los latidos de su corazón vibraban con aquella voz tan maravillosa. Durante el viaje la había oído cantar, pero ahora el sonido era claro y nítido. Aunque al principio estaba nerviosa, enseguida se olvidó del gentío que la rodeaba y se dejó llevar.

Al igual que le había sucedido a él, el público acabó coreando el estribillo con Erin, algo que le dio mucha confianza. Una vez la canción llegó a su fin, la gente aplaudió entusiasmada.

Cuando Erin regresó a la mesa, parecía una estrella de la canción, porque la gente no paraba de felicitarla.

—¡Nena, has estado fantástica! —exclamó Mia contenta.

—¡Ha sido genial! Nos has dejado sin palabras —aseveró Joseph.

Erin se sintió un poco abrumada ante el entusiasmo de sus amigos.

—Gracias, chicos —respondió con timidez.

Entonces, Max abrió los brazos, dándole un efusivo abrazo que dejó a Erin paralizada. Cerró los ojos, sumergiéndose en su calidez y deleitándose con el olor de su colonia.

—Eres maravillosa, Erin. Has estado deslumbrante —afirmó él, sonriente.

Se apartó ligeramente, observando la turbación de ella.

—Muchas gracias, Max —musitó.

Enseguida, comenzó la votación y, tras el recuento de votos, la camarera anunció al ganador.

—Os aseguro que la cosa ha estado un poco reñida, pero ya tenemos un resultado contundente. Y la ganadora es... ¡Erin!

Esta se quedó sorprendida.

—¿Yo?

—¡Claro que sí! Venga, sube a por tu premio —le instó Max, dándole una ligera palmadita en la espalda.

Erin subió al escenario, donde le entregaron un cupón de regalo de diez libras para consumir en el *pub* y una copa enorme con el célebre cóctel explosivo.

En cuanto regresó a la mesa, la recibieron con aplausos, al tiempo que se acomodaba al lado de Max.

—¡Enhorabuena! —dijo este.

—Gracias —respondió. Entonces, observó el contenido de la copa, que iba adornada con una sombrilla y tenía una pajita—. Oye, ¿qué lleva esto?

—Pues alcohol —contestó Mia, divertida.

Erin puso los ojos en blanco.

—Ya lo sé, graciosa.

—Creo que tiene un poco de ron —comentó Phil.

—Y tiene zumo de fresa. Está muy rico —aseveró Debbie.

Erin se animó a dar un sorbo y, en cuanto la bebida llegó a su paladar, se deleitó con el dulce sabor.

—¡Está muy bueno! —afirmó, volviendo a tomar otro sorbo.

Max, al ver que bebía con mucho entusiasmo, advirtió:

—Ten cuidado, que las bebidas dulces suben más rápido.

—No te preocupes, esto apenas tiene alcohol.

Pese a esto, el alcohol que llevaba el cóctel hizo de las suyas, provocando que Erin notara enseguida su efecto. Empezó a reírse sin motivo alguno, a arrastrar las palabras, su vista se nubló ligeramente y, cuando el grupo decidió irse, apenas fue capaz de levantarse. De hecho, cuando se puso en pie, se tambaleó, lo que hizo que Max la agarrara rápidamente, evitando que se cayera.

—Le ha subido enseguida. Siempre le pasa lo mismo —explicó Mia, ayudando a Max.

Ambos la sujetaron, poniéndose a cada lado para ayudarla a bajar las escaleras.

—Uy, el suelo se mueve... —dijo, riéndose—. Este suelo es raro.

—Es de madera, no es raro —contestó Max.

—¡Todo me da vueltas! Je, je, es divertido —afirmó.

—Sí, mucho —replicó Mia, descendiendo un peldaño.

Cuando salieron del *pub*, Mia y Phil se ofrecieron a llevarlos en su coche, pues vivían cerca de los padres de Erin.

—Vamos, nena —la instó Mia, acomodando a Erin en el asiento trasero.

Ella apoyó la cabeza en la ventanilla, mientras Max se colocaba a su lado.

—¿Te encuentras bien, Erin? —inquirió, preocupado.

Ella asintió.

—Sí, estoy genial —afirmó sonriente.

Mia encendió el motor y se pusieron en marcha. No tardaron demasiado en llegar, de modo que, en cuanto lo hicieron, Phil ayudó a Max a bajar a Erin del coche.

—¿Necesitas que os acompañe hasta la puerta?

—No, tranquilo. Aunque necesito que me eches una mano —contestó Max. A continuación, se agachó—. Coloca a Erin sobre mi espalda.

Phil obedeció. Al cabo de unos segundos, Max estaba de pie, con ella encima. La joven se agarró como un koala y se rio.

—¡Yupi, a caballito!

Max negó con la cabeza.

—No, Erin, no vamos a jugar.

—No soy Erin, soy Lady Godiva.

—Sí, claro.

Phil y Mia se rieron discretamente.

—Ha sido un placer, Max. Espero que nos veamos otro día —dijo Mia.

—Eso está hecho.

—Erin, cariño, que duermas bien —comentó Mia, dirigiéndose a Erin.

Ella sonrió.

—¡Te quiero mucho, Mia!

Ella se rio.

—Yo también te quiero. ¡Adiós!

A continuación, entraron en la casa, que estaba en penumbra, y Max encendió la luz. Al ver el importante obstáculo que suponían las escaleras, Max resopló.

—Bueno, vamos allá —se dijo.

Con severa dificultad, Max subió las escaleras, mientras Erin permanecía agarrada a él. Ciertamente, la joven era bastante ligera, pero temía que se golpeará la cabeza con alguno de los elementos decorativos de ese rincón de la casa. Finalmente, entraron en la habitación y Max dejó a Erin delicadamente sobre su cama.

—Ay, qué blandita y calentita —afirmó ella feliz abrazándose a la almohada.

Max se rio.

—Vamos, que tengo que quitarte la ropa.

Ante esto, Erin se incorporó un poco y lo miró de forma provocativa, haciendo que Max alzara una ceja.

—¿Quieres quitarme la ropa? —inquirió Erin con picardía.

Max puso los ojos en blanco.

—Venga, Erin. Colabora un poco.

Ella sonrió complacida.

—¡Sí, quitémonos la ropa! Quiero dormir desnuda como tú —dijo, deshaciéndose de la blusa.

Max se sorprendió al ver el seductor conjunto de ropa interior de encaje negro que llevaba. Ciertamente, tenía un cuerpo muy bonito, pensó. A continuación, sacudió la cabeza, saliendo de su ensimismamiento y centrándose en quitarle la falda. Tras esto, la joven se quedó solo con las medias, las braguitas y el sujetador.

De nuevo, Max se quedó asombrado ante esa belleza que se ocultaba bajo la ropa. Erin solía llevar prendas holgadas, sencillas, que no destacaban su esbelto cuerpo. Consideró que era una lástima que no lo luciera más.

—Ahora, a dormir —ordenó, tapando a Erin con el edredón.

Ella se acurrucó contra la almohada, mientras él se desvestía y se metía en la cama. Cerró los ojos, pero, al instante, notó la calidez de Erin a su lado. En cuanto los abrió, vio a la joven

observándole en la oscuridad.

—Max, tengo que contarte un secreto... —comentó seria.

Este se mostró expectante, al tiempo que notaba su corazón latir desbocado.

—¿Sí?

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior.

—Te quiero, Max.

Este lanzó una carcajada, no tomándose en serio aquella declaración.

—Sí, claro, yo también.

Ella sonrió.

—¿De verdad? Porque yo te quiero mucho. Pero mucho, mucho. Porque eres tan guapo, tan simpático, tan perfecto —afirmó soñadora.

Él se rio.

—¿Soy perfecto?

Ella asintió.

—Sí, lo eres. Para mí siempre lo has sido.

Él sonrió con ternura.

—Gracias, Erin. Eres un encanto.

—¿Lo ves? Por eso te quiero. Porque eres muy bueno conmigo. ¿Quién no podría quererte? —preguntó arrastrando ligeramente las palabras.

—Pues te puedo hacer una lista de nombres de gente que me odia.

Erin estrechó la mirada.

—Esos no saben lo que se pierden.

Él sonrió de nuevo y acarició su sedoso cabello.

—Eres muy amable. Ahora, a dormir. Que verás mañana la resaca que vas a tener.

Erin se abrazó a él.

—Te quiero, Max.

—Sí, sí, yo también te quiero.

A los pocos segundos, Max oyó cerca de su oído la respiración pausada de Erin, señal de que había caído rendida en los brazos de Morfeo. Se apartó un poco de ella, pero dejando que se quedara a su lado en la cama.

Quizás dormirían un poco apretados; sin embargo, le gustaba tenerla cerca. Se deleitó con el dulce olor a vainilla que desprendía y se dejó envolver por la calidez de su tersa piel.

Rememoró las palabras de Erin y esbozó una sonrisa. No podía tomar en serio lo que había dicho, porque también le había declarado su amor a Mia y a medio *pub*. «Realmente, Erin es muy divertida cuando bebe», pensó.

Había sido una noche memorable, donde había podido relajarse y olvidarse de los problemas. Hace un tiempo no se habría imaginado estar en aquella habitación de Coventry con la pequeña Erin Turner, pero así era. Y había sido uno de los mejores días de su vida.

Capítulo 19

Erin abrió lentamente los ojos, embargada por una sensación de pesadez en todo su cuerpo y comprobando que Max no estaba. Frunció el ceño y se incorporó despacio, notando la fuerte palpitación de sus sienes.

—Dios mío... —musitó dolorida.

Se masajeó las sienes con las puntas de sus dedos, percibiendo cierto alivio. De repente, se dio cuenta de un detalle que la alarmó: estaba en ropa interior, con las medias puestas y no recordaba cómo había llegado allí. Con el afán de salir de dudas, se levantó y se vistió con unos vaqueros y una camiseta de manga larga, pues hacía un poco de frío.

En cuanto estuvo lista, se dirigió a la cocina, donde había un ligero alboroto. Cuando entró, vio a su madre limpiando los cacharros, sin rastro de Max por ningún lado.

Al notar su presencia, su madre giró la cabeza y sonrió.

—Buenos días, dormilona. Ya me ha contado Max que el cóctel se te subió a la cabeza —dijo Nancy, jovial.

Erin notó palpitaciones en sus sienes debido al tono tan alto de la voz de su madre.

—Más bajito, por favor —le pidió, frunciendo el ceño.

Nancy estrechó la mirada.

—Eso te pasa por beber tanto —sentenció.

A continuación, Erin se dirigió al botiquín que había en la cocina y sacó una pastilla para el dolor de cabeza. Enseguida, se sirvió un zumo de naranja y metió un par de rebanadas de pan en la tostadora.

—Siento que la cabeza me va a estallar —dijo con aire cansado mientras se acomodaba ante la mesa con su desayuno.

—Hija, no eres la única ni la primera con resaca después de una noche en el *pub*. Lo que me sorprende es que te hayas emborrachado. No es propio de ti —apuntó Nancy.

—Es que ese cóctel era explosivo.

—Obviamente sí, cielo.

Mientras tanto, en el cobertizo del jardín, Roger le mostraba a Max alguno de sus tesoros. Casi todos eran muebles que había hecho a lo largo de los años, entre ellos, la cuna de Erin.

—Así que la hiciste tú mismo, ¿no? —comentó Max acariciando la madera.

—Sí, tardé unos meses en hacerla, durante el embarazo de Nancy.

—Es magnífica. Y la madera se conserva bien.

—El barniz es muy importante. Cada cierto tiempo, reviso cómo está y hago los arreglos necesarios.

—¿Por qué no la donas? Seguro que a alguien le vendría bien —propuso Max.

Roger negó con la cabeza.

—No, quiero que esta cuna la use mi nieto. Me gustaría que fuera un legado, que pasara de generación en generación.

Max asintió comprensivo.

—Los Stirling también conservamos nuestro patrimonio familiar. Entre la colección, mi padre conserva un caballito de madera que perteneció a su bisabuelo, y también nuestros chupetes. Él dice que no son simples objetos, sino que son testimonio de nuestra historia como familia.

—No puedo estar más de acuerdo. ¿Y tú eres de los nuestros? ¿Coleccionas alguna cosa?

—Colecciono arte, principalmente. Y también colecciono discos de vinilo de los cantantes que me gustan. Nada del otro mundo.

—A mí también me gustan los discos de vinilo.

—Pero eso no supera a tu amor por el motor, ¿me equivoco?

Roger se rio.

—No, no te equivocas —afirmó.

En ese momento, Erin salió al jardín y, a medida que se acercaba al cobertizo, pudo oír las risas de su padre y de Max. Esbozó una mueca de agrado al comprobar que se llevaban realmente bien.

Su padre giró la cabeza y, al verla aparecer, sonrió.

—Buenos días, hija —la saludó—. ¿Qué tal has dormido?

Erin se rascó la nuca.

—Bien. Ya me empieza a hacer efecto el Ibuprofeno.

—Según dice Max, te pillaste una buena cogorza anoche —apuntó Roger, burlón.

—Sí, bueno. ¿Qué hacéis? —inquirió Erin, cambiando de tema.

—Tu padre me estaba enseñando sus pequeños tesoros. Ya le he dicho que es un verdadero artista.

—Sí que lo es —respondió Erin con una sonrisa.

—También hemos dado una pequeña vuelta en el Ford Fiesta —añadió Roger.

Erin se quedó extrañada.

—¿Cuánto tiempo lleváis levantados?

—Desde las ocho —contestó Max.

Erin miró su reloj de pulsera, comprobando que eran las diez.

—Ya veo.

En ese momento, Nancy apareció detrás de ella.

—Bueno, chicos, ¿qué planes tenéis? Porque teniendo en cuenta que os vais a las cinco, poco podréis hacer.

—Quería llevar a Max al Guildhall y a la catedral.

—Entonces, poneos en marcha, que no quiero que os perdáis mis macarrones gratinados y el pastel de zanahoria.

Max se relamió ante la perspectiva.

—Nancy, eres terrible. Me pasaré todo el día soñando con ese pastel.

Esta se rio.

A continuación, entraron todos en la casa y, una vez estuvieron listos, Max y Erin pusieron rumbo al centro de la ciudad dando un paseo. Durante el trayecto, la joven decidió plantear una pregunta que le rondaba la cabeza.

—Oye, Max...

—¿Sí?

Erin se mordió el labio inferior, nerviosa.

—Anoche... ¿Anoche hice algo...?

—¿Algo indebido? —añadió Max.

Erin se limitó a asentir.

—No, tranquila. No pasó nada fuera de lo normal. Solamente te entró la risa tonta varias veces, declaraste tu amor a medio *pub* y luego te quedaste dormida en cuanto te dejé en la cama.

Erin pasó por alto todo aquello, ya que solo podía pensar en una cosa.

—Es que me he despertado solo con la ropa interior puesta y me preguntaba si...

—Te quité la ropa para que estuvieras más cómoda. Pero no pasó nada entre nosotros, si es lo que te preocupa —aclaró.

Erin se mostró aliviada.

—Menos mal. Siento las molestias, Max.

Max sonrió y le dio un ligero empujoncito en un gesto cómplice.

—No te preocupes. Además, tú también lo hiciste por mí una vez, así que estamos en paz.

Erin esbozó una mueca de agradecimiento, hasta que, de repente, se dio cuenta de que había hecho el ridículo. Entonces, la vergüenza de apoderó de ella.

—¡Ay, madre! ¿En serio hice todo eso? —preguntó apurada.

Max se rio.

—Estuviste muy divertida. Verás...

Durante el resto del trayecto, Max le fue contando anécdotas de su borrachera, dejando a Erin más avergonzada todavía. Llegó un momento en el que quiso que la tierra se abriera y se la tragara. Sin embargo, a Max todo aquello le resultaba sumamente gracioso.

Finalmente, se detuvieron ante la entrada del St. Mary's Guildall, un edificio de época medieval, el único de esa etapa que había sobrevivido a los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Construido en piedra, con un patio donde podían verse algunas partes realizadas en estilo Tudor, fue en el pasado una casa consistorial, sede de los gremios de la ciudad.

En cuanto se adentraron en el lugar, Max se quedó maravillado con la arquitectura. Entraron en una de las salas de la conocida como Torre de César, cuyas paredes estaban cubiertas parcialmente por tapices, su suelo era de madera y tenía unas llamativas vidrieras en las ventanas.

—Se supone que aquí estuvo encerrada la reina María Estuardo —explicó Erin.

Max se quedó sorprendido.

—¿En esta habitación?

—Sí.

Max arrugó la nariz, mirando alrededor.

—Pues es enana. Aquí me volvería loco.

Erin se rio.

—Si yo fuera María Estuardo, el espacio de esta habitación habría sido el menor de mis problemas —aseveró Erin, en referencia al trágico final de la reina escocesa.

—Cierto.

A continuación, se dirigieron al gran salón, donde se celebraban importantes cenas y fiestas, no solo en la época medieval, sino también en la actualidad.

—Se comenta que George Elliot se inspiró en este salón para una de las escenas de su novela *Adam Bede*.

Max volvió a quedarse perplejo.

—¿Cómo sabes esas cosas?

Erin se encogió de hombros.

—Porque no eres el primero al que traigo aquí y hay que amenizar las visitas con alguna anécdota curiosa, ¿no?

Max estrechó la mirada.

—¿A cuántos has traído, Erin? ¿Soy uno más de tu larga lista? Pensé que era el único hombre de tu vida —dijo fingiendo dramatismo.

Erin se rio ante la ocurrencia.

—Lo siento, Max. Pero todos tenemos un pasado.

Minutos más tarde, salieron del museo y pusieron rumbo a la catedral, que estaba al lado. En cuanto atravesaron una de las entradas principales, Max se quedó fascinado ante lo que se encontró.

La catedral de San Miguel fue víctima de los implacables bombardeos de la Luftwaffe en el denominado *blitz* de la Segunda Guerra Mundial. Debido a eso, solo quedaba de ella parte de la estructura exterior: las paredes semiderruidas, el suelo de piedra, algunas tumbas y parte del altar. Era el testimonio de los terribles acontecimientos que redujeron gran parte de la ciudad a escombros.

Lo que una vez fue una iglesia se había convertido en un lugar de paseo y meditación, pues uno podía sentarse en los bancos colocados en varios puntos de la parte central de la catedral.

Max, acompañado de Erin, recorrió en silencio las ruinas con gesto meditabundo. Se detuvieron ante una estatua, donde aparecían dos personas abrazándose en uno de los laterales.

—Es un homenaje al aniversario del fin de la guerra. La escultura se llama Reconciliación —explicó Erin.

Max asintió pensativo.

—Es increíble pensar lo fácil que nos resulta hacernos daño unos a otros, y lo difícil que es reconciliarse, ¿verdad?

—Para reconciliarte tienes que hacer un gran esfuerzo por olvidar y dejar el rencor atrás. Pero, cuando ha habido tanto dolor, es complicado.

—Mi abuelo luchó en la guerra. Estuvo en el desembarco de Normandía, de hecho —dijo Max.

Erin se sorprendió.

—¿De verdad?

—Sí. Y mi bisabuelo luchó en la Gran Guerra, en el Somme.

—Un antepasado mío también luchó en la Gran Guerra. Murió en el frente, en Verdún. Era el hermano de mi bisabuela. No hablaba mucho de ello, por lo que me contaron. Perder a su hermano tan joven y en esas circunstancias le provocó un dolor enorme que siempre la acompañó. Las guerras solo traen sufrimiento y miseria —sentenció Erin.

—Cierto.

A continuación, se acomodaron en uno de los bancos, desde donde contemplaron parte de las ruinas.

—Este es mi rincón preferido para pensar —comentó Erin.

Max tomó una bocanada de aire y respiró hondo.

—Sí, es un buen sitio. ¿Y en qué piensas cuando vienes aquí? —inquirió con interés.

Erin se encogió de hombros.

—En mis cosas.

—¿En Lewis tal vez?

El rostro de Erin se ensombreció.

—Durante mucho tiempo, sí. Incluso derramé alguna lágrima por él.

—Es lógico. Todos sufrimos con las rupturas.

Erin miró de reojo a Max.

—¿Ha habido algún Lewis en tu vida?

—No. Aunque pretendientes no me han faltado —contestó divertido.

Erin se sonrojó ante la metedura de pata.

—No, me refiero a si has tenido alguna relación importante, alguna que te haya marcado.

Max asintió comprensivo.

—Bueno, he tenido muchas relaciones y he sufrido por amor, como todo el mundo. Si tuviera que mencionar una persona que me haya marcado, esa, sin duda, fue Maggie.

—¿Quién es Maggie?

—Una aspirante a modelo que conocí cuando estaba en la escuela de Diseño. Estuvimos alrededor de dos años juntos, hasta que, un buen día, decidió dejarme por otro que en ese momento podía darle más seguridad que yo.

—¿A qué te refieres con seguridad?

—Por aquella época yo no era el diseñador de renombre que soy ahora. Trabajaba mucho a cambio de nada. Maggie consideraba que debía tener aspiraciones más realistas. Quería que dejara eso de la moda y me dedicara a los negocios familiares, que era dinero seguro, para después casarnos, tener una mansión, tal vez hijos, con sus correspondientes niñeras, claro.

—Comprendo.

—Como yo no quería abandonar mi sueño, decidió que no merecía la pena seguir conmigo.

—Debiste de sentirte muy dolido.

—Al principio, sí. Aunque no tardé en reponerme de aquello. Poco después empecé a salir con

Marianne, una actriz que trabajaba en un musical del West End. Con ella se me quitó todo el dolor enseguida —aseveró con deleite.

Erin negó con la cabeza.

—El corazón roto te duró poco.

—¿Qué puedo hacer si soy irresistible?

Erin se rio ante el comentario.

—Así que Maggie es tu Lewis.

—Sí, podría decirse que sí.

—Recuerdo a tu primera novia, nos la presentaste en Kent. Creo que se llamaba Millie.

Max se acarició el mentón con gesto pensativo, tratando de recordar a aquella joven.

—Millie, sí. Era guapísima. Pero no fue mi primera novia.

Erin se quedó perpleja.

—¿No?

—No, mi primera novia fue... Amanda. Sí, Amanda. La niña más guapa de la guardería. Luego vino Jennifer, que era prima de uno de mis compañeros de Eton; Marina, una chica española a la que conocí un verano en Asturias, cuando tenía quince años; Lorna, una preciosa chica irlandesa y, por último, Millie. Así que, ella sería la quinta.

—Menudo currículum. Y eso solo en la adolescencia.

—¿Y tú con cuantos has salido?

—Solo he tenido un par de novios. Y uno de ellos era Lewis. El primero se llamaba Mark, pero no estuvimos mucho juntos.

—Así que Mark fue el primero.

Erin alzó una ceja.

—¿El primero de qué?

Max la miró fijamente, hasta que Erin dedujo a qué se refería.

—Oh, sí, claro, eso... Sí, fue con él —respondió nerviosa—. ¿Y tú?

—Con Lorna, en su habitación en la casa de sus padres en Limerick.

—Ya veo. —Se hizo un breve silencio que Erin se apresuró a romper—. Oye, ¿te das cuenta de que estamos hablando de estas cosas en una catedral?

—Pero es una catedral en ruinas.

—Ya; sin embargo, sigue siendo un lugar sagrado, así que, mejor dejemos el tema. De hecho, vámonos ya, que mi madre nos mata si llegamos tarde —apuntó, levantándose.

Max sonrió.

—Te matará a ti en todo caso, porque a mí me adora.

Erin se rio ante la ocurrencia.

Al cabo de una hora, estaban los cuatro comiendo en el comedor del hogar de los Turner. Max se deleitó con los deliciosos platos, especialmente con el pastel de zanahoria de Nancy. Aquella atmósfera cálida y acogedora le hizo recordar sus reuniones familiares. Porque, a pesar de ser de la aristocracia, los Stirling siempre habían sido cercanos los unos con los otros.

Finalmente, llegó la hora de regresar a Londres, de modo que, tras guardar su equipaje, se

despidieron de los padres de Erin antes de subir al coche.

—Cuidaos mucho y conduce con cuidado, Max —le pidió Nancy después de darle un abrazo.

—No te preocupes.

Entonces, Roger, que acababa de decir adiós a Erin, se acercó a él y le estrechó la mano.

—Ya sabes que esta es tu casa, Max.

—Gracias, Roger. Y la próxima vez que vengáis a Londres, no os olvidéis de hacerme una visita.

—¡Claro! —afirmó Roger.

En ese instante, Nancy recordó algo importante.

—¡Esperad un momento! —les pidió, dirigiéndose al interior de la casa. Al cabo de unos minutos, regresó con dos bolsas, que entregó a Erin—. Ahí van dos táperes con pastel de zanahoria y otro con tarta de queso, vuestras favoritas.

Erin esbozó una sonrisa.

—Gracias, mamá.

—Nancy, te adoro. ¿Por qué no me adoptas? —dijo Max, risueño.

—Si tu madre te oye decir eso, te mata.

Todos rieron ante el comentario.

A continuación, subieron al coche, poniendo rumbo a Londres. Durante el trayecto, conversaron sobre diversos temas, con música clásica de fondo.

—He observado que te gusta el morado —comentó Max.

—Sí, me gusta, aunque mi color preferido es el lila. El tuyo es...

—El negro.

—¿De verdad? Pensaba que escogerías un color más vivo.

—El negro combina bien prácticamente con todo. Es mi color ideal.

—Comprendo. Oye, y si no hubieras sido diseñador, ¿a qué habrías querido dedicarte?

—Nunca me planteé eso, porque no he querido dedicarme a otra cosa. Mi objetivo era luchar para cumplir mi sueño.

—Comprendo.

—Aunque, si no lo hubiera conseguido, probablemente estaría trabajando en la empresa familiar, para mi disgusto. ¿Y tú?

—Seguramente me habría decantado por otra rama de la Medicina, a lo mejor habría sido neuróloga o traumatóloga.

—Es decir, que habrías estudiado Medicina igual.

—Sí, claro.

—Veo que somos de pensamiento similar. Nos ceñimos a nuestro objetivo y no paramos hasta conseguirlo.

—Somos luchadores natos, supongo.

Max la miró de reojo con un deje de complicidad.

Dos horas más tarde, Max detuvo el coche ante la puerta de la casa de Erin. A pesar del cansancio, se vio invadida por un ápice de melancolía al tener que despedirse de él.

—Entonces, nos vemos otro día.

—Claro.

—Me lo he pasado muy bien estos días.

Max sonrió.

—Yo también. Gracias por hacerme de guía.

—Cuando quieras, repetimos.

—Me encantaría.

Erin agachó la cabeza, esquivando la intensidad de la mirada de Max, que la hizo ruborizarse.

—Hasta pronto —se despidió, abriendo la puerta del coche.

A continuación, Max se dirigió a su casa. Mientras conducía por las calles de Londres, se vio asolado por una sensación de vacío, al darse cuenta de que, de nuevo, estaba solo. Porque la presencia de Erin parecía llenar un hueco inmenso en su existencia.

Cuando entró en casa y se metió finalmente bajo las sábanas, notó en su cuerpo las secuelas del cansancio tras los paseos de aquellos dos días. Sin embargo, al cerrar los ojos, el rostro sonriente de Erin apareció, al tiempo que su aterciopelada voz cantando la canción de The Corrs resonó de nuevo en su mente, haciendo que su corazón latiera desbocado.

Se revolvió incómodo, tratando de alejar aquella sensación de anhelo que lo embargaba cada vez que pensaba en Erin, de modo que se sumergió en un profundo sueño, con la esperanza de serenar a su atolondrado corazón.

Capítulo 20

Aquella mañana de martes, el cielo había amanecido cubierto de nubes, que estaban descargando un considerable aguacero. En las calles de Londres, la gente se protegía bajo paraguas y chubasqueros, lo que entorpecía severamente poder andar con calma entre la lluvia.

Max aparcó su coche frente al taller, después de esquivar los tediosos atascos, y entró en el local resguardado bajo su paraguas. A continuación, cerró la puerta tras de sí, dejó el paraguas en el paragüero de la entrada y se dirigió a su despacho. En esos momentos, no había nadie todavía, así que disfrutó de unos minutos de soledad mientras se tomaba un café sentado ante su escritorio.

Giró la silla y contempló el exterior desde los ventanales, en cuyos cristales las gotas de lluvia golpeaban incesantemente. Se sumergió en sus pensamientos, quedándose absorto. Había regresado a la rutina después de un increíble fin de semana. Y aunque aún tenía cuestiones que solucionar, en realidad, lo que deseaba era volver a estar con Erin para olvidarse de todo. Se sorprendió al considerar que, pese a su intensa vida social, su única idea de pasarlo bien fuera en compañía de Erin, sin importar donde o cuándo.

Mientras tanto, el resto del equipo llegaba al taller para incorporarse a sus puestos. Lilian se dirigió a su mesa al tiempo que ojeaba sus redes sociales. Al deslizar su dedo por la pantalla, apareció una publicación que hizo que sus ojos casi se salieran de sus órbitas. Con este gesto de sorpresa la vieron el resto de sus compañeros, que se quedaron un poco desconcertados.

—Lilian, ¿te encuentras bien? Estás un poco pálida —comentó Annette, preocupada.

Lilian decidió mostrarles lo que acababa de ver y esto provocó la misma reacción en los presentes. Entonces, la asistente subió rápidamente al despacho para contarle a Max lo que acababa de descubrir.

Dio dos ligeros golpes en la puerta acristalada, haciendo que Max saliera de su ensimismamiento.

—Adelante —la instó.

Lilian abrió la puerta apresuradamente.

—Buenos días, Max.

Él esbozó una mueca de agrado, aunque enseguida frunció el ceño ante el semblante serio de su asistente.

—Buenos días. ¿Qué ocurre? —inquirió suspicaz.

—Por tu pregunta, deduzco que no lo has visto.

—¿Qué tendría que haber visto? —preguntó desconcertado.

Lilian se puso a su lado y le mostró en su teléfono la publicación de un tabloide. Max agarró el dispositivo entre sus manos, leyendo atentamente.

«Exclusiva: Maxwell Stirling tiene un nuevo amor. El diseñador pasea con su nueva conquista por las calles de Coventry».

Max tragó saliva al ver las fotos: eran Erin y él caminando por el centro de Coventry y sentados en las ruinas de la catedral.

«Según fuentes cercanas, el diseñador pasó el fin de semana en Coventry con una joven de identidad desconocida. La pareja paseó por la ciudad en actitud cariñosa, evidenciando la complicidad que había entre ambos. Desconocemos si se trata de una relación seria o si esta joven se unirá a su larga lista de conquistas».

Max apretó la mandíbula, visiblemente enfadado.

—No me lo puedo creer. Se suponía que esto no debía pasar.

—Es Erin, ¿verdad? —preguntó Lilian con delicadeza.

Max suspiró nervioso.

—Sí, es ella.

—Al menos no han dicho su nombre; así, no irán a buscarla otros medios.

—Pero la he puesto en el punto de mira —dijo apesadumbrado, mientras le devolvía el teléfono a Lilian.

—¿Y cómo han podido saber que estabas en Coventry? Ni siquiera lo sabía yo.

Max consideró la cuestión.

—Solo lo sabían tres personas.

En ese momento, el teléfono de Lilian comenzó a sonar. La asistente intuyó que sería una mañana complicada.

—Debe de ser algún periodista. ¿Quieres que les diga algo en concreto?

—Mantenlos alejados y no respondas a nada, por favor.

—¡Hecho! No te preocupes, yo me ocupo de las fieras —aseveró Lilian.

Salió del despacho, dejando a Max sumido en sus pensamientos. Su teléfono también comenzó a sonar; no obstante, no era nadie de la prensa quien llamaba. Descolgó rápidamente y respiró hondo, tratando de serenarse.

—Hola, Erin.

—Hola, Max. ¿Has visto la publicación del *Mirror*?

Max suspiró.

—Sí, la he visto. Oye, siento mucho que te hayas visto metida en esto. No sé cómo ha podido pasar.

—Claramente, alguien se lo ha dicho a la prensa, Max. De mi entorno, sé que no hay nadie, así que debe de ser alguien cercano a ti.

—Está claro. Ahora tengo que averiguar quién ha sido —replicó visiblemente molesto.

—No te inquietes, ¿vale? Yo estoy bien. No tienen mi nombre, de modo que estaré tranquila por ahora. Además, en las fotos se me ve borrosa. No creo que me reconozca nadie.

—Yo no daría eso por sentado —afirmó Max, preocupado—. Oye, si te llama alguien de la prensa, simplemente ignóralos.

—Claro, no te preocupes.

—Lo siento, en serio —dijo Max con tristeza.

—Tranquilo, esto es lo que pasa cuando tienes un amigo famoso —respondió con buen humor—. Esto pasará pronto. En cuanto encuentren algún cotilleo más jugoso, se olvidarán del asunto.

—Sí, seguro.

—Bueno, tengo que dejarte. Pero antes quería aprovechar para saber si tienes algo que hacer el viernes por la tarde.

Max consideró la idea.

—No, creo que no tengo nada.

—Entonces, si es así, resérvame esa tarde. Te prometo que será divertido.

Max sonrió con un deje suspicaz.

—¿Qué estás tramando?

Erin se rio.

—Es un secreto, pero te aseguro que te gustará. Y lo dicho, no te preocupes, ¿vale?

—Vale.

—¿Me lo prometes?

Max suspiró con resignación.

—Te lo prometo.

—Hasta pronto —se despidió Erin.

Tras colgar, Max consideró la mejor forma de proceder. Descartó a Erin por completo, de modo que solo quedaban dos sospechosos: Owen y Tania. Ellos eran los únicos a los que les había contado que iba a Coventry.

Cogió el teléfono y escribió a ambos para verse esa semana. La respuesta de Tania fue la primera en llegar.

TANIA_9:35

Hola, cielo. Entre semana va a ser imposible, pero el domingo podemos quedar para comer.

Max torció el gesto, ya que habría preferido quedar esa misma tarde; no obstante, no puso objeción.

Sin embargo, Owen se hizo de rogar, puesto que pasaron unas interminables horas hasta que contestó al mensaje, lo que enervó a Max aún más.

OWEN_11:12

¡Hola, Max! Perdona la tardanza, es que estaba en el gimnasio. Podemos vernos esta tarde si quieres, alrededor de las seis, porque al mediodía tengo que asistir a la reunión de accionistas de la empresa. Orden de mi padre, ya sabes.

MAX_11:13

Entonces, nos vemos a las seis. ¿Dónde?

OWEN_11:14

En el Club Gascon. Me apetece comida francesa. Hago la reserva para dos, ¿no?

Max respondió afirmativamente, dejando el teléfono sobre la mesa. Esperaba poder sacar información sin que Owen se percatara de sus intenciones. Porque, a pesar de que Tania también era sospechosa, algo le decía que ella no tenía nada que ver.

Terminada la jornada, Max salió del taller, poniendo rumbo al Club Gascon para acudir a su cita con Owen. La lluvia seguía impregnando las calles de Londres, así que el trayecto resultó algo tedioso. A esto había que añadirle el hecho de que Max estaba inquieto y enfadado al mismo tiempo. Él, que siempre había mantenido una relación distante y cordial con la prensa, ahora estaba en las primeras páginas de los periódicos, no por su trabajo, sino por su vida personal.

Ciertamente, la última vez quitó importancia al tema y, en otras ocasiones, en las que había salido con mujeres famosas, también. Sin embargo, un ardiente deseo de proteger a Erin de esa despiadada jauría que podía ser la prensa a veces le impulsaba a solucionar aquello rápidamente. Además, se trataba de una cuestión de confianza y lealtad. Porque ¿qué amistad podía existir sin esos dos elementos?

Llegó finalmente a su destino, dejando el coche en un aparcamiento cercano, en la calle W Smithfield, frente al restaurante. Este se encontraba en una esquina, al lado de la Puerta de San Bartolomeo, uno de los pocos vestigios que quedaban de la época Tudor en Londres, que daba acceso a la iglesia del mismo nombre, y cerca del Memorial a William Wallace en el hospital de San Bartolomeo.

El restaurante Club Gascon era un reputado establecimiento especializado en comida francesa, con una estrella Michelin. El local ocupaba la parte baja de un edificio de cinco plantas, hecho en ladrillo blanco y piedra, con columnas talladas y algunos relieves.

Max entró en el restaurante, donde el *maître* le condujo a la mesa que Owen había reservado. Se acomodó en un asiento acolchado de terciopelo azul, ante una mesa cubierta con un mantel blanco, junto a una de las paredes de mármol de color arena. Las alfombras negras que cubrían el suelo de madera oscura amortiguaban las pisadas de camareros y comensales, que charlaban animadamente en un tono relajado. Mientras tanto, Max notaba su pulso acelerarse a medida que pasaban los minutos. Aprovechó la demora de su amigo para ensayar mentalmente las preguntas que iba a formularle.

De repente, este entró en el local y se acercó a la mesa con una sonrisa deslumbrante. Max disimuló esbozando una mueca de agrado.

—¡Max! ¿Cómo estás? Perdona la tardanza, es que me he entretenido... Ya sabes —respondió con un deje de picardía.

—Entiendo —comentó.

—¿Qué van a tomar para beber? —inquirió un camarero.

—¿Qué te parece si pedimos vino? —sugirió Owen.

—Está bien, aunque no beberé mucho. Tengo que conducir.

—Vale. Entonces, para mí una copa de Chardonnay —dijo Owen.

—Lo mismo para mí.

—Estupendo. ¿Y han decidido qué van a comer?

—El menú degustación, ¿te parece bien? —propuso Owen.

—Claro.

—Excelente elección, caballeros. Enseguida les traigo el vino.

El camarero se alejó de allí durante unos minutos, dejándolos a solas.

—¿Y cómo fue el fin de semana en Surrey? —inquirió Max para romper el hielo.

En ese instante, el camarero les trajo las copas de vino, marchándose a continuación.

—Muy divertido. Te perdiste una buena juerga. Fuimos a montar a caballo, a un partido de polo y, por la noche, fiesta interminable.

—Excitante, sin duda —comentó Max, dando un sorbo a su copa de vino.

—¿Y cómo te fue a ti en Coventry?

«No sé, dímelo tú», pensó Max molesto.

—Bien. Imagino que has visto las fotos, ¿no?

Owen se mostró extrañado.

—¿Las fotos? ¿Qué fotos?

Max apretó la mandíbula, ligeramente fastidiado. Parecía que esto no iba a ser fácil.

—Han aparecido en el *Mirror* unas fotos mías con una mujer paseando por Coventry.

Owen se quedó sorprendido, aunque Max intuía que estaba interpretando un papel ante sus ojos.

—¿De verdad? Vaya, qué faena. ¿Y quién es ella?

Max decidió no revelar detalles para proteger a Erin.

—Una amiga. Nadie importante.

—Entiendo.

En ese momento, la conversación se vio interrumpida cuando el camarero les sirvió los primeros platos del menú degustación. Pese a que el sabor de la *amuse-gueule*, seguida de un plato de flan de *foie gras* bañado en una salsa de frambuesa, deleitó el paladar de Max, no se desvió de su objetivo.

—¿Y cómo están los demás?

—Como siempre. Aunque parece ser que Belle tiene problemas en casa.

—¿Qué le ocurre?

—Su madre quiere que trabaje en la empresa familiar, así que la amenaza con no pasarle su asignación a menos que empiece a trabajar.

—Su madre es dueña de una agencia inmobiliaria, ¿no?

—Sí, pero quiere ponerla a trabajar desde abajo. Vamos, como agente en una de las oficinas, vendiendo casas.

—Bueno, no sería una mala opción.

—Pero ella no quiere hacer eso.

—¿Y qué quiere hacer?

—Dice que quiere ser actriz o *influencer*.

—Comprendo. ¿Y a ti cómo te van las cosas?

—Bien, he ido a la reunión de accionistas. Un muermo, ya sabes. Mis hermanos mayores son los que llevan los negocios, no me necesitan para nada.

—Así que, en cuanto al dinero, no tienes problema.

—No, qué va. Eso está asegurado.

—¿Y Karen y Frankie?

—Como siempre. A Karen le va muy bien. Tiene cada día más seguidores en Instagram y muchas marcas le envían productos para que los promocióne. Y respecto a Frankie, parece ser que lo suyo con la sobrina de Richard Branson va en serio.

—Eso quiere decir que se acabaron los rollos de una noche.

—No, él sigue como siempre. La chica está tan enamorada de él que no se entera de sus juergas. No es que sea muy lista, pero tiene una abultada cuenta corriente —afirmó burlón.

A Max el comentario no le hizo ninguna gracia.

—Entiendo.

La conversación transcurrió por otros derroteros más intrascendentes hasta que salieron del establecimiento. La lluvia había dado una pequeña tregua, que aprovecharon para despedirse a las puertas del establecimiento.

—Por cierto, antes de que se me olvide, el sábado por la noche celebro superfiesta en mi casa.

—¿Y a qué se debe la fiesta? ¿Celebramos algo?

Owen se rio.

—¿Desde cuándo se necesita una excusa para hacer una fiesta? Tienes que venir, he invitado a un montón de gente.

—Te diré algo en estos días.

Owen sonrió.

—Genial. Nos vemos.

Finalmente, Max se montó en su coche con una ligera sensación de derrota. Aún no había hallado la manera de saber quién era el que filtraba la información a la prensa. Consideró la idea de acudir a la fiesta. Como en el célebre juego *Cluedo*, allí estarían todos los presuntos sospechosos, con excepción de Tania, claro. Sería una oportunidad para indagar más.

Antes de acostarse, decidió que iría a la fiesta, pero, antes de nada, necesitaba elaborar un plan para poder descubrir al culpable. No obstante, el cansancio hizo de las suyas y Max notó cómo los párpados le pesaban. Se quedó dormido rápidamente, de modo que sus cavilaciones quedarían interrumpidas hasta la mañana siguiente.

Capítulo 22

Max se encontraba en su despacho, terminando de hacer unos arreglos a una de las prendas del desfile, cuando recibió una llamada de su hermana. Puso el teléfono en manos libres, ya que tenía las manos ocupadas con unas agujas, y contestó:

—Hola, Sam.

—Hola, ¿te pillo liado?

—Un poco, pero no te preocupes. De hecho, iba a llamarte más tarde.

—Lo imagino. Es por el tema de las fotos, ¿verdad? Perdona que no te dijera nada ayer, es que tuve un día de locos.

—No pasa nada.

—Me quedé sin palabras al reconocer a Erin en las fotos. ¿Hablaste con ella?

—Sí. Erin me ha dicho que no le dé importancia. Parece ser que nadie se ha percatado en el trabajo de que era ella.

—Mejor. Así podrá estar tranquila. Lo importante es que la prensa no sepa su identidad. ¿Sabes quién ha podido decirle al fotógrafo del *Mirror* que estabas en Coventry?

—Tengo, en principio, dos sospechosos: Tania y Owen.

—¿Y por qué sospechas de Tania? —preguntó Sam, incrédula.

—Porque nos encontramos con ella el otro día y le dije que estaría en Coventry el fin de semana.

—Yo descartaría a Tania. Ha demostrado ser una amiga fiel, Max.

Este suspiró.

—Lo sé. Pero es que este tema me cabrea, Sam. Y más, estando Erin de por medio.

—Te entiendo. Y dices que el otro sospechoso es Owen. ¿En qué te basas?

—En que él también lo sabía. Me invitó a ir a pasar con la pandilla el fin de semana en Surrey y yo le conté lo del viaje a Coventry.

—Sí, es un claro sospechoso. De hecho, apostaría todo a que fue él.

—Pero... —comentó Max meditabundo.

—¿Pero?

—Hay algo que no me cuadra. Owen no tiene necesidad de dinero. Porque está claro que el que filtra la información recibe algo a cambio.

—¿Y por qué crees que no necesita el dinero?

—Porque Owen tiene su sueldo y no tiene problemas de liquidez.

—Bueno, nunca se sabe. Si quieres, puedo hacer algunas averiguaciones por mi cuenta. Ya sabes, sobre su estado financiero.

—No, eso levantaría sospechas y puede fastidiarlo todo.

—¿Y en qué has pensado para resolver este entuerto?

Max suspiró dubitativo.

—Había pensado ir a la fiesta que celebra Owen en casa de sus padres el sábado e indagar un poco.

—Es una buena idea. De hecho, te sugiero algo que he estado pensando. Sé que va contra la ley, pero no va a quedar otro remedio: tienes que husmear en su teléfono.

—Claro, imagino que habrá alguna pista ahí.

—Hoy en día prácticamente toda nuestra información está en el teléfono.

—Cierto. Si encontrara todas las pruebas, podría mandarle a paseo sin miramientos.

—Ojalá. Ya sabes lo que opino de ese grupo de amigos juerguistas que tienes. Estoy segura de que todos lo saben y te han tomado por tonto.

—Bueno, no nos precipitemos. Las cosas hay que demostrarlas. Aunque tengo un problema: ¿cómo accedo a su teléfono? Porque imagino que usará algún tipo de clave o algo.

—Ese es el problema. Habría que encontrar una forma de acceder.

En ese momento, llamaron a la puerta del despacho.

—Oye, Sam, te dejo. Ya hablamos.

—De acuerdo. Un beso.

Tras colgar, Max instó al visitante a entrar. Se trataba de Lilian, que venía acompañada de Lana, una de las modelos. La maniquí de metro setenta y cinco, cabello castaño y ojos verdes, tenía un cuerpo escultural que se adaptaba a cualquier prenda.

—Perdona, Max, acaba de llegar Lana para las pruebas de vestuario.

Max esbozó una sonrisa.

—Hola, Lana. Pasa, pasa —la instó.

Ella se acercó a él y se dieron un sentido abrazo.

—¡Cuánto tiempo! Perdona que no haya podido venir antes, es que he tenido muchos trabajos últimamente.

—Me dijo Lilian que esta semana estabas en París y que antes habías estado en Milán.

—Sí, he tenido muchas sesiones de fotos este último mes. También grabé dos *spots* en Japón.

—Desde luego, no paras. Voy a tener que darte las gracias por participar en mi desfile.

—Ya sabes que no puedo decirte que no. Tú eres mi descubridor.

—Si no te hubiera descubierto yo, lo habría hecho otro —aseveró. Entonces, dejó lo que estaba haciendo y se acercó a la mesilla donde estaba la cafetera—. ¿Un café?

—No, gracias. Por cierto, he visto los diseños. Son una maravilla.

—Gracias. Aunque no sé quién los va a lucir aparte de Tyler, Amber y tú. No tengo más modelos.

Lana frunció el ceño.

—¿En serio?

—Sí, y no hay forma de conseguir a nadie. Todos tienen compromisos —intervino Lilian. En ese momento, sonó el teléfono de la asistente—. Os dejo, que tengo que atender la llamada.

A continuación, salió de la estancia, dejándolos a solas.

—A propósito, ¿a quién quieres cotillearle el teléfono?

Max se quedó sorprendido.

—¿Cómo dices?

—Es que cuando subíamos, hemos oído parte de la conversación. Hablabas con tu hermana, ¿no?

Max torció el gesto al darse cuenta de que con el altavoz se podía escuchar todo fuera del despacho.

—Sí.

—Bueno, si quieres hacer eso hay dos formas: la clave escrita o la contraseña táctil. Y yo apostaría por lo segundo. Ahora prácticamente todo el mundo la usa.

Esto despertó el interés de Max.

—¿Y cómo podría activarla?

—Necesitarías la huella de su dedo índice para activarla. Es decir, necesitas que colabore de alguna forma.

Max asintió meditabundo.

—¿Qué me sugieres?

—Dos opciones: esperar a que se quede dormido o emborracharle. La segunda sería más rápida.

Max consideró que cualquiera de las dos opciones era viable.

—Comprendo. Pondré en práctica alguna de las dos. Oye, ¿y cómo sabes estas cosas?

Lana esbozó una mueca de orgullo.

—Porque, por si no lo recuerdas, antes de ganarme la vida como modelo, estudié Informática en la universidad y aprendí algunos trucos que me han resultado muy útiles.

—Ya veo.

—¿A quién quieres espiar?

—A alguien que sospecho que está vendiendo información sobre mí. No sé si has visto las fotos del *Mirror*.

—No leo mucha prensa, la verdad. Sobre todo, los tabloides —comentó con desgrado.

—Yo tampoco, pero ellos se empeñan en sacarme en portada —indicó apesadumbrado.

—Sigue una de las tácticas que te he dicho y descubrirás quién ha sido el capullo que vende información sobre ti —aseveró.

Max esbozó una media sonrisa.

—Lo haré —respondió—. Y, ahora, a trabajar.

Esa noche, alrededor de las ocho, la lluvia seguía asolando Londres, convirtiendo el borde de las aceras en pequeños riachuelos que terminaban en las alcantarillas, y en el aire flotaba el aroma a espesa humedad.

Erin se encontraba en la cafetería del hospital, sentada en una de las mesas, ante la bandeja que contenía su cena. Había decidido cenar en el hospital antes de que empezara su turno para hacerlo tranquilamente, sin prisa, pues le esperaba una jornada complicada.

En veladas como aquella, las Urgencias tendían a colapsarse, debido a los numerosos accidentes que provocaba el mal tiempo y, además, le habían informado de que ya habían programado un parto, al que tendría que enfrentarse dentro de una hora.

Estaba inmersa en sus pensamientos, cuando Lauren apareció repentinamente.

—¡Hola, nena! ¿Cómo lo llevas? —saludó jovial, sentándose frente a ella y colocando la bandeja con su comida encima de la mesa.

Erin esbozó una sonrisa.

—Bien, llenando un poco el estómago. ¿Y tú?

—También. Dentro de poco empiezo el turno y necesito energía.

—Sí, tengo el presentimiento de que será una noche difícil —afirmó—. Por cierto, sigue en pie lo del viernes, ¿no?

—Claro que sí. Oye, ¿cómo llevas el tema de las fotos? ¿Has vuelto a hablar con Max de ello?

Erin abrió mucho los ojos y miró alrededor, cerciorándose de que nadie las escuchaba.

—Lauren, no comentes eso, por favor.

—Tranquila, nadie se ha dado cuenta en el trabajo. No se te veía bien. En casi todas estabas de espaldas.

—Y que siga así.

Lauren jugueteó con el mango de su tenedor, mirando a Erin de reojo.

—¿De verdad no hay nada entre vosotros?

Erin puso los ojos en blanco y resopló.

—No, Lauren.

—Pero estoy segura de que él siente algo. Si no, ¿por qué fue a Coventry?

—Porque conoce a mis padres desde hace años. Nuestras familias son amigas.

—Y dormisteis en la misma habitación... Eso con un amigo es raro.

—Fue culpa de mi madre, que no preparó la otra habitación. Y no pasó nada, igualmente.

—A lo mejor el viernes salta la chispa. Lo que vas a hacer es un detalle precioso.

Erin se encogió de hombros.

—Solo quiero que se divierta. Para mí, eso es lo que cuenta. Me gusta verlo feliz.

El semblante de Lauren se tornó serio.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué hay de lo que tú quieres?

Erin guardó silencio. Consideró que lo que ella quería era algo imposible. Por eso, era mejor no decir nada. Miró su reloj de pulsera, percatándose de que se le hacía tarde.

—Vamos a darnos prisa, o nos quedaremos sin cenar —zanjó.

Lauren torció el gesto al darse cuenta de que había esquivado el tema. Era evidente que Erin seguía teniendo miedo. Miedo a fracasar de nuevo, al rechazo, al desengaño.

Por otro lado, Erin solo pensaba en una cosa: en la tarde del viernes. Esperaba que aquello provocara en Max esa deslumbrante sonrisa que a ella tanto le gustaba.

Capítulo 23

Eran alrededor de las 6 de la tarde cuando Max llegó al lugar de su cita con Erin. Esta le había indicado que se verían delante de la estatua del South Bank Lion, en el puente de Westminster. A medida que se aproximaba, Max vislumbró la silueta de Erin entre la multitud que había allí. Ella miraba alrededor, acurrucada bajo su abrigo largo negro.

Notó su corazón latir desbocado al verlo a lo lejos vestido con unos pantalones negros de pitillo, que marcaban sus musculadas piernas y una chaqueta de cuero.

—¡Hola, Max! —saludó ella mientras él le daba un beso en la mejilla, que hizo que unas traviesas mariposas revolotearan en su estómago.

—¡Hola! Como ves, he llegado a tiempo. Bueno, ¿cuál es esa sorpresa? Llevo intrigado todos estos días.

Erin esbozó una mueca pícara, que hizo alzar una ceja a Max.

—Ahora mismo lo averiguarás. Sígueme.

Max frunció el ceño ante tanto misterio; no obstante, se colocó al lado de Erin, caminando a su ritmo, que era un poco apresurado. Durante el breve trayecto, Erin no pronunció palabra, algo que desconcertó a Max.

Al cabo de unos minutos, se detuvieron ante el London Eye, la célebre noria que formaba parte del paisaje londinense. Erin posó su vista en un extremo y se mordió el labio inferior.

—¿Es aquí? —preguntó Max.

—Sí. Como dijiste que nunca habías montado, pensé que sería un buen plan.

A Max le agradó la idea.

—¡Me gusta! ¿Vamos?

Erin negó con la cabeza, desconcertando aún más a Max.

—Espera. Hay algo más...

En ese momento, unas delicadas manos se posaron sobre los ojos de Max, dejándolo sin visión.

—¿Quién soy? —inquirió una voz femenina detrás de él.

A continuación, oyó risas infantiles a su alrededor. Max sonrió al deducir de quién se trataba, pero prefirió jugar un poco.

—Veamos, ¿Naomi Campbell?

—No.

—¿Heidi Klum?

—Casi, muy cerca, pero no —respondió divertida.

Erin y el resto intercambiaron miradas cómplices.

—Entonces, sino eres Naomi ni Heidi.... ¿Gisele Bündchen?

—Ya quisiera ella ser yo —espetó.

Max se rio.

—Esa respuesta solo puede darla mi querida Tania.

—¡Acertaste! —exclamó Tania apartando sus manos.

Max se giró y se encontró ante un maravilloso grupo formado por sus dos mejores amigos, Tania y John, que habían venido acompañados de sus familias.

—¡Chicos! ¿Qué hacéis aquí?

—Erin nos dijo que, como nunca te habías montado en el London Eye, sería genial que fuéramos todos para que fuera más divertido. Así que, aquí nos tienes —explicó John, dándole un abrazo.

—¡Me alegro tanto de veros! —afirmó Max feliz.

—Tío Max, he estado a punto de decirte que era mamá, pero lo has adivinado solito a la tercera —aseveró Esther.

—Gracias por confiar en mí, tesoro —respondió él, dándole un beso en la mejilla.

A continuación, Max vio a Lauren y Kyle.

—Hola, Lauren —saludó él.

—Hola, Max. Nosotros también nos hemos apuntado al plan. Si no te importa.

—Claro que no; cuantos más, mejor. Me alegro de verte.

—Y yo. Por cierto, te presento a Kyle, mi novio. Kyle, él es Max.

Ambos se estrecharon la mano.

—Encantado.

—Igualmente, Kyle —comentó Max.

—Es entrenador personal, ¿sabes? —explicó Lauren embelesada—. De los mejores que conozco, de hecho.

Kyle se rio.

—Eres una exagerada.

—Por tu acento deduzco que no eres de por aquí —apuntó Max.

—Soy australiano.

Max se sorprendió gratamente.

—Me encanta Australia. He ido varias veces. ¿De qué parte eres?

—De Adelaida.

—La conozco. Es una ciudad maravillosa. ¿Y llevas mucho en Londres?

—Unos cinco años.

—Supongo que sería un gran cambio al principio.

—Sí, fue duro, pero me adapté enseguida. Desde que llegué vivo en Notting Hill, cerca del gimnasio en el que trabajo. Es una zona estupenda. De hecho, soy vecino de Erin —contestó Kyle.

Max se quedó sorprendido.

—¿En serio? Vaya, qué casualidad.

—De hecho, Erin nos presentó —indicó Lauren.

Max miró de reojo a Erin, que estaba hablando con John, mientras las niñas Sheila y Esther no

se separaban de su lado.

—Comprendo —comentó con una media sonrisa.

En ese momento, Erin se dirigió al grupo.

—Chicos, es la hora —anunció.

Todos siguieron a Erin hasta la entrada de la atracción. Una vez les entregó los billetes, entraron en una de las cabinas, que era bastante grande. Max se colocó al lado de Erin, en la parte delantera, junto a los niños.

—No tendrás miedo a las alturas, ¿verdad? —preguntó Erin.

—No, ¿por qué?

—Porque esto sube muy alto. Unos 135 metros.

Max tragó saliva, visiblemente perplejo.

—Vaya, sí que llega alto.

—No tengas miedo, tío Max. Es muy divertido —aseveró Sheila.

—¿Tú ya te has montado?

La niña asintió.

—Sí, dos veces. Vinimos con los abuelos.

—Ya veo. Entonces, si vosotros ya habéis montado, me quedo tranquilo —afirmó sonriente.

A continuación, la atracción empezó a moverse, elevándolos sobre el río Támesis. Max notó un cosquilleo en el estómago, al igual que Erin, que estaba fuertemente agarrada a la barra delantera.

—Chicos, una foto —dijo Tania sosteniendo su teléfono para captar la instantánea.

Max y Erin posaron para la foto sonrientes, y también con el resto del grupo, haciendo un selfi. Tras esto, todos se centraron en las vistas.

—Es una pasada —comentó Max, fascinado.

Desde donde estaban podía verse el Parlamento, el Big Ben y parte del East End. Al moverse hacia el otro lado de la cabina, podía contemplarse la otra parte de la ciudad, con la City y la catedral de San Pablo en la panorámica. Londres era un compendio interminable de construcciones, una ciudad donde no parecía haber horizonte, pues el cielo se fusionaba con los tejados de los edificios.

Empezó a anochecer cuando estaban en el punto más alto, lo que hizo que la ciudad se iluminara, creando hileras de luces que se tejían como una telaraña luminosa. Max nunca se habría imaginado que su hogar fuera tan espectacular desde las alturas.

—¿Te gusta? —inquirió Erin, sacándolo de su ensimismamiento.

Al mirarla, Max se quedó fascinado al ver su rostro parcialmente iluminado por el atardecer.

—Me encanta. —De repente, posó su mano sobre la de Erin, haciendo que ella sintiera una cálida sensación en su vientre—. Gracias por esto.

Para ambos, todo desapareció a su alrededor, pese al bullicio que había en la cabina. Porque el grupo no había guardado silencio en ningún momento: los niños preguntaban si se veía su casa desde allí; Kyle, Lauren, John y Tania mencionaban la localización de algún edificio que habían

visto, o contaban alguna anécdota. Se había creado una cálida atmósfera entre amigos, pero Erin y Max parecían estar en otra parte.

—Chicos... ¡Chicos! —dijo Lauren detrás de ellos.

Max y Erin se apartaron, nerviosos, y se giraron para mirarla.

—Ya es hora de bajarse —añadió Lauren.

Ambos asintieron, dirigiéndose a la salida a continuación. Se reunieron con el resto del grupo, que aguardaba en la entrada. Pese a que Max pensaba que eso sería todo, no intuía la próxima sorpresa.

—Bueno, y ahora, vamos al crucero —indicó Erin, mirando su reloj de pulsera.

—¿Qué crucero? —inquirió Max.

De nuevo, siguió a sus amigos hasta llegar al muelle, que estaba justo al lado, donde se subieron a un *ferry* que los llevaría a una corta excursión por el Támesis. Max se sentó al lado de John en un extremo, mientras Erin se acomodaba un poco más adelante junto a Lauren. El *ferry* comenzó su recorrido, que transcurrió a lo largo del río. Para Max, aquello era otra experiencia nueva y sumamente especial.

De nuevo, Tania tomó varias fotos para el recuerdo, en las que todos posaron con deslumbrantes sonrisas, pues estaban disfrutando enormemente de la excursión.

Aprovechando que el diseñador estaba lejos, Lauren decidió abordar cierta cuestión.

—Oye, ¿qué ha sido eso de la cabina?

—¿A qué te refieres? —respondió Erin, colocándose un mechón detrás de su oreja.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Os habéis quedado embobados mirándoos. Erin suspiró.

—Sí, bueno, es que tiene unos ojos muy bonitos.

—Venga, Erin, entre vosotros hay una tensión sexual tremenda, no puedes negarlo.

—Puede que por mi parte sí, pero por la de Max lo dudo bastante.

Lauren guardó silencio unos minutos.

—Entonces, no quedará otra que averiguarlo.

—¿Cómo dices? —preguntó Erin, frunciendo el ceño.

—Nada, no he dicho nada —respondió Lauren, quitándole importancia.

Mientras tanto, en otro lado del barco, John se disponía también a indagar sobre la situación entre Erin y Max.

—Oye, Erin ha sido muy amable al organizar esto. Se nota que le importas —comentó.

Max sonrió.

—Sí, es un encanto.

—Vi las fotos en las que salís juntos. ¿Hay algo de cierto en lo que dice el *Mirror*?

Max negó con la cabeza.

—No, no hay nada de cierto. Solo somos amigos.

—¿De verdad no te interesa? Porque creo que es una chica estupenda.

Max miró a Erin, de la que solo podía ver su sedoso cabello.

—Es mi amiga de la infancia. Para mí es como una hermana pequeña. Solo eso.

John escrutó el semblante de Max.

—Comprendo —comentó meditabundo—. El caso es que las hermanas pequeñas acaban haciéndose mayores y se alejan en algún momento del nido para volar hacia otro sitio. A veces para no volver nunca más.

—Es lo lógico. Todos acabamos encontrando nuestro sitio algún día.

—No te creas. Hay gente que se queda volando en círculos para siempre, sin llegar a ninguna parte.

Max se mostró desconcertado, puesto que no acababa de entender a qué se refería John.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, cosas mías —contestó escueto.

Finalmente, el barco volvió al muelle y el grupo se bajó. Al mirar el reloj, comprobaron que eran las ocho, así que Max decidió proponer otro plan.

—¿Qué tal si vamos a cenar? Los niños deben de estar hambrientos.

Los adultos se miraron entre ellos.

—Nosotros ya nos vamos a casa. Los niños están cansados después de todo el día en el cole y eso —dijo John.

—¿Y no van a cenar? —inquirió Max, suspicaz.

—Han picado algo antes de venir —indicó Tania.

Sheila frunció el ceño.

—Pero si no hemos comido nada. Y no estoy cansada.

—Yo tampoco —añadió Mike.

John agarró a sus hijos por los hombros.

—Claro que estáis cansados. Mucho, ¿a que sí? —dijo él, mirándolos fijamente.

Los niños entendieron enseguida que debían seguir la corriente.

—Sí, mucho—respondió Sheila, haciendo un bostezo fingido.

Max no estaba del todo convencido.

—Ya veo.

—Nosotros también nos vamos, de hecho —indicó Lauren.

Erin entonces se adelantó.

—Vuelvo con vosotros...

Lauren y Kyle negaron con la cabeza.

—No, mujer. ¿No irás a dejar a Max solo? Vosotros iros a cenar. Ya quedaremos otro día —respondió Lauren, nerviosa.

La actitud de su amiga también despertó cierto recelo en Erin.

—Por cierto, ¿sigue en pie lo del domingo, Max?

Este recordó en ese instante el motivo de su cita con Tania. El sentimiento de culpa lo asoló profundamente, puesto que se había dado cuenta de que sus sospechas sobre su amiga eran totalmente infundadas. Sin embargo, deseaba explicarle todo el asunto y disculparse como era debido.

—Claro.

Tania sonrió.

—Genial. ¡Pasadlo bien!

El grupo se alejó de ellos en dirección al puente de Westminster. Se hizo un breve silencio, que Max enseguida rompió.

—¿Qué te parece si vamos a mi casa y pedimos algo para cenar? —propuso.

Erin asintió complacida.

—Claro.

Capítulo 24

Un taxi los dejó ante la puerta de la casa de Max. En cuanto entraron, Erin notó al instante la calidez que había allí, así que se quitó el abrigo, dejándolo en el perchero del vestíbulo.

—Estaba pensando que, en vez de pedir comida, podríamos ver lo que tienes en la nevera — propuso Erin.

Max se encogió de hombros.

—No sé lo que habrá. Pero, por mirar, no perdemos nada.

Bajaron las escaleras que conducían a la amplia cocina y allí se dispusieron a ojear la nevera. En ella había cerveza, agua, zumos diversos, lechuga, tomates, algo de fruta, fiambre y queso.

—Bueno, algo se podrá hacer.

Tras darle una serie de instrucciones a Max, que ejercería como su pinche de cocina, Erin se dispuso a preparar los ingredientes de la sencilla cena que degustarían: una ensalada y un plato de pasta.

Una vez estuvo todo listo, se sentaron en la mesa del comedor y procedieron a degustar el manjar que habían elaborado trabajando en equipo.

—Es increíble lo que has hecho con cuatro ingredientes —comentó él, deleitándose con el sabor de los macarrones.

—A veces es cuestión de darle un poco a la imaginación. La cocina es algo muy creativo.

—Desde luego. Pero no es mi fuerte, ya lo sabes.

—Esta es una receta muy sencilla. Creo que podrías hacerla alguna vez.

Max esbozó una media sonrisa.

—Prefiero que hagas tú los macarrones estilo Erin. Así tendré una excusa para cenar contigo.

Erin se sonrojó un poco.

—Claro.

De postre, Max sacó uno de los helados de vainilla con nueces de macadamia que tenía en el congelador. Dejó la tarrina sobre la mesilla del salón y se sentaron en el sofá. Cuando Max encendió la televisión, estaban emitiendo la película *Bridget Jones*.

—Madre mía, hace años que no la veo —comentó.

—Es una de mis preferidas.

—Pues la vemos, si quieres.

Le entregó una cuchara a Erin y enseguida comenzaron a comer helado.

—El mejor plan para un viernes por la noche: helado y una comedia romántica —indicó Erin.

—Creo que es un buen colofón después de subirse al London Eye y navegar por el Támesis.

—¿Eso quiere decir que te ha gustado?

—Mucho, de verdad. Me has sorprendido para bien —afirmó.

—Me alegra mucho oírlo.

De repente, se hizo el silencio, mientras veían la película.

—¿Por qué Mark Darcy resulta tan fascinante? —inquirió Max.

Erin se encogió de hombros.

—Porque tiene algo especial. Es un caballero honesto y consecuente. Es como el Darcy de *Orgullo y Prejuicio*.

—Sí, claramente. Lo que no entiendo es cómo Bridget no ve las intenciones de Daniel desde el principio.

—Porque los chicos malos resultan irresistibles y muchas creen que pueden cambiarlos. Piensan que ellas serán las definitivas.

—Yo también tuve esa etapa en la que me encantaban las chicas malas. Pero acabé harto de tener el corazón roto y de inflarme a helado de pistacho y chocolate.

Erin se rio a carcajadas ante esto.

—¡Oye, no te rías! Que es cierto. De hecho, tengo helado de pistacho. ¿Quieres un poco?

—No, gracias.

Cuando la película terminó, Max condujo a Erin al desván, donde quería mostrarle algo. Entraron en la estancia, que a Erin le agradaba mucho, y se acercaron a una de las mesas.

—Mira, quería enseñarte unos diseños que he hecho para niños.

A continuación, le mostró el modelo en tela de un *body* para bebé.

—He pensado regalarle esto a Inés y Arturo, para su hijo. Como ves, es de color blanco, porque, como aún no saben si será niño o niña, sería un diseño unisex, con un arcoíris en medio. ¿Qué te parece?

Erin observó la diminuta prenda detalladamente.

—Les va a encantar. Por el tamaño, deduzco que es para un recién nacido, ¿no?

—Sí.

—Así que el bebé de Inés será tu primer modelo.

—Espero que sea el primero de muchos.

—Lo será, claro que sí. Eres como un rey Midas, conviertes en éxito todo lo que tocas —aseveró Erin.

En ese momento, Max lanzó un suspiro y su semblante se tornó serio.

—No creo que eso sea verdad. De hecho, creo que a veces confío demasiado en mi buena suerte.

Erin torció el gesto al ver la preocupación reflejada en el rostro de Max. Él siempre se mostraba alegre y optimista, por eso le sorprendió su actitud derrotista. Se hizo el silencio, mientras ella ojeaba los bocetos que había sobre la mesa.

—¿Sabes? Una de las cosas que más me gustan de tus diseños es que parecen hechos para cualquier persona. No a todos nos sienta bien el mismo tipo de ropa y muchas veces no encontramos en las marcas de moda algo que encaje con nosotros, porque todo parece hecho sobre el mismo patrón. Sin embargo, eso no pasa contigo: hay ropa para gente alta, baja, delgada,

gordita... Siempre encuentro algo que me gusta, que me queda bien y que me hace sonreír delante del espejo.

Max se quedó gratamente sorprendido ante esa afirmación.

—Gracias. Me halaga que digas eso.

—Es la verdad —afirmó—. Siempre has sido diferente.

Max alzó una ceja.

—¿Eso es algo bueno o malo?

—¡Bueno, por supuesto! Destacabas sobre los demás, no sé. Era como si todo alrededor fuera gris, hasta que llegabas tú y todo se volvía de colores llamativos, como un arcoíris.

Max esbozó una mueca de agrado.

—¿Así me veías?

Erin dibujó una tímida sonrisa.

—Así te veo siempre.

Se hizo un breve silencio, que Erin se apresuró a romper.

—Oye, ¿es verdad eso de que puedes saber las medidas de alguien solo abrazándole?

Max frunció el ceño.

—¿Quién te ha contado eso?

—Inés. Me dijo que le hiciste un vestido precioso tomándole las medidas así.

—¿Y tú te lo crees?

Erin se encogió de hombros.

—No sé... Si me lo demostraras, lo creería.

Max aceptó el desafío.

—Muy bien. Quédate quieta —le ordenó.

Erin obedeció, mostrándose expectante mientras Max se acercaba a ella. Al cabo de unos segundos, la abrazó, recorriendo con sus manos su espalda y su cintura. Max cerró los ojos, concentrándose. Por otro lado, Erin sintió que el corazón se le iba a salir del pecho.

—82-65-88 —dijo Max en su oído.

Erin tragó saliva mientras él se apartaba ligeramente.

—Casi has acertado. Para ser exactos son 81-64-86 —respondió aturdida.

Max esbozó una media sonrisa.

—Vaya, eres con la única con la que no he acertado de pleno.

—Pero igualmente es impresionante —aseveró ella.

En ese instante, sus miradas se encontraron y sus corazones comenzaron a latir desbocados. Max se perdió en aquella mirada castaña que parecía anodina; no obstante, había algo en ella que lo cautivaba. Detuvo su vista en los labios semiabiertos de Erin, que parecían tentarle para que los acariciara con un dulce beso, envuelto en aroma de dulce vainilla.

Él se aproximó poco a poco, haciendo que la respiración de Erin se agitara, mientras una voz dentro de ella gritaba de alegría ante lo que había estado esperando durante tanto tiempo: que Max al fin se fijara en ella.

No obstante, algo le impidió a Max seguir adelante. Una especie de resorte saltó dentro de él,

un aviso de peligro, lo que hizo que se apartara, a pesar del deseo que lo invadía.

—Creo que me voy a ir a dormir, ha sido un día agotador —comentó nervioso, alejándose.

Erin, que había cerrado los ojos, los abrió totalmente desconcertada, pues no entendía lo que había ocurrido. Max había estado a punto de besarla, ¿verdad?, se preguntó, dudando de sus propias percepciones. De repente, se vio embargada por un ápice de vergüenza y se colocó un mechón detrás de la oreja.

—Sí, bueno, entonces, será mejor que me vaya —comentó nerviosa.

Max se giró hacia ella, negando con la cabeza.

—¡Ni hablar! Es muy tarde, Erin. Mejor quédate. Tengo habitaciones de sobra.

Erin se sintió un poco apurada.

—No, Max, yo...

—No digas tonterías. Te quedas y no se hable más.

—Es que no tengo el pijama, ni el cepillo de dientes...

—Yo tengo un cepillo de repuesto. Y, respecto al pijama, puedo dejarte una camiseta mía —propuso—. Por favor, Erin, no me gusta la idea de que te vayas a casa sola tan tarde. Me quedaría más tranquilo.

Erin no pudo negarse ante aquella mirada de cachorrito abandonado.

—Está bien —respondió rendida.

Max sonrió aliviado.

—Genial. Vamos, te enseñaré tu habitación.

Max condujo a Erin a una coqueta habitación con paredes color vainilla, suelo de madera, una cama, dos mesillas y un armario. La estancia daba a la calle, donde no había nadie pasando por allí a esas horas.

—Aquí tienes el cepillo y una de mis camisetas. Creo que te servirá —dijo Max, colocando la prenda sobre la cama.

—Gracias, Max.

—El baño está frente a las escaleras.

—Vale.

Antes de salir, Max se rascó la nuca y le dedicó una tímida sonrisa.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy. Buenas noches.

—Buenas noches, Max. Que descanses.

A continuación, Max cerró la puerta tras de sí, dejando a Erin a solas. Esta suspiró con resignación al considerar que nunca podía decir que no a Max. Era como si tuviera una especie de poder sobre ella y fuera incapaz de negarle nada. Ella, que pensaba regresar a casa, estaba ahora allí, bajo el mismo techo que él, algo incómodo, sobre todo tras lo que había ocurrido en la buhardilla.

Sacudió la cabeza, intentando serenarse. Una vez estuvo menos nerviosa, salió de la habitación para ir al baño y, en cuanto estuvo lista, se preparó para dormir. Se puso la camiseta que Max le había dado. Al hacerlo, percibió el olor del suavizante y de su colonia, que se había quedado impregnada en la prenda. Sintió como si él la estuviera abrazando, algo que la hizo estremecer.

Se metió bajo el edredón, donde rápidamente entró en calor y se aferró a la almohada, cerrando los ojos enseguida. Su intención era dormirse, pero no pudo, ya que todo lo ocurrido con Max no le dejaba conciliar el sueño.

Por otro lado, Max estaba exactamente igual. Con los brazos cruzados detrás de su cabeza y con la vista fijada en el techo, no dejaba de pensar en lo que había estado a punto de hacer. Solo había estado a pocos centímetros de la boca de Erin. Si no hubiera sido por esa vocecilla interior, habría hecho una locura. Erin era como una hermana pequeña para él. No podía permitirse meter la pata con ella, ya que eso haría que su amistad se rompiera.

Tomó una bocanada de aire y respiró hondo. A pesar de haberse frenado en seco antes de cometer un error, lo cierto era que le habría encantado besar esos labios tan cautivadores.

Su corazón latió desbocado al evocar su rostro, su mirada castaña, sus mejillas sonrosadas, su tersa piel y su suave cabello, donde habría querido enredar sus dedos. Resopló, enfadándose consigo mismo por imaginarse lo que no debía. Erin era sagrada, intocable. Y él no volvería a tentar a la suerte.

Capítulo 25

Eran alrededor de las ocho y media cuando el despertador de Max sonó. Abrió los ojos con gesto soñoliento, embargado por el cansancio, pues sus cavilaciones no le habían permitido dormir demasiado. Cogió su teléfono y comprobó que tenía un recordatorio: hoy había quedado en desayunar con Sam y Colin.

Se recostó en la cama, llevándose una mano a la cabeza. Lo había olvidado por completo. Consideró durante unos minutos cómo iba a proceder con Erin, ya que esta se había quedado en su casa inesperadamente. Escribió a Sam preguntándole si Erin podía acompañarle y la respuesta entusiasta de Sam no tardó en llegar.

SAM_8:32

Por supuesto que puede venir. Tengo ganas de verla. Besos.

A continuación, Max se levantó, se puso unos pantalones blancos, una camiseta con el logo de los Rolling Stones y salió a buscar a Erin. Esta estaba a punto de cambiarse cuando Max dio dos golpes con los nudillos en la puerta.

—Adelante —le instó Erin.

Max se encontró un panorama inesperado y sumamente revelador. Erin llevaba su camiseta puesta, que le llegaba por la mitad del muslo, lo que le daba una imagen realmente sensual. Ella pareció no percatarse de su apariencia, porque permaneció impassible.

—Buenos días —saludó él, visiblemente fascinado.

—Buenos días, Max.

—¿Has dormido bien? —inquirió, centrando su vista en el rostro de ella.

—Sí, muy bien.

Él carraspeó, aclarándose la voz.

—Venía a decirte que he quedado con Sam y Colin para desayunar.

Erin se mostró un poco inquieta.

—Claro, no te preocupes, me voy ya.

—No, no hace falta que te vayas. De hecho, quiero que vengas conmigo.

Esto sorprendió a Erin.

—¿A Sam no le importa?

—Ni mucho menos. Está deseando verte —aseveró él.

Erin esbozó una mueca de agrado.

—Entonces, iré, claro. Estaré lista en cinco minutos.

—Estupendo. Te espero abajo.

A continuación, Max cerró la puerta tras de sí. En cuanto llegó al vestíbulo, tomó una bocanada de aire y respiró hondo. Se llevó una mano al pecho, donde su corazón brincaba. La visión de Erin con su camiseta puesta, sus piernas desnudas y su pelo revuelto, le había hecho querer cometer una locura. Una bonita locura, como la noche anterior.

—Me va a dar un infarto como siga así —musitó.

Minutos después, salieron de la casa, poniendo rumbo al hogar de Sam, que no estaba lejos. El cielo estaba un poco encapotado, de modo que decidieron apresurar su marcha, por si se ponía a llover.

Finalmente, llegaron al número 7 de Cottessmore Gardens y Sam abrió la puerta enseguida con una enorme sonrisa.

—¡Erin, cuanto tiempo! —la saludó, dándole un abrazo.

—Hola, Sam —respondió ella contenta.

—Me alegro tanto de verte. Venga, pasad —les instó.

A continuación, cerró la puerta detrás de ellos y los condujo a la cocina, donde Colin estaba preparando el desayuno, consistente en platos variados como tortitas, beicon, huevos revueltos, judías con tomate y tostadas. En cuanto entraron en la estancia, Colin les saludó jovial.

—¡Buenos días!

—Buenos días, cuñado —respondió Max.

—Colin, cariño, ¿te acuerdas de Erin, la hija de Nancy?

Colin escrutó el rostro de la joven.

—Sí, claro. ¿Cómo estás, Erin?

—Bien, gracias —contestó ella sonriente.

—¿Ya os conocíais? —inquirió Max, sentándose a la mesa que había allí.

—Sí, nos encontramos por casualidad con Nancy y Erin hace un par de años, cuando estábamos haciendo unas compras —explicó Sam—. Bueno, Erin, siéntate, estás en tu casa.

Erin se acomodó al lado de Max.

—¿Qué preferís? ¿Café, té, zumo? —preguntó Sam desde la encimera.

—Para mí, café —indicó Max.

—Yo también. Con leche, por favor —añadió Erin.

—Muy bien —respondió Sam, vertiendo la cálida bebida en sendas tazas.

Minutos después, estaban los cuatro sentados a la mesa, desayunando. Erin untó mantequilla y un poco de mermelada de melocotón sobre una tostada, mientras Sam hablaba.

—¿Sabes? Una de mis empleadas es paciente tuya —indicó Sam.

—¿En serio?

—Se llama Louise Miller, es mi secretaria. Le comenté que te conocía.

—Vaya, qué casualidad. ¿Y cómo se encuentra?

—Bien, deseando tener ya al bebé, según me dice.

—Los últimos meses son un suplicio.

—Así que tú eres la famosa ginecóloga, la doctora Turner —indicó Colin.

—Lo de famosa creo que es exagerado —respondió Erin con timidez.

—Ni mucho menos. Eres célebre en tu gremio. No te quites méritos —dijo Sam—. Por cierto, el otro día estuve revisando las estanterías y encontré un álbum de fotos de nuestra infancia. Había una en la que aparecíamos los tres. Creo que yo tendría unos nueve años. Estábamos en Coventry, en casa de tus padres.

—Sería de alguna de las veces que fuisteis —indicó Erin.

—Recuerdo que eras como una muñequita. Eras monísima. Para mí, eras como la hermanita pequeña que no tenía —aseveró Sam.

—Siempre la estabas mandando —apuntó Max.

—¡Eso no es verdad! —se defendió Sam—. ¿A que no, Erin?

Esta se rio.

—No, claro que no.

—Y adorabas a Max. A él sí que le hacías caso —indicó Sam, haciendo que Erin se sonrojara.

—Bueno, era como su hermano mayor. Se suele admirar más a los hermanos —afirmó Max con una media sonrisa.

—Puede ser. Recuerdo aquella vez, cuando estábamos en Stirling Park y montamos una carrera en la explanada, delante del jardín, con las bicicletas. Bueno, Erin iba en triciclo.

—Y yo me caí de la bicicleta. Me di un buen golpe justo cuando iba ganando —apuntó Max.

—Recuerdo que Erin dejó el triciclo y fue corriendo a ver qué te pasaba. De hecho, se puso pálida al ver la sangre. Te hiciste una buena herida —explicó Sam.

—Sí, la verdad es que me impresionó un poco ver la sangre —indicó Erin.

—Era normal que te impresionara. ¿Qué edad tendrías? ¿Cuatro años? —comentó Max.

—Probablemente.

—Es irónico, porque en tu trabajo habrás visto mucha más sangre que en ese entonces —apuntó Colin.

—Sí, lo cierto es que sí —respondió Erin.

—Acabo de acordarme de aquella vez que maquillaste a Erin. Menudo desastre. Luego le tocó a mamá quitarle todo —explicó Max, divertido.

—¡Lo recuerdo! Parecía un payaso —dijo Erin.

—Sí, mamá se enfadó bastante conmigo —indicó Sam.

—No fue solo por Erin, es que también maquillaste a uno de nuestros perros.

—El pobre aguantó estoicamente —advirtió Sam.

—Colin, no sabes lo que hemos tenido que aguantar Erin y yo. Sam ha hecho con nosotros lo que ha querido —afirmó Max.

—Me lo puedo imaginar —comentó Colin, divertido.

Durante el resto de la mañana, la conversación se sucedió por diversos derroteros. Erin se sintió realmente cómoda en aquel lugar, donde reinaba un ambiente cálido y familiar. Comprobó que, pese al paso del tiempo, la complicidad entre Max y su hermana no había cambiado. Eran los príncipes del castillo que ella recordaba.

Al cabo de una hora, salieron de la casa, puesto que se hacía tarde. Observaron que el cielo aún seguía cubierto de nubes, de modo que debían darse prisa para evitar la lluvia.

—Espero que te pases otro día, Erin —comentó Sam.

—Claro. Ya tengo tu número, así que otro día quedamos.

—Estupendo. Bueno, vuelvo adentro. Que tengáis un buen día. Y Max, escíbeme con lo que sea, ¿vale?

—Claro. Te quiero.

—¡Y yo! —respondió Sam, cerrando la puerta.

Cuando se quedaron a solas, se hizo un breve silencio, que Max se apresuró a romper.

—¿Vas a coger un taxi hasta casa?

—No, iré en metro.

—Entonces, vamos en la misma dirección.

Comenzaron a caminar por las calles pobladas por hileras de elegantes casas.

—Sam te tiene mucho cariño —comentó Max.

—Y yo a ella. No ha cambiado nada.

—Sigue tan loca como siempre.

Esto hizo reír a Erin.

—Pero es una loca encantadora. En realidad, ambos lo sois.

—Gracias por el cumplido.

—Colin es muy simpático. Se nota que os lleváis bien.

—Es un tipo estupendo. Es el alma gemela de Sam. La comprende, está siempre a su lado. Y no es fácil, porque mi hermana tiene muchas responsabilidades con la empresa familiar. A veces tiene que estar pendiente de todo y eso le quita tiempo.

—Cuando amas a alguien, tienes que ceder en algunos aspectos.

—Cierto. Me alegré mucho cuando empezaron a salir. Aunque les costó muchos años darse cuenta de que estaban hechos el uno para el otro, fue Sam la que al final dio el paso y le confesó lo que sentía.

—No es fácil confesarle a alguien lo que sientes.

—Lo sé, pero ¿qué es fácil en esta vida? Guardar tus sentimientos en un cajón no sirve de nada. De hecho, acabas amargándote porque te arrepientes de no haberlo intentado. Es mejor expresar lo que sientes y ver qué pasa.

Esta afirmación hizo reflexionar a Erin durante unos segundos. Ciertamente, consideró que Max tenía razón. ¿De qué servía guardar en un profundo rincón del corazón un amor que quizás fuera correspondido? Rememoró lo ocurrido anoche, aquel beso que estuvo a punto de suceder. ¿Y si Max se había visto embargado por el miedo a que ella lo rechazara?

—Bueno, ya hemos llegado —anunció él, deteniéndose ante la boca de metro de High Street Kensington.

Erin salió de su ensimismamiento.

—Vaya, qué rápido.

—No estaba muy lejos —comentó—. Gracias otra vez por lo de ayer... y por acompañarme a casa de Sam.

—No ha sido nada. Me lo he pasado muy bien.

—Habrá que repetirlo.

—Por supuesto —respondió ella, entusiasta.

Max sonrió.

—Nos vemos.

Max se dio la vuelta, dirigiéndose calle arriba. Su mente, pese a haber estado al lado de Erin, estaba concentrada en otra cosa: en la cita de esa noche y en el plan que llevaría a cabo.

Al ver que se alejaba, Erin notó una sensación de vacío en su interior, como siempre le sucedía. No obstante, su corazón saltó como un resorte, recordándole que no debía dejar las cosas así. Porque, como bien dijo Max, había que lanzarse.

—¡Max! —gritó.

Este dejó a un lado sus cavilaciones y se giró para mirarla.

—¿Sí?

Erin tomó una bocanada de aire y respiró hondo, serenando su inquietud. Estaba realmente nerviosa ante el plan que iba a proponer, porque suponría un antes y un después en su amistad con Max. Un punto de partida, quizás.

—¿Tienes planes para mañana por la noche?

Él negó con la cabeza.

—No, ¿por qué?

Erin se mordió el labio inferior.

—¿Te apetecería cenar en mi casa? Puedo preparar mis famosos *brownies* con helado de vainilla —propuso.

Max esbozó una media sonrisa.

—Claro. Me encantaría.

Erin se mostró aliviada ante su respuesta afirmativa.

—Genial. Entonces, mañana a las siete en mi casa.

—Allí estaré.

A continuación, Erin bajó las escaleras apresuradamente, consiguiendo subirse a uno de los vagones del tren que acababa de llegar a la estación. Suspiró soñadora, imaginando su próxima cita con Max: velas, una cena deliciosa, un vestido un poco provocativo y una declaración de amor.

Una declaración de amor que lo cambiaría todo.

Capítulo 26

Eran alrededor de las nueve de la noche cuando Max detuvo su coche en las cercanías de Riverside Manor, el hogar de los padres de Owen. La impresionante mansión hecha de ladrillo, de cuatro plantas y altos ventanales, se encontraba en el distrito de Twickenham, a orillas del río Támesis.

Desde la verja podía oír ligeramente el jolgorio del interior y la música, señal de que la fiesta ya había empezado. Tomó una bocanada de aire y respiró hondo. Estaba nervioso, pues no sabía qué sucedería. No obstante, deseaba descubrir la verdad y tomar las medidas oportunas cuanto antes.

Notó un escalofrío, quizás debido al frío que hacía esa noche, que iba acompañado de un viento gélido y desolador. Aunque también podría ser producto de la inquietud. Llamó al timbre con decisión y enseguida, alguien abrió. Se adentró por el camino delantero que conducía a la puerta, flanqueada por dos columnas que sostenían un pequeño pórtico.

—¡Max, bienvenido! Vamos, pasa —le instó Owen con una copa en la mano.

Max esbozó una media sonrisa.

—Hola, Owen.

Este cerró la puerta y, al instante, Max percibió el calor que flotaba en el ambiente.

—Puedes dejar la chaqueta en el perchero o en una de las habitaciones de arriba. Donde prefieras. Hay mucho sitio. Diez habitaciones, concretamente.

—La dejaré en el perchero.

Una vez hizo esto, Max siguió a Owen por el pasillo que conducía al resto de la casa. Sus pasos resonaron en el mármol que cubría el suelo, mientras pasaban por delante de un amplio ventanal, desde donde podía verse la piscina cubierta. Allí había algunos invitados disfrutando de un agradable baño. Dejaron a un lado la escalera y se adentraron en uno de los salones.

La estancia, que estaba repleta de gente bailando y charlando, tenía el suelo de madera, cubierto parcialmente por una alfombra, una coqueta chimenea, amplios sofás de terciopelo verde y lámparas de estilo *vintage*. Aquel no era el único rincón de la casa donde estaba la fiesta, pues los invitados estaban esparcidos por otras salas.

Max se sintió un poco abrumado, pues no conocía prácticamente a nadie.

—¡Max, querido! —exclamó Karen, que estaba junto a la chimenea.

Se lanzó a sus brazos, dándole un efusivo abrazo.

—Me tenías preocupada, has estado desaparecido últimamente —afirmó.

—Es que he tenido mucho trabajo —respondió escueto.

—¡Max, tío, cuánto tiempo! —saludó Frankie, jovial.

—Hola, Frank.

—Oye, no sabes lo que te perdiste el fin de semana pasado. Menuda juerga —aseveró Frankie, dando a continuación un sorbo a su copa.

—Ya me contó Owen.

—Aunque podrías habernos dicho que el fin de semana ibas a verte con una de tus *gatitas* —comentó Frankie, guiñándole un ojo.

Max alzó una ceja.

—¿Gatita?

—No te hagas el tonto. Hemos visto las fotos del *Mirror* —indicó Karen—. ¿Quién es esa chica? No la había visto nunca.

—Es una amiga de la infancia. Y no es ninguna de mis *gatitas* —respondió serio.

En ese instante, apareció Belle detrás de él.

—¡Hola, Max! Ya era hora de que te dejaras ver —dijo agarrándole del brazo y dándole un beso en la mejilla.

—He estado liado —comentó.

—¿De qué hablabais? —inquirió Belle.

—De las fotos del *Mirror* —explicó Karen.

Belle arrugó la nariz.

—Ah, ya veo. Oye, sin ánimo de ofender, pero, sinceramente, ¿en qué estabas pensando? Esa chica no te pega nada, Max.

Este se giró hacia ella y le dedicó una mirada furiosa, que hizo que Belle retrocediera.

—Pues resulta que me has ofendido con ese comentario —espetó.

Belle tragó saliva, mientras los demás se quedaban sorprendidos por la reacción del diseñador.

—No hablaba en serio, hombre. Perdona si te he ofendido.

Max no apartó su vista de ella.

—Disculpas aceptadas.

Belle se echó el pelo hacia atrás con la mano, en un ademán nervioso.

—Bueno, voy a por otra copa. Luego hablamos.

Dicho esto, se alejó de allí rápidamente.

—Oye, Max, creo que te has pasado un poco —comentó Owen a su lado.

—¿Y ella no se ha pasado con su comentario? No solo me ha ofendido a mí, sino también a mi amiga —respondió impasible.

Owen lanzó un suspiro.

—Bueno, tengamos la fiesta en paz, ¿vale? Por cierto, si quieres beber algo, la bebida está en la cocina. Prepárate lo que quieras.

A continuación, se marchó, dejando a Karen, Frankie y Max a solas, aunque rodeados de gente.

—Voy a por algo de beber —comentó.

—Te acompaño, que tengo que rellenar mi copa —se ofreció Karen.

Max y Karen se encaminaron hacia la cocina, donde se sirvieron sus respectivas bebidas.

—Supongo que habrás notado lo caballeroso que está Owen con Belle, ¿no?

Max la observó con interés.

—¿A qué te refieres?

—A que entre ellos hay algo. Lo sospechaba desde hace tiempo, pero en Surrey lo confirmé. Los pillé liándose en una de las habitaciones.

Max se quedó perplejo. Entonces, recordó un detalle importante.

—Pero ¿Belle no estaba saliendo con ese futbolista del Chelsea?

—Sí, sin embargo, han tenido una crisis fuerte porque él va a fichar por un equipo francés. Así que, digamos que Belle ha buscado consuelo en Owen. Y a eso hay que sumarle sus problemas con sus padres.

—Algo me contó Owen el otro día.

—Owen está loco por ella. Hace todo lo que Belle le pide. El pobre me da un poco de pena, porque Belle no va en serio. Solo le utiliza.

Max escrutó el rostro de Karen, donde vislumbró cierto atisbo de celos.

—Y te encantaría estar en el lugar de Belle, ¿no?

Karen abrió mucho los ojos, mientras tomaba un sorbo de su copa.

—Eso es cosa del pasado. Además, ahora tengo otras cosas en las que pensar. ¿Sabes que la MTV me ha propuesto grabar un *reality*?

—¿En serio? Entonces, ¿vas a ser la Kim Kardashian británica? —bromeó.

—No me compares con ella, que yo no tengo el culo tan gordo —espetó.

A continuación, Karen pasó a explicarle todo lo relacionado con el proyecto, algo que a Max no le importaba en absoluto. Mientras ella hablaba, Max se permitió unos minutos de reflexión.

Karen era tan superficial... No había otra cosa en el mundo que le importara más que ella misma. De hecho, ninguno de sus amigos le había preguntado cómo le iban las cosas, a excepción de Owen, y no estaba seguro de que ese interés fuera sincero.

Tras su intrascendente charla con Karen, Max se paseó por la casa, buscando a Owen. Esperaba tener la oportunidad de hacerse con su teléfono y poder indagar sobre el asunto que le había llevado allí. No obstante, no pudo, porque Frankie apareció de repente, acompañado de dos jóvenes de cuerpo escultural.

—¡Max, te estaba buscando! Mira, te presento a Charline y Gwendolyn.

Ambas lo miraron indignadas.

—Querrás decir Charlize y Geraldine —indicó una de ellas.

Frankie agitó la mano quitando importancia.

—Claro, es lo que he dicho —afirmó con un deje sarcástico—. Max, vamos a sentarnos a charlar un ratito con ellas. Ven.

Frankie lo agarró por los hombros, arrastrándolo a una de las salas, que albergaba el comedor. Una vez se acomodaron en las sillas acolchadas, la conversación se sucedió sin que Max participara.

—Yo es que soy actriz, cantante e *influencer* —comentó una de las jóvenes.

—¿Las tres cosas a la vez? ¡Fascinante! —dijo Frankie.

—Tengo unos diez mil seguidores en Instagram y doy consejos de belleza. Pero quiero potenciar mi faceta de actriz, ¿sabes? Hacer algo de... ¿cómo se llama ese hombre tan famoso?

Ese que escribió *Romeo y Julieta*.

Max puso los ojos en blanco.

—¿Shakespeare? —intervino con aire cansado.

La chica asintió.

—Sí, ese. Mi profesor de interpretación dice que tengo muchas dotes para hacer algo de Shakespeare.

Frankie fijó su vista en sus pechos, algo que disgustó a Max.

—Desde luego, tienes dotes.

—Te auguro un futuro prometedor —comentó Max con un atisbo de sarcasmo.

—Max, tú que eres diseñador, ¿qué te parece este conjunto? —inquirió otra de las chicas, mostrándole el vestido de lentejuelas que lucía.

A Max le pareció una horterada, puesto que era un color chillón que no le sentaba bien. Sin embargo, decidió ser delicado a la hora de exponer su desagrado.

—No está mal, aunque yo habría elegido otro color.

—Eres un genio, Max —aseveró ella. Entonces, se acercó más a él y acarició su hombro, mientras lo miraba de forma sensual—. Oye, ¿qué te parece si nos vamos a alguna parte a hablar a solas? Me gustaría consultarte un par de cosas más...

La alarma de Max saltó como un resorte, de modo que se levantó con la clara intención de irse.

—Lo siento, tengo que ir a hacer otra cosa. Te dejo en buena compañía. Ha sido un placer —respondió apresuradamente, dejando a los tres perplejos.

No obstante, Frankie vio una oportunidad.

—No os preocupéis, chicas, lo pasaremos bien —aseveró seductor.

Max retomó su búsqueda, recorriendo varias estancias, hasta que, a través de uno de los ventanales, comprobó que Owen estaba en el jardín, sentado en una de las hamacas. Parecía el momento ideal para poner en marcha su plan. Fue a la cocina, cogió una botella de coñac y salió al jardín, donde hacía bastante frío. Se dirigió con firmeza hacia donde estaba Owen, decidido a no irse de allí sin la información que buscaba.

—¡Owen! Aquí estás, te he estado buscando —saludó Max, jovial.

Owen dio un sorbo a su copa, con semblante apenado. Max se sentó a su lado en otra hamaca.

—He traído coñac. Trae, que te pongo un poco.

—Sí, me vendrá bien —respondió con desgana mientras Max le servía la bebida.

Este escrutó el rostro de Owen.

—¿Ocurre algo?

Le entregó la copa cargada de coñac, que Owen se bebió casi de un trago.

—El amor, que es un asco.

—¿De verdad? ¿Por qué dices eso? —preguntó con interés.

—Por experiencia. Cuanto más te entregas a alguien, más fuerte es la puñalada —aseveró con desdén.

—¿Y quién te ha asestado la puñalada?

Owen se revolvió incómodo.

—Prefiero no hablar de ello.

Max vio claro que Owen todavía no estaba lo suficientemente bebido como para contar nada, así que se dispuso a emborracharlo.

—Venga, bebe un poco más, que el alcohol quita todas las penas.

Owen bebió un vaso de coñac tras otro, y al cabo de unos minutos, se desinhibió completamente, permitiendo que Max obtuviera información.

—Se ha aprovechado de mí, ha hecho todo lo que ha querido conmigo y ahora me deja tirado por ese futbolista de mierda —aseveró enfadado.

—¿Hablas de Belle?

—¡Esa! Ella es la culpable de que tenga el corazón destrozado. Cuando el tipo ese la deja tirada, viene a mí, me usa y luego me tira como una colilla en cuanto él vuelve.

—Comprendo.

—Aunque tampoco es que me haya quedado de brazos cruzados.

—¿Qué quieres decir?

Owen se encogió de hombros.

—Que también me he acostado con Karen, y varias veces. Cada vez que Belle se va con su futbolista.

Esta revelación dejó a Max perplejo.

—No pierdes el tiempo —soltó sarcástico.

—¿Y qué quieres que haga? Siempre hace lo que quiere. Nos acostamos y luego se va. Necesito desfogarme.

Max alzó una ceja.

—Estás empezando a resultarme repugnante —comentó con desdén.

—¿Sabes? Le ha pedido que se case con él y, como ella está sin blanca, no se lo ha pensado. ¿Por qué no se casa conmigo? Yo le daría todo lo que quisiera. Con lo que he hecho por ella.

—¿Y qué has hecho por ella?

Owen se quedó callado un momento.

—A ti no te lo puedo decir, Max.

—¿Y por qué no? —inquirió con interés.

—Porque no puedo. Se lo prometí.

—¿Y los demás saben lo que haces por ella? —preguntó suspicaz.

—Sí, bueno... Vaya, todo me da vueltas...

En ese instante, Owen cayó sobre la hamaca, quedándose dormido. Max se sintió un poco frustrado, porque había estado muy cerca de saber algo más. No obstante, vio una oportunidad.

Echó un vistazo alrededor, comprobando que no hubiera nadie cerca, y se puso a buscar el teléfono. Una vez lo halló, agarró el dedo índice de Owen, lo colocó sobre la pantalla y, como bien explicó Lana, el reconocimiento por huella dactilar dio resultado, permitiéndole acceder al dispositivo. Se fue directo a WhatsApp, donde observó que tenía una conversación reciente con Belle. Siguiendo su instinto, empezó a ojear el chat.

Unos segundos después, se detuvo en un mensaje concreto.

OWEN_23:50

Hola, preciosa. Max me ha confirmado que irá el fin de semana a Coventry con una amiga. Quizás ese fotógrafo que conoces pueda obtener algo jugoso. Ya sabes lo que me debes a cambio. Te quiero.

Max apartó la vista de la pantalla tratando de asimilar lo que, en cierto modo, intuía: Owen había sido quien había compartido la información. Sin embargo, no era él quien mandaba al fotógrafo.

Apretó la mandíbula y los puños, visiblemente enfadado. Tras tomar una foto del mensaje como prueba de todo, fue directo a buscar a Belle. Iba a confrontarla allí mismo, sin importarle el resto de la gente.

Recorrió de nuevo la casa, hasta que se encontró a Belle en la cocina, hablando con Karen animadamente. Su furia fue en aumento cuando ellas se giraron, dedicándole una sonrisa inocente.

—Hola, Max —saludó Belle.

Este se detuvo ante ellas con gesto severo, provocando que ambas se miraran desconcertadas.

—¿Sabéis? He descubierto algo muy curioso. Solo había dos personas que sabían que iba a Coventry el fin de semana: una era Tania y el otro era Owen. ¿Quién creéis que soltó la información al *Mirror*?

—Probablemente, Tania. Está claro que necesita el dinero —contestó Belle.

Esto enfureció más a Max. A continuación, pasó a leer el contenido del mensaje del que había tomado la instantánea.

—«Hola, preciosa. Max me ha confirmado que irá el fin de semana a Coventry con una amiga. Quizás ese fotógrafo pueda obtener algo jugoso. Ya sabes lo que me debes a cambio. Te quiero». ¿Te suena esto, Belle? —inquirió molesto.

Esta abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Cómo?

—He hecho trampas, igual que tú, traicionando la confianza de un amigo y he descubierto no solo que tú te has dedicado a vender información sobre mí, sino que todos lo sabíais —sentenció enfadado.

Belle y Karen no dijeron nada en respuesta. El silencio se apoderó de la atmósfera hasta que Frankie apareció por allí.

—¡Hola, chicos! ¿Y esas caras? Vamos, que estamos en una fiesta y yo me acabo de hacer un trío con dos preciosidades —explicó con picardía.

Sin embargo, al ver el semblante serio de los tres, Frankie se mostró desconcertado.

—Dime, Frankie, ¿desde cuándo sabes que Belle me vende al *Mirror*? —inquirió Max molesto.

Frankie abrió mucho los ojos.

—Yo...

—Imagino que Belle haría las fotos de la discoteca, porque no había ningún fotógrafo allí. Y dime, Belle, ¿cuánto has ganado a mi costa? ¿Cuánto has ganado traicionando mi confianza? —espetó furioso.

—¡Está bien! Sí, lo hice. Pero fue por necesidad. ¿Sabes lo que es no tener dinero ni para ir a la peluquería? Tengo una imagen que cuidar y mis padres no quieren ayudarme —explicó dramática.

—¡Pues trabaja como el resto de los mortales, Belle! —exclamó enfadado.

Esta se irguió.

—Ya lo hago. En mi Instagram tengo más de ocho mil seguidores. Solo tengo que sacarle partido.

—Oye, chicos, vamos a calmarnos, ¿vale? Además, esas fotos no hacen daño a nadie —intervino Frankie, tratando de serenar la situación.

No obstante, Max le lanzó una mirada furiosa.

—Siempre hablando de más, Frank. Nunca te tomas nada en serio. Esas fotos son una intromisión a mi intimidad, a mi vida privada, que es algo sagrado para mí. Yo vivo de mi trabajo, no de vender mis miserias. Y voy a deciros algo, panda de parásitos.

» Frank, haz el favor de respetar a las mujeres y mirarlas a la cara cuando hablan contigo, no a las tetas. Porque, como sigas así, el día menos pensado acabas en la cárcel por acosador. Deja de dar asco por una vez. Y respecto a lo tuyo con la sobrina de Branson, te aconsejo que rompas con ella, porque, como se entere de lo que haces, te aseguro que vas a acabar fatal —espetó, dejando a Frankie sin palabras. A continuación, se dirigió a Karen—. Respecto a ti, Karen, te deseo mucho éxito en tu *reality*, aunque con lo poco interesante y superficial que eres, probablemente no llegue ni al tercer episodio —soltó sin miramientos. Finalmente, detuvo su vista en Belle—. Y Belle, aprovecha tu buena suerte, porque hay trenes que solo pasan una vez en la vida. No todo el mundo puede decir que tiene trabajo asegurado, pese a que no valga ni para meter un trozo de pan en la tostadora.

Los tres se quedaron perplejos. No obstante, Max tenía algo más que decir.

—A propósito, decidle a Owen de mi parte que se vaya a la mierda. Está en el jardín, llevadle una manta, porque, si no, puede morirse por una hipotermia. Y otra cosa más: Owen se ha estado tirando a Karen mientras se acostaba contigo, Belle. Lo digo porque sería un momento perfecto para que afiancéis vuestra amistad.

Belle miró a Karen, indignada.

—Pero ¿de qué vas? ¡Owen es mío, guapa!

Karen se irguió.

—¿Ah, sí? No estoy yo tan segura, porque siempre me llamaba cuando pasabas de él. Así que, tan tuyo no será.

—¡Él me adora!

—¿De verdad? Pues no era lo que me decía en la cama —espetó Karen.

Belle lanzó un grito de furia y se abalanzó sobre Karen, agarrándola del pelo. Frankie trató de separarlas, sin éxito, mientras se peleaban, propinándose arañazos, puñetazos y patadas. Max

esbozó una mueca de triunfo, mientras salía de la casa.

Al fin, aquellos en los que durante tanto tiempo había confiado habían mostrado sus verdaderas caras. Y estas eran realmente horrendas. Porque, como bien había descubierto, nunca fueron sus amigos, y a las personas que nos hacen daño, nos usan y nos mienten hay que alejarlas de nuestras vidas.

Capítulo 27

Aquella mañana de domingo, Max se había levantado temprano, pese a haber regresado tarde de la fiesta. Se encontraba en la cocina, tomando un ligero desayuno, mientras hablaba con Sam por teléfono, contándole lo acontecido.

—Así que esa panda de cerdos lo sabía todo —espetó Sam enfadada.

—Sí, y yo sin tener ni idea. Sam, tenías razón. No eran buena compañía.

—Si es que tengo un sexto sentido para estas cosas, pero tú no me escuchabas.

Max puso los ojos en blanco.

—Lo siento. La próxima vez te haré caso.

Sam lanzó una carcajada.

—Ya, claro. Y tú que pensabas que podría ser Tania. Es para matarte.

Max torció el gesto.

—Lo sé. Estaba completamente equivocado. De hecho, no sé cómo se me pudo pasar por la cabeza semejante idea.

—Supongo que fue la paranoia.

—Hoy he quedado con ella. Quiero contarle todo.

—Si le cuentas que sospechabas de ella, no le hará gracia.

—Sin embargo, quiero decírselo. Además, sé cómo hacer que no se enfade. O, al menos, que me perdone.

—Siempre piensas en todo.

Max miró su reloj de pulsera.

—Oye, te dejo, que voy a prepararme.

—Pásalo bien y mándale recuerdos de mi parte.

—Claro. Te quiero, hermanita.

—¡Y yo! Un beso.

Tras colgar, Max recogió todo y se dispuso a prepararse para su encuentro con Tania. Una vez se duchó y se vistió, salió de casa, rumbo a la tienda de comestibles más cercana. Allí compró una de las perdiciones culinarias de Tania: una caja de *fingers* de chocolate de Cadbury, sus preferidos.

Se subió al coche, poniendo rumbo a Harrow. Hacía un día soleado, ideal para pasar un rato al aire libre. A medida que se adentraba por la urbanización de casas adosadas donde se ubicaba la vivienda de Tania, notaba el aroma floral flotando en el ambiente. Parecía ser que la primavera había llegado a ese tranquilo rincón de Inglaterra.

Detuvo el coche ante una casa adosada de ladrillo con un garaje, cuya entrada estaba flanqueada por un pequeño muro y una verja. Se adentró, atravesando un coqueto jardín

delantero, y llamó a continuación a la puerta. Enseguida, Tania salió a recibirlo con una enorme sonrisa.

—¡Hola, Max! —le saludó, dándole un abrazo.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

—Bien, esperándote. Por cierto, hoy estaremos solos.

—¿Y Lawrence y los niños?

—Lawrence ha ido de pesca con su padre y su hermano, y los niños están con mi suegra. Yo me he quedado para adelantar algo de trabajo.

—Vaya, si llego a saber que tenías trabajo pendiente, lo habríamos dejado para otro momento.

—No te preocupes, la mañana me ha cundido mucho. Seguiré más tarde. Además, tengo la sensación de que tienes que contarme algo que no puede esperar —afirmó—. ¿Comemos?

Se adentraron en la casa a través del pasillo que daba acceso a la cocina y al jardín. Al pasar por la primera estancia, Max pudo oler un delicioso aroma a hojaldre y mantequilla.

—¿Qué has preparado?

—Un quiche de jamón y queso.

Max sonrió.

—Recuerdo que esa era tu especialidad cuando compartíamos piso.

—Qué tiempos aquellos. Sin marido, sin niños. Era una vida más despreocupada.

Max alzó una ceja.

—¿Hablas en serio? Siempre teníamos que estar pendientes de pagar el alquiler, hacer la compra, organizar los turnos para limpiar, que el casero no intentara desentenderse de las reparaciones de la casa... Y luego estaban los problemas sentimentales de cada uno. Hacíamos terapia de grupo cada dos por tres —advirtió.

Tania puso los ojos en blanco.

—Vale, puede que fuera una época complicada. Sin embargo, también nos lo pasábamos bien. Y teníamos unos cuantos años menos.

—Eso es cierto. Pero yo te veo genial ahora. Incluso diría que muy feliz.

Tania sonrió.

—Sí, lo soy. No cambio a Lawrence y a los niños por nada. Y, además, trabajo en lo que me gusta, tengo mi propia casa, mi hipoteca.

Pusieron la mesa, cubriéndola con un mantel con motivos florales y, en cuanto se sirvieron el quiche, comenzaron a comer. Como acompañamiento al plato principal había patatas asadas y ensalada.

—Está todo riquísimo, Tania. Sigues teniendo buena mano con la cocina. Igual que John.

—Somos un par de chefs. Siempre andamos intercambiando recetas. Recuerdo que tú te beneficiabas de nuestra habilidad para cocinar.

—Sí, ya sabes que soy un desastre en la cocina.

Tras dar un bocado a un trozo de patata, Tania decidió abordar el asunto que había traído a Max a su casa.

—Y dime, ¿de qué querías hablar conmigo?

Max tragó el trozo de hojaldre que tenía en el paladar y tomó un sorbo de agua para aclararse la garganta. Entonces, se dispuso a contestar, invadido por un atisbo de inquietud ante la posible reacción de Tania.

—Supongo que habrás visto las fotos mías que el *Mirror* publicó esta semana.

—La verdad es que no. Ya sabes que no leo los tabloides.

Max torció el gesto.

—El caso es que, últimamente, el *Mirror* ha estado publicando fotos mías. En las últimas aparecía con Erin en Coventry. Ya sabes que fuimos allí.

—Ya veo. ¿Y a qué viene tanto interés del *Mirror*?

—Alguien ha ido vendiendo información.

Tania se quedó perpleja.

—¿En serio?

—Sí. Alguien de mi entorno se dedicó a facilitar información al *Mirror* a cambio de dinero. Por eso sabían dónde estaba y con quién.

—¿Y quién ha hecho eso?

—Belle MacPherson. Es parte del grupo ese con el que salía. De hecho, lo más increíble es que todos lo sabían.

Tania negó con la cabeza.

—La gente hace lo que sea por dinero. Es vergonzoso. Supongo que ya no te hablarás con ellos, ¿no?

—No, anoche puse fin a nuestra amistad después de conseguir la prueba que necesitaba para confirmar mis sospechas.

—Me alegro. Ahora puedo decírtelo: nunca me gustaron. Siempre pensé que eran una panda de pijos remilgados.

—Pues tenías razón —afirmó—. La cuestión es que, durante unos segundos, hice algo terrible. Resulta que, como tú también sabías lo de Coventry, llegué a pensar que tú habías hablado con el *Mirror*.

En cuanto dijo eso, Max cerró los ojos con fuerza. Al abrirlos, se encontró el gesto incrédulo de Tania.

—¿Hablas en serio?

—Pero te juro que enseguida me di cuenta de que era imposible. Porque tú nunca me harías eso —aseveró apurado.

Tania se indignó.

—Claro que nunca lo haría. No entiendo cómo ni tan siquiera por un segundo llegaste a considerarlo.

—Compréndelo, me puse paranoico. No pensaba con claridad. Y deseché la idea casi al instante, te lo juro. Perdóname por ser un estúpido y un mal amigo —le pidió, acercándose a ella con ojos de cordero degollado.

Tania resopló.

—No sé, no sé si te mereces que te perdone.

Entonces, Max recordó un importante detalle.

—Dame un segundo, vuelvo enseguida.

Se levantó y fue al vestíbulo, donde había dejado la bolsa que contenía la caja de *fingers* de chocolate. Cuando regresó, se la mostró a Tania, que se desarmó por completo.

—¡Max, esto no es justo! Sabes que son mi perdición —dijo, mordiéndose el labio inferior ante tan delicioso manjar.

Max le entregó la caja.

—Acéptalos como disculpa por mi estupidez.

—Esto es chantaje —espetó.

No obstante, abrió la caja y, al ver los deliciosos *fingers* de chocolate, se olvidó por completo de su enfado.

—Está bien, te perdono. Pero que sea la última vez que piensas así de mí —le advirtió.

—¡Te lo prometo!

—¿Nos los tomamos con un par de vasos de leche?

Max sonrió, dándole un beso en la mejilla a continuación.

—Por supuesto.

Al cabo de una hora, Max regresó a Kensington con una mueca complacida, puesto que se había quitado de encima el peso de la culpabilidad. Había estado ciego demasiado tiempo, priorizando a aquellos que, en el fondo, nunca lo apreciaron. No obstante, las cosas iban a cambiar.

En cuanto dejó el coche en el garaje, ojeó su teléfono y comprobó que tenía varias llamadas y mensajes. Sin embargo, reparó en uno en concreto.

LANA_15:03

¡Hola, Max! ¿Tienes planes para esta noche? Me han invitado a la fiesta de Cartier y no tengo con quien ir. ¿Te apuntas?

Max esbozó una mueca de agrado ante tan apetecible plan. Porque, ciertamente, no tenía nada que hacer esa noche, salvo quedarse en casa.

MAX_16:00

Claro. ¿A qué hora nos vemos?

LANA_16:01

Voy a buscarte a las seis y media. ¿Te viene bien?

MAX_16:02

Me viene genial.

Capítulo 28

Max estaba terminando de arreglarse ante el espejo del vestíbulo cuando llamaron al timbre. En cuanto se ajustó la chaqueta del traje verde oscuro que llevaba, combinado con unos gemelos en forma de trébol y una camisa blanca, salió de la casa.

Lana estaba dentro de un Jaguar de color gris, el vehículo que los llevaría al evento. Esta sonrió al verlo, al tiempo que él se metía en el coche.

—¡Estás guapísimo, Max! ¡Qué elegante!

—¿Te gusta? Quería llevar algo un poco más colorido, ahora que estamos en primavera oficialmente. —Entonces, se fijó en el aspecto de Lana, que lucía un vestido fucsia largo, con escote palabra de honor, y una chaqueta negra de terciopelo, además de unos tacones de aguja de color plata—. Tú estás espectacular. Muchas cabezas se van a girar a tu paso.

Lana se rio.

—Es lo que pretendo. Además, tengo algo que celebrar.

Max alzó una ceja.

—Vaya. ¿Y qué celebramos?

El chófer arrancó el motor, poniendo rumbo a Bond Street, donde tendría lugar el evento. A esa hora, las calles estaban llenas de gente, sobre todo, cerca de *pubs* y restaurantes, aprovechando las últimas horas del domingo.

—Pues celebramos que acabo de firmar un supercontrato con la firma Mango para ser su imagen durante al menos dos años —explicó Lana feliz.

Max se quedó sorprendido ante la grata noticia.

—¡Eso es fantástico, Lana! ¡Enhorabuena! —Entonces, su semblante se tornó serio al considerar cierta cuestión—. Oye, ¿no empezarás a trabajar con ellos antes del desfile y me dejarás tirado?

Lana negó enérgicamente con la cabeza.

—¡Por supuesto que no! Empiezo a trabajar con ellos en julio. Yo nunca te fallaría, Max —aseveró.

Max se mostró aliviado.

—Menos mal, porque últimamente todo a mi alrededor es un desastre.

—Saldrá bien. Pondrás en práctica tu magia y todo irá como la seda.

Max suspiró abatido.

—Tendré que buscar en el libro de hechizos, a ver si encuentro algún conjuro que solucione todo.

Finalmente, el coche se detuvo ante la entrada principal de la tienda de Cartier, engalanada para la ocasión con una alfombra roja.

—¿Vamos, Max? —le instó Lana a su lado.

Max asintió. Salieron del coche y caminaron sobre la alfombra roja, subiendo la escalinata que conducía al interior del establecimiento. Una vez allí, posaron junto a otras celebridades para la prensa en el *photocall* que Cartier había habilitado en el vestíbulo.

—Max, ya no queda mucho para la Semana de la Moda. ¿Vas a sorprendernos? —inquirió una periodista.

Él sonrió.

—Espero que sí.

—Te vemos muy bien acompañado esta noche. ¿Qué puedes decirnos de los últimos rumores sobre una posible relación con la mujer con la que se te vio en Coventry?

El gesto de Max se tornó serio.

—Esa mujer es tan solo una buena amiga mía. Una amiga de la infancia a la que aprecio mucho, pero no hay nada entre nosotros. Estoy soltero y disponible. Sin embargo, os pido que, como habéis hecho hasta ahora, solo dediquéis artículos y titulares a mi trabajo. No me gustaría que mi buena relación con vosotros cambiara. Y, ahora, si me disculpáis, voy a disfrutar del evento.

A continuación, se dirigieron a otra zona del establecimiento, obviando el revuelo causado por las declaraciones de Max. Con ello esperaba que todo quedara aclarado. Ahora solo deseaba disfrutar de una velada que prometía ser realmente entretenida.

En esos momentos...

En casa de Erin, todo estaba preparado para recibir a Max. La mesa estaba exquisitamente decorada con un par de velas aromáticas, una elegante vajilla, unas copas y un mantel granate de tela.

Ella se había puesto un vestido negro ajustado, con escote en forma de uve, entallado en la cintura y tacones del mismo color. Sobre su rostro, una base de maquillaje ligero, sombra de ojos rosácea, lápiz negro enmarcando su mirada castaña, colorete y pintalabios rosa. Todo para dejar a Max cautivado.

Tomó una bocanada de aire y respiró hondo. Había ensayado mentalmente lo que iba a decirle a Max. Aunque esperaba que la valentía no la abandonara y se le olvidara todo de golpe. Negó con la cabeza, desechando esa idea. Como bien le decía su madre siempre: «Lo importante es hablar con el corazón en la mano, así no podrás equivocarte».

Miró su reloj de pulsera, comprobando que ya eran las siete y cinco. Se extrañó un poco de que Max no fuera puntual, porque solía serlo. No obstante, consideró que había que ofrecer unos minutos de cortesía, ya que, seguramente, estaría aparcando.

En ese instante, en la tienda de Cartier, Max estaba acomodado en un sillón junto a Lana y varias celebridades con las que estaba conversando animadamente, mientras tomaba una copa de champán y un canapé, ignorando que Erin aguardaba su llegada.

Media hora más tarde, Erin comenzó a inquietarse al no tener noticias de Max. No era propio de él hacerla esperar, de modo que cogió el teléfono y marcó su número. Tras cuatro tonos, saltó el buzón de voz.

«Seguramente ha pillado un atasco», se dijo.

Decidió esperar otro rato más y volvió a llamarle, con el mismo resultado. La frustración empezó a apoderarse de ella. «¿Y si le había pasado algo?», pensó asustada. Insistió de nuevo, pero nada. No había señales de Max.

Soltó un suspiro y miró el reloj, comprobando que ya habían pasado casi dos horas. A pesar de esto, no se resignó y siguió esperando. Para matar el aburrimiento, se metió en Instagram a ojear publicaciones, hasta que una de ellas le llamó la atención. Era de una agencia de noticias, en la que informaba sobre la fiesta de Cartier. Al pasar las fotos, vio algo que la dejó sin palabras: Max estaba entre los invitados del evento, acompañado de la modelo Lana Powell.

Comprobó la fecha, y, efectivamente, el evento estaba teniendo lugar en esos instantes. Las fotos se habían publicado hacia tan solo una hora. Entonces, comprendió todo: Max había olvidado su cita con ella.

Dejó el teléfono sobre el sofá y se echó el pelo hacia atrás con la mano, en un gesto lleno de frustración.

«Eres idiota, Erin. Otra vez te ocurre lo mismo. No aprendes», se dijo, enfadada consigo misma.

Para ella, aquella cena lo significaba todo, pero para Max no era así. Consideró que quizás era una señal del destino. Una señal de que Max nunca la querría y que era mejor olvidarse para siempre de él. Observó las fotos con detenimiento, viendo cómo Max estaba rodeado de celebridades, muchas de ellas auténticas bellezas. ¿Dónde encajaba ella en esa imagen? En ninguna parte, claramente.

Durante sus encuentros, llegó a pensar que eran iguales, que no había diferencias entre ellos. Que Max la comprendía como nadie, que había química. Sin embargo, la realidad era muy distinta. Porque lo que había vivido con él había sido un sueño. Un sueño bonito que se había acabado.

Debía aceptar la verdad que se presentaba ante sus ojos: nada había cambiado en todos esos años. Maxwell Stirling seguía formando parte de otro mundo muy diferente al suyo.

Completamente derrotada, se levantó del sofá y, con movimientos casi mecánicos, llevada por una fuerza que no parecía suya, fue guardando la comida, que ya no le parecía tan apetecible. Después, pasó a recoger la mesa, hasta que no quedó nada.

Se fue a la habitación, se quitó el maquillaje y, más tarde, el precioso vestido, que colgó en el armario. Una vez se tumbó en la cama, unas tímidas lágrimas se asomaron por sus ojos ante la tristeza que la embargó. No obstante, se las secó con la manga del pijama. No iba a sufrir más por Maxwell Stirling. Cerró los ojos y, sin quererlo, él apareció en su mente con su eterna sonrisa.

A pesar de su melancolía y de querer olvidarlo, se entregó plenamente a él en sueños, besando sus labios, perdiéndose en su mirada y refugiándose en sus brazos.

Cuando despertara, se enfrentaría al hecho de tener que decirle adiós.

Capítulo 29

Al día siguiente, Max se despertó temprano para ir al taller. Se levantó de la cama y ojeó el teléfono, al que no había prestado atención desde la tarde anterior. Comprobó que tenía varias llamadas y un mensaje. Resopló al pensar que, probablemente, serían de Owen, de modo que dejó el dispositivo sobre la mesilla para ir a darse una ducha. «Necesito despejar la mente», pensó.

Mientras desayunaba, decidió enfrentarse de una vez por todas a la situación y se dispuso a comprobar quién había sido el autor de las insistentes llamadas. Al hacerlo, se llevó una enorme sorpresa. No había señales de Owen, ni de nadie del grupo, sino de alguien mucho más importante para él: Erin.

ERIN_20:30

Max, estoy preocupada. Llevo una hora esperándote. Te he llamado varias veces, pero no contestas. Espero que estés bien. Por favor, llámame.

El diseñador apartó la vista del teléfono, tratando de recordar a qué se refería Erin. Y no tardó en averiguarlo, porque la conversación que tuvieron la mañana del sábado regresó a él como un recordatorio tardío. Se llevó las manos a la cabeza al darse cuenta de que había olvidado por completo su cita con ella.

—¡Joder! —exclamó.

Marcó su número rápidamente y, tras cinco tonos, saltó el buzón de voz. Suspiró, visiblemente nervioso. Seguramente estaría muy enfadada y no querría contestar. O quizás estaba en el trabajo. Volvió a intentarlo, pero obtuvo el mismo resultado, así que decidió esperar unas horas.

El resto del día se centró en el trabajo, consiguiendo olvidar un poco la angustia y la culpa que lo embargaba. Entendería que Erin no le hablara durante unos días, aunque no le gustara la idea.

Terminó su jornada laboral sin noticias de Erin, algo que le frustró bastante. Miró su reloj, comprobando que eran las seis. Fue entonces cuando decidió intentarlo de nuevo.

En ese momento, Erin se encontraba en la sala de descanso del hospital, tomando un té. Había estado todo el día ignorando las llamadas de Max. No solo por el hecho de que estaba enfadada con él, sino porque sabía que, al oír su voz, su decisión de terminar con aquella amistad se tambalearía.

Justo cuando iba a dar otro sorbo a su taza, el teléfono sonó. Comprobó que era Max, en otro de sus intentos por hablar con ella. Consideró que había llegado la hora de poner fin a todo aquello, así que atendió la llamada.

—Hola, Max —respondió seria.

—¡Al fin! He estado intentando hablar contigo todo el día —dijo él aliviado.

—Lo sé. No he podido atenderte, estoy en el trabajo.

—Lo imaginaba. Aunque supongo que tampoco tendrías ganas de hablar conmigo después de lo de ayer —comentó.

—No puedo hablar mucho rato, Max —respondió escueta.

Max comprendió que, efectivamente, Erin estaba enfadada y no le apetecía hablar con él.

—Sí, claro. Solo te llamaba para pedirte perdón por dejarte plantada. Se me olvidó por completo que habíamos quedado.

—Lo sé. Vi las fotos del evento. Es lógico que te olvidaras, teniendo un plan tan genial como ese —espetó con un deje sarcástico.

A Max no le estaba agradando su tono.

—Lo siento, de verdad. ¿Qué puedo hacer para compensarte?

Erin suspiró con resignación, mientras se apoyaba en el respaldo de la silla.

—No tienes que hacer nada, Max.

—¡Ya sé! Te invito a cenar. ¿Qué te parece mañana?

—No puedo.

—Bueno, pues otro día que puedas. Aunque el jueves me marchó a Tenerife para la boda, así que tendría que ser antes o cuando regrese.

Se hizo el silencio durante unos segundos, lo suficiente para que Erin meditara su respuesta.

—Esta semana va a ser imposible. De hecho, me esperan semanas complicadas, así que no podré quedar en una larga temporada.

Max se quedó perplejo.

—Comprendo —musitó.

—Además, tú estarás muy ocupado con lo del desfile, ¿no? Es dentro de poco.

—Sí, claro.

—Creo que es un buen momento para poner un poco de distancia y centrarnos en las cosas importantes, Max —dijo ella, tratando de parecer serena, pese a la tristeza que comenzaba a embargarla—. Bueno, tengo que dejarte. Espero que tengas un buen viaje y que lo pases muy bien.

—Gracias —respondió Max, un poco abatido.

—Adiós —se despidió ella, colgando a continuación.

Max dejó el teléfono sobre la mesa, ligeramente consternado. Sus disculpas no habían servido de nada. ¿Y qué significaba eso de «poner distancia»? Aquel adiós había sonado como una despedida indeterminada, como si aquello significara que no volverían a verse, como si Erin lo hubiera abandonado. ¿Por qué se sentía así?

Eran las diez de la mañana de un frío y nublado martes. En ese momento, Max se encontraba en su despacho, sentado ante su escritorio, mientras Lilian le explicaba la agenda planeada para aquella jornada.

—Dentro de diez minutos, vienen los Clarence con las muestras de los zapatos y, a las once, vendrá Dennis Houston para hacerte la entrevista para Vogue. Vendrá acompañado de un fotógrafo para hacerte algunas fotos para el reportaje. Y acaban de llamar de Tenerife, el vestido ha llegado a tu casa en perfecto estado. Luciana se encargará de guardarlo.

Max asintió con la vista perdida en alguna parte de aquella estancia, puesto que su mente estaba en otra parte. Lilian, al percatarse de esto, llamó su atención.

—Max, ¿has oído lo que he dicho?

Al no recibir respuesta, Lilian insistió, esta vez de una forma más contundente.

—¡Max! —exclamó malhumorada.

El diseñador sacudió la cabeza, saliendo de su ensimismamiento.

—Perdona, Lilian, es que estaba distraído. ¿Decías que ha llegado ya el vestido a Tenerife?

—Sí, ya me lo ha confirmado Luciana. Y ahora vendrán los Clarence.

Max asintió.

—Claro, los zapatos para el desfile.

—Aunque no sé si habrá desfile, porque la situación no ha cambiado. Habrá que ir pensando en algo, jefe. Solo tenemos tres semanas.

Max suspiró abatido.

—La verdad es que ahora mismo no puedo pensar en nada, Lilian.

Esta inclinó la cabeza y escrutó el rostro de su jefe.

—¿Va todo bien? Pareces un poco alicaído y tienes ojeras. ¿Dormiste mal?

Max se apoyó en el respaldo de la silla y masajeó sus sienes con las yemas de sus dedos.

—Me costó dormir anoche. Demasiadas preocupaciones, supongo.

—Ya veo.

En ese instante, alguien golpeó la puerta con los nudillos. Al alzar la vista, Max sonrió al descubrir quién aguardaba en el umbral.

—¡Elaine, Ronald! Pasad —les instó contento.

Se puso en pie para recibirlos, dándoles un sentido abrazo.

—¿Cómo estás, Max? Hace mucho que no te vemos —comentó Elaine.

El matrimonio Clarence llevaba años trabajando con la firma de Maxwell, diseñando los zapatos de su línea de calzado. Además de aliados profesionales, eran grandes amigos.

—Como siempre, liado con el trabajo. ¿Y vosotros?

—También. Y damos gracias por ello —contestó Ronald.

—Me ha dicho Lilian que tenéis las muestras.

—Sí, hemos traído cuatro modelos para que veas cómo son. Seguimos al pie de la letra lo que pediste —aseveró Elaine.

—Entonces, enseñádmelos —les instó Max.

A continuación, los Clarence sacaron de una caja que portaba cuatro modelos de zapatos de tacón. El primero era negro, de terciopelo, con unos brillantes en la punta; el segundo era azul eléctrico, de vinilo, con unas piedras negras delineadas; el tercero era un zapato de hombre, de

color azul marino, con unas líneas plateadas de terciopelo; y, por último, estaba un modelo de color granate, con el mismo diseño que el anterior.

—Son preciosos. Me encantan. ¿Y el resto?

—Seguirán esta línea de diseño. Mira, hemos traído los bocetos, para que veas todos —dijo Ronald, sacando de una carpeta los papeles, donde podían verse los zapatos dibujados.

Max escrutó los diseños y, tras ver los modelos físicamente, no dudó en aprobarlos.

—Los usaré todos. Tengo los diseños perfectos para cada combinación.

—¡Fantástico! —respondió Elaine—. No te preocupes, estarán listos para las pruebas antes del desfile. Lo único que necesitaríamos son las tallas.

Max torció el gesto.

—Puedo daros tres, pero, del resto, aún no tengo nada.

Ronald y Elaine se miraron preocupados.

—Max, necesitamos al menos dos semanas para tenerlo todo a punto —advirtió Eliane.

Max consideró el asunto. Pese a no haber encontrado aún una solución, no podía demorar el trabajo ajeno. De modo que tomó una determinación drástica.

—Dadme una semana. Hasta el martes que viene. Lilian os mandará ahora las tallas de los zapatos que usarán tres modelos; después, os enviaré lo demás. ¿Podríais hacerlo?

Ronald y Elaine intercambiaron una mirada.

—Está bien. Una semana. Mientras tanto, haremos los demás; así adelantaremos trabajo —respondió Elaine.

Max sonrió aliviado.

—Gracias, de verdad. Os debo una cena.

—Te tomamos la palabra —aseveró Ronald.

Minutos después, los diseñadores se marcharon, dejando a Max de nuevo a solas. No obstante, la soledad le duró poco, porque enseguida apareció por allí el periodista Dennis Houston acompañado de un fotógrafo.

—¡Max, querido! —exclamó Dennis, acercándose a él con los brazos abiertos.

Dennis Houston era un afamado columnista de la revista *Vogue*, además de ser íntimo amigo y fiel colaborador de la todopoderosa Anna Wintour. El periodista, de baja estatura y figura delgada, lucía unas elegantes gafas de pasta, un traje gris, pañuelo de seda azul en el cuello y unos zapatos negros.

—Querido Dennis, cuánto tiempo —le saludó Max.

Se estrecharon la mano para, a continuación, darse un beso en la mejilla sin rozarse.

—Ha sido casi un milagro conseguir esta entrevista. Lilian me ha dicho que andas muy liado —comentó, escrutando su rostro. Entonces, se percató de las ojeras que tenía bajo los ojos—. Uy, cariño, compruebo que no has dormido apenas. No tienes buen aspecto; de hecho, estás horrible. Y mira que me cuesta decir eso de ti, con lo guapo que eres, cielo.

Aparte de ser uno de los mayores expertos en moda, Dennis tenía fama de ser un despiadado crítico que no tenía ningún tipo de delicadeza a la hora de exponer sus opiniones. Y más si estas eran negativas. Max trató de mostrarse afable ante ese dardo que le había lanzado.

—Lo sé. Es que no he dormido bien.

—Para esas ojeras te recomiendo una mascarilla de Shiseido maravillosa. Y por supuesto, a mi inseparable amigo Lorazepam. Con eso caes rendido.

—Mejor pruebo la mascarilla, gracias —respondió Max con buen talante.

A continuación, Dennis se giró hacia el fotógrafo, que estaba detrás de él.

—Te presento a Kenny. Kenny es una promesa de la fotografía. Lleva poco tiempo con nosotros, pero lo poco que ha hecho es fantástico. Te va a sacar guapísimo, aunque eso no tiene mérito —bromeó Dennis.

Max se rio.

—Gracias por el cumplido, Dennis. Y encantado, Kenny.

—Bueno, creo que lo mejor es empezar con las fotos y después nos ponemos con la entrevista. ¿Te parece bien, querido?

—Perfecto.

Al cabo de unos minutos, Max estaba posando para el objetivo en distintas zonas del despacho y del taller, donde el fotógrafo quería captar cómo el diseñador se sumergía en el trabajo. Después, Kenny se quedó abajo, tomando un café y charlando con algunos de los empleados, especialmente con Lilian, con quien parecía tener buena sintonía, mientras Dennis entrevistaba a Max, sentado frente al escritorio del despacho.

Entre otras cuestiones, Dennis abordó temas como su próxima colección, lo que esperaba de la Semana de la Moda y sus planes futuros. Por el momento, prefirió no mencionar lo relacionado con su proyecto de moda infantil; no obstante, Dennis intuía algo.

—Tengo la impresión de que me escondes alguna sorpresa. Algo te traes entre manos —comentó Dennis, mientras apagaba la grabadora, dando por terminada la entrevista.

Max esbozó una media sonrisa.

—Puede. Pero, por ahora, no puedo hablar de ello. Ya te lo he dicho en la entrevista.

Dennis torció el gesto.

—Siempre tan misterioso —dijo. Entonces, se quitó las gafas para limpiarlas con una mopa y decidió abordar otro asunto—. A propósito, me ha llegado la noticia de que has roto tu amistad con ese grupo tan *ideal* con el que ibas. Por lo visto, entre ellos tenías a un chivato. ¿Me equivoco?

—Sí, así es.

Dennis suspiró.

—Uno no se puede fiar de nadie en este mundillo. De todas formas, me alegra que esa panda de niñatos engreídos ya no esté en tu vida. Todos me caían fatal, aunque eso no tiene mucho mérito. Pero siempre consideraré que no estaban a tu altura. Tú eres mejor que ellos, querido.

Max esbozó una media sonrisa.

—Gracias, Dennis.

—Espero que ese desagradable asunto no sea el motivo de esas ojeras.

—No, descuida. Es verdad que me sentí decepcionado, pero está superado.

En ese instante, Dennis se mostró suspicaz.

—Entonces, se trata de una mujer, ¿no? O de un hombre, aunque no creo que hayas cambiado de acera, para mi desgracia.

Max se quedó sorprendido.

—Si ya tienes a tu hombre perfecto...

—Sabes que adoro a mi Harry, querido, pero tú eres como el *David* de Miguel Ángel para mí. Estás por encima de todos.

—Eres un exagerado. Sin embargo, me siento halagado.

—No te desvíes del tema, Max, que me conozco tus estratagemas. Es por una mujer, ¿verdad? ¿Es la chica de Coventry?

Max negó con la cabeza.

—No estoy así por ninguna mujer. Es una cuestión laboral —replicó, tratando de disimular.

Dennis no pareció creerse su respuesta.

—Ya. A propósito, ¿es cierto que peligra el desfile porque te faltan modelos?

Max se dio cuenta de que la conversación estaba derivando por unos derroteros inadecuados. Porque, a pesar de confiar en Dennis, sabía que un cotilleo jugoso sería más importante que su amistad.

—Tengo mucho trabajo, Dennis. Será mejor que lo dejemos aquí —dijo, levantándose.

Dennis decidió no seguir indagando.

—Está bien, ya me marchó. Te veré el día del desfile —respondió, preparándose para marcharse.

Se acercó a Max y, tras despedirse, salió del despacho, dejándolo a solas. El diseñador comenzó a pasearse por la estancia con gesto meditabundo hasta que se detuvo ante una de las ventanas. Hacía mucho tiempo que no se veía embargado por una sensación de incertidumbre y abatimiento. No solo por el hecho de que el desfile peligraba, ya que la situación parecía no tener salida, sino porque no había vuelto a tener noticias de Erin. Se estaba dando cuenta de que la joven ocupaba un espacio muy importante en su rutina. No obstante, no deseaba atosigarla. Ella había dejado claras las cosas, de modo que era mejor no hacer nada por el momento y respetar la distancia que ella había impuesto.

Sin embargo, ¿cómo sería capaz de alejar de sus pensamientos su rostro, su sonrisa y el sonido de su voz?

Capítulo 30

El vuelo procedente de Londres aterrizó sin retraso en el aeropuerto de Tenerife Norte. Max llegó a la isla casi a la hora de comer. Cuando salió por la puerta de llegadas, se encontró con un cálido recibimiento: Valentina estaba allí agitando sus brazos con una mueca de alegría.

—¡Max, bienvenido! —saludó Valentina dándole un abrazo.

—Gracias, preciosa —respondió contento.

—¿Qué tal ha ido el viaje?

—Tranquilo. Hemos salido puntuales de Londres.

—Me alegra. ¿Nos vamos? He dejado el coche cerca, así no hay que andar mucho —comentó Valentina.

Se dirigieron al aparcamiento y, una vez fuera del aeropuerto, Max percibió la calidez que reinaba en el ambiente. Prometía ser una jornada calurosa, pero agradable. Se subieron en el coche, donde la conversación transcurrió por derroteros un poco banales, como el tiempo o los invitados que ya habían llegado.

—Por cierto, antes de nada: gracias por el regalo de bodas. Nos ha encantado.

Valentina hacía referencia a las figuras de cristal de Swarovski que Max les había enviado.

—No hay que darlas. Además, fue recomendación de mi madre.

—Van a quedar geniales en la estantería nueva.

—¿Y dónde andan Inés y Arturo?

—En casa de mi madre.

—¿Y cómo lleva el embarazo? La última vez que hablé con ella, decía que ya no tenía náuseas.

—No, esa fase ya pasó. Está resplandeciente, con su tripita más abultada.

—¿Y a quién veré esta noche?

—Pues a Alexia, a Norberto, a mi pandilla. Vamos a ser un grupo bastante grande.

Max se alegró de oír eso.

—Esta noche promete. Tengo ganas de verlos a todos. Entonces, ¿nos llevarás a un club de *striptease*? Porque, ya sabes que, en las despedidas de soltera, alguien acaba desnudo —bromeó.

Valentina puso los ojos en blanco.

—No, hombre. Iremos a cenar a un restaurante al lado del mar, y después iremos a bailar a un club que han abierto nuevo.

—Me gusta el plan —dijo Max complacido.

Finalmente, Valentina detuvo el coche ante la casa de Max, donde Luciana y Joaquín aguardaban. Al abrir la puerta, el matrimonio salió a recibirlo con cálidos saludos.

—Bienvenido, Max. ¿Cómo ha ido el viaje? —inquirió Luciana.

—Bien, muy tranquilo. ¿Cómo habéis estado vosotros?

—También bien. Como siempre —contestó Joaquín.

—Me alegro. ¿Está todo preparado?

—Sí, la comida está a punto y el vestido a buen recaudo —informó Luciana.

—Perfecto, así la novia podrá echarle un vistazo —dijo Max.

Tras intercambiar los pertinentes saludos con Valentina, Luciana volvió a la cocina, mientras Joaquín charlaba con la joven. Al mismo tiempo, Max subió la maleta a su habitación, dejándola sobre la cama para, a continuación, abrir una de las ventanas. Fijó su vista en el horizonte y respiró hondo, notando en sus fosas nasales el aroma a salitre. Había echado mucho de menos Tenerife, pensó.

Se cambió, poniéndose unos pantalones de lino blancos y una camisa del mismo tejido con un estampado floral, y bajó al salón, donde se reunió con Valentina.

—Estaba diciéndole a Joaquín lo precioso que está el jardín —comentó Valentina.

—Lo cuida muy bien. Es un jardinero de primera —aseveró Max.

—Es que mis dos pasiones son la jardinería y el mar —afirmó Joaquín—. Por cierto, el barco también está listo. ¿Cuándo saldrás a navegar?

—Había pensado salir mañana al mediodía.

—Entonces, avisaré al capitán para que tenga todo listo.

—Gracias, Joaquín.

En ese momento, Luciana apareció con una cacerola que albergaba un delicioso arroz con bogavante. Max se deleitó con el aroma.

—Madre mía, Luciana, el arroz con bogavante es mi perdición —afirmó.

Esta se rio.

—Como sé que es tu favorito, qué mejor bienvenida que esta.

Max le dio un beso en la mejilla.

—Muchas gracias.

Tras haber dejado todo organizado para la estancia de Max en Tenerife, Luciana y Joaquín se marcharon. Una vez terminaron de comer, el diseñador y Valentina subieron a la habitación donde estaba el vestido, que Luciana había guardado en un armario.

Sacó el traje de la funda con delicadeza y, en cuanto lo hizo, Valentina se quedó maravillada con el resultado final. Esta, visiblemente emocionada, lo acarició con delicadeza.

—Ha quedado genial, Max.

Este sonrió.

—Ahora, vamos a hacer la última prueba.

A continuación, dejó a Valentina a solas para ponerse el vestido y, cuando ella le avisó, entró. Tras estirar un poco la falda, Max comprobó que todo estaba perfecto. No hacía falta ningún retoque.

—Va a ir todo como la seda —aseveró—. Y ahora, hablemos del sábado. ¿A qué hora debo estar en tu casa?

—A las tres vendrán la peluquera y la maquilladora, así que, si puedes estar a esa hora, sería perfecto.

—Allí estaré, sin problema.

Minutos después, Valentina se marchó a casa recordándole la cita de esa noche en el restaurante, donde se reuniría con el resto de los invitados. Sonrió al pensar en ver a sus viejos amigos, cuya amistad comenzó precisamente en Tenerife.

Consideró que estar en su compañía le iría bien para animarse. Sin embargo, el rostro de Erin apareció en su mente de nuevo, haciendo que un deje de melancolía lo envolviera. Ojeó el teléfono, buscando alguna señal de ella, pero nada. Ni siquiera un mensaje.

Sacudió la cabeza, tratando de olvidarse del asunto. Había ido allí a divertirse y eso pensaba hacer.

Max percibió la brisa marina desde su coche, que llevaba las ventanillas bajadas. Se deleitó con el aroma a salitre, mientras vislumbraba la luna reflejada sobre el agua del mar. Detuvo su coche cerca del Andana Beach Club, un restaurante con terraza, el lugar escogido por Valentina para celebrar su despedida de soltera.

Bajó del vehículo, vestido con un elegante pantalón de color blanco, a juego con unas sandalias, y una camiseta negra con un tigre naranja serigrafiado.

Se adentró en el establecimiento, donde fue recibido por el sonido tenue de música *chill out* y por el bullicio de las conversaciones. En la terraza del local había sillas blancas y mesas con una superficie de madera, además de sofás en algunas zonas. Su cercanía con la playa de arena oscura permitía que pudiera escucharse el ruido de las olas chocando en la orilla, creando un ambiente realmente agradable.

Paseó su vista por el lugar y enseguida vio al grupo acomodado en una mesa alargada. Mientras se aproximaba, esbozó una deslumbrante sonrisa.

—Buenas noches —saludó contento.

Todos se giraron y los gestos de júbilo se sucedieron. Allí se encontraban Arturo, Inés, Alexia, su marido Lorenzo, los amigos de Valentina, que formaban su pandilla de toda la vida, y Norberto.

—¡Hola, guapísimo! —dijo Inés, dándole un abrazo.

Al hacerlo, Max notó la abultada barriga de su amiga, que ya estaba de cinco meses.

—*Hi, my dear* Inés. Estás preciosa —aseveró.

Ella sonrió.

—Empiezo a parecer una mesa camilla, pero te agradezco el cumplido —bromeó.

Entonces, se acercó a Arturo.

—¿Cómo estás, Max? Hace mucho que no te veía —comentó este.

—Demasiado. Me habría gustado verte en Londres.

—No pude escaparme, lo siento.

—Te espero para la próxima, papá —dijo, guiñándole un ojo.

Arturo se rio.

—Te prometo que intentaremos ir en cuanto podamos.

—Creo que me verás antes, cuando vaya a Madrid a conocer a tu hijo.

Cuando Arturo sonrió, Max pudo ver un brillo especial en sus ojos. Un reflejo de la ilusión que lo embargaba ante su futura paternidad.

—Por cierto, ¿dónde andan Sergio y Luna?

—Se han quedado en Madrid. Sergio está guardando el fuerte de Galerías Olmedo, y Luna tenía mucho lío en el trabajo, no ha podido escaparse. Pero me mandan saludos para ti —contestó Arturo.

—Una lástima, me habría encantado verlos. ¿Y su hijo? Imagino que estará enorme —comentó.

—Sí, crece muy deprisa. De hecho, ya ha empezado a gatear y ya dice alguna palabra suelta. Nos tiene a todos conquistados —explicó Arturo divertido.

—¡Max, guapísimo! —exclamó Norberto, lanzándose a sus brazos—. Estás ideal con este conjunto. Aunque tú te pones un saco de patatas y una maceta en la cabeza, y estás divino igualmente.

Max se rio.

—Gracias, Norberto. Y tú estás estupendo. Por cierto, ¿dónde está ese novio tuyo?

Max se refería al novio de Norberto, al que conoció en la boda de Inés y Arturo.

—Tenía trabajo este fin de semana. Concretamente, en una discoteca de Ibiza.

—Pensé que nos amenizaría el convite.

—Ya me habría gustado —respondió Norberto con un deje de tristeza.

Entonces, Max posó su brazo sobre sus hombros.

—Bueno, ánimo, que estamos de celebración. Hay que desmadrarse, así que, alegra esa cara.

Norberto sonrió y le dio un golpecito en el pecho.

—Lástima que yo esté comprometido y tú seas hetero, porque, si no, me caso contigo mañana, precioso —aseveró divertido, haciendo que Max volviera a reírse.

Finalmente, todos se sentaron a la mesa, dispuestos a degustar una deliciosa cena, mientras conversaban.

A lo largo de la velada, Max disfrutó de momentos de risa y charla, rodeado de las personas que apreciaba. No obstante, la sensación de vacío seguía ahí, ya que faltaba alguien importante a su lado.

—¿Y cómo vas de amores, Max? —preguntó Alexia.

Este se encogió de hombros.

—Soltero y sin compromiso.

—Pues mira que me extraña, porque no te falta atractivo físico ni dinero. Lo tienes todo —apuntó Alexia.

—Tener eso no te garantiza nada —indicó Inés.

—Cierto —añadió Max.

—Bueno, miradme a mí. De una boda puede salir otra. A lo mejor tienes suerte en la boda de Valentina y conoces a la mujer de tus sueños —comentó Norberto.

—Sí, ¿quién sabe? —apuntó Arturo.

Max torció el gesto.

—Yo no estaría tan seguro. Porque en la boda de Inés y Arturo no ligué nada.

—¡Que te crees tú eso! Pero si estaban todas comiéndote con los ojos —aseveró Valentina.

—Tampoco quiero me vean como un trozo de carne sin sentimientos.

—Hijo, entiéndelo, es que estás para comerte —apuntó Norberto.

—Yo entiendo lo que dice Max. Esas mujeres solo buscaban un rollo de una noche —intervino Inés.

—Exacto —indicó Max.

—Esto del amor es muy complicado. Yo, antes de conocer a mi hombre, me llevé muchas decepciones y me entregué a quien no me merecía. Así que, Max, no te desesperes, que tu alma gemela aparecerá —aseveró Norberto.

Este suspiró.

—Sí, eso espero.

Una hora más tarde, salieron del restaurante con intención de dirigirse al club donde pasarían el resto de la velada.

—Chicos, nosotros nos vamos, que estamos un poco cansados —comentó Arturo.

Valentina torció el gesto.

—Vaya.

—Me encantaría ir con vosotros. Ya sabes que me encanta mover el esqueleto, pero es que este pequeñajo me chupa la energía —añadió Inés.

—Es comprensible —respondió Valentina—. Alexia, ¿os vais vosotros también?

—Sí, que mañana queremos llevar a las niñas a la playa temprano, así se desfogan un poco —contestó.

—Entonces, os veo mañana a todos. Id con cuidado —dijo Valentina.

A continuación, esta se giró hacia el resto de los invitados.

—Ahora empieza lo bueno. ¿Nos vamos?

Como el club no estaba lejos del restaurante, se dirigieron allí dando un corto paseo. Durante el breve trayecto, Max charló con Norberto, al tiempo que disfrutaba de la caricia de la brisa marina en su rostro y de las bonitas vistas de la playa.

Cuando entraron en el establecimiento, fueron recibidos por la estruendosa música y cruzaron el lugar, abriéndose paso entre la multitud. Se acomodaron en uno de los reservados y, tras pedirse unas bebidas, la de Max sin alcohol, puesto que debía conducir, retomaron las conversaciones.

—Oye, este es el mismo club donde os conocí —apuntó Max, fijándose en la decoración.

—Sí, lo que pasa es que lo han renovado y le han cambiado el nombre. Han hecho un buen cambio —explicó Valentina.

Max asintió meditabundo.

—Parece que fue ayer cuando vi a Inés bailando a lo Lady Gaga en medio de la pista. ¿Te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo! De hecho, siempre digo que fue un momento clave en su relación con Arturo. Todo cambió a raíz de eso.

—Claramente. Y tú también empezaste a salir con Yago en esa época, ¿no?

—Sí, aunque me costó decidirme por culpa de mi estúpido miedo.

Esto hizo reflexionar a Max.

—El miedo no es un buen aliado.

—Es un buen aliado ante el peligro. Pero hay que saber también cuándo es infundado. Y, en mi caso, lo era.

En ese instante, la imagen de Erin regresó a su mente, lo que hizo que sacudiera la cabeza. Dirigió su vista hacia la pista de baile, donde vio a Norberto bailando con dos de las amigas de Valentina, de modo que decidió unirse a ellos. Quizás así podría olvidarse de Erin durante un rato, pensó.

—Voy a bailar —informó—. ¿Vienes?

Valentina asintió, dejando su copa sobre la mesa que tenía delante. A continuación, atravesaron la pista, abriéndose paso entre el gentío, hasta llegar al lugar donde estaban Norberto y las amigas de Valentina.

En ese instante, empezaron a sonar los primeros acordes de la canción *Blinding Lights* de The Weeknd, haciendo que Norberto exclamara dichoso:

—¡Ay, por favor! ¡Cómo me gusta esta canción!

—A mí también —añadió Max.

La melódica voz de The Weeknd llegó a sus oídos, haciendo que Max se dejara llevar por la música. Cerró los ojos, procurando olvidarse de todo lo que había a su alrededor, con la esperanza de quitarse de encima esa sensación de pesar que lo acompañaba desde que habló con Erin por última vez. Sin embargo, fue imposible.

Tampoco la canción, que hablaba de ese sentimiento de anhelo que nos lleva a necesitar la caricia y la compañía de alguien querido para seguir adelante, para sobrevivir en un mundo inhóspito, ayudó a que la desolación por no tener a Erin a su lado desapareciera.

Un par de horas después, dieron por terminada la despedida de soltera. La decisión de finalizar la velada se precipitó al ver que Norberto estaba bastante afectado por el alcohol. Entre Max y Jonai, el amigo de Valentina, lo arrastraron fuera del establecimiento.

—¿Por qué nos vamos? Yo quiero seguir bailando —dijo Norberto, arrastrando las palabras.

—¿Cómo vas a seguir bailando, si apenas puedes sostenerte en pie? —inquirió Valentina.

—Pero si solo me he tomado dos copitas de nada.

—Yo te he contado cinco —indicó Max, bajando las escaleras con dificultad, debido a que Norberto se tambaleaba.

—Cinco cócteles. Eso está muy mezclado y no lleva apenas alcohol. Sois unos exagerados —espetó.

—Sí, unos exagerados. Pero, si no es por nosotros, no llegas ni a la puerta —respondió Max.

Subieron a Norberto en el asiento de atrás del coche de Max, mientras Valentina se acomodaba a su lado. Una vez se despidieron del resto del grupo, se dirigieron al hotel donde estaba

hospedado Norberto.

—Qué guapo era el *DJ*. Y qué bien ponía las canciones —comentó Norberto.

Valentina y Max se rieron.

—Tú ya tienes a tu propio *DJ*, que te pone muy bien la música —dijo ella.

—Y cómo la pone, sí, hija mía. Es que está buenísimo mi *DJ*. ¿Y qué tendré yo con los *DJs*?

—A lo mejor eres un fetichista —indicó Valentina, divertida.

—Supongo que sí. Oye, pero el más guapo era Liam Hemsworth.

Max y Valentina fruncieron el ceño.

—¿Liam Hemsworth? —inquirió Max.

—¿Qué dices tú ahora de Liam Hemsworth? —preguntó Valentina.

—Liam estaba bailando a mi lado en la pista. ¿No te has fijado? Porque mira que es alto, como para no verlo. Es como una torre, Val —espetó malhumorado.

—Norberto, Liam Hemsworth no estaba en la discoteca —aclaró Max.

Norberto estrechó la mirada.

—¿Y quién era ese macizo que estaba bailando a mi lado? ¿O lo he soñado?

—Creo que lo has soñado —contestó Max.

Entonces, Norberto se abrazó a Valentina.

—Val, te quiero mucho.

Esta sonrió, apoyando su mejilla en su coronilla.

—Yo también te quiero.

—Y también quiero a Max, a Inés, a Arturo. Y a toda la isla de Tenerife —aseveró.

Max y Valentina se rieron.

—Norberto repartiendo amor —comentó el primero.

—Está en el punto álgido de la borrachera —indicó Valentina—. Ahora vendrá el bajón.

De repente, el gesto de Norberto se tornó apesadumbrado.

—¿Y mi Víctor qué estará haciendo? ¿Me echará de menos?

—Acaba de llegar el bajón —apuntó Max.

—Ay, Val, estoy fatal. Llama a Víctor y dile que venga —le pidió.

Ella le acarició el brazo.

—Luego lo llamo. Duérmete un ratito.

En cuanto Norberto cerró los ojos, se quedó profundamente dormido, lo que dificultó las maniobras para llevarlo a la habitación del hotel. Sin embargo, entre los dos realizaron la operación con éxito. Tras dejar a Norberto en el hotel y a Valentina en su casa, Max regresó a la suya, donde se metió en la cama en cuanto llegó.

Cayó enseguida en un profundo sueño, después de un día repleto de emociones. De nuevo volvió a ver a Erin en sus ensoñaciones, a sentir la suavidad de su piel, el aroma a dulce vainilla que desprendía su pelo, y a perderse en ella, como llevaba tiempo sucediendo.

Unos sueños que evidenciaban que aquella amistad se había convertido en algo más para él, aunque no quisiera reconocerlo.

Capítulo 31

Aquel viernes hacía un tiempo soleado y cálido, que invitaba a disfrutar de un paseo en barco. Max aguardaba en la cubierta del Estela I a sus amigos, con los que había quedado allí alrededor de las doce de la mañana, mientras charlaba con el capitán. Estos no tardaron en aparecer, con Norberto severamente perjudicado por la resaca.

—Buenos días, chicos —saludó Max con una sonrisa.

Descendió la pasarela, ataviado con unos pantalones de lino cortos, una camisa con estampado exótico, unas sandalias y un sombrero de paja. Se acercó a Yago, al que aún no había visto desde que llegó a Tenerife.

—¿Cómo estás, futuro marido? —inquirió jovial dándole un abrazo.

—Bien, un poquito nervioso. Ya sabes.

—Es lo normal.

Saludó al resto del grupo con el mismo entusiasmo y, tras esto, todos subieron a la embarcación. Se acomodaron en los sofás que había en la proa, donde se podía contemplar el puerto en todo su esplendor.

—Siempre digo que tienes el sitio más privilegiado del puerto —comentó Valentina.

—Sí, menudas vistas —apuntó Inés.

—Prefiero las vistas desde mar abierto. Eso sí que es impresionante —aseveró Max.

En ese momento, apareció el capitán, que había bajado de la cubierta.

—Buenos días a todos.

—Buenos días, capitán. Hacía mucho que no le veía —dijo Valentina.

—Mucho tiempo, sí. Por cierto, enhorabuena por su boda.

—Gracias —respondió ella.

—¿Listos para zarpar? —inquirió el capitán.

—Sí, estamos listos —contestó Max.

El capitán regresó a cubierta y, al cabo de unos minutos, estaban saliendo del puerto. Se alejaron lentamente, pasando junto a impresionantes embarcaciones, hasta que alcanzaron mar abierto.

—¿Cómo llevas la resaca, Norberto? —inquirió Max, sentado a su lado.

Este resopló.

—Pues hecho una pena. Parece que me ha pasado un camión por encima.

—Eso te pasa por beber tanto —indicó Inés con un deje de reproche.

Norberto puso los ojos en blanco.

—No me lo recuerdes. Lo he decidido: no vuelvo a beber nunca más.

Max torció el gesto.

—Pues es una lástima, porque había pensado preparar unos cócteles...

Norberto inclinó la cabeza.

—Bueno, si te tomas la molestia, no te puedo decir que no.

Todos rieron ante este cambio de parecer instantáneo.

—Por cierto, hoy seré vuestro camarero y vuestro chef —anunció Max.

Inés alzó una ceja.

—¿Tú cocinando? Max, eso sería una mala idea.

—No, tranquila. Es comida de un *catering*. Solo hay que calentarla.

—¡Menos mal! Ya me veía intentando pescar algo —respondió Inés, divertida.

Max puso los ojos en blanco.

—Qué exagerada eres.

El resto del tiempo, Max y sus amigos disfrutaron de refrescantes bebidas y deliciosos aperitivos, mientras conversaban animadamente. El diseñador no podía evitar fijarse en Inés y Arturo: la pareja se mostraba cómplice, enamorada. Arturo mimaba a Inés constantemente, velando todo el rato por su bienestar.

Ante esto, Max se vio embargado por un ápice de envidia. No comprendía cómo aquellos dos tardaron tanto en darse cuenta de que eran perfectos el uno para el otro, porque era algo evidente desde el principio.

Él también deseaba formar una familia, crear un hogar, pero parecía ser que ese sueño era inalcanzable para él.

Sacudió la cabeza al verse invadido por un desagradable sentimiento de tristeza. De repente, se acordó de algo importante, un asunto que no podía dejar para más adelante.

—Un momento, ahora vengo.

Se levantó, dirigiéndose a uno de los camarotes donde había una bolsa que contenía un regalo para Inés y Arturo. Un detalle muy especial, que había elaborado con sus propias manos. En cuanto regresó, les entregó el obsequio.

—Un regalo para los futuros papás —informó.

Arturo e Inés se miraron sorprendidos. A continuación, ella sacó de la bolsa un paquete cuidadosamente envuelto. Una vez lo abrió, se encontró un precioso *body* de bebé y unos patucos blancos. Ambos sonrieron emocionados.

—Max, es muy bonito —dijo Inés, dichosa.

Se puso en pie para darle un sentido abrazo.

—En realidad es el primer modelo de mi próxima colección —advirtió Max.

Todos se mostraron desconcertados.

—¿De qué hablas? —inquirió Valentina.

—Que voy a lanzarme a una nueva aventura: voy a crear mi primera colección infantil. De momento, tengo pocos diseños, pero quiero ponerlo todo en marcha después de la Semana de la Moda —anunció.

—¡Eso es fantástico, Max! Ya sabes que cuentas con nosotros. Queremos esos diseños en Galerías Olmedo —afirmó Arturo.

Max sonrió.

—No esperaba menos.

—Es una gran noticia. Esto hay que celebrarlo —comentó Norberto.

—Un brindis —propuso Valentina, alzando su copa de vino.

Todos brindaron, celebrando su nueva aventura, que prometía ser todo un desafío. No obstante, tras ver la grata impresión que su primer diseño había causado, Max no tuvo dudas de la buena acogida que tendría la colección.

Llegó la hora de comer cuando el capitán echó el ancla en un lugar desde donde podía verse la playa de San Telmo, aunque a una distancia considerable. Al cabo de unos minutos, se sentaron a la mesa para degustar los deliciosos platos que Max había encargado, mientras mantenían una animada charla.

Una vez terminada la comida, el grupo decidió ir a los camarotes para dormir un poco tras haber llenado plenamente sus estómagos. No obstante, Max decidió quedarse en cubierta, contemplando el horizonte.

Se perdió en sus pensamientos largo rato, con una taza de café recién hecho en la mano. Sabía que, si cerraba los ojos, vería a Erin de nuevo, como en sus sueños, que siempre acababan de la misma manera: refugiado entre sus brazos y dejándose querer.

Sacó su teléfono y, ante la necesidad de hablar con ella, buscó algún resquicio suyo. No encontró nada, ningún mensaje ni señal alguna. Esto le provocó una sensación de tristeza que le hizo suspirar con pesar.

Fue a la galería de fotos, donde guardaba algunas imágenes de sus preciados momentos con Erin. Esbozó una media sonrisa cuando observó una en la que aparecían juntos, ante la entrada del London Eye, y en otra, en el *pub* de Coventry. Deseó durante unos segundos poder volver a esos lugares y revivir aquellas maravillosas experiencias con ella.

—Un penique por tus pensamientos —dijo Inés apareciendo de repente.

Esta se sentó a su lado, esperando una respuesta.

—¿Tienes un penique?

—Sí, guardo algunos de mi último viaje —contestó, sacando de su bolso el monedero y, de este, un penique—. ¿Lo ves?

Max se rio.

—Lo veo, sí.

Inés guardó todo en su bolso y se giró hacia él.

—Te noto un poco decaído.

Max suspiró.

—Sí, admito que no estoy bien de ánimo.

—¿Es por el trabajo?

—En parte. No he conseguido solucionar el tema de los modelos para el desfile.

—Es un problema grande, sí. Pero no es solo eso, ¿verdad?

—No, hay algo que me preocupa más, aunque me he empeñado en negarlo.

Inés dedujo de qué se trataba.

—Es Erin, ¿verdad? ¿Os habéis peleado?

Max miró a Inés.

—No exactamente.

Inés resopló.

—Venga, Max, que, como sigas dando vueltas, al final va a nacer el niño antes de que me lo cuentes.

Max volvió a reírse.

—Tienes razón. Doy demasiados rodeos. Verás...

Max pasó a contarle lo sucedido con Erin la última vez que hablaron, mientras Inés escuchaba atentamente. Una vez terminó su relato, esta expuso sus conclusiones.

—A ver, lo que hiciste estuvo mal, pero no es como para dejar de hablarte. ¿Que eres un desastre? Sí, lo eres. Sin embargo, todos cometemos errores y tú no haces las cosas con mala intención.

—Desde entonces, no he sabido nada de ella. Ni un mensaje, ni una llamada. Antes hablábamos casi todos los días.

—¿La echas de menos?

Max suspiró abatido.

—Terriblemente. No dejo de pensar en ella, de soñar con ella. Nos lo pasábamos tan bien juntos... Con ella me sentía tan cómodo, como si pudiera contarle lo que fuera. Es una mujer increíble.

—Lo es. A mí me cae muy bien. Creo que es encantadora.

—Es más que eso. Es muy especial, ¿sabes? Es capaz de estar tranquila y mantener la calma en las situaciones más difíciles. Cuando estoy hecho un manojo de nervios, ella consigue calmarme. Siempre intenta ver las cosas por el lado bueno, a pesar de que todo sea un desastre a su alrededor. Es más valiente de lo que cree, porque es capaz de mirar a los ojos a aquellos que la han traicionado, sin desmoronarse, y desearles lo mejor, aunque le hayan destrozado el corazón.

» Se preocupa por todo el mundo, incluso por sus pacientes cuando ya están fuera del hospital. Y, cuando te escucha, lo hace de tal forma que parece que lo que dices es lo más importante del mundo.

» Luego está su voz, tan dulce, que se vuelve poderosa cuando canta con toda su alma. Adoro ese gesto tan encantador que hace cuando está nerviosa, colocándose un mechón detrás de su oreja mientras se sonroja, esa sonrisa tan deslumbrante que luce cuando realmente está contenta, sus grandes ojos castaños que miran todo con curiosidad, esa boca pequeña pero cautivadora, y su forma de comer el pastel de zanahoria, dejando para el final la parte de arriba, donde hay más queso, que es lo que más le gusta.

» ¿Y sabes lo más interesante? Que se subestima tanto, que no tiene ni idea de lo maravillosa que es. Echo tanto de menos oír su voz, verla, abrazarla y sentir el olor a vainilla que desprende su pelo... Cuando me doy cuenta de que puedo perderla para siempre, siento un vacío enorme que me resulta insoportable y doloroso. Y no sé qué hacer para enmendar la situación, Inés.

Inés no pudo evitar sonreír emocionada ante lo que acababa de escuchar. No obstante, cuando

estaba a punto de hablar, alguien irrumpió en la escena.

—Hola, chicos. El alma de la fiesta se ha recuperado. A ver, ¿dónde están esos cócteles? —preguntó Norberto, contento.

Max tomó una bocanada de aire y respiró hondo, sacudiéndose aquella sensación de melancolía tras abrirle su corazón a Inés.

—Claro, voy a prepararlos. ¿Me acompañas? —dijo, levantándose.

—Claro, nene. ¿Vienes, Inés?

—Sí, aunque el mío tiene que ser sin alcohol —contestó ella.

—¡Por supuesto! —exclamó Max, volviendo a su actitud risueña.

El resto de la tarde, el grupo siguió disfrutando de aquella jornada entre amigos, hasta que regresaron al puerto poco antes de las ocho, ya que tenían que descansar para lo que sucedería al día siguiente: la boda de Valentina.

Capítulo 32

La sala donde tendría lugar la ceremonia, ubicada en un espléndido hotel de cinco estrellas, estaba repleta. La estancia de paredes color ocre, amplios ventanales y suelo de madera, estaba delicadamente adornada con flores que colgaban de las lámparas laterales, además de un bonito altar con un arco floral sobre el mismo.

Frente al altar, a cada lado del pasillo cubierto con una alfombra blanca, se hallaban las sillas de tela donde los invitados ya estaban acomodados. Max que, hasta hacía poco menos de una hora había estado ayudando a la novia a arreglarse, estaba sentado entre Inés y Norberto, que estaba pendiente del teléfono. Extrañado, Max se animó a preguntar:

—¿Qué estás haciendo?

Norberto alzó el teléfono, en cuya pantalla podían verse unas siluetas.

—Estoy conectando por videollamada con las Flores de loto para retransmitir en directo la boda —explicó.

Max se quedó gratamente sorprendido.

—No podían perderse esto. Además, están deseando ver el vestido —indicó Inés.

—¿Y comentarás la jugada como en un partido de fútbol? —preguntó Max en tono burlón.

—Hombre, algún modelín criticaremos. Porque alguna viene que parece que va a las carreras de Ascot —contestó Norberto, fijándose en una invitada que llevaba una pamea un tanto exagerada.

En ese momento, Norberto se acercó el teléfono a la oreja, pues Lupe, Crista y Noelia querían decirle algo. En cuanto comprendió el mensaje, dijo:

—Max, quieren verte. Saluda.

Max se colocó delante de la cámara y sonrió, al tiempo que agitaba la mano.

—Hola, chicas. ¿Cómo estáis?

Estas contestaron.

—¡Muy bien, guapo! Aunque nos fastidia no estar ahí —comentó Lupe.

—Oye, queremos ver lo que llevas puesto —intervino Crista.

—Vale, dadme un momento.

A continuación, se levantó de su asiento para que Norberto grabara un buen plano del traje azul marino que llevaba, combinado con una camisa blanca y un corbatín de color celeste, además de un broche con forma de flor de lis hecho de brillantes.

—Max, estás superelegante. Qué broche tan bonito —dijo Noelia.

De nuevo, regresó a su asiento.

—Gracias, chicas. Es una reliquia familiar.

—Deduzco que tiene su historia, ¿no? —intervino Inés.

—Sí, tiene su historia, aunque un poco trágica. Perteneció a la hermana de uno de mis tatarabuelos, lord Carter Thetford. *Lady Brianna*, que así se llamaba la joven, se casó a los diecisiete años con un caballero llamado lord Brenton, que era diplomático y veinte años mayor que ella. Fue un matrimonio de conveniencia, claro.

» Cuando se mudaron a París debido al trabajo de su esposo, *lady Brianna* se enamoró de un apuesto caballero llamado Quentin, un francés de noble cuna, emparentado con la casa de Borbón, cuyo estandarte es la flor de lis.

» Se convirtieron en amantes y él le regalo este broche, un encargo que realizó Cartier, como símbolo de su amor. La tragedia fue que Quentin murió poco tiempo después, dejando a *lady Brianna* destrozada. Según se cuenta en la familia, nunca se quitó el broche en vida para sentir que tenía a Quentin cerca de su corazón.

Inés notó su mirada humedecerse, al igual que Norberto.

—Ay, madre mía, qué triste —dijo este.

—Sí, es muy triste —añadió Inés apesadumbrada.

—Vamos, no pongáis esas caras, que hoy celebramos una boda. Es un momento de alegría.

—Tienes razón. Perdona, es que las hormonas me hacen estar más sensible —respondió Inés, sacudiendo la cabeza.

En ese instante, empezó a sonar la música nupcial, señal de que había llegado la novia. Todos se levantaron y se quedaron atónitos ante lo que vieron sus ojos. Valentina estaba radiante, caminando agarrada del brazo de Arturo, mientras en el altar Yago sentía que el corazón se le iba a salir del pecho ante la felicidad que lo embargaba.

Max se fijó en ambos, en la manera de mirarse, en esas sonrisas que decían más que las palabras. El amor que albergaban el uno por el otro se reflejaba en sus rostros de forma nítida. Durante la ceremonia, el diseñador se quedó ensimismado contemplándolos, hasta que notó a su lado a Norberto e Inés llorando a moco tendido debido a la emoción.

Él esbozó una media sonrisa, porque, ciertamente, como le ocurrió en la boda de Inés, también tuvo que contenerse para no parecer las cataratas del Niágara ante un momento tan emotivo.

Cuando la ceremonia terminó, se dirigieron a una sala contigua, donde tendrían lugar el convite. Allí volvió a sentarse junto a Inés y Norberto, mientras que Arturo se acomodó en la mesa alargada que había a un lado de la estancia, donde estaban los novios. Durante todo ese tiempo, Max conversó con sus amigos, riendo casi sin descanso ante las ocurrencias de Norberto, además de degustar el delicioso menú. Aquello sirvió para olvidarse de sus tribulaciones.

Finalmente, llegó el momento del baile y, con él, el desmadre. Después de que los novios dieran el pistoletazo de salida a la fiesta con un vals, la pista se llenó de gente.

Max bailó durante largo rato y después charló animadamente con otros invitados. Al cabo de un par de horas, ligeramente exhausto por la atmósfera un poco cargada que generaban la música y las ruidosas conversaciones, decidió salir a tomar el aire.

Abrió una de las puertas acristaladas, dirigiéndose hacia un pequeño porche con hamacas y sillas de madera. Se acomodó en una de las sillas para contemplar el panorama que se presentaba

ante sus ojos: un hermoso jardín cubierto de césped, habitado por un par de sauces, palmeras, arbustos y flores de hibiscus.

Cerró los ojos, tomó una bocanada de aire y respiró hondo. Sintió el agradable aroma a salitre mezclado con el olor de la flor de hibiscus en sus fosas nasales. Relajó todos sus músculos, disfrutando del silencio que le rodeaba. Sin embargo, la quietud duró poco al oír el ruido de unos tacones que se aproximaban.

—Así que estabas aquí —dijo Inés a su lado—. Te he estado buscando.

Al abrir los ojos, vio a Inés esbozando una tímida sonrisa. Aquel vestido azul que llevaba le recordó un poco al primer diseño que hizo para ella.

—¿Puedo hacerte compañía?

—Por supuesto —contestó él con amabilidad.

Inés se tumbó en una hamaca al lado de Max, poniendo sus pies encima.

—Estaba deseando descansar un poco los pies, porque los tacones me matan y además hay que añadir que llevo peso extra.

Max se rio.

—Lo imagino.

—Y eso que solo estoy de cinco meses. Verás cuando llegue a la recta final. Voy a parecer un camión —bromeó.

—Y estarás preciosa, igualmente.

Inés sonrió.

—Eres igual que Arturo. Siempre me estáis piroleando, aunque sea una mentira piadosa.

—Sabes que yo no miento.

—Lo sé. Sé que dices las cosas de corazón —afirmó—. A propósito, ayer dejamos una conversación pendiente, ¿recuerdas?

Max asintió sin decir nada en respuesta.

—Y me quedé con ganas de decirte varias cosas. Así que, aprovechando que estamos solos, creo que es el momento ideal —afirmó. Se incorporó un poco, mirando fijamente a Max—. Lo que me dijiste ayer de Erin me dejó asombrada. Hablabas de ella con una devoción que me encogió el corazón. Pude ver en tus ojos lo mucho que la quieres.

Max suspiró abatido.

—Claro que la quiero. Erin es muy especial para mí. Es una buena amiga, como una hermana pequeña.

—Me temo que hace tiempo dejaste de verla tan solo como una amiga, Max.

—¿Por qué crees eso?

—Porque lo sé. Yo también traté de negarme a mí misma lo que sentía por Arturo, pero al final la verdad se abre paso y nos arrolla.

El diseñador consideró la cuestión. Porque, ciertamente, Inés tenía razón: lo que sentía por Erin iba más allá de una amistad, pero algo dentro de él le impedía dar un paso adelante y admitirlo abiertamente. De repente, sintió la mano de Inés sobre su antebrazo.

—Lo único que quiero es que no pierdas la oportunidad de ser feliz. Como *lady* Brianna, que, a

pesar de todo, conoció al amor de su vida y pudo ser feliz mientras estuvo a su lado. Hay gente que no tendrá nunca esa suerte.

Max apoyó su mano sobre la suya, en un gesto cómplice.

—Gracias, Inés. Gracias por ser una buena amiga.

Ella apretó su mano.

—¿Y para qué estamos si no?

En ese momento, Arturo apareció ante ellos.

—Hola, chicos. ¿Qué hacéis? —saludó, sentándose al lado de Inés.

—Aquí hablando un ratito —contestó ella.

—Ya me lo imagino. Oye, se está muy bien aquí —comentó.

—Es el mejor sitio para tomar el aire —dijo Max.

—¿Cómo vas, cariño? ¿Quieres que te traiga algo? —inquirió Arturo a Inés.

—No, no te preocupes. Aunque a lo mejor necesito que me ayudes a levantarme luego.

—Eso está hecho —respondió, acariciando su mejilla.

Max esbozó una media sonrisa al verlos tan acaramelados.

—Quiero que sepáis que me dais mucha envidia. Pero envidia de la mala, parejita.

Inés y Arturo se rieron.

—Ya verás el día que estés tú también así. Habrá que verte —apuntó Arturo.

En ese instante, Norberto hizo acto de presencia.

—Pero bueno, ¿y esta reunión que os habéis montado? Que la fiesta está dentro.

—Es que queríamos tomar el aire —respondió Inés.

—Aquí no hemos venido a tomar el aire, hemos venido a divertirnos. Sosos, que sois unos sosos —les reprochó.

Entonces, Max se puso en pie.

—Voy contigo, que ya he recargado las pilas.

—¡Uy, qué bien! Me voy con el chico más guapo de la fiesta. ¿Me invitarás a bailar?

—Por supuesto —replicó Max, ofreciéndole el brazo, que Norberto agarró.

—¿Venís? —inquirió Norberto.

—No, vamos a quedarnos un ratito más —contestó Inés.

A continuación, Max y Norberto se marcharon, dejándolos a solas. Inés apoyó su cabeza en el hombro de Arturo, que la rodeó con sus brazos.

—Tengo que contarte algo, pero no te enfades —dijo Arturo—. He oído un poco de vuestra conversación.

Inés miró a su marido con un deje de reprobación.

—Eso no está bien.

—No he podido evitarlo —se defendió.

—¿Y qué opinas?

Arturo suspiró.

—Que sé lo que siente. Está aterrado. Cree que, a lo mejor, ella no siente lo mismo. Y prefiere callarse antes que perderla.

—Lo que él no sabe es que Erin le quiere.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque Erin y yo nos parecemos mucho. De hecho, tengo la certeza de que le quiere desde hace mucho.

—¿Y por qué no se lo dices a Max?

Inés negó con la cabeza.

—No puedo. Es cosa de ellos. Si son capaces de dejar atrás sus miedos, entonces todo irá bien.

—¿Y si no lo consiguen?

—Lo harán. El amor verdadero acaba abriéndose paso, por mucho que nos empeñemos en impedirselo.

Capítulo 33

El domingo por la tarde, Max puso rumbo a Londres después de haber pasado parte de su último día en la isla con Arturo e Inés. En esos momentos, el cielo de Tenerife se estaba llenando de nubes, como, si después de terminada la boda, el tiempo hubiera decidido que el sol debía tomarse un descanso.

Max se acomodó en su asiento en primera clase, junto a un hombre trajeado que estaba inmerso en la lectura de un libro. Ciertamente, no sería un gran conversador. Echó un último vistazo por la ventanilla, diciendo adiós a Tenerife en silencio.

Habían sido tres días emocionantes y divertidos. Consideró que aquello había sido una bocanada de aire fresco para su mente. No obstante, también resultaría ser un viaje revelador.

Cuando el avión despegó, y una vez estabilizado, una auxiliar de vuelo fue ofreciendo bebidas a los pasajeros. Max optó por una tónica, acompañada de unos cacahuetes. Un tentempié que le quitaría el hambre hasta que llegara a su destino. Después de esto, sintió un ligero sopor, de modo que se recostó en el asiento, se colocó los auriculares en las orejas y puso un poco de música. Cerró los ojos, respiró hondo y, casi de inmediato, se sumergió en un profundo sueño.

De repente, se encontró en una amplia sala de paredes blancas, tenuemente iluminada. Miró alrededor, extrañado, pues no comprendía qué hacía allí. A continuación, oyó unos pasos y, en cuanto se giró para descubrir de dónde provenían, se quedó sorprendido.

—¡Hola, Max! —le saludó Erin con una sonrisa.

La joven iba ataviada con un traje negro y unos tacones de aguja, que resaltaban su esbelta figura, haciendo que el corazón de Max latiera desbocado.

—Erin, ¿qué haces aquí? —inquirió asombrado.

Ella se acercó más hasta detenerse delante de él. Fue entonces cuando Max percibió el aroma a dulce vainilla, además de observar que llevaba el rostro maquillado, con colorete rosáceo, labios rojos y los ojos enmarcados en lápiz negro. Sintió que se iba a desmayar allí mismo de la impresión ante su deslumbrante aspecto.

—He venido a echarte una mano, porque, claramente, estás bloqueado. Así que, ponte cómodo y mira hacia la pasarela —indicó, señalándole una silla que apareció de la nada.

Max se acomodó en ella, un poco desconcertado, mientras fijaba sus ojos en una larga pasarela que había frente a él.

A continuación, Erin chasqueó los dedos y se hizo la oscuridad, al mismo tiempo que empezó a sonar la canción *Disco Beat* de Bino Biscotti. De repente, un foco iluminó el fondo de la pasarela, por donde apareció Flo ataviada con uno de los modelos de la colección. Max se quedó impresionado al verla; no obstante, las sorpresas no acabaron ahí.

Todos los miembros de su equipo, incluyendo a Tyler, Lana y Amber, caminaron sobre la pasarela con sus diseños, dejando a Max asombrado.

—Es... es... es fantástico —musitó atónito.

—Por supuesto que sí —afirmó Erin, contenta—. Ya te dije que una de las cosas que más me gustan de tus diseños es que parecen hechos para cualquier persona. Que siempre encuentro algo que me gusta, que me queda bien y que me hace sonreír delante del espejo. ¿Lo recuerdas?

Max asintió al acordarse de aquel momento.

—Sí, lo recuerdo —aseveró emocionado—. Los diseños les quedan muy bien. Son geniales.

—Se sienten cómodos luciendo tu ropa. Porque esa ropa es para todo el mundo. Eso es lo que debes transmitir, Max. Esa sensación tan positiva, el poder sentirte bien contigo mismo, sin importarte lo que digan los demás. Porque ese eres tú —afirmó Erin.

Max comprendió lo que quería decir y sonrió al darse cuenta de que todas las dudas se habían desvanecido.

—Al fin he encontrado la clave —dijo contento.

—Espera, aún queda otra cosa. No pierdas de vista la pasarela.

Erin se alejó corriendo de allí, dejando a Max desconcertado. Mientras tanto, Flo se acercó a él y le susurró.

—Ahora te vas a quedar sin palabras.

En ese instante, Erin apareció por la pasarela, luciendo un vestido largo blanco, con un corte estilo griego, escote en forma de barco, con las mangas cortas circulares de seda transparente y una pequeña cinta en la cintura. Max volvió a quedarse sorprendido. Sin embargo, sintió que a ese diseño le faltaba algo.

—Ese vestido es un lienzo en blanco. Ya tienes a tu musa, ahora solo queda que uses tus dotes de artista, Max —le explicó Flo.

De repente, empezó a crearse una neblina alrededor, que hizo que Erin se desvaneciera, para frustración de Max.

—Señor... señor, despierte... —pronunció una voz lejana en su cabeza.

Max abrió los ojos, visiblemente aturdido, encontrándose con una auxiliar de vuelo.

—Disculpe, señor, pero ya hemos aterrizado. Debe bajar del avión —le explicó la auxiliar con amabilidad.

Max se dio cuenta de dónde estaba, de modo que guardó los auriculares, que se habían deslizado hasta su regazo, y se puso en pie.

—Gracias, muy amable —respondió apresuradamente.

Tras recoger su equipaje, salió de la terminal con una sonrisa en los labios. Aquel había sido uno de los sueños más reparadores y reveladores de su vida. Al fin, había comprendido todo y había encontrado la solución que buscaba.

En cuanto llegó a casa, tomó una cena ligera, ya que deseaba subir a su estudio para plasmar en el papel lo que había soñado. Iba a convertir aquel vestido, que era un lienzo en blanco, en una obra de arte.

Subió las escaleras, entró en el estudio y se acomodó ante la mesa para comenzar a realizar el

boceto. Como si alguien guiara el movimiento de sus manos, Max trazó cada línea casi de forma automática, pues en su mente la visión de la prenda era nítida. Una prenda que solo podría llevar una persona: Erin, la mujer de sus sueños.

Dejó el lápiz sobre la mesa y alzó la cabeza al darse cuenta de lo que acababa de pensar. De repente, como un eco lejano, volvió a oír la voz de un ser muy querido para él que hacía mucho tiempo que se había marchado: su querida abuela Nati.

«Un día, encontrarás a esa persona especial que dejará una huella muy profunda en tu corazón. Entonces, ella se convertirá en tu modelo y tú serás su mejor sastre. Y jamás volverás a querer a otra, porque ella será tu inspiración».

Max esbozó una sonrisa, al tiempo que se llevaba una mano al pecho, donde su corazón latía desbocado. Había comprendido y aceptado finalmente esos sentimientos que había querido dejar guardados. Quería a Erin, estaba perdidamente enamorado de ella. Porque Erin no era como las demás; era especial, única y genuina. En definitiva, había encontrado lo que tanto tiempo había anhelado: el amor verdadero.

Sin embargo, el miedo se asomó por sus pensamientos. Ella no había vuelto a hablarle. ¿Y si en ese tiempo había conocido a otro? ¿Y si ella no sentía lo mismo?

Sacudió la cabeza, pues no debía perder el tiempo con conjeturas. Había tomado una importante decisión: cambiar el concepto del desfile. Y, debido a esto, había muchos cambios que abordar. Ya llegaría el momento de hablar con Erin.

Eran alrededor de las cinco de la tarde de aquel domingo lluvioso. Erin, que había estado de guardia el día anterior hasta las doce de la noche, se encontraba en el salón, con el pijama puesto y tapada con una mullida manta. A pesar de ser primavera, hacía bastante frío, como si el otoño hubiera regresado de repente a Inglaterra.

Ante ella, apoyada sobre su regazo, estaba una de sus novelas preferidas, *El jardín secreto*, de Frances Hodgson Burnett, abierta por una de sus páginas y, en la mesilla de al lado, una humeante taza de chocolate caliente. A pesar de haberse leído aquella historia muchas veces, siempre era un placer volver a ella, porque tenía una especie de efecto terapéutico que conseguía hacer que se evadiera de sus problemas.

Desde que había dejado de hablar con Max, las cosas no habían mejorado, pese a creer que era la decisión más acertada. En todos esos días, le había resultado imposible alejar a Max de sus pensamientos y, peor aún, de su corazón. Porque este ya no le pertenecía, puesto que el diseñador se lo había quedado. ¿Y cómo recuperar un corazón que no quiere ser devuelto?

En ese momento, la quietud se vio interrumpida por el sonido de su teléfono. Dejó el libro a un lado y se dispuso a contestar la llamada. Comprobó en la pantalla que era Mia, algo que la hizo sonreír.

—Hola, Mia.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

—Bien, aquí en casa.

—Menos mal, me apetecía hablar un ratito contigo y temía que estuvieras de guardia.

—No, estuve hasta anoche. Hoy y mañana los tengo libres.

—Genial, así descansarás un poco.

—¿Y cómo va todo? ¿Cómo están los niños?

—Todo va bien. Bueno, en el trabajo andamos muy liados. Es un poco estresante. Y los niños bien, con ganas de que llegue el verano para terminar las clases.

—Lo imagino. A nadie le gusta el cole a esa edad.

—A nadie, tú lo has dicho. ¿Y qué haces ahora?

—Pues, me he preparado una taza de chocolate caliente y me estoy leyendo *El jardín secreto*. Se hizo un breve silencio.

—Uy, tú no estás bien —apuntó Mia, suspicaz.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Erin un poco nerviosa.

—Que, cada vez que estás depre, te pones a leer *El jardín secreto*. Te conozco bien, hemos crecido juntas. ¿Lo recuerdas?

Erin suspiró con resignación, puesto que Mia tenía razón.

—Está bien, lo admito. No estoy bien de ánimo.

—¿Es por Max? ¿Os habéis peleado?

—No, exactamente. Es que he decidido poner distancia entre nosotros.

—¿Y eso por qué? Se os veía muy bien en Coventry. Noté que había algo especial entre vosotros.

—No lo hay, Mia. Max solo me ve como una amiga.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dejado claro. Además, el universo me lanzó una señal inequívoca.

—¿Y qué señal es esa?

Erin volvió a suspirar.

—Quedé con él para confesarle lo que sentía y no acudió a la cita. Se le olvidó.

Mia resopló.

—Erin, eso no es una señal. Es un simple despiste. Imagino que le echarías una buena bronca por plantarte, ¿no?

—Sí, bueno, él se disculpó. De hecho, quería invitarme a cenar.

—En serio, Erin, si estuviera ahí, te estampaba en la cabeza la taza de chocolate para que despertaras. El hombre quería enmendar su error y tú decides dejar de hablarle. Es para matarte —le reprochó.

—Mia, es la mejor manera de olvidarme de él. No merece la pena luchar por un imposible.

Se hizo un breve silencio, que Mia aprovechó para cavilar unos segundos.

—¿Sabes? Recuerdo haber tenido esta conversación contigo hace muchos años. Y en aquel entonces me dijiste exactamente lo mismo. Tiraste por los suelos tu autoestima, diciendo que Max nunca te querría, que era imposible que él sintiera algo por ti y que ibas a olvidarte de él.

—No me quedaba otro remedio. Era lo más sensato teniendo en cuenta que tenía una novia

preciosa entonces.

—Tú también eres preciosa, Erin. Eres una mujer fantástica. Cualquiera desearía estar contigo, incluido Max. Pero tienes una especie de mecanismo dentro de ti que se acciona cuando tienes miedo a dar el paso de confesar lo que sientes. Ni siquiera con Lewis te vi tan feliz como con Max. Le adoras, Erin. Ese amor no lo has olvidado y no lo olvidarás por mucho que te empeñes.

Erin se echó el pelo hacia atrás con la mano.

—Lo sé. Cuando volví a verle, fue como si no hubiera pasado el tiempo.

—Claro, porque siempre le has querido.

En ese momento, se oyeron unos gritos por detrás de Mia, señal de que sus hijos estaban haciendo alguna travesura.

—Bueno, tengo que dejarte, que mis fieras ya han hecho algo. Hablamos otro día, ¿vale?

—Claro.

—Y haz el favor de animarte y de pensar bien en lo que vas a hacer. Porque así no puedes dejar esto, Erin.

—Te prometo que pensaré en ello.

—Genial. Te quiero, cuídate.

—Yo también. Un beso.

Tras colgar, Erin lanzó un suspiro y se abrazó al libro. Mia tenía toda la razón, porque, a pesar de todo su esfuerzo, le resultaba imposible borrar aquel amor que se había quedado grabado a fuego en su corazón. Rememoró mentalmente su última conversación con Max, recordando lo aturdido que estaba ante su idea de poner distancia, de no verse durante un tiempo. Sabía que había sido un poco dura con él, llevada por su egoísmo, por querer protegerse.

Pero era algo que no podía evitar. Muchas veces, a lo largo de esos días, había querido llamarle, enviarle algún mensaje. Sin embargo, no tenía el valor para hacerlo. Porque sabía que, si volvía a tenerlo delante, todo sería mucho más complicado. Así que la solución seguía siendo mantenerse lejos.

Además, Max tenía a mucha gente que lo adoraba y ella no era tan importante en su vida. No obstante, Erin no sabía lo equivocada que estaba.

Capítulo 34

Era poco antes de las nueve de la mañana cuando Lilian entró en el taller aquel lunes lluvioso. Se adentró en el lugar comprobando que la luz del despacho de Max estaba encendida, de modo que subió las escaleras y se lo encontró sentado ante el escritorio, tomando café y garabateando algo en un papel.

—Buenos días, Max —le saludó, asomándose por la puerta.

Max apartó la vista del papel para responder:

—Buenos días. Qué bien que ya hayas llegado, porque tengo que hablar contigo.

Lilian asintió.

—Claro, ¿necesitas que tome notas? —preguntó, adentrándose en la estancia.

—Sí, porque tengo varios encargos para ti.

—Dame un segundo.

Regresó escaleras abajo, cogió su libreta y un bolígrafo, volviendo a entrar en el despacho pocos minutos después. Se acomodó frente al escritorio, dejando la libreta sobre su regazo.

—Tú dirás.

—En primer lugar, ¿quieres un café o un té?

—Bueno, me vendría bien otra dosis de cafeína, la verdad.

Max le sirvió un café de la máquina que había allí y, tras esto, pasó a explicar todo lo que había estado planeando la noche anterior.

—Bien, tengo que darte una noticia importante: ya sé lo que haremos para el desfile.

—¡Genial! ¿Qué se te ha ocurrido? —inquirió expectante.

Max tomó un sorbo de su café antes de contestar:

—No hace falta que sigas buscando modelos, porque tenemos más que suficientes.

Lilian frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Max se puso en pie y se acercó a la fotografía en la que aparecía rodeado de su equipo. A continuación, se la mostró a Lilian.

—Aquí los tenemos. Modelos con cuerpos de distintos tipos, cuerpos reales, como la vida misma.

Lilian se quedó asombrada ante la idea.

—¿Hablas en serio?

—¿Cuándo he bromeado con estas cosas?

Lilian seguía atónita.

—Bueno, me parece una idea atrevida, la verdad.

Max esbozó una media sonrisa.

—No, no lo es. Jean Paul Gaultier ya hizo cosas similares en sus desfiles, mostrando a gente diversa, que se salían del canon. Así que, esto no es algo nuevo.

—La verdad es que me encanta la idea. Es algo diferente. Sin embargo, tengo mis reservas.

—¿Qué reservas son esas?

—En primer lugar, no sé si el equipo estaría dispuesto a hacerlo y, en segundo lugar, no estoy muy segura de que a los organizadores de la Semana de la Moda les guste esto. De hecho, no están muy contentos contigo por el retraso en la confirmación.

Max asintió con gesto meditabundo.

—Ya veo. Sí, es posible que encuentre un poco de resistencia. Sin embargo, ¿quién podría resistirse a mis encantos? Voy a por todas, Lilian —aseveró.

Esta se rio.

—No esperaba menos de ti.

—¿Cuento contigo?

—¡Por supuesto! ¿Por dónde empezamos? —preguntó, agarrando el bolígrafo entre sus dedos, dispuesta a tomar notas.

—Lo primero de todo: hay que hacer una reunión para informar a todos del cambio de planes.

—Claro.

—Una vez confirmemos su participación, hay que tomar medidas a nuestros nuevos modelos para modificar los diseños. Habrá que trabajar un poco más para llegar a la fecha, me temo. Después, hay que ponerse en contacto con los Clarence para darles las tallas. Y a continuación, informar a los organizadores de la Semana de la Moda del cambio. ¿Lo has apuntado todo?

—Sí, todo apuntado. Reuniré al equipo en cuanto estén todos aquí. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

—Entonces, me pongo manos a la obra. En cuanto estemos todos, te aviso.

—Gracias, Lilian.

Una hora más tarde, todos los empleados del taller estaban reunidos, con la incertidumbre reflejada en sus rostros, puesto que Lilian no les había hablado de los planes de Max. Este salió del despacho y se quedó de pie en las escaleras, unos dos peldaños por encima del grupo, para que todos pudieran verle y oírle bien.

—Buenos días a todos.

—Buenos días, Max —respondieron al unísono.

Max sonrió.

—Vaya, me siento como una estrella de *rock* en un estadio.

Todos rieron ante la ocurrencia.

—Bueno, os he reunido aquí porque tengo algo importante que deciros. Veréis, después de pensarlo mucho, al fin he encontrado una solución para llevar a cabo el desfile: vosotros seréis los modelos que luciréis mis diseños.

El grupo se miró sorprendido y comenzó el murmullo.

—¿Nosotros en una pasarela? —inquirió Flo, perpleja.

—Así es, Flo. Una buena amiga mía me dijo que lo que más le gustaba de mis diseños era que

podía lucirlos cualquiera. Que no había restricciones para nadie. Moda al alcance de todos. Y eso es lo que quiero que se vea reflejado en la pasarela.

—Pero tendremos que modificar algunos diseños, porque las tallas no dan —explicó Flo un poco apurada.

—Lo sé, habrá que hacer un poco de trabajo extra.

—A mí me da mucha vergüenza —comentó Annette, nerviosa.

—Pero ¿quién querría ver a un tipo con tripa cervecera sobre una pasarela? —inquirió Peter, otro de los empleados.

—No creo que quieran ver a una mujer con lorzas tampoco —apuntó otra de las empleadas.

Max se cruzó de brazos con gesto serio.

—Chicos, sé que esto se sale de lo habitual. Que tenéis complejos e inseguridades. Sé cómo os sentís. ¿Sabéis que yo sufrí acoso en el colegio? ¿Qué los chicos se metían conmigo por llevar ropa distinta? ¿Qué me insultaban? Sí, sufrí mucho. Sin embargo, eso no me impidió luchar por llegar hasta aquí.

» Y sin vosotros, no podré cumplir mi objetivo: darle en las narices a todos aquellos que juzgan a las personas por su aspecto y demostrar a todo el mundo que, a pesar de ser imperfectos, no necesitamos la aprobación de nadie para querernos y aceptarnos. Porque somos geniales tal y como somos, equipo.

Este discurso se llevó un sincero aplauso de todos. Max había hablado con el corazón. Él también sufrió y, aunque las heridas que aquellos desprecios le produjeron habían cicatrizado, en el fondo el dolor seguía ahí como un recordatorio para no olvidarse de la fuerza que necesitó para luchar y de los obstáculos que tuvo que sortear para convertirse en la persona que era ahora.

—¿Estáis conmigo, equipo? —preguntó a la multitud.

—¡Sí! —respondieron todos entusiasmados.

Max se mostró aliviado y complacido.

—Entonces, manos a la obra. Vamos a dejar a todo el mundo boquiabierto.

En menos de quince minutos, todos estaban trabajando, tomando medidas para las modificaciones, mientras Max supervisaba la operación, anotándolo todo.

—Max, los Clarence al teléfono —informó Lilian.

Max dejó lo que estaba haciendo y subió a su despacho para hablar con los Clarence. Estos se quedaron gratamente impresionados con aquel giro de los acontecimientos, asegurando que todo estaría a punto en el tiempo previsto.

Sin embargo, no todo iría rodado aquel día, como Max descubrió más tarde. En cuanto terminó de hablar con los Clarence, Lilian le informó de que le esperaba otra llamada... y que esta no sería agradable.

—Es Debra Hire, de la organización de la Semana de la Moda. Quiere hablar contigo urgentemente —dijo con el semblante preocupado.

Max comprendió la gravedad de la situación, de modo que tomó una bocanada de aire y respiró hondo. Tras esto, se dispuso a atender la llamada.

—Debra, querida, cuánto tiempo. ¿Cómo estás? —saludó amable, desplegando todo su

encanto.

—¿Que cómo estoy? ¿Es una pregunta retórica, Max? —respondió enfadada.

Max se dio cuenta de que sería peor de lo que temía. Pero no iba a achantarse.

—No, por supuesto que no. Me intereso por tu bienestar.

—Deja a un lado tu actitud aduladora y encantadora, que no estoy de humor para perder el tiempo. Nos has estado dando largas durante meses, sin confirmar si todo estaba listo para el desfile. Fuimos comprensivos, porque admiramos mucho tus diseños y sabemos que no ibas a decepcionarnos. Sin embargo, ahora me llama tu asistente con una idea alocada de las tuyas y, por qué no decirlo, totalmente absurda y ridícula —aseveró con desdén.

Max frunció el ceño.

—¿Qué hay de malo en mostrar cuerpos reales en una pasarela?

Debra lanzó una carcajada que molestó a Max.

—¿Cuerpos reales? Dirás cuerpos horrendos. Una aberración para los ojos. En la Semana de la Moda representamos la sofisticación, la elegancia, las tendencias, el glamur. Tú lo que quieres mostrar es una exhibición de abominaciones, de frikis y esperpentos, acostumbrados a lucir ropa de mercadillo —espetó horrorizada.

Max dio un golpe en la mesa, al tiempo que apretaba la mandíbula, ante la atenta mirada de Lilian, que estaba en el umbral de la puerta. Nunca se había sentido tan enfadado y ofendido. De modo que tomó una determinación.

—¿Sabes una cosa, Debra? Puedes quedarte con tu Semana de la Moda, con tu clasismo y con tus ideas elitistas y carcas. Yo prefiero progresar y hacer que la gente se sienta feliz luciendo mi ropa, no como vosotros, que menospreciáis a todos aquellos que no encajan en vuestro estúpido canon —dijo desafiante.

—Max, me estás cabreando. Entiendo que tienes tus rarezas, pero esto es pasarse —respondió furiosa.

—Es lo que quería: cabrearte. Y, como veo que no entiendes mis intenciones, te lo diré claramente: cancela mi participación en la Semana de la Moda. Busca a alguien que encaje en tus ideales. De mí puedes olvidarte. Adiós.

Tras decir esto, colgó enfurecido.

Lilian se quedó con los ojos muy abiertos, totalmente sorprendida.

—Max, pero... ¿qué has hecho? Ahora no habrá desfile —dijo aturdida.

Max la miró alzando una ceja.

—¿Y por qué no habría de haber un desfile?

Lilian se quedó desconcertada.

—Porque no irás a la Semana de la Moda.

Max se paseó por la estancia con gesto meditabundo. Segundos después, una idea cruzó su mente.

—Entonces, lo haremos nosotros. Organizaremos nuestro propio desfile —anunció con una mueca de satisfacción.

Lilian no salía de su asombro.

—¿Nosotros?

Max se acercó a ella.

—Sí, nosotros. Solo necesitamos una fecha, una sala amplia y una pasarela. Tú conoces a gente, podrás hacerlo.

Lilian se mordió el labio inferior, visiblemente nerviosa ante semejante desafío.

—Menudo giro de los acontecimientos.

Max esbozó una media sonrisa.

—Sé que te pido demasiado, pero no puedo tirar todo el trabajo por la borda. No iba a permitir que Debra Hire siguiera insultando a la familia que hemos formado en esta empresa. No podía tolerarlo. Y tampoco quiero que el trabajo se quede en un cajón. Quiero mostrarle al mundo lo que hemos hecho. ¿Puedo contar contigo?

Lilian asintió con firmeza.

—Por supuesto, Max.

Max sonrió aliviado.

—Gracias, Lilian. Ahora iré a darles la noticia a todos.

De nuevo, Max se reunió con sus empleados, que se quedaron atónitos ante el cambio de rumbo. No obstante, se mostraron conformes con la decisión de su jefe, e incluso todos aportaron ideas y sugerencias para hacer que el desfile fuera un éxito.

Max no podía estar más contento. Pese a que les esperaban semanas duras de organización y trabajo, la ilusión que sentía sería un motor fundamental para que todo saliera bien. Además, contaba con un equipo dispuesto a darlo todo; no podía estar en mejor situación.

Al final de aquel arduo día, Max llegó a casa y, tras tomarse la cena que Joan había dejado preparada, subió a su estudio, sentándose frente al diseño del vestido de Erin. Una tarea que le obsesionaba, pues sentía que era crucial llevarla a cabo. De repente, recordó un dato importante que Erin le ofreció una vez y que le serviría para poder empezar a dibujar sobre el lienzo en blanco.

Cogió de su estuche un lápiz lila y comenzó a colorear el diseño. En cuanto terminó, se mostró complacido. Al menos, ya no era tan insípido. Sin embargo, faltaba algo más. Un toque especial. Pero ¿dónde podría hallarlo?

Capítulo 35

Stirling Park, Kent, un par de semanas más tarde.

Aquella mañana, Max se encontraba en el comedor principal de la mansión familiar desayunando con sus padres. En esa amplia estancia las paredes estaban cubiertas por paneles de madera, las lámparas colocadas a ambos lados de la sala tenían forma de candelabro y había una elegante mesa alargada cubierta con un mantel de tela blanca y varias sillas de estilo inglés clásico.

Muy cerca de allí, junto a la chimenea, se encontraban los dos fieles compañeros de la familia, Wulf y Eadwig, un *border collie* y un *fox terrier*.

En aquel lugar olía a pan recién hecho y mantequilla. La calidez que desprendía la chimenea envolvía el ambiente, que en el exterior era realmente frío, a pesar de ser casi verano. El cielo estaba encapotado y, pese a sus ganas de recorrer los alrededores para dar un agradable paseo, Max se dio cuenta de que el tiempo no sería propicio para ello.

Había llegado a Kent la tarde anterior con intención de descansar tras dos semanas intensas de preparativos, en las que todo había quedado zanjado.

El desfile tendría lugar dentro de una semana, el sábado siguiente. Gracias al trabajo en equipo y a la colaboración de amigos y familiares, todo había quedado listo en tiempo récord.

—Sabía que al final solucionarías lo del desfile. De hecho, creo que tu idea es muy buena, tesoro.

—Gracias, mamá.

—Hoy descansa y repón fuerzas.

—Sí, de hecho, no tenía pensado salir. Parece que hoy lloverá.

—Yo iré luego a ver a *lady* Chantal. Hoy tendremos tertulia en su casa.

—Tu madre tiene mucha vida social en Kent, apenas para por casa —afirmó su padre.

Estela puso los ojos en blanco.

—Qué exagerado eres.

—Bueno, está bien entretenerse, porque la vida en el campo puede ser muy aburrida —apuntó Max.

—Aquí no tenemos tiempo de aburrirnos. Hacemos nuestros paseos diarios con los perros, y otros días vamos al pueblo a hacer compras o quedamos con amigos —explicó su madre.

—Y algunas tardes nos quedamos acurrucados en el sofá viendo alguna película romántica de esas que le encantan a tu madre —añadió su padre, divertido.

—No siempre vemos pelis de esas. Otras veces vemos las que tú quieres —protestó Estela.

Su padre se encogió de hombros.

—A mí no me importa, me conformo con quedarme dormido abrazado a ti, *my love* —aseveró su padre, acariciando la mano de Estela, que reposaba sobre la mesa.

Ambos intercambiaron una mirada llena de ternura. Entonces, Max comprobó con deleite que su madre se había sonrojado. Porque, a pesar de los muchos años que llevaban juntos, se amaban como el primer día.

—Si queréis que me vaya un ratito, solo tenéis que decirlo, chicos —comentó él con un deje pícaro.

Su madre se sonrojó más.

—No, cielo, no te preocupes.

—Hay al menos diez habitaciones, podemos irnos a cualquiera —indicó su padre burlón.

—¡Muy cierto! —añadió Max.

Este y su padre se rieron al ver que su madre se mostraba apurada.

—Vaya par de dos —dijo Estela.

Tras terminar de desayunar, los padres de Max salieron de casa para dar el paseo matutino a los perros. El diseñador decidió darse una refrescante ducha, se cambió y, en cuanto estuvo listo, se dirigió a su rincón preferido de la casa: la biblioteca.

Maxwell entró en la cálida estancia, donde había un fuego encendido en la coqueta chimenea de mármol. Paseó por la sala, contemplando las estanterías repletas de libros. De repente, vislumbró en uno de los estantes algo que le resultaba sumamente familiar. Se acercó, extrayendo el ejemplar con cuidado y lo agarró con delicadeza entre sus manos, ya que era un poco frágil. A continuación, acarició el lomo en el que figuraba el título con letras serigrafiadas en oro.

El fantasma de Canterville.

Esbozó una sonrisa ante el ejemplar de la novela de Oscar Wilde. Hacía años que no leía ese libro, concretamente esa edición, que era bastante antigua. Formaba parte de la abundante colección de clásicos literarios de los Stirling, recopilados a lo largo del tiempo por distintos miembros de la saga familiar. Una tradición que también había seguido su padre, un gran aficionado a la lectura.

De repente, como si hubiera viajado al pasado, un recuerdo apareció ante sus ojos: una escena que tuvo lugar allí mismo, mucho tiempo atrás.

Él tenía doce años en aquel entonces. Los Turner estaban de visita con la pequeña Erin y, mientras los adultos departían en el salón, los niños entraron en la biblioteca. A pesar de ser un día de verano, el fuerte aguacero que había comenzado a primera hora de la tarde les impidió jugar en el jardín.

—Vaya fastidio con la lluvia. Yo que quería ir a montar en bici —comentó Sam, malhumorada mirando por la ventana cómo las gotas de lluvia golpeaban los cristales.

—Pues a mí la lluvia me gusta —respondió Max, acomodándose en el escritorio.

Sam puso los ojos en blanco.

—Tú siempre llevándome la contraria.

Max se rio ante el gesto de fastidio de Sam. En ese momento, Erin, de diez años, ojeaba las estanterías, completamente ensimismada. Era una ávida lectora desde que había aprendido a leer y la biblioteca de los Stirling era como una mina de oro para ella. De repente, sus ojos repararon en un libro concreto, que despertó su curiosidad.

Se trataba de la novela *El jardín secreto* de la escritora Frances Hodgson Burnett. Sacó el ejemplar con delicadeza de la estantería y contempló el lomo. Al abrir la primera página, comprobó atónita que se trataba de una primera edición del año 1911.

—¿Te gusta? —inquirió Max detrás de ella.

Erin se sobresaltó ligeramente y entró en pánico durante unos segundos al considerar que quizás no habría obrado bien al coger el libro sin permiso.

—Sí, es mi libro preferido —contestó apurada.

Max sonrió haciendo que Erin se serenara.

—A mí también me gusta. Es una novela muy bonita.

Erin esbozó una media sonrisa.

—¿Cuál es tu novela favorita?

—*El fantasma de Canterville* de Oscar Wilde.

Erin frunció el ceño, extrañada.

—No sé cuál es.

Max se sorprendió.

—¿No? Pues vamos a ponerle remedio. Dame un segundo.

Max paseó su vista por las estanterías buscando el libro.

—Como esperes encontrarlo entre tantos libros, vamos a estar aquí hasta mañana —comentó Sam, que estaba sentada en un sillón leyendo una revista juvenil.

Max resopló.

—Tú siempre tan optimista. Además, yo mismo dejé el ejemplar en un sitio concreto para saber siempre dónde está.

Entonces, recordó donde lo había dejado. Arrastró la escalera que estaba enganchada a un rail que pasaba por delante de la estantería y la colocó donde necesitaba. Una vez cogió el ejemplar, bajó y se lo mostró a Erin. La niña ojeó el libro fascinada.

—¿Es de miedo? —preguntó.

—No, exactamente. Hay partes que a lo mejor te asustan un poco, pero es una novela muy divertida —explicó—. ¿Qué te parece si te la leo? Hace una tarde perfecta para leer una historia protagonizada por un fantasma.

A Erin le entusiasmó la idea y asintió sonriente.

—Entonces, vamos —la instó Max, agarrándole la mano.

Sam decidió acompañarlos en su iniciativa, de modo que los tres se sentaron en el suelo, junto a la chimenea. Max empezó a leer la historia, que mantuvo a Sam y Erin atentas durante toda la tarde. El sonido de las risas, de las voces del pasado, resonó en la cabeza de Max como un grato recuerdo de un momento mágico. Algo que no volvería a suceder.

—Vaya, estás aquí —dijo su padre, entrando en la estancia acompañado de Wulf y Eadwig, que se tumbaron cerca de la chimenea.

Este salió de su ensimismamiento.

—Hola, papá —le saludó—. ¿Qué tal el paseo?

—Bien, aunque no nos hemos entretenido mucho. Empezará a llover pronto.

—Ya veo. ¿Y mamá?

—Se ha marchado a casa de *lady* Chantal.

Cuando su padre se acercó a él, vio el libro que tenía entre sus manos.

—Recuerdo que era tu libro favorito —indicó.

—Y lo sigue siendo.

—Esa segunda edición la adquirió tu bisabuelo en una librería de Bloomsbury.

—Sí, lo recuerdo.

El padre de Max inclinó la cabeza, escrutando el semblante taciturno de Max, algo impropio de él.

—Oye, sé que con mamá tienes más confianza, pero, si necesitas hablar, sabes que puedes contar conmigo.

Max suspiró con resignación.

—Lo sé.

—¿Qué te ocurre, Max? Te veo muy desanimado —dijo, posando su mano en su hombro—. ¿Va todo bien en el trabajo?

—Sí, en ese aspecto todo va bien.

—Entonces, tu problema tiene un nombre de mujer, ¿no?

Max asintió.

—Erin.

Su padre frunció el ceño.

—¿Erin Turner? Me dijo mamá que habíais retomado el contacto, pero no sabía que había algo más entre vosotros.

—No, no nos hemos liado ni nada de eso.

En ese momento, su padre tuvo una idea.

—¿Qué te parece se le pido a Edna que nos prepare un té con pastas y me lo cuentas? Podemos hablar aquí, si quieres.

—Me parece buena idea.

Minutos después, les sirvieron dos tazas de cálido té y un plato con deliciosas pastas de mantequilla caseras, cuyo aroma envolvió el ambiente de la biblioteca, mezclado con el olor a barniz y papel. Max le contó lo acontecido durante el tiempo que había estado viendo a Erin. Tras escuchar la historia, su padre expuso sus conclusiones.

—De modo que has descubierto lo que sientes por Erin, pero ella ha puesto distancia entre vosotros.

—Sí, así es.

—¿Y por qué crees que ha tomado esa decisión?

—Porque le molestó que la dejara plantada.

Su padre alzó una ceja.

—¿De verdad crees eso? Pensaba que eras más perspicaz, hijo.

Max frunció el ceño.

—¿Qué otro motivo podría haber?

Su padre dio un sorbo a su taza de té y, tras tomar una bocanada de aire, su semblante se tornó meditabundo, al tiempo que se sumergía en sus recuerdos.

—Ya sabes que mi historia de amor con tu madre no fue fácil al principio. Tuvimos muchos obstáculos, no solo por el hecho de que ella no venía de una familia adinerada ni aristocrática, sino también por el hecho de que era extranjera.

—Lo sé. Mamá sufrió muchos desprecios —respondió malhumorado.

—Y eso me provocó mucho dolor, Max. Porque, cuando amas a alguien, deseas por encima de todo su felicidad. Yo me enamoré perdidamente de tu madre al poco de conocernos y supe enseguida que quería pasar el resto de mi vida con ella. Era tan distinta a las otras mujeres con las que había estado. Era directa, honesta, sensible. Maravillosa, al fin y al cabo —explicó con una sonrisa soñadora.

—Me alegra ver que la llama no se ha extinguido —apuntó Max con ternura.

Su padre se rio.

—Ni lo hará, te lo aseguro —afirmó—. El caso es que, al principio, todo fue muy complicado. Lo teníamos todo en contra y eso acabó generando muchos problemas entre nosotros, con discusiones constantes, angustia, tensión. Hasta que llegó un día en el que tu madre decidió terminar con nuestra relación.

Max se quedó perplejo.

—No sabía que habíais roto.

—Aprovechó unas vacaciones para irse a España y así poner tierra de por medio. Me hizo creer que estaba harta de mí, que solo había sido un divertimento para ella. Y, claro, me quedé destrozado.

» Sin embargo, un pequeño ángel de la guarda intervino para ayudarnos. Nancy vino a verme y me contó la verdad: que tu madre había decidido marcharse con la esperanza de que yo la olvidara y encontrara a alguien adecuado para mí, porque no quería que sufriera estando a su lado.

—Es decir, que se sacrificó para que tú fueras feliz.

—Bueno, y también porque ella estaba sufriendo. No veía salida a la situación. Me quería, pero no se veía capaz de afrontar todo lo que se nos venía encima. Y al mismo tiempo, yo lo único que hacía era ignorar los hechos y seguir como si nada ocurriera. Pensaba que, si ignoraba a aquellos que nos criticaban, todo acabaría en algún momento; sin embargo, no fue así. Ahí me di cuenta de que tenía que enfrentarme a ellos y mandar a más de uno a paseo, incluidos a aquellos que decían ser mis amigos. Porque, para mí, tu madre era más importante.

» Así que, tras dejar las cosas claras a mi familia y a mi entorno, haciéndoles saber que me casaría con tu madre, aunque cayera una bomba nuclear sobre Kent, cogí la maleta y fui a España

a buscarla. Me costó varios días que accediera a hablar conmigo, pero tu abuela fue mi cómplice y me ayudó. Lo demás es historia.

Max sonrió emocionado.

—Papá, en el fondo eres un romántico.

Su padre se rio.

—Soy un hombre enamorado, eso es todo.

—La historia es muy bonita, pero ¿qué tiene que ver con lo que estábamos hablando?

Su padre acarició el filo de la taza y lo miró fijamente.

—Que Erin se ha alejado de ti para olvidarte.

Max se quedó atónito.

—¿Y por qué querría hacer eso?

Su padre negó con la cabeza.

—Hijo, está claro que no te has enterado de nada. Y eso que esto lo sabemos desde hace años, pero tú siempre has tenido la cabeza en otra parte.

—¿De qué hablas? —inquirió suspicaz.

—Que Erin está enamorada de ti desde que era casi una niña —soltó sin miramientos.

Max abrió mucho los ojos, apoyando la espalda en el respaldo de la silla, visiblemente aturdido.

—¿Cómo?

—Empezaste siendo como un hermano mayor para ella hasta que llegó a la adolescencia y comenzó a verte con otros ojos. Recuerdo que tu madre y yo sonreíamos al ver cómo te miraba: como si fueras el chico más guapo del mundo. Estaba loca por ti. Y, por lo que me cuentas, tengo la certeza de que ese amor no ha desaparecido.

—Pero si ella estuvo comprometida. Iba a casarse con otro y estaba muy enamorada de él —dijo atropelladamente.

Su padre se encogió de hombros.

—Sin embargo, al final no se casó con él. Y yo creo que las cosas suceden por algo. A lo mejor el destino os tenía una sorpresa preparada.

Max no salía de su asombro.

—¿Desde cuándo hablas tú de destino y esas cosas?

Su padre se irguió orgulloso.

—Como ávido lector que soy, he leído a referentes de nuestra literatura clásica como Lord Byron, Jane Austen y Keats. Ya sabes que ellos hablaban del amor, del destino, del yo interior. Y lo hacían bastante bien, por cierto. Así que creo que algo entiendo de esos temas.

—Desde luego —comentó impresionado.

Max se quedó unos segundos en silencio, considerando lo que su padre le había contado. ¿Erin enamorada de él? Eso sería un sueño, puesto que él ya tenía claros sus sentimientos.

—Lo que quiero saber es: ¿tú qué sientes por ella?

Max miró a su padre, notando cómo su corazón latía desbocado.

—La quiero, papá. La desgracia es que me di cuenta cuando ya no estaba conmigo.

—Entonces, díselo.

—¿Y si ella ya no quiere estar conmigo? ¿Y si se ha cansado de esperarme? —preguntó temeroso.

—Lo sabrás cuando le abras tu corazón y le confieses que la quieres. Pero no te quedes con la duda de no haberlo intentado. Saca a relucir esa valentía de la que siempre has presumido.

La conversación con su padre había hecho reflexionar profundamente a Max. Estaba preparado para confesarle a Erin sus sentimientos; sin embargo, deseaba hacerlo de una manera única y especial, para que ella no albergara dudas.

En ese instante, otro recuerdo con Erin, en aquel mismo lugar diecinueve años atrás, regresó a su mente. Algo que tuvo una enorme repercusión para él: la tarde en la que le mostró sus diseños a la joven e hicieron una importante promesa que sellaron entrelazando sus meñiques.

Max sonrió al darse cuenta de que Erin había influido más en él de lo que creía, porque cumplió aquella promesa poco después. De repente, sufrió una especie de revelación, una epifanía que le dio finalmente la idea que necesitaba para terminar el diseño del vestido.

Subió a su habitación, sacó la libreta de la maleta y con un bolígrafo comenzó a dibujar sobre un boceto del vestido. Una vez terminó, esbozó una mueca complacida ante el trabajo realizado. Un vestido único para la mujer de su vida. Solo esperaba que ella se sintiera orgullosa de lucirlo, que percibiera todo el amor que había depositado en él.

Erin no se podía imaginar lo que estaba a punto de descubrir.

Capítulo 36

Eran alrededor de las siete de la tarde cuando Erin regresó a casa tras una ardua jornada laboral que la había dejado sin energía. Decidió que, en cuanto llegara, tomaría una cena ligera y se iría a dormir.

Entró finalmente en su apartamento, donde encontró yaciendo en el suelo el correo que había recibido. Entre facturas y publicidad, halló algo que provocó que su corazón latiera desbocado: una carta enviada desde el taller de Maxwell.

Dejó su chaqueta en el perchero, se sentó en el sofá y la abrió para descubrir su contenido. Se trataba de una invitación manuscrita por el propio Max.

Querida *lady* Erin:

Me complace informarle de que el sábado 20 de junio se celebrará un desfile muy especial al que usted ha sido invitada. El evento tendrá lugar en un local situado en el número 28 de Shelton Street en Covent Garden, a partir de las seis.

No puede faltar a la cita, puesto que el noble caballero que le escribe esta misiva se sentirá realmente triste si no acude.

Por favor, *lady* Erin, venga, se lo ruego. La estaré esperando.

Sinceramente suyo,

Max

Erin se quedó desconcertada ante la repentina invitación. Llevaba semanas sin ponerse en contacto con Max, sin tener noticias suyas. De hecho, pensaba que él tampoco querría saber más de ella; sin embargo, no era así.

En ese momento, sonó su teléfono y, al ver quién era, se apresuró a responder la llamada.

—Hola, mamá.

—Hola, cielo. ¿Ya has vuelto del trabajo?

—Sí, acabo de llegar. ¿Cómo va todo? —preguntó, mientras apoyaba la espalda en el respaldo del sofá y ojeaba de nuevo la invitación.

—Bien, como siempre. La verdad es que te llamaba por un asunto concreto. ¿Has recibido la invitación para asistir al desfile de Max?

Erin tragó saliva, visiblemente nerviosa.

—Sí, de hecho, acabo de recibirla.

—Imagino que irás.

Erin suspiró.

—Bueno, no sé si podré, la verdad.

—Si es por el trabajo, estoy convencida de que alguna compañera te cambiará el turno. Tú siempre haces esos favores, así que por una vez...

—No, no es eso. Es que no sé si sería una buena idea.

Nancy torció el gesto.

—¿Aún no habéis solucionado vuestros problemas?

Erin frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

—Erin, soy tu madre y te conozco. Y también he hablado con Estela. Por lo visto, Max anda muy decaído últimamente y sé que no os veis desde hace mucho. Además, también te he notado triste estas últimas semanas, pero no he querido preguntar porque luego me dices que soy una cotilla.

Al escuchar que Max no estaba en su mejor momento, Erin sintió un atisbo de culpa.

—¿Dices que Max está decaído?

—Sí, parece ser que anda como un alma en pena por ahí. Y, encima, ha tenido problemas con los organizadores de la Semana de la Moda.

Erin se sorprendió.

—¿Qué ha pasado?

—No va a desfilas en ese evento. Por lo visto, ha habido diferencias creativas. Así que ha decidido montarlo todo por su cuenta.

Erin asintió.

—Comprendo. Imagino que se sentirá decaído por eso. Estaba muy ilusionado.

—No, cielo, Max no está así por eso. Está así por tu culpa, porque no le haces caso —sentenció Nancy.

Ella puso los ojos en blanco.

—Mamá, eso no es verdad.

—Claro que sí. Se os veía tan bien juntos, cariño. Para mí, Max sería el yerno ideal, así que no lo dejes escapar. Que te vas haciendo mayor y quiero nietos.

—¡Mamá! —respondió Erin, molesta.

—Bueno, no te enfades —dijo Nancy—. Erin, sé que, después de lo que te pasó con ese indeseable, tienes mucho miedo y sé también que Max es el hombre de tu vida, lo ha sido siempre, aunque tú te empeñaras en olvidarte de él. No puedes dejar pasar esta oportunidad. Además, Max quiere verte. Se pondría muy triste si no fueras.

Erin volvió a leer la invitación, estremeciéndose de nuevo ante las palabras manuscritas de Max. Ciertamente, no encontraba ningún motivo razonable para no ir.

—Está bien, iré.

—¡Menos mal! —musitó.

—¿Cómo dices?

—Que es estupendo, cariño. Haces lo correcto.

Erin frunció el ceño ante el cambio de actitud de su madre; no obstante, decidió no indagar más.

—¿Vosotros iréis también entonces?

—Claro que sí. Nos quedaremos en casa de los Stirling, ya he hablado con Estela.

—Entonces, os veré allí.

—Muy bien, tesoro. Bueno, te dejo para que descanses. Un beso.

Tras colgar, Erin tomó una bocanada de aire y respiró hondo. Al final, pese a sus reticencias, acudiría al evento, donde volvería a ver a Max. Al pensarlo, su corazón se estremeció, notando a su vez una cálida sensación en su vientre. Porque, en el fondo, deseaba encontrarse con él, oír su voz, sentir el tacto de su piel.

Sacudió la cabeza cuando empezó a imaginarse escenas que no habían ocurrido, que solo habían acontecido en su imaginación, en las que Max y ella se perdían el uno en el otro.

«Erin, eso no va a pasar nunca», se dijo.

Se levantó del sofá, fue a su cuarto y, tras ponerse el pijama, se dirigió a la cocina para prepararse la cena. Una vez estuvo todo listo, se sentó ante el televisor para ver las noticias mientras comía.

Pese a su inquietud y sus dudas, esbozó una media sonrisa ante la idea de ver a Max. Le había echado terriblemente de menos. Sus atolondrados comentarios, su actitud espontánea y cómo le alegraba el día con solo estar a su lado.

Habían pasado demasiado tiempo alejados y Max se merecía una explicación. Pese a que su amor por él jamás desaparecería, prefería ser su amiga. No obstante, antes le abriría su corazón y confesaría de una vez esos sentimientos que habían estado guardados. Porque, para poder seguir nuestro camino, hay que desprenderse de aquello que nos impide avanzar.

El viernes por la tarde, Max se encontraba en el local de Covent Garden ultimando los detalles para el evento. Habían sido días arduos de preparativos, pero, finalmente, todo estaba listo para el desfile. Al contemplar el resultado, Max se sintió complacido.

El local, de paredes blancas, estaba decorado con flores de plástico que parecían naturales, telas con el logo de su marca colgaban de las paredes, había una larga pasarela situada en mitad de la sala y sillas plegables en los bordes. También había una mesa para el *DJ* y una barra alargada en un lateral, donde se serviría la comida y la bebida al terminar el desfile. Todo había quedado a su gusto.

Max paseó su vista alrededor, tomó una bocanada de aire y respiró hondo. Hacía mucho tiempo que no estaba tan nervioso ante un evento. De hecho, aquello le imponía más que la Semana de la Moda. No obstante, estaba contento ante la idea de hacer las cosas a su manera, como cuando era un principiante.

Por otro lado, también estaba el asunto de Erin. Se había esmerado mucho en asegurarse de que ella asistiera, objetivo que había conseguido con la ayuda de Nancy. Debido a esto, su nerviosismo era mayor, ya que sabía que tendría que resistir las ganas de abrazarla en cuanto se vieran.

—¿Está aquí el célebre diseñador Maxwell Stirling? —preguntó una profunda voz masculina a su espalda.

Max se giró sobresaltado; no obstante, se sintió aliviado y, al mismo tiempo, sorprendido, al ver a dos caras conocidas.

—Chicos, ¿qué hacéis aquí?

Tania y John se acercaron a él.

—Hemos venido a secuestrarte —indicó ella.

Max frunció el ceño.

—¿En serio? ¿Y adonde pensáis llevarme? —inquirió desafiante.

—En un secuestro eso no se dice —contestó John.

—¡Vámonos! —exclamó Tania, agarrando a Max del brazo.

Una vez salieron del local, John y Tania llevaron a Max a un lugar muy especial que no estaba lejos de allí: el *pub* The Cross Keys.

Este establecimiento se encontraba en el bajo de un edificio de color blanco de tres plantas. Su impresionante entrada hecha de madera, con tres arcos que flanqueaban dos puertas y un ventanal en el centro, estaba decorada con flores, lo que le daba un toque distinguido y muy primaveral, propio de aquella zona, donde se encontraba el importante mercado de flores de Covent Garden.

Max se quedó maravillado al contemplar la entrada de aquel sitio que le traía tantos recuerdos.

—Madre mía, hacía años que no venía. No me había dado cuenta de que estaba tan cerca —comentó meditabundo.

—A nosotros nos pasa lo mismo. No venimos aquí desde la universidad —dijo John.

Entraron en el establecimiento, donde fueron recibidos por el bullicio de las conversaciones, las risotadas de los comensales, además de por el tintineo de cubiertos y vasos. Tania consiguió mesa en una esquina del fondo, mientras Max y John hacían el pedido en la barra.

The Cross Keys era un lugar acogedor, con paredes de madera de las que colgaban numerosos cuadros y fotografías, lo que le daba cierto toque barroco, y el suelo cubierto de moqueta. En un lateral se encontraba la barra y en el otro extremo estaban las mesas redondas, no demasiado grandes, con unos taburetes bajos.

Al cabo de unos minutos, Max y John fueron al encuentro de Tania portando tres pintas de cerveza, que dejaron sobre la mesa.

—Bueno, hay que hacer un brindis: primero, por el desfile de mañana, que va a ser un éxito, y segundo, por el importante paso que Max va a dar —dijo Tania, alzando su pinta de cerveza.

—¡Por Max! —añadió John.

—Gracias, chicos. La verdad es que tengo que admitir que estoy muy nervioso —respondió, dando un sorbo a su cerveza.

—¿Por qué? Irá todo bien. Ha quedado todo genial y Sam será una gran presentadora —aseveró Tania.

—Sí, de hecho, la invitamos a esta pequeña reunión, pero nos dijo que prefería descansar para estar perfecta mañana —explicó John.

Max sonrió.

—Sam es muy perfeccionista, ya la conocéis. Sin embargo, eso no es lo que me preocupa.

—¿Es por lo otro? Saldrá bien, ya lo verás —afirmó Tania.

—Eso espero —comentó ligeramente inquieto.

—La verdad es que estoy alucinado. Nunca te había visto tan nervioso por un tema así —indicó John.

—Yo tampoco. Has salido con mujeres despampanantes: actrices, modelos... Personas inalcanzables para el resto de los mortales. Y no te habíamos visto tan nervioso nunca —afirmó Tania.

—Esto es distinto.

Tania y John intercambiaron una mirada cómplice.

—Oh, es adorable, ¿no crees? —bromeó John.

—Sí, de hecho, se ha sonrojado un poco. ¡Qué mono! —añadió Tania, divertida.

Max torció el gesto.

—Muy agradecidos —respondió, dando otro sorbo a su cerveza.

John y Tania se rieron. No obstante, decidieron cambiar de tercio. En cuanto les sirvieron la cena, la conversación transcurrió por derroteros más nostálgicos.

—Siempre me he preguntado qué pensasteis de mí al principio, cuando nos conocimos —comentó Max.

—Que estabas loco —aseveró John.

—Bueno, a mí me pareciste guapo. Y luego también pensé que estabas loco —añadió Tania riéndose.

—Lo estoy, así que no me ofende.

—Lo que nos dejó sorprendidos fue saber que eras hijo de un marqués. No tenías pinta de eso en absoluto. Y la verdad es que eso fue un poco raro al principio —afirmó John.

—Pero te queremos igual, pequeño lord —aseveró Tania, divertida.

Max sonrió.

—Yo también os quiero, chicos. Y quería aprovechar la ocasión para pedir os perdón por haber estado alejado de vosotros tanto tiempo. Me centré en gente que luego descubrí que no me hacían ningún bien. Vosotros, en cambio, estuvisteis siempre ahí, aunque yo pasara de vosotros.

—Lo sabemos. Y también sabemos que a veces la vida nos lleva por derroteros distintos; sin embargo, eso no quiere decir que una amistad se acabe —indicó Tania.

—Nosotros formamos nuestras familias, conocimos gente nueva. Ya sabes, cuando te casas y tienes hijos, te encuentras con gente en tu misma situación y conectas con más facilidad. Luego están los amigos que haces en el trabajo y eso. Pero tú eres irremplazable para nosotros, Max. Siempre nos tendrás —aseveró John.

Max sonrió feliz.

—Gracias, chicos.

Tras este breve intervalo tan emotivo, siguieron recordando los viejos tiempos.

—Creo que nuestra mejor etapa fue cuando conseguimos mudarnos a ese apartamento tan

grande y recién reformado en Greenwich —indicó John.

—En Gloucester Circus, me acuerdo hasta del código postal. Me encantaba esa casa y el barrio era muy tranquilo —dijo Max con un deje de nostalgia.

—Yo recuerdo especialmente a Regina. ¿Os acordáis de Regina? —inquirió Tania.

John y Max asintieron.

—Sí, claro que me acuerdo. Estaba buenísima —afirmó John, mordiéndose el labio inferior.

—Nuestra querida vecina, vivía en la misma calle y cayó rendida a los encantos de John —indicó Max con picardía.

—Madre mía, era tremenda. Y en la cama... —dijo John con deleite.

—Ya nos contaste los detalles en su día. No necesitamos volver a recordarlo —apuntó Tania.

—Es que con vosotros no tenía secretos, chicos —aseveró John.

—Recuerdo que un día se nos acercó en un *pub*, porque se creía que le estabas poniendo los cuernos conmigo y entró en cólera. Quería darme una paliza —explicó Tania.

—Sí, pero quien se llevó el rechazazo fui yo por intervenir. Mirad, aún conservo la marca de su anillo —aseveró Max, señalando su mejilla.

Tania y John se rieron.

—Deberías haberte dedicado a la interpretación, porque se te da muy bien exagerar —dijo John.

—Perdona, pero estuve una semana con la cara morada. Mi bello rostro sufrió las consecuencias de tus líos de faldas.

—¿Y qué iba a hacer si era guapísimo y las volvía locas? —preguntó John, burlón.

Esto hizo que los tres estallaran en carcajadas. Max se sintió dichoso de volver a estar allí con sus viejos amigos, aquellos que siempre creyeron en él. Tras aprender una de las muchas lecciones que la vida nos da, Max decidió no repetir los mismos errores. Porque la verdadera amistad hay que cuidarla como el más preciado de los tesoros.

Terminada la animada velada, regresó a casa dispuesto a meterse en la cama rápidamente, pues al día siguiente sería una jornada repleta de emociones y estrés. De nuevo, al cerrar los ojos, Erin apareció en sus sueños, como un hermoso presagio de lo que se avecinaba. Solo esperaba que todo saliera bien.

Capítulo 37

En el local de Covent Garden todo estaba a punto para el evento. Eran alrededor de las seis y media, y en la zona habilitada como vestuario todo el mundo estaba inmerso en sus respectivas tareas: ultimar el maquillaje y los peinados, vestir a los modelos... La actividad era frenética, pero el orden bien establecido permitió que todo fuera como la seda.

Max era quien más inquieto estaba; no obstante, debía saludar también a los invitados que iban llegando. Luciendo un traje oscuro con una camisa verde, salió a la zona de los asientos, donde Lilian estaba acomodando a la gente, con la ayuda de un asistente que trabajaba para la empresa de eventos que habían contratado.

En la lista de invitados figuraban tanto celebridades del mundo del espectáculo y la moda, como amigos y familiares. Entre ellos, se encontraba Dennis Houston, que, pese a ser corresponsal en la Semana de la Moda de Londres, por insistencia de Max estaba allí para hacer una crónica del evento.

—Dennis, muchísimas gracias por venir —dijo Max en cuanto lo vio sentado en primera fila.

Este le lanzó una mirada inquisitorial.

—Espero que merezca la pena haber venido.

—Te aseguro que sí. Esta colección no te va a dejar indiferente —aseveró.

—Bueno, me alegra que esto haya servido para poner de los nervios a Debra Hire; con eso has ganado puntos, porque no soporto a esa arpía. Pero, como no me impresione este desfile, date por perdido. Ya sabes que yo soy objetivo —advirtió.

—Igualmente, te agradezco que estés aquí. Y, ahora, tengo que dejarte: el deber me llama.

Se alejó de allí, dirigiéndose hacia donde se encontraban sus padres y los Turner, que estaban instalados en el otro extremo de la pasarela, también en primera fila.

—Hola. ¿Cómo estáis? —saludó a todos.

—Bien, aunque de los nervios —contestó su madre—. Y tú, ¿cómo estás?

—Nervioso también. —Entonces, miró alrededor—. Oye, ¿ha llegado ya Erin?

—Acaba de llamarme. Me ha dicho que está de camino —respondió Nancy.

Max tomó una bocanada de aire.

—Bien, todo va según lo previsto —comentó comprobando la hora en su reloj de pulsera—. Os dejo, que tengo que volver dentro.

—Muy bien, tesoro. ¡Suerte! —dijo su madre.

Minutos después, Erin entró en el lugar. Paseó su vista alrededor, un poco inquieta, buscando a sus padres. Para la ocasión, lucía un sencillo vestido negro sin escote de manga larga, unos tacones y una chaqueta del mismo color. Iba suavemente maquillada, con una base ligera, los ojos sombreados en un tono arenoso, rímel y colorete rosa.

De repente, Lilian apareció ante ella con una enorme sonrisa de alivio.

—Erin, ¿verdad?

—Sí.

—Soy Lilian, la asistente de Max.

—Encantada. Perdona, Lilian, pero debo reunirme con mis padres. Ellos ya han llegado.

—Sí, lo sé. Están con los Stirling. Pero antes necesito que me acompañes a otro sitio. Ven conmigo, por favor.

—Claro —respondió Erin, desconcertada.

Lilian condujo a Erin hasta la zona del vestuario, algo que la inquietó un poco, ya que no sabía de qué iba todo aquello.

En cuanto entró, se encontró con el equipo de Max, que la saludó con alegría.

—¡Bienvenida, Erin! Te estábamos esperando —dijo Flo.

Erin frunció el ceño.

—¿A mí? ¿Por qué?

Lilian la condujo hasta un asiento frente a un tocador, cuyo espejo estaba fuertemente iluminado con bombillas alrededor. A través del reflejo, vio también a Tania y John.

—¡Hola, chicos! —les saludó contenta.

Ellos se acercaron.

—¡Hola, Erin! Cuánto tiempo —comentó Tania, jovial.

Erin se fijó en los atuendos de ambos. Ciertamente, le resultaban familiares.

—Esos trajes...

—Sí, es que vamos a desfilas —anunció Tania.

Erin se sorprendió gratamente.

—¿De verdad? ¡Eso es genial!

En ese momento, detrás de ella apareció el modelo Tyler MacDowell, lo que hizo que se quedara atónita. Este esbozó una sonrisa.

—Hola, tú debes de ser Erin, ¿verdad?

Esta no salía de su asombro.

—Sí, ¿nos conocemos? Bueno, yo a ti sí te conozco, te he visto en las revistas, pero...

—Max me ha hablado mucho de ti, por eso sé quién eres —explicó.

—Entiendo —musitó desconcertada.

De repente, Max apareció en escena, pasando por detrás de Erin.

—Lilian, ¿ya están Annette y Tyler listos?

—Sí, ya están preparados, Max —contestó ella.

En ese instante, su mirada se cruzó con la de Erin a través del reflejo del espejo. Pese a querer ir corriendo hacia ella para abrazarla, consiguió contenerse y mostrar una actitud seria.

—Hola, Erin.

—Hola —respondió ella, turbada.

Se acercó lentamente, acompañado de la maquilladora.

—Delineador verde, sombra de ojos morada y pintalabios rosa oscuro. Y el pelo suelto. No

hace falta añadir más —ordenó escrutando el rostro de Erin.

—De acuerdo —respondió la maquilladora.

—En cuanto esté lista, que se cambie. Lilian lo tiene todo preparado.

Una vez dicho esto, se alejó de allí, dejando a Erin totalmente atónita.

—Pero ¿qué está pasando? —musitó.

—Hola, me llamo Clare —informó la maquilladora, jovial.

—Encantada, soy Erin.

—Veo que ya tienes la base, pero hay que hacer algunos retoques, así que, por favor, no te muevas. No tardaremos nada.

Erin obedeció, aún asolada por las dudas, puesto que no entendía qué hacía allí. Solo sabía que la seriedad de Max la inquietaba más que nada. ¿Estaría enfadado con ella? Si era así, ¿por qué quería que la maquillaran? ¿De qué iba todo aquello?

Mientras tanto, en el exterior, Sam se disponía a subir a la pasarela para ejercer su labor como presentadora del evento. Llevaba un elegante vestido rojo, entallado en la cintura, con escote en forma de uve y unos tacones del mismo tono. Antes de salir, habló brevemente con Max.

—¿Todo listo?

—Sí, todo preparado.

—Me han dicho que Erin acaba de llegar.

Max lanzó un suspiro.

—Sí, ya la están maquillando.

—Espero que la hayas saludado como es debido —advirtió.

—Apenas he sido capaz de acercarme —admitió.

—¿Y eso por qué? —inquirió su hermana extrañada.

—Porque estaba preciosa y lo único que quería era llevármela de aquí para estar con ella a solas y abrazarla. Y no creo que aprobaras que hiciera eso.

—No, porque todo el mundo ha trabajado mucho para llegar hasta aquí. Sin embargo, me parece muy romántico —afirmó sonriente—. Ya tendrás tiempo de hacer eso.

—Eso espero.

—Ahora, vamos allá —dijo Sam, subiendo los peldaños que conducían a la pasarela.

Tras tomar una bocanada de aire y respirar hondo para templar sus nervios, Max volvió al vestuario.

Mientras tanto, en la pasarela, Sam se disponía a hacer una breve presentación.

—Buenas noches a todos. Mi nombre es Samantha y seré la encargada de presentar este evento tan especial y único. Antes de empezar, quiero daros a todos las gracias por estar aquí esta noche.

» Desde sus inicios, Maxwell Stirling ha apostado por la idea de que la moda debía llegar a todos. Y es un principio al que siempre ha sido fiel.

» Sin embargo, hoy más que nunca va a poner en práctica esa idea. Porque lo que vais a ver esta noche es una muestra de la realidad, del mundo real en el que todos nos movemos. Nosotros, seres imperfectos, altos, bajos, delgados, gordos... Todos somos diferentes y en esa diversidad reside la auténtica belleza, la que no envejece y perdura.

» Tengo el placer de presentaros la nueva colección de Maxwell Stirling: cuerpos reales, maravillosas imperfecciones.

Los fuertes aplausos del público se desvanecieron cuando empezó a sonar la canción *What is love* de Haddaway, dando pie a la primera aparición sobre la pasarela. Lana abrió el desfile luciendo un conjunto de dos piezas muy colorido, que deleitó a los presentes.

En esos momentos, a través de las pantallas de sus ordenadores y dispositivos, Inés, Arturo, Alexia y Norberto, fueron espectadores del desfile gracias a la retransmisión en directo vía Youtube, al igual que los amigos y compañeros de Erin.

—Esto es una maravilla —dijo Inés—. Max es un genio.

—Sí. Espero ver esos diseños en el próximo catálogo de Galerías Olmedo —comentó Arturo, dándole un beso en la mejilla a Inés, al tiempo que se abrazaba a ella.

A continuación, el público se quedó sorprendido al ver a los inesperados modelos del desfile. Todo el equipo de Maxwell lució alguno de los diseños, dejando a los presentes impresionados ante este nuevo concepto. Ciertamente, la idea de cuerpos reales no era solo eso, sino que ahí estaban, caminando sobre la pasarela.

No obstante, nadie podía imaginarse cuál sería el broche final.

Max terminó de ponerse el atuendo que él mismo luciría para cerrar el desfile: un traje negro, con una rosa dibujada en la espalda con lentejuelas plateadas, y debajo, una camisa morada.

En ese instante, Erin estaba con Lilian, que la había metido dentro del probador sin darle más explicaciones.

—¿Y este vestido? —preguntó al verlo colgado de una percha.

—Tienes que ponértelo. Vamos, Erin, el tiempo apremia —contestó Max al otro lado de la cortina, haciendo que Erin se sobresaltara.

Sin saber muy bien por qué, decidió obedecer. Una vez lo tuvo puesto, trató de subirse la cremallera, pero fue imposible.

—¿Necesitas ayuda? —inquirió Lilian.

—Sí, no puedo subir la cremallera.

La asistente abrió la cortina y rápidamente solventó el problema. Tras esto, ayudó a Erin a ponerse los zapatos de tacón alto, en color lila, con una línea de lentejuelas verdes en ambos laterales.

Al mirarse en el espejo, Erin se quedó atónita ante lo que estaba viendo. El vestido de color lila de seda, de corte griego, tenía en un lado bordado en color verde una planta enredadera que llegaba hasta el final de la falda. Un diseño que se adaptaba perfectamente a ella.

—Es precioso —musitó emocionada.

En ese instante, Max se colocó detrás de ella.

—Es hora de irse, Erin.

Esta se giró para mirarlo.

—¿Ir adónde?

Max agarró su mano, provocando que unas traviesas mariposas revolotearan en su estómago.

—A la pasarela. Somos los últimos.

Erin abrió mucho los ojos, invadida por el pánico, que la hizo quedarse paralizada.

—No, no, no puede ser. Yo no puedo salir ahí —aseveró nerviosa.

—¿Por qué no?

—Porque me da mucha vergüenza. Hay mucha gente —insistió apurada.

Max sonrió, haciendo que ella casi se derritiera.

—Había más gente en el *pub* de Coventry.

Erin tragó saliva y agachó la mirada.

—Es que...

Max agarró su mentón, haciendo que lo mirara.

—¿Confías en mí?

Erin estuvo a punto de perderse en aquella mirada. Sin embargo, consiguió responder:

—Sí.

Max tiró de ella.

—Entonces, vamos. Todo irá bien, te lo prometo.

Caminaron hacia la base de las escaleras, agarrados de la mano. Erin, pese a los nervios, se sentía segura al lado de Max, porque confiaba plenamente en él. Se detuvieron ante los peldaños, aguardando su turno. Fue en ese instante cuando Erin decidió abordar un asunto, que ella consideraba que aún estaba pendiente.

—Max, quiero pedirte perdón.

—¿Por qué? —inquirió él mirándola.

—Por no hablarte estas últimas semanas. No estaba enfadada contigo. Bueno, me enfadé un poco por dejarme plantada, pero se me pasó enseguida.

Max esbozó una media sonrisa.

—Me alegra oírlo. Sin embargo, ¿por qué decidiste alejarte de mí?

Erin agachó la mirada. La respuesta era simple, pero pronunciarla era una tarea difícil debido al miedo. No obstante, se armó de valor y respondió:

—Porque estaba enamorada de ti y quería olvidarte.

Max notó su corazón estremecerse; sin embargo, se mantuvo sereno.

—¿Y ha surtido efecto?

La pregunta la dejó desconcertada. ¿Acababa Max de obviar la primera parte de su confesión?

—No, me temo que no.

Max dibujó una mueca de alivio.

—Me alegra.

Erin se quedó perpleja. Sin embargo, no dio tiempo a seguir hablando, porque Max la condujo escaleras arriba y, cuando quiso darse cuenta, estaba sobre la pasarela caminando a su lado. Fueron recibidos con fuertes aplausos, que, añadido a los *flashes* de las cámaras, dejaron a Erin un poco aturdida.

Se detuvieron en mitad de la pasarela, donde Sam se reunió con ellos para entregarle un micrófono a Max. Este lo agarró con fuerza, acercándolo a su rostro. Erin se fijó entonces en su traje, que ensalzaba más sus atractivos rasgos.

—Buenas noches a todos.

Este saludo arrancó nuevos aplausos, que hicieron que Max dejara de hablar unos segundos.

—Gracias por este entusiasta recibimiento. Os aseguro que soy muy feliz en este instante, por muchas razones. En primer lugar, por haber hecho esto posible gracias a mi equipo, que es increíble, y a mis amigos, que siempre han estado ahí, incluso en los peores momentos. Todos ellos aceptaron el desafío de subirse a la pasarela, algo que agradezco, por supuesto. Otra de mis locuras, ya me conocéis —explicó, haciendo que el público se riera—. En segundo lugar, porque, salvo excepciones debidamente justificadas, todas las personas que son queridas y apreciadas para mí están aquí esta noche.

» Como bien ha dicho Sam, quería hacer algo distinto. Quería mostrar ese principio que ha guiado mis pasos hasta aquí: el hecho de que todos somos imperfectos de algún modo y que debemos tener una ropa acorde a lo que nos gusta, a lo que nos hace sentir bien.

» Yo tardé mucho tiempo en encontrar mi sitio, porque era un poco raro, ¿sabéis? Bueno, en realidad lo sigo siendo. Sin embargo, aprendí que lo más importante es quererte a ti mismo, valorarte y no subestimarte nunca. Da igual tu talla, tu altura, tu tipo de belleza. Debes aceptarte tal y como eres y, si los demás no lo hacen, es su problema.

De nuevo, surgieron los aplausos del público, al tiempo que Erin se sentía muy orgullosa de él. «Porque Max era, es y será un tipo maravilloso», pensó.

—Pero esta noche, además de mostraros mi colección, quiero compartir con vosotros algo que he descubierto hace poco, aunque siempre estuvo ahí de alguna forma. —En ese instante, se giró hacia Erin, que notó su pulso acelerarse—. Esta bella dama que ven a mi lado se llama Erin Turner. Nos conocemos desde que éramos niños, compartimos días de juegos, de risas. Sin embargo, hace unos años, nuestros caminos se separaron.

» Ambos crecimos y Erin se convirtió, sin yo saberlo, en una excelente doctora. Y no lo digo por halagarla, sino porque he sido testigo de que es así —afirmó—. El caso es que, seguramente por obra del destino, volvimos a vernos y recuperamos aquella amistad de la infancia. Sin embargo, yo pasé por alto un detalle, y es que Erin ya no era la misma de antes.

» Porque Erin, a pesar de que ella no se lo crea, es una mujer increíble. Es generosa, da todo sin pedir nada a cambio, lucha por lo que cree que es justo, es capaz de dejar su timidez a un lado para cantar una canción de The Corrs porque yo se lo pido y, aunque pase vergüenza por mi culpa, me acaba perdonando. —Esto generó risas entre el público—. Es una persona que se crece ante la adversidad y, como Lady Godiva sobre su caballo, cabalga con dignidad, haciendo frente a las dificultades. Por eso, no solo la admiro, sino que la quiero con toda mi alma. Y confieso que no me había dado cuenta de lo solo que estaba hasta que te has ido de mi lado, Erin.

Max se giró hacia ella, mientras Erin notaba sus ojos humedecerse por la emoción. Entonces, él atrajo su mano hacia su pecho.

—Erin Turner, estoy locamente enamorado de ti. Eres el mejor regalo que la vida ha podido darme. Gracias a ti, reuní el valor para luchar por mi sueño, tras esa promesa que te hice en la biblioteca de Stirling Park.

Se quedó asombrada al percatarse de que Max no había olvidado aquel recuerdo. No obstante,

guardó silencio, dejando que él continuara.

—La vida a tu lado es maravillosa y no quiero estar un día más sin ti. Así que, Erin, mi Lady Godiva, ¿te quedarás conmigo para siempre?

Erin sonrió con lágrimas en los ojos.

—Sí, Max. Me quedaré contigo.

Max sonrió feliz. A continuación, ignorando por completo al resto del mundo, se acercó a Erin y descendió sobre sus labios para fundirse con ella en un apasionado beso que arrancó los aplausos del público.

Al fin, el sueño de Erin, que se había convertido en el anhelo de Max, se había cumplido.

Minutos después, bajaron de la pasarela para saludar a sus familiares, que se mostraron dichosos ante tan maravilloso desenlace. No obstante, Max no pensaba permanecer allí mucho tiempo. Pese a que era la ocasión perfecta para recibir las felicitaciones de un público entusiasta, que se había quedado impresionado con su colección, prefería estar a solas con Erin. Consiguieron escabullirse rápidamente para tomar un taxi y dirigirse a la casa de él.

—¿No crees que se enfadarán porque te has ido? —inquirió ella.

Max agarró su mano y besó su dorso.

—No te preocupes, Lilian y Flo se encargarán de todo. Ahora solo quiero estar contigo —respondió risueño, haciendo que Erin se sonrojara.

—Oye, el desfile ha sido increíble.

Max volvió a besarla, esta vez en la mejilla.

—Tú sí que eres increíble, mi Lady Godiva.

—¿Y eso de Lady Godiva de dónde viene?

—Porque eres tan genial y hermosa como ella y, además, las dos sois de Coventry. De hecho, vete acostumbrando a lo de *lady*, porque algún día, cuando nos casemos, llevarás ese título.

Erin se quedó sorprendida.

—¿Es eso una proposición?

—Por supuesto, no pienso dejarte escapar. Contigo al fin del mundo, *milady*.

En cuanto llegaron a la casa de Max, este condujo a Erin escaleras arriba, a su habitación. Una vez cerró la puerta tras de sí, rodeó la cintura de ella con sus brazos y comenzó a besarla. Sus lenguas se entrelazaron en una danza apasionada que provocó un estremecimiento en Erin. Él se quitó la chaqueta, lanzándola hacia un rincón de la estancia, mientras se desabrochaba los primeros botones de la camisa.

Ella se apartó ligeramente, con su respiración entrecortada.

—Max, ¿no crees que vamos muy deprisa?

Él la estrechó más contra él.

—Si tú no quieres, lo entenderé. Aunque me gustaría poder demostrarte lo mucho que te quiero, Erin. Ahora mismo, siento que se me va a salir el corazón del pecho —dijo con un deje sensual.

Con semejante argumento, Erin no pudo evitar ceder.

—Soy incapaz de negarte nada. Además, te confieso que llevo años soñando con esto. Y nunca

me imaginé que sería tan perfecto —afirmó feliz.

Max se vio invadido por un halo de ternura y de dicha, que hizo que no pudiera contenerse más. Recorrió con su boca el cuello de Erin, mientras con una de sus manos bajaba la cremallera del vestido.

—Con el tiempo que me llevó crearlo, es una pena que te vaya a durar tan poco tiempo puesto —comentó con picardía.

—Sí, es una lástima, porque es precioso.

—Te haré muchos más, y más bonitos —aseveró.

—Este siempre será especial por ser el primero.

Max acarició la espalda de Erin, para, a continuación, retirarle el vestido, que se deslizó hasta el suelo, revelando el conjunto de ropa interior de encaje que llevaba. Se permitió unos segundos para contemplarla en todo su esplendor.

Erin, visiblemente turbada, decidió tomar la iniciativa de desabrocharle por completo la camisa. A continuación, mientras él se quitaba los pantalones, ella se tumbó sobre la cama. Max no tardó en colocarse encima de ella, volviendo a besarla.

Repartió besos por su cuello, sus hombros, retirándole los tirantes, y bajó hacia el escote, rozando con sus dedos el sujetador. Erin lo desabrochó, mostrando finalmente su torso desnudo. Max no tardó en cubrir con su boca sus montículos rosados, provocando que Erin se viera invadida por una corriente de placer.

Poco después, él le quitó las bragas para comenzar a explorar su sexo, mientras seguía besándola. Ella también acarició la tersa piel de Max, deslizando las yemas de sus dedos por su musculado cuerpo.

—Quiero hacerte el amor ya —dijo Max con fervor.

Erin besó sus labios y lo miró a los ojos, indicándole sin palabras que ella deseaba lo mismo. Max se quitó los bóxeres, se puso un preservativo y, ya sin ningún obstáculo, se colocó encima de ella. Erin notó enseguida una placentera y cálida sensación, que la sobrecogió. Al fin Max y ella se habían convertido en uno, un instante con el que había soñado durante largo tiempo.

—Te quiero, Max —dijo ella emocionada.

Max sintió que su corazón daba saltos de alegría ante tan sencillas, pero fuertes palabras.

—Yo también, mi amor.

Ambos notaron enseguida la sacudida de placer que los envolvió, de modo que Max fue repitiendo sus embestidas con mayor intensidad, hasta que llegaron juntos al clímax.

Finalmente, se quedaron abrazados, completamente ensimismados, rodeados de una cálida y placentera atmósfera.

—Oye, ¿por qué decidiste declararte en el desfile? Podrías haberme invitado a cenar para hacerlo.

—Era la mejor manera de que no pudieras escaparte.

Erin se rio.

—Comprendo. Sin duda, ha sido eficaz. No tenía manera de huir —aseveró—. ¿Y de dónde sacaste la idea para el vestido?

—Pues surgió en un sueño en el que tú aparecías, aunque el vestido parecía un lienzo en blanco. Poco después recordé que el lila era tu color preferido y lo de las hojas fue por *El jardín secreto*. Recuerdo que era tu libro preferido.

—Lo sigue siendo.

—Y luego, para las medidas, me puse en contacto con tu madre. Ella me dijo todo lo que necesitaba saber.

—Así que mi madre fue tu cómplice.

—Sí, totalmente. Quiere que le demos nietos pronto.

Erin se rio.

—Bueno, de momento disfrutemos un poco. Más adelante, nos pondremos a ello.

Max esbozó una media sonrisa, al tiempo que la estrechaba más contra él.

—Podemos ir practicando, si quieres.

Erin, en un rápido movimiento, se colocó a horcajadas sobre él.

—Me parece una gran idea.

Volvieron a hacer el amor de forma apasionada, hasta que, finalmente, completamente agotados por las emociones que habían vivido aquel día, cayeron en los brazos de Morfeo, abrazados, sin separarse el uno del otro.

De repente, sumergido en un profundo sueño, Max revivió un momento que creía olvidado. Volvió mentalmente atrás en el tiempo, a aquella noche en el club Tropicana. Allí, entre una especie de neblina provocada por el alcohol, reconoció el rostro de Erin y oyó su voz tras muchos años sin verse.

A los pocos minutos, Max se había lanzado sobre los brazos de ella, buscando un consuelo a su soledad. Cuando el alcohol despertó sus emociones más primitivas, se dio cuenta de que, pese a tenerlo todo, en realidad no tenía nada. Era un triunfador en los negocios, pero un fracasado en el amor.

Erin, con suma paciencia, lo llevó a rastras hasta un taxi y, aunque quería marcharse, Max se aferró a ella como si fuera una tabla de salvación. Al ver su lamentable estado, Erin cedió y optó por acompañarle hasta casa.

—Te dejo en tu cuarto y me marchó, ¿de acuerdo? —dijo ella, paciente.

Max recordaba haber asentido con poco convencimiento.

Cuando llegaron a su casa, ella lo llevó como pudo hasta su cuarto, con las vagas indicaciones que él le daba. Lo depositó sobre la cama, colocó la colcha por encima y se dispuso a marcharse. Sin embargo, él le imploró que se quedara.

—Por favor, no te vayas, Erin —le pidió con tristeza, arrastrando las palabras.

Ella se acercó.

—Max, tengo que irme, es muy tarde.

Sin mediar palabra, Max se incorporó y la rodeó con sus brazos, haciendo que ella cayera sobre la cama. La abrazó, acurrucándose contra ella y metiendo la nariz entre sus cabellos.

—Hueles a vainilla. Mm, me encanta —comentó él con deleite.

—Max, no me hagas esto, vamos —protestó ella.

—Quédate, Erin, por favor. No me dejes solo, te necesito —le imploró él.

Casi de inmediato, Max cerró los ojos, envuelto en la calidez de Erin y en ese delicioso aroma a dulce vainilla que jamás pudo olvidar.

Ya en el presente, Max abrió los ojos ligeramente para contemplar el rostro de Erin en la oscuridad. Ella yacía profundamente dormida, ignorando la mirada embelesada de Max, que era feliz observándola. La estrechó contra él delicadamente, para no despertarla.

Porque, como bien le dijo Inés, a veces no tienes que buscar tan lejos lo que has anhelado durante tanto tiempo. Erin siempre había estado ahí. Era la chica que pasaba desapercibida, la que se escondía en un rincón de una estancia repleta de gente para no ser vista, la que se refugiaba en la biblioteca para viajar al jardín secreto donde nadie pudiera molestarla y la que observaba al *príncipe* desde lejos, sin atreverse a dar el paso de hablarle, conformándose con soñar con él. Sin embargo, esta vez el príncipe se había dado cuenta de que ella era la princesa de sus sueños, su alma gemela.

Después de años sin verse, el destino había vuelto a reunirlos con un único propósito: que no volvieran a separarse nunca más.

Epílogo

Stirling Park, Kent, tres años más tarde.

Era una fría tarde de finales de febrero en Kent. La noche ya se cernía sobre el lugar, dando paso a una brillante luna llena acompañada de numerosas estrellas. Erin y Max se preparaban para una importante celebración que tendría lugar dentro de pocos minutos: una animada cena familiar para celebrar el cumpleaños de Estela. Llevaban allí desde el día anterior con intención de disfrutar de un merecido descanso, pues ambos habían conseguido unas pequeñas vacaciones.

A lo largo de esos tres años, muchas cosas habían cambiado. Se casaron a los pocos meses de declararse, en una íntima ceremonia celebrada en Stirling Park. Para entonces, Max ya había puesto a la venta su primera colección infantil con gran éxito y seguía colaborando con Galerías Olmedo.

Por supuesto, disfrutaban de su vida en común en la casa de Londres de Max, que se había convertido en el hogar de la pareja, y se escapaban siempre que podían a Puerto de la Cruz, además de visitar Coventry y Kent a menudo.

Respecto a sus amigos, Inés y Arturo ya habían dado la bienvenida a su hija Mencía, al mismo tiempo que Valentina y Yago también habían tenido un hijo llamado Marcos. Sam y Colin hicieron a Max y Erin tíos hacía poco menos de dos años, con su pequeño Edward, que hacía las delicias de la familia Stirling. Por otro lado, Lauren y Kyle se casaron poco después de irse a vivir juntos y estaban planeando tener descendencia pronto.

Hace seis meses, la vida de Max y Erin dio un importante giro cuando vinieron al mundo sus mellizos: Candace y Cameron. Ellos trajeron una inmensa felicidad a la pareja, que llevaba tiempo queriendo formar una familia.

En esos momentos, los pequeños estaban semitumbados en dos hamacas, mientras Max decidía qué ropa lucirían para la velada.

—¿Qué te parece este, Candi? —inquirió a su hija, mostrándole la prenda.

La niña hizo una pedorreta, ante lo que Max torció el gesto.

—Veo que no te convence. —Apartó la prenda y le mostró otra—. ¿Y esta?

—¡Da!

Max sonrió.

—Buena elección. —Entonces, Max se giró hacia su hijo con un conjunto de dos piezas—. ¿Te gusta este, Cam?

—Bu, bu —respondió el niño.

Max asintió.

—Ya veo. Sí, mejor el azul, va a juego con tus ojos.

Erin apareció detrás de él, riéndose ante aquella escena.

—Cariño, solo tienen seis meses. No te entienden.

Max frunció el ceño.

—Claro que me entienden. Son más listos que la mayoría y ya tienen un profundo sentido de la moda.

—Eso lo han heredado de ti, claramente.

Max miró embelesado a su mujer.

—Pero la belleza la han sacado de ti, y la inteligencia también.

Erin se sonrojó, colocando un mechón de su pelo detrás de su oreja.

—Qué cosas dices. Además, ambos tienen tus ojos, así que han sacado también belleza de ti.

Max le dio un beso en los labios, que casi derrite a Erin. A pesar del tiempo que llevaban juntos, parecía no hacerse a la idea de que Max era completamente suyo.

—Visto a los niños y bajamos —indicó él, dejando a Erin en una nube.

Minutos después, los cuatro se dirigieron al salón de la casa, donde aguardaban sus familiares, entre ellos, los padres de Erin y la hermana de Max.

Tras sentarse, degustaron una deliciosa cena, mientras charlaban animadamente, haciendo que se creara un cálido y acogedor ambiente, que se tornó sumamente alegre gracias a las voces y las risotadas de los pequeños de la casa.

Al cabo de un par de horas, los niños empezaron a mostrar cierto cansancio, de modo que Erin cogió en brazos a Cameron, mientras Max hacía lo mismo con Candace para acostarlos en su cuna.

Tras esto regresaron al salón para retomar la conversación, hasta que la velada se dio por terminada, momento que Max aprovechó para invitar a su mujer a dar un paseo nocturno por el encantador jardín. Se pusieron sus abrigos y salieron al porche, donde reinaba la quietud.

—Es impresionante lo bien que se ven las estrellas aquí —comentó Erin, con su vista fijada en el cielo.

—Sí, es una maravilla.

Erin sonrió discretamente, haciendo que Max alzara una ceja.

—¿Por qué sonríes?

Erin le dedicó una mirada a Max.

—Sonrío porque estoy contenta de estar aquí contigo.

A Max le enterneció aquella afirmación.

—¿De verdad? ¿No te has cansado de mí?

Erin se rio.

—No, a pesar de que a veces eres un desastre. Sin embargo, yo tampoco soy perfecta.

Max le rodeó la cintura con sus brazos, acercándola a él.

—Para mí eres perfecta, aunque no te lo creas.

—La belleza está en los ojos del que mira.

—Pues solo veo belleza en ti. Lo que lamento es haber perdido tanto tiempo. Me di cuenta tarde.

Erin negó con la cabeza.

—No, todo ocurrió en el momento perfecto. Y mira la familia que hemos construido, la vida tan preciosa que tenemos. No puedo pedir más.

Max descendió sobre sus labios y los besó con ternura, haciendo que Erin se estremeciera.

—No podría haber creado algo tan bonito con otra persona, Erin.

—Yo tampoco. Tenías que ser tú. Lo supe siempre.

Max contempló a su mujer con semblante meditabundo. No se cansaba nunca de observar a Erin. A veces cruzaba su mente la duda de si realmente aquella vida tan maravillosa era un sueño del que algún día se despertaría.

Porque su vida con Erin superaba todo lo que hubiera podido imaginar. Había encontrado en ella a una compañera de vida increíble, alguien que serenaba sus inquietudes, que frenaba en seco cualquier atisbo de egocentrismo o vanidad que pudiera invadirle debido al éxito, que siempre estaba ahí y que lo amaba con todo su ser. Igual que él a ella. De hecho, a veces creía que todos los besos y caricias nunca serían suficientes para que ella sintiera lo mucho que la amaba.

Sin embargo, sonrió al pensar que, ciertamente, tendría el resto de su vida para permanecer a su lado y convencerla cada día de que era la mujer de sus sueños, su musa, su mejor inspiración. Su maravillosa, valiente y única *lady* Godiva.

FIN

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Álvaro, a mi madre y a mi familia por apoyarme siempre.

A mis villanas, Chris y Mar, por su maravillosa amistad.

Y a mis corazones rebeldes, por darle siempre una oportunidad a mis historias.

Nota de la autora

Cuando escribí la novela *Sucedió en un instante*, supe casi desde el principio que Maxwell Stirling debía tener su propia historia, porque el diseñador me robó el corazón de inmediato. A esto se unió el hecho de que las lectoras también adoraron a Max desde su primera escena en la novela, así que no necesité más motivos para ponerme a crear su historia.

Quería que Max encontrara al fin el amor, como había hecho su *dear* Inés. Y aquí es cuando surgió la idea de crear a Erin.

En muchos aspectos, Erin tiene similitudes con Inés, aunque es mucho más tímida e introvertida. Es un personaje encantador que encaja muy bien con Max, debido al contraste de sus personalidades: él es un torbellino de emociones, espontáneo y honesto hasta casi lo obscuro, mientras que ella es la calma, la serenidad, pero con un ápice de pasión que muestra de manera inesperada. Porque los tímidos tenemos mucho que decir, aunque no lo parezca.

Respecto a los escenarios, además de Londres, Kent y Puerto de la Cruz, decidí ambientar parte de la novela en Coventry, porque es una de mis ciudades predilectas de Inglaterra, que he tenido ocasión de visitar en numerosas ocasiones y porque la historia de Lady Godiva siempre me resultó inspiradora. Debido a esto, tomé la determinación de que Erin fuera autóctona de esa ciudad y vincularla con Lady Godiva.

Es una historia que me ha hecho reír y emocionarme, que me ha permitido reencontrarme con mi diseñador preferido y también con los personajes de *Sucedió en un instante*, donde todo comenzó. En resumen, ha sido una experiencia maravillosa y espero que, para ti, corazón rebelde, sea igual o mejor.

Índice

<u>Prólogo</u>	<u>7</u>
<u>Capítulo 1</u>	<u>11</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>21</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>31</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>39</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>51</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>63</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>71</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>83</u>
<u>Capítulo 9</u>	<u>91</u>
<u>Capítulo 10</u>	<u>107</u>
<u>Capítulo 11</u>	<u>125</u>
<u>Capítulo 12</u>	<u>131</u>
<u>Capítulo 13</u>	<u>143</u>
<u>Capítulo 14</u>	<u>153</u>
<u>Capítulo 15</u>	<u>161</u>
<u>Capítulo 16</u>	<u>177</u>
<u>Capítulo 17</u>	<u>187</u>
<u>Capítulo 18</u>	<u>203</u>
<u>Capítulo 19</u>	<u>219</u>
<u>Capítulo 20</u>	<u>233</u>
<u>Capítulo 22</u>	<u>243</u>
<u>Capítulo 23</u>	<u>251</u>
<u>Capítulo 24</u>	<u>261</u>
<u>Capítulo 25</u>	<u>269</u>
<u>Capítulo 26</u>	<u>277</u>
<u>Capítulo 27</u>	<u>289</u>
<u>Capítulo 28</u>	<u>297</u>
<u>Capítulo 29</u>	<u>303</u>
<u>Capítulo 30</u>	<u>313</u>
<u>Capítulo 31</u>	<u>325</u>

[Capítulo 32 333](#)

[Capítulo 33 341](#)

[Capítulo 34 349](#)

[Capítulo 35 357](#)

[Capítulo 36 369](#)

[Capítulo 37 379](#)

[Epílogo 395](#)

[Agradecimientos 401](#)

[Nota de la autora 403](#)